DIEGO ROJAS

¿QUIÉN MATÓ A MARIANO FERREYRA?







Diego Rojas

¿Quién mató a Mariano Ferreyra?

El 20 de octubre de 2010, un ataque de sindicalistas de la Unión Ferroviaria a trabajadores tercerizados terminó con la vida de Mariano Ferreyra, joven militante del Partido Obrero. Diego Rojas construye una crónica que narra los hechos de aquella jornada, retrata a Ferreyra a traves de sus seres queridos y realiza una investigación rigurosa sobre el mundo sindical que incluye la única entrevista concedida por José Pedraza, principal acusado como instigador del asesinato. El autor ha sido convocado como testigo en el juicio que investiga el homicidio.

Diego Rojas, en su excelente libro, describe la "represión tercerizada": el gobierno ha ayudado a la formación de patotas como aquella de la Unión Ferroviaria y las usa como fuerza de choque contra sindicalistas de izquierda.

MARTÍN CAPARRÓS

DIVULGACIÓN





ISBN: 978-987-580-508-8



¿Quién mató a Mariano Ferreyra?

Divulgación

Diego Rojas

Quíén mató a Mariano Ferreyra?



Biografía

Diego Rojas (Buenos Aires, 1977) es periodista. Publica sus notas e investigaciones en el portal *plazademayo.com* y en el diario *Perfil*. Trabajó en la revista *Veintitrés* y colaboró en *ADN* —suplemento cultural de *La Nación*—, *Clarín* y *Ñ*, y fue editor de *Contraeditorial*, entre otras publicaciones. *Argentuits* (Planeta), su último libro, exhibe las relaciones entre la red social Twitter y la política. Fue llamado a declarar como testigo en el juicio que investiga el crimen de Mariano Ferreyra.

Diego Rojas

¿Quién mató a Mariano Ferreyra?

booket

Miércoles 20 de octubre de 2010

Las imágenes duran pocos segundos. A lo sumo ocho. No más. Es un lapso suficiente para registrar las fatalidades de la violencia política en la Argentina de hoy. La cámara enfoca el interior de una ambulancia. Un joven de barba rala y pelo crespo parece inconsciente. Tiene los ojos entrecerrados y se encuentra acostado sobre otro cuerpo. Está pálido. Lleva puesta una remera gris levantada a la altura del abdomen, región donde se advierte un pequeño orificio, una herida que no sangra. El joven de pelo crespo toma aire y, al hacerlo, levanta un poco el mentón, mueve la garganta. Sus labios no se cierran, dejan ver los dientes en un gesto de cansancio. Vuelve a tomar aire, lo hace con dificultad. A su lado hay otro muchacho de pelo claro y anteojos que lo sostiene desde el cuello a la vez que le pega unas palmadas en la mejilla. «Abrí los ojos —le dice—. Mariano, mirame». El muchacho de anteojos acerca su cara a la del joven de los ojos entrecerrados e insiste: «Reponete, por favor, dale». Desde afuera, apuran al chofer: «¡Llevate al pibe, loco!» Se cierra la puerta de la ambulancia. La cámara deja de filmar.

El 20 de octubre de 2010 por la tarde, los canales de noticias repetían las imágenes tomadas dentro de la ambulancia por las cámaras de C5N una y otra vez. Ocho segundos de filmación impactantes para toda la sociedad. Ocho segundos que registran los últimos instantes de vida de Mariano Ferreyra. Durante una protesta sindical, una bala de plomo lo había alcanzado y habría de convertirlo en una víctima fatal de la violencia política. Las imágenes de su agonía recordaron que la violencia, que muchos caracterizaban como un recuerdo

del pasado, sigue transitando la actualidad de los argentinos. Mariano Ferreyra tenía 23 años y murió aquel mediodía de octubre. En cierto momento su cuerpo había quedado tendido sobre el asfalto de una calle de Barracas.

«Todo ocurrió bajo una verdadera lluvia de piedras», recuerda Damián Reynoso, el muchacho de pelo claro y anteojos de la filmación. «Yo estaba junto a Mariano aguantando el ataque de la patota mientras nuestra columna se retiraba. Habíamos formado un cordón de seguridad y nos defendíamos tirando piedras para que las mujeres y los más chicos pudieran salir de la zona. De pronto, vi a Mariano sentado en el piso. "Le pegaron un cascotazo", pensé, pero seguí tirando piedras. Comencé a avanzar junto con otros compañeros para hacer retroceder a la patota. Cuando vi que se iban, decidí regresar. Entonces vi a un grupo de personas que hacía una ronda, una mujer gritaba. No entendí lo que decía, pero supe que algo pasaba».

Reynoso tiene 27 años, es técnico eléctrico y profesor en un secundario especializado en la actividad. Había participado de la jornada de protesta desde temprano y, ante la arremetida de una patota, había formado parte del cordón de seguridad al lado de Ferreyra.

«Me alarmé. Aparté a la gente y me metí dentro de la ronda; entonces vi a Mariano tirado boca arriba, mirando el cielo. Tenía levantada la remera a la altura de las costillas y se podía ver la marca de la bala. Sólo en ese momento me di cuenta de que nos habían disparado con armas de fuego. Le pasé mi celular a alguien para que llamara a una ambulancia, pero me dijeron que ya habían pedido una».

Eran las 13:40. El cielo estaba despejado y el sol iluminaba Barracas sin agresividad, como suele pasar en primavera. «Mariano tenía los ojos abiertos, pero se lo veía mal, muy dolorido. Me acuclillé junto a él. Intentó hablarme, pero le dije que no lo hiciera, que guardara fuerzas. "Pestañeá si me entendés", le decía y él pestañeaba. "Aguantá, Mariano, no te esfuerces, no te duermas", le decía, porque parecía que estaba a punto de dormirse. Mi mayor preocupación era que quedara inconsciente, y entonces le hablaba y le hablaba para que permaneciera despierto. El tiempo parecía eterno. Los minutos no pasaban más mientras yo lo miraba a los ojos y seguía hablándole para no perder su atención». Reynoso conoció a Ferreyra a través de la militancia: habían compartido reuniones, movilizaciones y también salidas.

«Escuché que alguien decía: "La ambulancia, llegó la ambulancia". Me di vuelta y no vi nada. "¡Dónde mierda está la ambulancia!", grité. No la había reconocido porque era privada, una Traffic blanca sin identificación. Unos compañeros se acercaron, me ayudaron a levantarlo y lo subimos juntos a la parte de atrás». La camilla del móvil sanitario ya estaba ocupada por Elsa Rodríguez, de 56 años, que también había recibido un tiro. «"¡La ambulancia está llena!", me desesperé, pero igual lo subimos. Yo sostenía a Mariano por la espalda, lo tuvimos que acomodar encima de las piernas de Elsa, que parecía desmayada en la camilla. Ahí me enteré que le habían pegado un balazo en la cabeza». Además de ellos, ocuparon el móvil Nelson Aguirre, que tenía dos balas en una pierna, y el médico Félix Wul, quien participaba de la movilización. El chofer partió a toda velocidad hacia el hospital Argerich.

«Yo le hablaba a Mariano todo el tiempo, le decía que abriera los ojos, le daba palmadas en la cara. Estaba muy pálido, cada vez más. La ambulancia iba muy rápido. Dobló en una curva y todos nos inclinamos por la velocidad. Cuando nos estabilizamos, vi que Mariano había cerrado los ojos. En ese momento me estiré para atrás, me puse mal, iba a llorar, pero Nelson me tocó la espalda. Me dijo: "Vamos, vamos, compañero" y me siguió palmeando. Entonces me recompuse y seguí hablándole. Mariano abrió los ojos otra vez. Yo tenía la sensación de que no llegábamos nunca al hospital».

El hospital Argerich se encuentra en La Boca, sobre la avenida Almirante Brown, a unas cuarenta cuadras del lugar donde Ferreyra había caído herido. «Pero llegamos. Los médicos pusieron a Mariano en una camilla y se lo llevaron rápido. Los demás heridos también entraron. Me quedé en la guardia.

Había poca gente. Daba vueltas por la sala, no me podía quedar quieto. Salí a la calle. Pensaba: "Esto es un sueño. En un momento voy a despertar y todo va a ser distinto". Se ve que no caía. Cuando regresé, ya habían llegado algunos compañeros. Después de un rato, salieron los médicos. Nos dieron la noticia. Entonces empecé a llorar. Todos empezamos a llorar».

10:57

Una hora antes del mediodía, la estación Avellaneda es un lugar concurrido aunque ya perdió el ritmo trepidante de unas pocas horas atrás. Ya no la atraviesan las multitudes en los andenes subiendo y bajando de los trenes, ni se siente ese caos matinal de los vendedores en sus mesitas en la entrada a la estación. Ese ritmo volverá a medida que termine la jornada laboral y todo el mundo regrese a sus hogares, pero una hora antes de mediodía no hay alboroto, todo parece una postal de domingo. En las escaleras, entre mesas con anteojos de vidrios oscuros, paquetes de alfajores y galletas, bijouterie y ropa interior, los vendedores conversan entre sí, ríen, alguno levanta la cara con los ojos cerrados y se deja acariciar por el sol. Sin embargo, comienzan ciertos movimientos extraños y una tensión rara surca el ambiente.

El sitio podría ser confundido con una vieja librería desordenada o un comité barrial opaco, pero un cartel rojo y unos periódicos pegados en los vidrios indican su verdadero carácter: a noventa metros de la estación Avellaneda, sobre la calle Moisés Lebensohn, funciona un local del Partido Obrero. Normalmente no es un lugar muy transitado, pero esta mañana alrededor de doscientas personas transforman el paisaje. Los vecinos ya están acostumbrados a que, de tanto en tanto, las veredas se llenen de «piqueteros». Son hombres y mujeres, de diversas edades, que charlan, dan vueltas o simplemente esperan. Unos pibes jóvenes sostienen una bandera enrollada mientras otros agitan, como en un juego, unos banderines rojos que dicen: «PO». Otro grupo de hombres cubre sus cuellos con unos pañuelos celestes que indican su militancia en el

Movimiento Teresa Rodríguez. Dos mujeres grandes, robustas, conversan sentadas en el cordón de la vereda. Las dos se protegen del sol con gorritas blancas. En la sombra, sostenida por dos hombres treintañeros, una bandera hecha en tela blanca dice: «Asamblea de ferroviarios tercerizados», en letras molde. En menor tamaño: «Reincorporación de los despedidos. Pase a planta permanente». La escritura es desprolija, pero legible a la distancia. Como el resto de la multitud, los dos hombres que sostienen la bandera esperan. Todos esperan.

Dentro del local, los dirigentes de las organizaciones sociales presentes en la movilización están reunidos. Evalúan la situación. Hay representantes del Partido Obrero, del Movimiento Teresa Rodríguez, de Convergencia de Izquierda, de la Coordinadora Aníbal Verón, además de la Asamblea de Tercerizados que nuclea a los trabajadores despedidos del ferrocarril que organizaron la movilización. Según los planes, los manifestantes debían cortar las vías del ferrocarril a la altura de la estación de tal modo que la paralización del servicio obligara a las autoridades de la Secretaría de Transporte a negociar la revisión de los 117 despidos y el reclamo de homologación del convenio ferroviario para todos. La reunión se extiende, ya que el objetivo no parece ser tan fácil de lograr.

Desde la puerta del local de la calle Lebensohn se puede ver a un grupo de hombres apostados sobre el terraplén, al costado de las vías. Miran fijo hacia los manifestantes. La mayoría viste camisas de un azul intenso, algunos llevan puestas gorritas verdes. En el local del Partido Obrero, uno de los dirigentes reunidos camina hasta el vidrio que los separa de la calle y los señala. «Son del sindicato. La información sobre el corte se filtró», dice mientras fuma. No es el único fumador en ese lugar cerrado. Nadie duda de que están allí para impedir el corte. El sindicato pegó calcomanías en los vagones que dicen: «Señores usuarios del Ferrocarril Roca: LOS TRABAJADORES FERROVIARIOS NO CORTAMOS VÍAS. Por lo tanto, no somos culpables de los inconvenientes que estas actitudes de gente ajena al ferrocarril les ocasionan a los pasajeros, tampoco están en conflicto los

trabajadores de las empresas que prestan servicios complementarios. Los cortes son realizados por militantes políticos que no sabemos qué objetivos buscan, lo que sí sabemos es que esta es la única forma que encuentran para impedir el funcionamiento de los trenes y causar inconvenientes a los pasajeros, y con eso conseguir presencia en los medios de comunicación, y también nos perjudican a nosotros que somos usuarios del servicio y la cara visible de la empresa todos los días del año. ¡No se enoje con nosotros, enójese con ellos, con los jueces, con la policía! Los Verdaderos Ferroviarios del Roca». Están allí para detenerlos. Uno de los dirigentes insiste en intentar subir a cortar los rieles. Nadie responde a su moción. Otro dice que hay que levantar la movilización y realizar, en cambio, un festival por el pase a planta y la reincorporación de los despedidos. Un tercerizado le responde: «Ustedes estuvieron en contra del corte en la anterior asamblea, ¿qué están haciendo acá?» El local, de paredes verdes, se enturbia. Las discusiones siguen. Los tonos de las voces denotan preocupación.

Afuera, también corren los rumores. Un estudiante de la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA), que viajó en tren hasta Avellaneda para sumarse a la movilización, cuenta que en el andén hay un grupo grande de ferroviarios. Que algunos llaman todo el tiempo por celular o usan el handy. «Blanditos, nosotros aguantamos, loco», exagera riendo. Alrededor, sus compañeros lo imitan. Pero es una risa nerviosa, de compromiso. La espera produce que los manifestantes formen pequeñas rondas, conversen sobre el tiempo y cualquier otro tema de fácil explotación, o se impacienten sin manifestarlo sobre el asfalto de la calle Lebensohn. La espera impulsa la dispersión. Sin embargo, por un instante, el silencio gana a todos y todos fijan la vista en un mismo punto. Dos móviles de la policía bonaerense se estacionan en la avenida Pavón, frente a ellos. Los policías bajan y hablan por los handys. El sol rebota en los techos de las patrullas. Los manifestantes vuelven al estado de espera y dispersión.

La reunión en el local es interrumpida por la noticia de la llegada de la policía. Todos coinciden en que el corte de vías a

la altura de Avellaneda resultará imposible. Debaten los pasos a seguir. La propuesta que alcanza el consenso de los presentes impulsa que se marche hacia la estación Constitución, en Capital, y que en el camino se intente subir al terraplén para cortar las vías. «Después del Puente Viejo hay un lugar donde podemos intentarlo», sugiere alguno. En caso de no conseguirlo, se seguiría la marcha hasta la estación central para realizar un acto. El acuerdo parece sellado. Deciden salir a informar los nuevos planes a sus compañeros.

En la calle, los dirigentes buscan a los referentes de cada organización y se forman grupos reducidos donde se explica la nueva situación. Empiezan a desplegarse las banderas, se ordenan las columnas y después de pocos minutos todo está listo para la partida. Son las once y cuarenta y siete de la mañana. El sol sigue alumbrando tibio, sin violencia.

En la Argentina, las movilizaciones se animan mediante unos cantitos que surgen de cambiarle la letra y potenciar el ritmo de la música de moda: así, esas cadencias adquieren un nuevo sentido. Las hinchadas en las canchas de fútbol actúan de manera similar y, entonces, marchas políticas y partidos comparten las melodías populares y el entusiasmo que provocan en quienes se pliegan a su ritmo. El grupo Estelares lanzó el tema «Ella dijo», que alcanzó alta rotación en las radios del país. A través de una melodía melancólica y suave, cuenta las reflexiones de un hombre que ama a una mujer a quien sólo le interesa el aspecto sexual de la relación. La pegadiza melodía, transformada por el ritmo de las palmas, los bombos y el coro de voces aficionadas, dio lugar al cantito que se escuchó en cada movilización de los tercerizados. Esa mañana también ganaría las gargantas de los manifestantes. La letra dice así:

No queremos los despidos,
Ni ningún tercerizado,
Pase a planta permanente,
Somos todos ferroviarios.

Acá está, ésta es la clase obrera
Que no se piensa entregar.
Hay que luchar, las vías cortar
Vamos a pelear contra los K,
El ministerio, la patronal,
La burocracia, vamos a echar.

«¡Vamos, canten, compañeros!», anima a los gritos uno de los referentes que encabeza la columna que está a punto de marchar. Es una letra larga, algunos manifestantes prestan atención a sus compañeros para aprendérsela de memoria. La multitud empieza a avanzar lento por Lebensohn, pero no se dirige hacia la estación, sino que avanza hacia el lado opuesto. El plan es no revelar sus intenciones dando la vuelta unas cuantas cuadras hasta retomar la calle Coronel Bosch, que corre paralela a las vías del Roca. Una patrulla alcanza a la movilización y la escolta a baja velocidad.

La canción de los tercerizados se repite una y otra vez. La cabecera de la marcha dobla por Rosetti y, como si fueran el reflejo de las confusiones del nuevo recorrido, las estrofas del cantito se superponen unas con otras y el ritmo se desordena. Sin parar de caminar, y mientras algunos ríen, un acuerdo tácito produce que todos callen por un instante antes de volver a empezar a cantar. En ese preciso momento, un grito lejano se hace oír: «¡Piqueteros putos!» El insulto nace del grupo de hombres encimados en el terraplén y provoca que Elsa, la uruguaya que coordina un comedor piquetero en Berazategui, se dé vuelta. Constata que el insulto tuvo origen en los hombres que están en las vías. La mujer señala a la compañera que camina a su lado el origen del grito con las cejas y se muerde los labios, mofándose. El día anterior, en el comedor le habían sugerido que no asistiera a la movilización, ya que había tareas pendientes con la mercadería. «Yo me voy al corte. Ustedes hagan lo que quieran», respondió Elsa. «¡Cagones!», se vuelve a escuchar, pero de manera más difusa. Elsa hace como que no escuchó. Ya todos los manifestantes doblaron la esquina.

Elsa no mira atrás, eleva la voz, canta casi gritando. La canción rebota en las paredes de la calle Rosetti, cuyos vecinos no acostumbran a presenciar espectáculos como éste. Una anciana se asoma a la ventana de su casa para ver pasar la movilización.

Los tercerizados

La Argentina no fue inmune a la ola de cambios que transformó los modos del trabajo en todo el mundo. El fin de la década del ochenta y el comienzo de los noventa marcó no sólo una época de alteraciones concretas en las formas de la producción, sino que también atravesó el léxico con mutaciones que resultaban convenientes. Palabras como «eficiencia», «flexibilidad» o «ajuste» barrieron con conceptos como «derechos» o con consignas como «igual salario a igual tarea», que habían regido las relaciones laborales durante gran parte del siglo. La caída del Muro de Berlín y los «socialismos realmente existentes», sumada a la crisis del Estado de Bienestar, dio paso a un auge de las maneras más enfervorizadas de un capitalismo que debía recuperarse de la crisis del petróleo de fines de los setenta incrementando la productividad y los beneficios mediante un mayor aprovechamiento de la fuerza laboral. Este programa de salvataje de las grandes compañías sólo podía producirse mancillando salarios y conquistas laborales. La precarización del trabajo es la consumación de las políticas que descargan el peso de las crisis económicas sobre quienes menos tienen.

La tercerización es uno de los mecanismos que comenzaron a utilizarse con este fin. Con el propósito de «optimizar» la producción central, las tareas secundarias de una empresa (logística, limpieza, transporte, reparaciones, seguridad, comedor, etc.), e incluso parte de la producción, son derivadas a otras empresas a las que se contrata, lo que permite que la compañía madre se focalice en la actividad que mejor conoce y de la que extrae sus mayores ganancias. «Se deja de lado, en-

tonces, la integración vertical de la producción desarrollada en un proceso de concentración del capital mediante compras y fusiones, dando lugar a una descentralización de las unidades de producción, recurriendo a la subcontratación, tercerización y la externalización de la fuerza de trabajo hacia unidades productivas de menores costos laborales», según explica la investigación «La crisis de la relación salarial: naturaleza y significado de la informalidad, los trabajos/empleos precarios y los no registrados», de CEIL-PIETTE, elaborada por Julio Neffa, María Laura Oliveri, Juliana Persia y Pablo Trucco.

Esto le permite a la empresa reducir costos, empobreciendo las condiciones de estabilidad y los niveles salariales de los trabajadores que no dependen de la empresa principal, que son subcontratados con convenios laborales de otras ramas donde se cobra menos, aumentando así las ganancias y eludiendo responsabilidades. En su libro *Trabajadores, tercerización y burocracia sindical. El caso Mariano Ferreyra*, Christian Rath cita un estudio elaborado por AON Hewitt —una empresa líder en tercerización y contratación de personal temporario— titulado «Estudio sobre ventajas y riesgos de la tercerización de procesos». Allí se revela que, sobre cuarenta y dos empresas de Argentina, Brasil, Chile y México encuestadas, la tercerización total o parcial de tareas «significó un ahorro que osciló entre el 15 y el 30% y, quizá más importante, que tal modalidad no reconoce horizontes». Es decir, límites.

Frecuentemente se asigna a los trabajadores precarios las tareas más pesadas o peligrosas, en períodos u horarios atípicos, con mayores riesgos en materia de condiciones y medio ambiente de trabajo. Por otra parte, la tercerización divide a los trabajadores, ya que en un mismo lugar, y muchas veces haciendo la misma tarea, se encuentran trabajadores que formalmente trabajan para distintas empresas, tienen distintos sindicatos y diferentes condiciones laborales. En algunos casos, también trasladan a otro lugar las tareas subcontratadas, generando trabas aun mayores a la organización colectiva de los trabajadores. Además es habitual la tercerización sucesiva,

en la que empresas subcontratadas tercerizan a su vez la producción, lo que lleva a una estructura piramidal en cuya base los trabajadores se encuentran en la más absoluta precariedad y con los salarios más bajos. La tercerización se extendió en el país a partir de principios de los noventa.

En la Argentina, las estadísticas oficiales no dan cuenta de la tercerización ya que se limitan a medir el «empleo de calidad». Cuando se mide el empleo precario no todo el trabajo tercerizado queda registrado ya que sólo se toma en cuenta para esas estadísticas a los trabajadores de empresas con «tercerización fraudulenta». Sin embargo, un estudio sobre disparidad salarial realizado en 2009 por el Centro de Estudios sobre Población, Empleo y Desarrollo de la Facultad de Ciencias Económicas, revela que el aumento de los empleos en el período 2002-2007 se efectuó en un 46% en pymes, un 37% en grandes empresas y un 17% en microempresas. Es posible que la mayor contratación de trabajadores por medio de unidades productivas pequeñas o medianas encubra la tercerización.

Como sea, la realidad económica y productiva indica la profunda extensión de la tercerización implementada como una forma exitosa de reducir costos. Es habitual observarla en cualquier rama de la producción o de los servicios donde se pose la vista: últimamente se ha hablado de su expansión en el transporte de pasajeros, en ramas de la industria como la automotriz, la alimentaria o la petrolífera (en YPF la tercerización alcanza a un 72,7% de sus trabajadores). Hay unos 4.000 tercerizados en las empresas privatizadas de electricidad, unos 60.000 en diversos *call centers* —que facturaron 2.000 millones de pesos durante 2008—. Una nota del periodista Carlos Romero (revista *Veintitrés*, febrero de 2011) señala que la mitad de los trabajadores rurales se encuentra en negro y que un porcentaje muy elevado, pero impreciso, es contratado a través de agencias de tercerización de tareas (a fines de 2010, se verificaron grandes establecimientos en las zonas rurales cuyos trabajadores atravesaban condiciones de superexplotación inéditas para el siglo XXI. Los obreros se conchaban en Santiago

del Estero principalmente a través de la agencia Manpower, aunque hay varias dedicadas a la tarea).

Grandes sindicatos se sumaron a la implementación de la tercerización en sus gremios constituyéndose en subcontratistas bajo la modalidad de cooperativas de trabajo, disfrazándose de agencias de colocaciones para trabajadores temporarios, avalando la contratación de pasantes, locaciones de obra y otras modalidades precarias.

En los últimos años, la tercerización del trabajo dio lugar a conflictos que colocaron el tema en un espacio central; en varios casos (telefónicos, subterráneos, ferrocarriles, empresas de servicio eléctrico, Wal-Mart) se logró que se equiparara a trabajadores de las subcontratistas o a los situados en condiciones precarias y el pase a planta permanente de la empresa mayor. Sin embargo, la tendencia, incluso en aquellos lugares donde los trabajadores lograron un triunfo, es a la expansión de estas modalidades.

La tercerización no es ajena a la organización del trabajo en el ferrocarril, sino todo lo contrario. La línea Roca, que transporta cada hora a ochenta mil personas, la experimentó de manera potenciada. El Roca, que une la Capital Federal con la zona sur del conurbano, fue administrado desde fines de los noventa por la empresa Transporte Metropolitano General Roca, propiedad de Sergio Taselli. El empresario también operó las minas fiscales de Río Turbio, concesión que le fue revocada en 2002 en medio de denuncias de vaciamiento y desvío de los subsidios que el Estado destinaba al pago de los sueldos. Taselli también dirigió el vaciamiento de la empresa lechera Parmalat, que compró por un euro antes de pedir su concurso judicial: la gran fábrica se convirtió en poco tiempo en un depósito de leche en polvo. Estos antecedentes y su áspero estilo personal lo transformaron en el arquetipo del hombre de negocios sin escrúpulos de la primera década del siglo XXI.

Taselli comenzó su derrotero en los negocios ferroviarios cuando en 2000, bajo el gobierno de Fernando de la Rúa, se asoció a Mario Montoto (empresario de confianza del gobierno kirchnerista y amigo personal de Taselli) en Trainmet, que acababa de comprar el 51% de las acciones de las líneas Roca, Belgrano Sur y San Martín (según actas oficiales, entrado el año 2006 la sociedad seguía en pie). Además, fue accionista de Materfer, dedicada a la reparación de coches y vagones, y tuvo bajo su cargo la operación de mantenimiento de la estación Constitución. Taselli asumió la conducción empresaria del Roca con un plantel extremadamente reducido, fruto de los despidos que acarrearon las concesiones privadas, pero con todos los trabajadores protegidos por el convenio ferroviario. Durante su gestión, ese conjunto de normas favorables a los trabajadores se convirtió en una de las variables de ajuste, aunque nunca dejó de encontrar resistencia entre los empleados.

Antes de que finalizara 2000, se tercerizó el servicio de evasión, nombre que se le da al picado de boletos en las estaciones; el servicio de seguridad; la sección de guardas que controlan los boletos durante el viaje; la limpieza de coches en depósito y plataformas; el desmalezaje y la limpieza de baños, entre otros rubros. Toda tarea que pudiera ser realizada con un costo laboral menor se tercerizaba, reemplazando de este modo a personal más antiguo y que gozaba de mayores derechos y salarios. En 2003, los trabajadores de Técnica Industrial —empresa que tenía bajo su cargo el servicio de evasión— empezaron a reclamar que se los incluyera en el convenio ferroviario. La empresa comenzó a practicar despidos de trabajadores por tandas. Cuando le llegó el telegrama a la tercera tanda de 40 empleados, decidieron cortar el paso de los trenes. Movimientos sociales y políticos de izquierda los acompañaron y, después de largas negociaciones, fueron incorporados a la empresa Metropolitano, aunque seguían regidos por el convenio de comercio, uno de los más precarios del campo laboral. En 2005, los trabajadores de Poliservicios, que se ocupaba del servicio de guardas, decidieron reclamar el pase a planta y deliberaron sobre las vías. A pesar de que no decidieron cortarlas, comenzaron a marchar por ellas hasta llegar a la sede de Metropolitano, que quedaba en Constitución, interrumpiendo el servicio por varias horas. Con la

medida, impusieron a la empresa un compromiso para que se los pasara a planta permanente y bajo convenio ferroviario en el lapso de seis meses, acuerdo que se cumplió. En 2007 le tocó el turno a Catering World y Servicios Express, que se ocupaban de la limpieza de los vagones cada vez que llegaban a Constitución y en los depósitos. Cortaron las vías en dos oportunidades. La segunda vez lograron el pase a planta permanente, pero bajo las normas del convenio de comercio.

El 22 de mayo de ese año una serie de problemas técnicos en las formaciones ferroviarias determinó la suspensión del servicio, medida que desató la furia de los pasajeros, quienes descargaron su enojo provocando destrozos de magnitud en la estación Constitución. Los usuarios quemaron boleterías y oficinas, y atacaron a piedrazos a los policías que intentaban poner orden. La Policía Federal los dispersó con balas de goma y gases, y el saldo de los enfrentamientos contabilizó 15 heridos y 26 detenidos. El entonces presidente Néstor Kirchner decidió retirarle la concesión a Taselli e incorporó el servicio del Roca a la Unidad de Gestión Operativa Ferroviaria de Emergencia (Ugofe), ente creado en 2005 y que progresivamente fue nucleando a todas las líneas del servicio ferroviario. Ugofe, que tomó la forma de una sociedad anónima en la que participa el Estado, fue presentada como una unión transitoria de empresas para cubrir una emergencia. Sin embargo, el gobierno no fijó un plazo para su duración, y su vigencia continúa hasta el día de hoy. La empresa está compuesta, además del Estado, por Ferrovías (del grupo Romero), Metrovías (del grupo Roggio) y TBA (del grupo Cirigliano). Cuando Ugofe se hizo cargo del Roca, no quedaba ni una empresa tercerizada en toda la línea y se había pasado a todos los trabajadores a planta. Una situación que iba a durar muy poco.

El 16 de octubre de 2007, el Ministerio de Trabajo recibió a José Pedraza y Juan Carlos Fernández, directivos de la Unión Ferroviaria, y a representantes de Ugofe para firmar un convenio que habilitaría a la administradora del Roca a «contratar los trabajos a empresas de plaza especializadas en las actividades

definidas». La fórmula expresaba el reingreso de las empresas tercerizadas al ferrocarril. «La vigencia de esta medida de excepción que ambas partes habilitan tendrá una duración de 90 días», señalaba el acta cuyas especificaciones temporales se transformaron en letra muerta: respecto del anterior período, la tercerización se expandió de manera exponencial y por mucho más de tres meses.

Las empresas y cooperativas tercerizadas contratadas por Ugofe suman decenas. Entre otras, se encuentran Cooperativa de Trabajo Unión del Mercosur, SGC, Mapra S.R.L., Ecocred S.A., Sehos S.A., Aumont S.A., Herso S.A., Confer S.A., Expervías S.R.L., Rottio S.A., Hunter, Sap S.A., Limba, Aceros Zapla (de Sergio Taselli), Benito Roggio Transportes, Amanci S.A., Copacre S.A., Seguridad Activa Profesional S.A., Seguridad del Mar S.A., Servicio de Guardia y Custodia S.A., Pertenecer S.R.L., Loggia S.R.L., Lenz Sudland S.R.L., Hunter Security S.A., Servicios y Construcciones Ferroviarias, Pinatedo Ingeniería Ferroviaria, Electromec S.R.L., Pertenecer S.R.L., Lesko Sacifia, Del Torto S.A. y muchas más.

A principios de 2011, las empresas tercerizadas tenían en carpeta 117 contratos de vías y obras en general, como mantenimiento de estaciones, desmalezamiento y limpieza de traza por 210 millones de pesos. También se contabilizan siete contratos de material rodante por 43 millones de pesos; nueve para realizar obras eléctricas por 10,6 millones de pesos y otros diez contratos más para sistemas de señales y comunicaciones por 123 millones de pesos. En total, sólo en el Roca, hay 143 contratos por 386,6 millones de pesos. De cualquier modo, la Auditoría General de la Nación dictaminó que la contratación por mantenimiento (reparación de vías) que realiza Ugofe «no garantiza los principios de publicidad, concurrencia, competencia y transparencia que deben regir en materia de contrataciones públicas».

Ugofe recibe subsidios estatales por 66 millones de pesos mensuales sólo por el Roca. La empresa no se hace cargo del pago del personal convencional, cuyos salarios son pagados

íntegramente por el Estado, además del dinero que éste eroga para que las empresas que componen Ugofe paguen los contratos que sellan con las tercerizadas. Los últimos balances registran una evolución en cuanto al capital de trabajo que indica que en 2008 tenía 330.000 pesos. En 2009, 5.211.802 pesos. En 2010, 7.693.003 pesos. A pesar del crecimiento general de la economía a tasas chinas, el capital total de la empresa pasó de 335.582.276 pesos en 2009 a 256.122.558 pesos en 2010. Su decrecimiento alcanzó el 23,7% en un año.

Las tercerizadas permiten que el ferrocarril cuente con trabajadores que, si bien realizan tareas ferroviarias, son amparados bajo el convenio de la construcción o el comercio o, en el caso de las cooperativas, directamente bajo ningún convenio. Los tercerizados del Roca, cuyo número se eleva a 2.000 trabajadores, reciben sueldos de 2.200 pesos, en promedio, frente a los 4.500 que estipula la categoría más baja del convenio ferroviario. Los tercerizados tienen regímenes que, además, exigen una mayor productividad. El reingreso del Estado a la administración de los ferrocarriles puede hacer suponer que Ugofe significa la reestatización del servicio. Nada más alejado de la realidad. Frente al vaciamiento que realizaban las empresas concesionarias privadas y a la creciente demanda de subsidios, el gobierno kirchnerista decidió llevar adelante su «rescate» asociándose a ellas y brindando fondos del Estado para que multiplicaran sus beneficios con los dineros de la Nación.

¿Por qué los sindicatos que nuclean a los trabajadores del ferrocarril hicieron la vista gorda ante esta situación a todas luces anómala? La Unión Ferroviaria, la organización sindical de mayor peso en la actividad, tiene entre sus distintivos unas vistosas gorritas verdes. Las mismas que se colocaron algunos trabajadores al abandonar sus tareas en los talleres tranviarios de Remedios de Escalada para dirigirse a la estación Avellaneda, donde debían impedir el corte de los rieles.

Beatriz

Mariano nació el 3 de junio de 1987. Di a luz a los siete meses de embarazo. Fue todo muy imprevisto y, encima, me agarró una embolia de pulmón que no me permitía moverme. Mariano estuvo una semana en la incubadora y después se lo dieron a una prima que lo fue a buscar. ¡Pesaba un kilo ochocientos gramos! Muy chiquito. Encima, era pleno invierno, la temperatura era bajo cero. Al segundo día de estar con ella, mi prima notó que el nene tomaba una mamadera y después ya no tenía fuerzas para nada. Lo llevó a un médico muy bueno que, cuando lo vio, dijo: «Este bebé es una bomba de tiempo». Lo internó inmediatamente en el Finochietto y pudo recuperarse. Yo tenía miedo por lo que pudiera pasarle. Finalmente, recién a los quince días me lo pudieron llevar, pero debía tener cuidados permanentemente. Estábamos en la habitación con dos estufas de cuarzo prendidas al mismo tiempo. Pablo y Paula, sus hermanos mayores, lo miraban desde la ventana. Era tan chiquito, tenía una ropa especial de lo pequeñita que era. Sus hermanos querían estar con él. Después nació Rocío, la última de los cuatro, la menor.

Yo me dedico a la docencia y mi marido es empleado, así que imaginate, los chicos estaban solos mucho tiempo. Mi casa está al lado de la escuela donde trabajo, los iba a ver muy seguido, pero de todas maneras, cuando eran chicos, Pablo era el que los cuidaba. Los manejaba a los tres. Los entretenía, los disfrazaba, los ponía a dibujar. Y los chicos le hacían caso. Mariano lo adoraba. Se llevaban excelentemente bien.

De chiquito Mariano era gracioso. Le gustaba que lo disfrazaran. Era buenito, no se quejaba, se dejaba transformar. Los hermanos lo disfrazaban de Michael Jackson y bailaba, o de

Cantinflas, de cualquier cosa. Le gustaba hacer reír a los demás También dibujaba muy bien, le gustaba. Y hasta le gustaba tejer Yo tejía y Mariano y Rocío se sentaban enfrente mío y miraban Miraban muy atentos los dos. Hasta que un día Mariano dijo «Dale, mami, enseñame». Y les enseñé. Los dos tejían y hacían tiras largas de lana, largas, de nunca acabar.

Aunque siempre estaba rodeado de sus amigos, Mariano era muy introvertido. Cuando terminó la primaria me preguntaba qué hacer para combatir esa timidez. Lo llevé a fútbol, pero no le gustó. En taekwondo se enganchó, pero después dejó. Cerca de casa había un centro cultural y me decidí. Un día llegó y le dije: «Mariano, te anoté en teatro». «Bueno, mami», me dijo. Y le encantó. Empezó a soltarse. Hizo cinco años teatro, durante toda la secundaria. Siempre lo iba a ver cuando ponían sus obras. Mariano contaba que una vez, en una obra en la que hacía de colegiala y vestía una pollera cortita, espió detrás del telón y no me vio. Contó que se decía a sí mismo: «Qué raro que no vino mi vieja». Pero cuando salió a actuar, me vio a mí, parada al lado del escenario. Y se puso contento. Una vez me dijo: «Mami, te agradezco que me hayas mandado a teatro, porque a mí me hizo bien».

Mirá qué cosa. Como nació en una situación tan problemática, yo a veces, cuando era un bebé, lo miraba y me preguntaba si podría llegar a tener un problema. Si tal vez no había llegado aire al cerebro y tendría secuelas. Había nacido en una situación tan difícil. Después se reveló como un chico muy inteligente. Siempre tuvo buenas notas, aunque era despelotado. Nunca tuvo las carpetas completas, jamás. De los cuatro hermanos, Mariano no era el más aplicado, sino el que tenía más capacidad. Yo le preguntaba: «¿No tenés que estudiar?» «No, si yo me acuerdo de todo lo que dicen». Le bastaba con prestar atención. No tenía problemas con ninguna materia. Nunca se llevó alguna. Tampoco tuvo sanciones disciplinarias.

Le gustaba mucho la música. Tocaba la guitarra, pero de oído, eh. Lo mandé a aprender, pero me decía: «Mami, a mí me aburre». Siguió tocando solo, entonces. Después de la guitarra se compró un acordeón. Después vendió el acordeón y se compró un teclado grande. Para su último cumpleaños le regalamos la guitarra eléctrica. No la llegó a usar, porque la tenía que calibrar y no llegó a hacerlo. Yo le decía: «Andá, Mariano, andá». De todas maneras, nunca dejó de tocar. Llegara a la hora que llegara, dejaba la mochila, se comía un pan y empezaba a tocar su guitarra. Y tocaba y tocaba...

Eso sí: era terrible con el desorden. Terrible. Yo directamente no subía a su habitación para no hacerme mala sangre porque, la verdad, era un asco. Cuando la gente entraba tenía que caminar en puntas de pie para esquivar las cosas tiradas. ¡Los vasos! Se llevaba todos los vasos. Yo le decía: «Mariano, tenés siete vasos arriba. Bajalos». Entonces bajaba tres. «Tenés más», le decía. Y de a poco los iba bajando. Era tremendo. Las hermanas le limpiaban la habitación. «Limpiá la pieza, te van a comer los bichos», le decía. Y me respondía que la iba a limpiar, pero no lo hacía. ¡Era chamuyero! Si yo me enojaba y le insistía con que limpie, por ahí gritaba: «¡Pará, ya te escuché!» Después me venía a pedir disculpas: «Vieja, perdoname, ahora voy a limpiar». Y entonces él le decía a Fabricio, el novio de Rocío que vive en casa, que lo ayudara con la habitación. Y terminaba haciendo todo Fabricio, mientras Mariano se fumaba un pucho.

Betiana, su primera novia, también notaba el desorden. Quién no. ¡Ella le ordenaba sus cosas! Era muy buena chica. La quisimos mucho en casa, vinieron juntos acá, a la casa que tenemos en la costa. Era como de la familia. Yo la conocí cuando empezó la secundaria, porque era compañera de Mariano en la escuela donde yo trabajo. Ella llama siempre, todavía se pone mal.

Después salió con otra chica, que era chilena, y se fue a vivir con ella. Era depresiva, estaba todo el día tirada. Mariano se había puesto como un palito. «Mami, yo quiero comer, pero no puedo», me decía llorando, «se me cierra el estómago». Un día ella fue para Chile y no volvió más. Mariano tenía que devolver el departamento, y se angustió. Tendría miedo por no haber cumplido el contrato. Yo le dije que no había ningún problema, que llamábamos a la inmobiliaria, que seguro iba a perder el depósito, pero que no importaba: se venía a vivir otra vez en casa. En una

semana hicimos la mudanza y le ordenamos la habitación. Después se pesaba todo el tiempo. «Mami, engordé», me decía, «yo no me voy más de acá». Yo me reía, pero le decía que en unos años se iba a tener que ir. «Ni loco», me respondía.

Mariano era muy bohemio. No le importaba nada la ropa, no le importaba la plata. Me pedía cinco pesos. «¿Qué hacés con sólo cinco pesos?», le preguntaba. «No te preocupes, yo me arreglo». Nunca se compraba ropa. Podía estar veinte años con una remera. Entonces le compraba yo. Ya sabía sus gustos. Nada de marca o que exhibiera la marca afuera. Usaba una remera del Che, una del congreso de la juventud del Partido Obrero y después todas remeras clásicas, lisas. No usaba camisas. Las zapatillas le gustaban negras, de lona. Si le compraba un jean, uno clásico, se lo probaba y se ponía recontento: «Está rebueno, vieja», me decía. Yo le conocía el gusto. También le cortaba el pelo. Tenía muchos rulos. Muchísimos. Una sola vez lo mandé a la peluquería, fue y no le gustó. Entonces se lo cortaba yo. «¿Me cortás un poco?», me pedía.

Dormía muchísimo. No se despertaba más. Incluso cuando se acostaba temprano, a las once, le tenía que gritar para que se despertara y llegara a la escuela. ¡Y eso que vivimos al lado! «¡Mariano, es tarde!», le gritaba. Pero sólo se levantaba diez minutos antes del horario de entrada.

Cuando quiso hacer el centro de estudiantes, me peleé tres veces con la directora. Una vez cortaron la calle, con gomas. «¿Vos viste lo que está haciendo tu hijo?», me decía la directora. «Sí, yo sé bien qué es lo que hace y lo dejo porque me parece que una persona tiene que hacer lo que realmente siente. Y no me parece mal lo que está haciendo», le decía. Yo sabía que estaba en el partido. Cada uno tiene la libertad de pensar y hay que respetar eso.

Mariano era muy fuerte con la militancia. Le gustaba. Era su vida.

Esa mañana nos despedimos como cada vez que iba a una marcha.

Varias horas después sonó el teléfono. Era Mauro. «Le pegaron un tiro a Mariano, en el tórax», me dijo. Fue terrible. Muy terrible. «Pero escuchame, ¿está bien? ¿Perdió el conocimiento?»,

le pregunté. Y no me contestaba. Entonces ahí pensé que había muerto. No me sabía explicar, pobrecito. Todos los chicos estaban conmocionados. Cuando llegamos al hospital estaban tirados en el piso, lloraban, se golpeaban la cabeza.

Esos hijos de puta lo mataron mientras él hacía lo que quería hacer. Luchando por su ideal. Hizo las cosas que sintió. Mariano vivió como sintió.

Ahora, nos acordamos de él, nos reímos, tratamos de recordar todas las anécdotas. Pero a veces no se lo puede recordar con alegría. No se puede. Hoy es mi cumpleaños. A mí me hubiera gustado que me llame, como hacía siempre, me hubiera gustado hablar con él. Hubiera querido estar con Mariano. Pero eso es algo que ya no va a pasar.

Remedios de Escalada

Los galpones, moles de ladrillo rojo y hierro, dominan un paisaje de pastos mal cuidados y surcados por rieles que brillan plateados entre la maleza. Al fondo, una torre —que protege un antiguo reloj a cuerda que aún funciona— rige los talleres ferroviarios de Remedios de Escalada, en Lanús. Las agujas marcan las seis y media cuando los primeros grupos de trabajadores llegan. Llevan mochilas colgando de los hombros o unos bolsitos tubulares aprisionados en las axilas. Visten jeans y remeras, la amabilidad de las temperaturas de octubre les permite ponerse camperitas o buzos livianos. Algunos llevan gorras con escudos de fútbol o camisetas con las señas particulares de equipos de la B. En los puestitos que se instalan junto a la entrada compran café, servido en vasos de plástico, que acompañan con unas facturas. Después de los primeros saludos y del segundo desayuno —ya desayunaron antes en sus casas— entran a los talleres de a tandas, con el paso lento de quien empieza el día. Son cuatrocientos hombres. La mayoría jóvenes, aunque también hay veteranos que superan los sesenta sin haber perdido vigor. Se dirigen a los galpones donde esperan vagones con desperfectos y locomotoras que necesitan mantenimiento. O hacia las otras secciones donde se reparan motores o se ponen a punto los sistemas eléctricos. Sin embargo, antes de llegar a sus destinos, pasan por los vestuarios. Abren los lockers y, mientras se ponen la ropa de trabajo, comentan el baile que emitieron en el programa de la noche anterior, hablan de la gripe que se contagiaron los chicos —«hay un virus», dicen— o, ya es miércoles, se chicanean sobre los partidos de fútbol que irán a ver el fin de semana, o que verán

por la tele, o se recomiendan lugares para salir el sábado por la noche. Algunos ríen y, al escucharlos, otros reconocen que comenzó la jornada laboral.

Los talleres ocupan tres hectáreas de terreno en Lanús. Se construyeron durante los primeros años del siglo XX, luego de que se decidiera trasladar los galpones de reparaciones ubicados en el barrio porteño de Barracas. El espacio contaba con sectores dedicados a talleres y almacenes, máquinas, fundición, pintura, aserradero, galpones para materiales, depósitos y herrería. Las obras también incluyeron un sector de viviendas para los obreros. Los talleres tenían una animada vida obrera y llegaron a contar con dos mil operarios que se ocupaban del mantenimiento de las formaciones. En el interior del predio existe un museo ferroviario que alberga vagones y locomotoras antiguas que se exhiben al público los fines de semana. Por esta razón, la presidenta Cristina Fernández declaró al Ferroclub Argentino «bien de interés histórico nacional» en 2008. Las construcciones, pese al paso del tiempo, mantienen su compostura.

Antes, cada mañana sólo 160 obreros atravesaban la entrada de los talleres de Remedios de Escalada. A partir de la constitución de Ugofe, en 2007, el número de trabajadores se elevó a 400. El mecanismo que incrementó el número de obreros fue atípico: la Lista Verde de la Unión Ferroviaria, a través de Juan Carlos «El Gallego» Fernández, Humberto Rolando Martínez y otros directivos sindicales, junto a los delegados del lugar, se transformaron en virtuales gerentes del departamento de Recursos Humanos. Supervisaban las entrevistas laborales que se hacían en el comedor colectivo, recomendaban gente para esas entrevistas y elaboraban las listas de ingreso a planta, que se conformaban con allegados personales y, sobre todo, habitués de las unidades básicas del PJ de zona sur. También barrabravas. Los directivos y delegados constituyeron un poder paralelo en los talleres. Tenían la prerrogativa de otorgar ascensos, realizar contrataciones, vetar beneficios o promover trabajadores a secciones con mejores condiciones de trabajo. La Verde, con

el visto bueno de la Secretaría de Transporte, conformó de esa manera una base adicta, además de una fuerza de choque. Los delegados, más que nunca, hacían valer el poder obtenido y lo ejercían sin ningún tipo de pudor.

No siempre había sido así. En la etapa previa a la privatización ferroviaria, los talleres de Remedios de Escalada no sólo eran una gran concentración obrera que nucleaba a dos mil trabajadores, sino que se convirtieron en uno de los centros de resistencia a las políticas menemistas. Frente a la inacción y complicidad con los planes privatizadores del gobierno que exhibían José Pedraza y la directiva de la Unión Ferroviaria, los trabajadores de los talleres se movilizaron por su propia cuenta no bien arrancaron los 90. Llegaron a realizar una asamblea de 1800 asistentes en el Viejo Teatro de Lanús, la cual designó una coordinadora por fuera de la estructura orgánica sindical para llevar adelante la resistencia. No sólo participaban delegados de la Unión Ferroviaria, sino también del gremio La Fraternidad y el sindicato de señaleros. La Coordinadora, que tenía un sustento fuerte en los talleres de Remedios de Escalada, se extendió y dirigió la huelga de 37 días de 1991 —la huelga más larga que se realizó en aquella época—, medida que fue derrotada y que significó el triunfo de los planes privatistas. Pedraza y la directiva de la UF apostaron a la derrota del conflicto. No era extraño que las asambleas ferroviarias fueran interrumpidas por bandas del sindicato. La iniciativa privada produjo consecuencias catastróficas entre el personal ferroviario: a nivel nacional, de casi 240 mil trabajadores que prestaban servicio en Ferrocarriles Argentinos, en la actualidad quedan alrededor de 15 mil. De casi 50 mil kilómetros de vías en uso, sólo sobrevivieron 7 mil. Más de 800 pueblos quedaron aislados. De los 2 mil trabajadores que componían el plantel de los talleres de Remedios de Escalada, sólo quedaron, después de los despidos y retiros voluntarios, alrededor de 300. Antes de 2007, se habían reducido aún más.

Sin embargo, no se había perdido para siempre la memoria de la resistencia antiprivatizadora. En Remedios de Escalada la

dirección de la Unión Ferroviaria, a través de la Lista Verde, no lograba ganar elecciones. La oposición triunfaba una y otra vez. De cualquier modo, el rígido sistema sindical ferroviario no permite delegados por empresa o sección, y la lista que gana la elección central impone todos los delegados. Durante la elección sindical en 2007, la Lista Verde tuvo que recurrir a la ampliación fraudulenta del padrón y llevarlo a 500 trabajadores, cuando el plantel de los talleres no superaba los 160. Fue la primera vez en muchos años que obtuvo un triunfo electoral en el lugar.

Después de la incorporación a dedo de más de doscientos trabajadores que respondían de modo adicto a los delegados de la Verde, un espíritu de derrota se expandió entre los activistas que habían dado batalla elección tras elección contra la dirigencia sindical de Pedraza. El acuerdo con la Secretaría de Transporte —comandada por Juan Pablo Schiavi, ex asesor de Mauricio Macri y cuyo segundo hombre es Antonio Guillermo Luna, dirigente de La Fraternidad—, que posibilitó que los delegados digitaran las incorporaciones, también respondía a la necesidad de reinstaurar la autoridad sindical en los talleres, a cualquier precio. El desánimo que ganó al activismo anti Pedraza era inducido por la sensación de que, ante la nueva situación, cualquier acción para el cambio era imposible. De todas maneras, aun en esa situación hubo conatos de rebelión al estado de las cosas. A principios de octubre, Jorge Hospital, guarda en la estación Lavallol y dirigente de la agrupación opositora Causa Ferroviaria, se acercó a la puerta de los talleres para repartir el boletín de su agrupación. Sus compañeros de Causa Ferroviaria debían salir a las 17 para sumarse a la actividad. Como Hospital había llegado quince minutos antes, se quedó dando vueltas en la entrada. Luego de unos minutos, un grupo encabezado por los delegados Gustavo Alcórcel, Aldo Amuchástegui y Marcelo «El Petiso» Suárez se dirigió hacia Hospital: «Rajá de acá, no tenés nada que hacer acá, vos sos de Lavallol», lo increparon. Empezaron a empujarlo mientras tiraban los boletines al piso. Lo iban llevando hacia uno de los túneles de entrada a los talleres, pero dudaron. En ese momento, Hos-

pital reaccionó y se escapó de la patota. Se retiró del lugar. Les mandó un mensaje de texto a sus compañeros para explicarles la situación. Le respondieron que regresara, que ya estaban en la fila para salir. Hospital regresó. Los delegados no volvieron a aparecer con la actitud amenazante, y los activistas pudieron repartir los boletines que habían recogido de la calle. El relato del apriete se esparció entre los trabajadores de los talleres. Al día siguiente, los lockers de los delegados en los vestuarios aparecieron con inscripciones: «¿Quiénes se creen que son, los dueños de los talleres?» «Patoteros». Días después, Causa Ferroviaria reorganizó la actividad en el lugar y, cuando llegaron los boletines, varios trabajadores les pidieron un pilón para repartirlos ellos mismos, como un repudio a la actitud patoteril de los delegados.

A las nueve de la mañana del miércoles 20 de octubre esos mismos delegados tuvieron una breve reunión y luego se separaron. Aldo Amuchástegui, Ricardo Arias, Gustavo Daniel Alcórcel, Miguel Toreta y Marcelo Suárez se dirigieron hacia todas las secciones e informaron a su «tropa» que debían prepararse para una movilización del sindicato. «Un acto», les dijeron a algunos. «Vamos a sacar a los zurdos de las vías», les dijeron a otros. También llamaron a trabajadores que no estaban en los talleres: «Quieren cortar las vías, venite», le dijo Amuchástegui a uno por celular. Sin embargo, sería equivocado afirmar que la obediencia fue inmediata. En varios casos los delegados tuvieron que charlar varias veces con algunos obreros para convencerlos. Ésa fue otra razón por la que apelaron a las llamadas telefónicas y convocaron a gente de otras seccionales. A la vez, hubo fidelidades extendidas: Daniel González, a pesar de que tenía licencia laboral y usaba un cuello ortopédico debido a una lesión que se había hecho jugando al fútbol, asistió ante el llamado de sus compañeros delegados.

Pablo Díaz, a cargo de la Comisión de Reclamos del Roca y referente máximo del sindicato en la zona sur, hizo llegar ese mismo día a la gerencia de Recursos Humanos de Ugofe un listado con los nombres de los trabajadores a los que debía licenciarse. La nota decía: «A los efectos que correspondan,

detallamos los nombres de las personas de los talleres de Remedios de Escalada que dejarán su actividad en el día de hoy». La lista había sido elaborada con antelación y los nombres incluidos en la nota señalaban a los trabajadores que los delegados consideraban dispuestos a concurrir a la defensa de las vías. Díaz, que no estaba en los talleres de Remedios de Escalada, se comunicó por celular con otras personas para convocarlos a la actividad. El registro de llamadas indica un intercambio telefónico entre Díaz y Cristian Favale, quien luego de conversar con el sindicalista partió hacia la cita, adonde llegaría con un grupo de entre siete y doce personas. Ninguna era ferroviaria. Favale pertenece a la barrabrava de la hinchada de Defensa y Justicia, y en la cancha era conocido como «Harry». Había sido condenado con anterioridad a una *probation* por amenazar con armas de fuego a una vecina suya. El largo camino que Favale recorrió con la intención de conseguir un puesto en los talleres del ferrocarril incluyó la participación en actividades en las que podía servir como fuerza de choque. Había participado del acto sindical en apoyo al gobierno de Cristina Fernández realizado el 15 de octubre en el estadio de River Plate. Y también había formado parte del grupo que, el 6 de septiembre, expulsó a los tercerizados cuando intentaron realizar un acto en el hall de la estación Constitución. Separados de los manifestantes por un cordón policial, los insultos y las amenazas de la patota habían determinado que se suspendiera el acto. El grupo que integraba Favale corrió a los manifestantes cuando se estaban dispersando. «Harry» contaba con la confianza de Pablo Díaz y por eso había sido propuesto por «El Gallego» Fernández para ingresar a los talleres mediante las notas que enviaba periódicamente a la gerencia de Recursos Humanos. Fernández había hecho llegar una nota a Héctor Messineo, gerente del área, que decía: «A continuación, le detallo los compañeros propuestos para ingresar». Entre otros veinte nombres, estaba el de «Favale, Cristian Daniel». Dos días antes de la convocatoria a sacar a «los zurdos de las vías», el barrabrava había tenido una entrevista laboral con el ingeniero Juan Cassarino, jefe de

los talleres de Remedios de Escalada. Díaz sabía lo que hacía cuando lo incluyó entre los convocados.

Alberto Carnevale, segundo de Pablo Díaz en la Comisión de Reclamos, también llamó a otros ferroviarios para que participaran de la acción contra los tercerizados. Uno de ellos aceptó ir y en el camino se cruzó con Gabriel «El Payaso» Sánchez, un barrabrava de Racing que había ingresado a trabajar al ferrocarril. Sánchez estaba entusiasmado con la actividad. En Constitución, éste se cruzó con un canillita que le había preguntado varias veces sobre el método para ingresar a trabajar al ferrocarril. «Venite, vamos a Avellaneda», invitó Sánchez al cruzarlo. «¿Para qué?», preguntó el canillita. «Tenemos que sacar a los zurdos que quieren cortar las vías». «Pero yo no soy ferroviario», se excusó el canillita. «Viejo, haciendo estas cosas ganás puntos. Así entré yo a laburar», explicó Sánchez. El canillita no pudo organizarse a tiempo y por eso no concurrió a la actividad. Cuando el trabajador que había sido llamado por Carnevale se cruzó con Sánchez, recibió un amable ofrecimiento: «Vamos en mi auto». Aceptó.

No tardaron en llegar a la estación Avellaneda. Cuando se estaban acercando a la cita, Sánchez sacó de la guantera del auto una bolsa de nylon que contenía un revólver. «Traje el muñeco», anunció. «¿Para qué lo traés?», le preguntó su compañero. «Si algo pasa, el Gaby de algún modo tiene que salir», dijo. Y rio.

Muchos de los trabajadores de los talleres que aceptaron concurrir a la cita de los delegados sabían que se dirigían hacia un episodio que podía incluir algún tipo de enfrentamiento, como el que había sucedido el 6 de septiembre, un mes atrás, cuando fueron reclutados para desalojar el acto en el hall de Constitución. A varios los entusiasmaba esa posibilidad. Otros aceptaron ir con la idea de ser liberados de sus tareas y, de este modo, regresar más temprano a sus hogares. De cualquier manera, sólo los directivos de la Lista Verde y los delegados sindicales sabían qué punto podía alcanzar la violencia si llegaba a desatarse.

Pablo

Cuando Mariano era chico le decían «El Bala». El origen del apodo es gracioso. Siempre le cortaban el pelo muy cortito porque tenía unos rulos que, si no los paraban, le formaban una melena tipo afro. También se contagiaba mucho de piojos y entonces lo rapaban. Mariano era de cara finita, alargada. Los compañeritos de la primaria empezaron a decirle: «Cabeza de bala». Es feo que te digan así. Si alguien me llamaba de ese modo, seguro nos hubiéramos agarrado a piñas o no le hubiera hablado más hasta que la cortara. A Mariano al principio el apodo lo jodía y se ponía a llorar. Pero con el tiempo empezó a reírse de sí mismo y del apodo. Y más tarde lo transformó en una especie de virtud. Los compañeros suyos del Partido Obrero le decían: «El Bala». Era otro ámbito, allí nadie sabía que antes le decían así, él mismo se debe haber presentado de ese modo.

De chico siempre fue bastante serio y después mantuvo esa característica. En esa época, además era muy llorón. Hasta la mitad de la primaria fue así, lloraba por cualquier cosa. Después aflojó. Tenía muchos amigos que iban a casa a jugar muy seguido. Cuando Mariano rompía esa coraza de timidez que mostraba al principio, te dejaba descubrir que era muy divertido. Siempre decía las cosas más desopilantes con una expresión seria, entonces potenciaba lo gracioso. Cuando se dejaba conocer, te ganaba de esa manera.

Mientras viví en la casa de mis viejos, hasta los 22 años, siempre dormí con Mariano en la misma habitación. Y una vez que regresé de un viaje a Europa volví a estar en esa misma habitación con él. Como mis viejos laburaban todo el día, como hermano mayor tuve que asumir una responsabilidad más paterna. Con mis hermanas me llevo muy bien, pero capaz que establecí un vínculo

más estrecho con Mariano por una cuestión de género. Al estar juntos en una pieza compartimos un montón de cosas.

Yo empecé a militar en el PO en el año 2000. Militaba en la Casa de Cultura de Avellaneda. Una vez lo vi aparecer a Mariano. Jacyn, que militaba conmigo, le había dado unos volantes para repartir. Así empezó. Yo no tuve mayor influencia en su militancia política. No quise tenerla. Él hizo su camino. Cuando dejé de militar, Mariano heredó toda mi biblioteca de marxismo. Es extraño, ahora la voy a recuperar.

Sí tuve influencia en la música o en el cine. Escuchábamos las mismas bandas, incluso íbamos a recitales juntos, con todo lo complejo que puede significar salir con tu hermano menor, y con la distancia en años que nos separaba. Fuimos a ver a los Reincidentes, no importaba que fuera muy chico, igual lo llevábamos con nosotros. Los escuchaba mucho. También le gustaba mucho Palo Pandolfo. Últimamente, no dejaba de escuchar a Mars Volta. Y le encantaban Pink Floyd y Lhasa, muchísimo. Pero Mariano no tenía una búsqueda musical, como yo, por ejemplo, que escucho nuevas bandas todo el tiempo. Tal vez él tenía una cosa más de músico, que se queda con lo que le gusta para aprender hasta poder llegar a tocar eso que lo enganchó. Siempre tocó la guitarra mejor que yo, incluso me enseñó a tocarla mejor. Y no se quedaba, buscaba nuevos instrumentos para tocar. Aprendió a tocar el acordeón y después el teclado.

Tuvo algunas bandas. Me contaba de un modo tragicómico la movida que había tenido con una: se habían reunido en el McDonald's, empezaron a hablar de la banda y, por la conversación, infirió que ya no formaba parte de ella. Habían empezado a hablar del nuevo guitarrista. Lo habían rajado sin decirle. Mariano lo contaba muy gracioso.

Íbamos al cine Village o al del Alto Avellaneda. Ahí veíamos películas pochocleras para divertirnos. En casa mirábamos otro cine. Le gustaba mucho Takeshi Kitano. Desde muy chico se hizo fan de David Lynch. Nos gustaba el cine europeo y algunas cosas del cine americano. De todos modos, a Mariano nunca dejaba de gustarle algo de las películas que veíamos, en cambio si a mí no

me gustaban, salía puteando. La última vez que fue a casa vimos una versión animada de la historieta Corto Maltés. También le gustaba ver series. Podía estar una noche viendo una temporada de Dr. House sin parar.

No era un fundamentalista. Me cargaba, por ejemplo, con que a mí me gustaba siempre lo mejor. Yo decía: «Vamos a tomar este vino que…» y Mariano me interrumpía: «Sí, que es el mejor». Decía que para mí las cosas se realizaban en esos términos, eran o «lo mejor» o «lo peor». En cambio, él era más relajado. Tenía amigos de todos lados. A veces, militar en un partido como el PO lleva a que las relaciones se limiten a esos ámbitos. Pero él conservaba a algunos amigos de la secundaria. Y sobre todo a los de teatro.

Mariano, a pesar de esa timidez esencial, en realidad tenía una gran expresividad. Al empezar la adolescencia hizo teatro en un centro cultural de los radicales. Era un grupo de gente más grande que él, con los que enganchó bien. Una vez lo fui a ver. Ponían una obra que se llama *No hay que llorar*, de Tito Cossa. Hacía el papel de un tipo medio borracho. La verdad le salió muy, pero muy bien. Yo esperaba que fuera una puesta medio bochornosa, pero se entregó al personaje de una manera impresionante. Cuando entró en escena no lo reconocí. Había cambiado la voz y la postura. Se había transformado por completo. Me sorprendió un montón. Tenía mucho potencial ahí.

Yo lo veía buscando algo que también lo estabilizara. Creo que había puesto en ese foco al trabajo. Cuando empezó a trabajar fue un cambio muy grande. Cuando empezás a trabajar, dejás de ser un niño. Venía a casa y decía: «Dejá, yo compro tal cosa». Después de que terminó su contrato venía y era otra vez un niño. Ahora estaba definiendo qué iba a estudiar. Había estudiado dos años del profesorado. Le había ido bastante bien. Estaba viendo dónde se iba a ubicar socialmente. Lo entusiasmaba la idea de la Universidad de Avellaneda y estudiar Cine o Gestión Cultural. También pensaba si retomar Historia y terminar la carrera. Además pensaba que eso le podía brindar un lugar de militancia gremial, siendo docente. Lo vi muy serio y pendiente de resolver ese tema.

Cuando me casé, quise que los testigos de boda fueran un amigo, mi mejor amigo, y mi hermano. Era importante para mí. Me dijeron que se podía tener dos testigos pagando un adicional, y lo hicimos. Aunque hasta último momento siempre estuvo en vilo esa posibilidad. Tenía unos documentos todo rotos que no iban a servir, y yo lo llamaba preguntándole si ya los había renovado. Y empezaba: «No, pero llamé y no sé qué». Siempre inventaba alguna historia inverosímil. Sólo lo pudo hacer por la insistencia de mi vieja, que casi lo obligó a hacerlos. Fue raro. Fuimos todos empilchados y él fue así nomás, como si fuera un día cualquiera. Con una chomba y jean. Yo había aclarado que no era con traje, pero tampoco era para ir como te vestís todos los días. Te repito, para Mariano la ropa no tenía ninguna importancia.

Mi esposa se llevaba muy bien con él. Esto que pasó la afectó muchísimo. Estuvo conmigo en el peor momento. Ella tuvo que reconocer el cuerpo en la morgue porque yo no podía. Fue muy duro.

Mariano tenía, con mi viejo, una relación más distante. Cuando llegó la adolescencia, la rebelión contra los padres lo eligió a él y por eso la distancia. En el último tiempo, eso se revirtió y estaban más cercanos. Yo creo que lo que pasó afectó mucho más a mi papá. Creo que se quedó con muchas cosas que quisiera haberle dicho. Mi papá fue una de las pocas personas que, durante el velorio, se quedaron a solas con Mariano. Tal vez usó ese momento para decirle algunas de esas cosas que ya no podrá decirle jamás en persona.

11:35

El objetivo es —y por eso la movilización avanza en sentido contrario a las vías— desorientar a «la patota». Así llaman los manifestantes a ese grupo de hombres encaramados sobre el terraplén del Roca que los insultó a los gritos cuando partió la marcha. «¡Cagones!», gritaban, «¡zurdos de mierda!» La patota. Enfundados en pantalones lila y camisas de tela Grafa atravesadas por franjas amarillas fosforescentes muchos. Otros sin el uniforme de trabajo, de «civil». En la cabeza, varios usan gorras verdes de la lista que dirige el gremio desde siempre. «Son del sindicato», se comentan entre sí los rezagados de la columna mientras terminan de doblar por la calle Rosetti. Ya nadie canta la cancioncita de los tercerizados. Siguen a la cabecera de la columna, se pasan botellas de agua para refrescarse, comentan la presencia de los ferroviarios en los rieles. «Mirá vos», dice una manifestante, «ahora no mandan a la policía, sino a estos para que no nos subamos a la vía». Mueve la cabeza de un lado a otro mientras avanza por el asfalto de una calle poblada de casitas bajas de clase media. Detrás, un patrullero los sigue a marcha de hombre. Los policías están sorprendidos por el recorrido inesperado, y uno se baja y alcanza la cabecera de la marcha para preguntar qué camino van a seguir. «Para ordenar el operativo de tráfico», dice. Sobre la vereda hay autos estacionados y unos tercerizados especulan que se debe a que el colectivo pasa por allí y que la calle es demasiado angosta como para arriesgarse a dejar los coches y que sean chocados. Un militante de la FUBA de Avellaneda señala a un compañero el dibujo en una pared. Es un Ernesto Guevara con la boina clásica que tiene los ojos demasiado saltones. Al lado de la barba,

está escrito: «Che». Alguien agregó con aerosol: «Puto». Los dos militantes ríen. El sol del mediodía acaricia con tibieza.

En la primera fila de la columna se encuentran los dirigentes de las organizaciones que van dibujando el mapa del recorrido en su cabeza, aunque saben que será difícil despistar a la patota. Dos pibes jóvenes caminan hombro a hombro y hablan en voz baja de vez en cuando. Uno tiene 23 años y el otro 24, y son los responsables del trabajo político del Partido Obrero en Avellaneda y en Lanús, respectivamente. Tienen un gesto de gravedad que tal vez imaginen propio de su rango de militancia. Pero al pasar ante el dibujo del Che, también sonríen.

La columna avanza por Rosetti, por donde no es común que avance una protesta sindical. Salvo los 26 de junio de cada año, cuando los actos en conmemoración de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, asesinados por la represión estatal en el Puente Pueyrredón en 2002, llenan de gente el barrio. Una vecina interrumpe los preparativos del almuerzo al escuchar ruidos de multitud y sale a la vereda para chusmear. «Era mucha gente, caminaban tranquilos para el lado de la fábrica. Después volvieron a pasar», recordará tiempo después.

«La fábrica» son las antiguas instalaciones de la metalúrgica TAME, cerrada en 1974: una mole de ladrillos rojos que se extiende por Rosetti cuando empieza el empedrado. La marcha ya ha avanzado media cuadra por allí cuando uno de los dirigentes se golpea la cabeza con la mano: «¡Pero la puta madre! Paren, paren que por esta calle no salimos a ningún lado», les dice a sus compañeros, que se detienen a escucharlo. El dirigente les explica su descubrimiento y, mientras habla, algunos ponen cara de fastidio a la vez que otros sonríen, tentados. Cuando se ve que no hay otra opción, un hombre que lleva un pañuelo celeste atado al cuello levanta las manos mostrando las palmas a los manifestantes y un tercerizado apunta hacia atrás con el dedo índice: «¡Media vuelta! ¡Vamos para atrás! ¡Atrás!» Después de detenerse, un murmullo gana a los manifestantes, que se preguntan qué pasó. El tercerizado que sostiene la bandera le susurra a un compañero: «Si seguimos así, nos van a

reincorporar el día del arquero». En la confusión del retroceso, las mujeres aprovechan para sacar las botellas de agua fría y aliviar la sed. Parados en la puerta de su almacén, un matrimonio mayor comenta la extraña maniobra de ida y vuelta que acaban de hacer los manifestantes mientras una piba jovencita se separa de la columna, ingresa al local y pide un alfajor.

Los manifestantes vuelven a organizar la columna: de adelante hacia atrás se ubican los tercerizados, el Partido Obrero, el Movimiento Teresa Rodríguez, la Coordinadora Aníbal Verón y Convergencia de Izquierda. Emprenden el retroceso hasta que llegan a la calle Giribone, donde doblan. Los dirigentes están otra vez en la cabecera. Uno advierte: «¿Y éstos?», señalando a cinco hombres que caminan juntos por la vereda. «Serán canas de civil», dice el hombre del pañuelo celeste al cuello. «No. Ahí va el hijo de Luna», dice un tercerizado y señala con un movimiento de cabeza a un hombre joven. «Luna» es Antonio Guillermo Luna, el subsecretario de Transporte que proviene del gremio La Fraternidad, uno de cuyos hijos es ferroviario. Un dirigente del PO se acerca a uno de los policías y le pregunta: «Escúcheme, ¿esta gente es suya?» El policía mira al grupo: «No, no», responde. «Entonces son de la burocracia y no los queremos acá, nos están provocando», reclama. Uno de los dirigentes de los tercerizados se acerca al grupo e increpa al supuesto hijo del funcionario: «Pero ustedes tienen que estar acá, con los trabajadores; ¿por qué tu viejo nos ataca, loco? Somos trabajadores». Nadie le responde. Las cuadras de Giribone son más cortas y la movilización se aproxima a la esquina, donde hay un edificio derruido y, enfrente, la comisaría 2ª de Avellaneda. El policía se acerca a esos hombres e intercambian unas palabras. Luego, esos individuos se dirigen hacia la comisaría e ingresan con tranquilidad al edificio. «No serán de civil, pero son amigos de los ratis», dice un tercerizado. Desde la esquina, los manifestantes pueden ver otra vez las vías del ferrocarril. Sobre ellas, se divisa a los ferroviarios caminando. «Al final, terminaron cortando ellos las vías», suspira una mujer fornida. En

la próxima esquina la movilización llegará a la calle Coronel Bosch, que corre en paralelo a las vías del ferrocarril.

Las casas de la calle Bosch son más humildes. Algunas tienen las paredes descascaradas, unos vecinos están sentados en la puerta de su hogar tomando mate, un cartel ofrece sándwiches de milanesa en un kiosco muy improvisado. En la vereda que bordea el terraplén —que está custodiado por unas rejas metálicas— hay chasis de autos quemados. Cuando la manifestación toma Bosch, ve que detrás, a quince metros y sobre los rieles, avanza la patota ferroviaria. «Ninguna provocación», indican los dirigentes a los manifestantes, «nada de insultos». Mientras un grupo de la infantería con cascos se dispone a vigilarlos, alguien empieza a cantar: «¡Unidad / de los trabajadores, / y al que no le gusta, / se jode, se jode!» El canto se generaliza. Unas mujeres mueven las palmas de las manos dirigiéndolas hacia los ferroviarios, como si con su impulso las palabras pudieran llegar mejor a sus oídos. En las vías, unos cuantos ferroviarios responden: «¡Piqueteros putos! ¡Vayan a laburar! ¡Mugrientos! ¡Hijos de puta!» La mayoría permanece en silencio. «Ninguna provocación», repiten los dirigentes de la marcha de los tercerizados y alientan el cantito de unidad, que resulta un poco ridículo en esa situación. Una joven codea a su compañera y señala unas letras pegadas en las rejas de la estación: «IXAM OIRAD», dicen vistas desde la calle. «Es por Maxi y Darío, le cambiaron el nombre a la estación», explica. La movilización avanza.

El Riachuelo marca el límite entre el Gran Buenos Aires y la Capital Federal. La calle Bosch se interrumpe en el Puente Viejo, que une las dos localidades. Al acercarse la movilización al puente, la infantería de la Policía Bonaerense se detiene y alinea a lo ancho de toda la calle: su jurisdicción acaba en ese lugar. Una villa miseria se extiende desde los dos costados del puente y, enfrente —cruzando el río, ya en Capital—, otra parece ubicada como si fuera un reflejo espejado. Los manifestantes, que ya no cantan, empiezan a cruzar el puente. La patota parece haber quedado atrás. Apenas se atraviesa el puente,

hay un destacamento de la Policía Federal. Las puertas están cerradas, no parece haber nadie dentro. Un poco más adelante, la reja que protege el terraplén deja ver una abertura. «Por ahí decía yo», señala un tercerizado. Los dirigentes miran las vías y asienten. Es la oportunidad para subir a los rieles y realizar el corte planificado. «¡Vamos, vamos!», grita uno. Un pequeño grupo sube con agilidad el terraplén de tierra resbaladiza. Cuatro manifestantes llegan a las vías y otros fracasan en el intento, entre ellos, el pibe de 23 años responsable de Avellaneda que se resbala una y otra vez. El de Lanús, en cambio, logra llegar a su objetivo. Junto a los tercerizados que también pudieron subir, forman un pequeño escuadrón que espera que los demás se les unan. Los ferroviarios, que se habían detenido, comienzan a correr hacia ellos y a insultar: «¡Fuera, mugrosos! ¡Las vías son de los ferroviarios!» La corrida es caótica, las piedras que pueblan las vías la dificultan. Un hombre de pelo largo grita: «¡Viva Perón!» El ferroviario que corre a su lado se detiene tentado por la risa. Los demás siguen corriendo. Algunos tienen un estado de exaltación desmesurada. Cuando están a una distancia conveniente, los miembros de la patota toman cascotes y los lanzan a los cuatro manifestantes que lograron subir el terraplén. El pequeño escuadrón está preparado y responde con más piedras mientras espera que sus compañeros se les unan, a la vez que esquiva los cascotes que llueven desacompasados. La patota empieza a lanzar piedras a los manifestantes que están debajo del terraplén para que no intenten subir a las vías. Los hombres las recogen y las devuelven a los atacantes, aunque las parábolas de la gravedad hagan casi inútiles esos tiros. Además del reguero de aerolitos, los insultos de un lado y otro se confunden y pueblan el ambiente con un coro inentendible y desordenado. Sobre las vías, los tercerizados y el responsable de Lanús se dan cuenta de que nadie los pudo acompañar. «Rajemos, che», dice uno y todos le hacen caso, caminando hacia atrás sin dar la espalda a la patota, esquivando las pedradas y con los brazos cubriendo sus cabezas, por si acaso. Se deslizan por el terraplén y se unen a sus compañeros, que siguen sien-

do bombardeados a cascotazos. «¡Vamos, vamos! ¡Retirada!», gritan los dirigentes. Ya varios manifestantes se han ido del lugar refugiándose en los pasillos de la villa. Las columnas del Partido Obrero y los tercerizados agrupan a sus militantes para intentar una retirada en orden y, para ello, un grupo de hombres forma una línea de seguridad que repele el ataque con las piedras que quedan en la calle. Alguno usa una gomera para la defensa. En ese momento, la infantería, que se había detenido antes del puente, lo cruza corriendo, violando la jurisdicción que le corresponde, y empieza a disparar balas de goma a los manifestantes. Dos fornidos militantes del Partido Obrero corren hacia el jefe del operativo y, exaltados, lo increpan: «¡Hijo de puta, me estás tirando a mí cuando son los de arriba los que están atacando; pará la mano, viejo!», le dice un dirigente nariz a nariz al oficial. Un policía se acerca y los separa con su Itaka. Luego el comisario da una orden y la infantería deja de disparar. Cuando los dirigentes se dan vuelta, ven que la columna se pudo apartar del foco del ataque y que la patota cesó la agresión. Al trote, se unen a los manifestantes que se resguardan caminando por las veredas. «Vamos, para adelante, para adelante», ordena un hombre. Elsa, la coordinadora del comedor, se frota el antebrazo, que le duele por el impacto de una piedra. Un tercerizado reclama: «¡Volvamos a enfrentar a esos hijos de puta!», pero nadie le hace caso. Desde las vías se escuchan otra vez los gritos: «¡Putos, con los ferroviarios no se jode! ¡Piqueteros cagones!» Muchos manifestantes respiran agitados. Los que pueden constatan heridas en los cuerpos de sus compañeros sin dejar de caminar. Los dos jóvenes responsables de Avellaneda y Lanús vuelven a juntarse. Uno intenta una broma: «Jefe, ni siquiera pudiste subir, loco». Esbozan una sonrisa, pero el clima generalizado es de decepción y bronca. Hay pocas conversaciones.

Para la mayoría, el ataque de la patota es una experiencia inédita. Un tercerizado pudo reconocer a dos ferroviarios con los que se cruzaba cotidianamente hasta que fue despedido. Recuerda que hasta se saludaban. Agita la cabeza y aprovecha

para palparse las sienes, que no están heridas. Si bien varios militantes enfrentaron la represión policial en muchas ocasiones, nunca habían experimentado la violencia producida por otros trabajadores. Les resulta difícil separar los sentimientos que los atraviesan, donde se mezclan la indignación, la rabia y, también, una cierta tristeza. Sin embargo, un dirigente de la marcha recuerda de pronto las épocas de la privatización del ferrocarril. En esos tiempos trabajaba en los talleres de Remedios de Escalada y encabezaba la resistencia a los planes menemistas. Las imágenes de los grupos de choque de la dirección sindical irrumpiendo en las asambleas, que se transformaban en bataholas monumentales, asaltan su memoria. «Ésos no son trabajadores, eso es una patota. Qué hijos de puta», murmulla hablando para sí. El tercerizado camina con la mirada perdida en el asfalto, rumiando el enojo y la decepción.

La columna recorre dos cuadras más. Pasan por un galpón de ómnibus de la empresa Chevallier, cuyos empleados se asoman para mirar la curiosa caravana. Los manifestantes llegan a una esquina donde unas parrillitas callejeras lanzan el humo de los choripanes de la hora del almuerzo. «Acá está bien», dice uno de los dirigentes. La movilización se detiene. Varios se sientan en el asfalto o, cansados, directamente se acuestan en la vereda. Un tercerizado se acerca al parrillero. Metiendo la mano en el bolsillo, pregunta: «¿Cuánto cuesta un choripán?»

Las patotas sindicales: tercerización de la represión

Durante el primer año del gobierno de Néstor Kirchner, se debatió acerca de la creación de una «brigada antipiquetera». El proyecto, que fue difundido por una nota del *Buenos Aires Herald* del 9 de noviembre de 2003, planteaba que una de las posibilidades era que «una CGT unida —probablemente bajo Moyano—, podría actuar como la brigada antipiquetera del gobierno». El tema no se volvió a tocar, pero los hechos hablan por sí solos.

«Eran unos treinta monos», comentaría luego, refiriéndose a su número y a su tamaño, una de las enfermeras que, el 10 de octubre de 2006, fue golpeada cuando una patota integrada por barrabravas de Chacarita y All Boys, y encabezada por el puntero kirchnerista Sergio Muhamad, ingresó al Hospital Francés al grito de «es la gloriosa JP». Muhamad y los barras respondían a Héctor Cappacioli, mano derecha del entonces jefe de Gabinete Alberto Fernández y actualmente procesado por la causa de los medicamentos adulterados. Días después del ataque, se difundieron fotos de Muhamad abrazado con Néstor Kirchner. El sanatorio estaba ocupado por sus trabajadores y el grupo de choque ingresó para desalojarlos violentamente, golpeando hasta a los pacientes y destruyendo las instalaciones. La infantería, declararon los testigos, sólo llegó al lugar para proteger a los agresores de la furia de los trabajadores, que se habían reagrupado. Un modus operandi, que ya se había puesto en práctica anteriormente, llegaba de esa manera a los noticieros en el horario central. Paradójicamente, si bien el discurso del gobierno rechaza el uso policial de la represión,

se adoptaron nuevos métodos para poner en funcionamiento un mecanismo que reprimiera físicamente a los trabajadores en lucha. La represión se tercerizó a través de patotas sindicales.

El primer antecedente de la nueva modalidad se había producido el 6 de enero de 2005, cuando cientos de matones llegaron a la planta Parmalat (Carapachay, provincia de Buenos Aires), que se encontraba ocupada por sus trabajadores, en siete micros, seis trafics y catorce autos particulares encabezados por el secretario general del sindicato de los trabajadores lecheros (ATILRA), Héctor Ponce. Los matones bajaron armados, rompieron el portón de entrada y parte de las instalaciones, golpearon a los trabajadores, robaron, saquearon y se fueron. Varios delegados de la comisión interna tuvieron que ser hospitalizados. Un año después, en marzo de 2006, la modalidad se repetiría cuando una patota de la Uocra y de petroleros desalojó un corte de ruta de los docentes en Neuquén. En mayo, otra patota, esta vez ordenada por el secretario general del sindicato no docente de la UBA, Jorge Anró, agredió a estudiantes que participaban de la ocupación de la Facultad de Medicina. El año siguiente comenzó con diversas huelgas docentes reprimidas en forma «tradicional» (en Neuquén, el docente Carlos Fuentealba fue asesinado por la policía provincial; y en Santa Cruz, pago chico del entonces presidente, las escuelas fueron militarizadas con la Gendarmería); pero pronto se volvería a hablar de patoteros. Ese mismo 2007 la intervención del Indec fue acompañada, ante la resistencia de sus trabajadores, con el hostigamiento de matones movilizados por la dirección del gremio UPCN. El método no era privativo de las huestes de la CGT: unos patovicas del sindicato centroizquierdista de los trabajadores de prensa (UTPBA) agredieron hasta dejar sangrando y tirado en la calle al periodista Tomás Eliaschev, en ese momento redactor de *Perfil*, que se había acercado a la sede sindical a pedir el apoyo a un conflicto. Hacia fin de año, una patota del Sindicato Obreros Marítimos Unidos (SOMU) ingresó sin ser detectada por la Prefectura a Puerto Madero —la zona más vigilada de la Capital Federal—, y luego al Casino Buenos Ai-

res —el predio más vigilado de Puerto Madero— para atacar a una asamblea de sus trabajadores que luego sufrieron despidos e iniciaron una larga huelga que fue varias veces reprimida por la Prefectura. El dueño del casino, Cristóbal López, es un empresario muy cercano al gobierno nacional y goza de varias concesiones en el negocio de los juegos de azar. En ese mismo verano, en enero de 2008, en Dana, una empresa autopartista, un piquete de trabajadores que reclamaban su reincorporación fue atacado por una patota equipada con varas de metal. En Volkswagen Pacheco, patoteros golpearon a militantes del PO que intentaban distribuir un panfleto en la puerta de la fábrica. No habían pasado treinta días, cuando matones de la UTA, uno de los gremios aliados históricamente con Moyano —aunque en la reciente disputa con el gobierno de Cristina Fernández y el camionero, la UTA decidió abandonar esa alianza—, entraron a los tiros en las instalaciones de la línea 60 para interrumpir una elección de delegados que iba ganando la oposición.

En diciembre, la patota del gremio ATILRA (trabajadores lácteos), reclutada desde diversos puntos del país, se juntó en Rosario para invadir el local de esa seccional, que era conducida por la oposición. En medio de la batahola —que se desarrolló ante la mirada pasiva de la policía—, Hugo Cornejo, un obrero cordobés, recibió un disparo que lo mató. El escándalo no llegó a mayores porque Cornejo era miembro de la partida agresora y todo indica que el balazo provino de su propio bando.

Los trabajadores de Metrovías recibieron numerosos ataques por parte de patoteros de la UTA que intentaban detener la creación de un nuevo sindicato en el subterráneo. Metrovías es operada por el grupo Roggio, a su vez integrante de Ugofe, el concesionario del Ferrocarril Roca.

En mayo de 2009, una patota del Sindicato de Petroleros Privados, dirigido por «Chaco» Segovia, afín al kirchnerismo, atacó a trabajadores petroleros tercerizados con contratos de la construcción, que cortaban el acceso a una refinería en Punta Loyola, Santa Cruz; la policía caminera había sido alertada de la llegada de una caravana de matones, pero la dejó pasar. Ya

en 2010, en la construcción de Atucha II, trabajadores de Techint reunidos en asamblea impulsada por una lista opositora en reclamo de salarios fueron agredidos por una patota de la Uocra que los atacó a los golpes, con ladrillos y con armas blancas, dejando hospitalizados a los delegados de base Hernán «Colo» Fernández (Techint) y a ««Beto» Setun (Electroingeniería). Fernández recibió catorce puntazos.

Con posterioridad al asesinato de Mariano Ferreyra, los incidentes no se detuvieron. En Santa Cruz, a principios de noviembre de 2010, una movilización de trabajadores estatales en defensa de las jubilaciones provinciales fue atacada por una patota de la kirchnerista Uocra local. Ese sindicato declaró en enero de 2011 que si los docentes, tal como habían anunciado, no empezaban las clases, los obreros de la construcción defenderían el derecho de sus hijos a estudiar. La declaración, conocidos los antecedentes de la organización, fue una velada amenaza contra la huelga y las protestas. Amenaza que fue cumplida. El 11 de abril de ese año una manifestación que se realizaba a la vera de la ruta por donde debía pasar el gobernador kirchnerista Daniel Peralta fue atacada salvajemente por una patota de la Uocra. Hubo 17 docentes heridos de diversa gravedad. Meses más tarde, frente a otra gran huelga docente en la provincia de los Kirchner —que fue acompañada por tomas de establecimientos por parte de los estudiantes— una patota de La Cámpora, impulsada por Rudy Ulloa, ocupó la sede sindical y retuvo a su secretario general Pedro Muñoz hasta que, en horas de la madrugada, decidieron retirarse luego de haber producido destrozos en el interior del edificio.

El ramal Roca del ferrocarril también tiene sus antecedentes. Alfonso Severo se desempeñaba como gerente de contingencias en la estación Constitución, en la línea Ferrobaires, empresa donde su ex director duhaldista Alberto Trezza continúa teniendo gran influencia (al cierre de esta edición la empresa fue intervenida por el gobierno de la provincia de Buenos Aires). El 19 de agosto de 2010, Severo, que había sido hasta mediados de los ochenta militante de la Lista Verde de la UF, llegó

como todos los días a las nueve de la mañana a su trabajo, que quedaba en Hornos 97. El personal iba llegando mientras los que ya lo habían hecho tomaban unos mates. De pronto, vieron acercarse a un grupo de treinta personas, encabezadas por Héctor «Chuly» Carruega, Norberto «El Gordo» Saldaña y Daniel «Santa Fe» Hess, los dos últimos trabajadores del ferrocarril, aunque con antecedentes de pesados (Hess había sido uno de los líderes de la barrabrava de Banfield y Saldaña auspiciaba en las instalaciones de Ferrobaires un gimnasio donde se practicaba box, lugar que varias personas indicaron como un aguantadero de armas de fuego). Carruega, en ese momento, era una de las cabezas del negocio de la venta ambulante en el ferrocarril. Los conductores del grupo les informaron que debían abandonar las oficinas. Severo trató de hablar con las autoridades del ferrocarril, pero nadie le supo informar. Entonces se negó a retirarse hasta que hubiera una orden oficial. «La Policía Federal que actúa en Constitución liberó la zona», denuncia Severo, ya que llamó a los oficiales, pero ninguno acudió al sitio. Severo plantea que en ese momento sacaron armas y empezaron a agredir violentamente a los trabajadores que querían expulsar. Éstos decidieron irse. En ese momento, el Clio en el que partió Severo, que sangraba, fue alcanzado por una bala. Carruega, que ingresó a trabajar al ferrocarril y hoy es gerente de atención al público, es sindicado como uno de los jefes de la fuerza de choque en el ferrocarril y tiene varias denuncias y causas judiciales iniciadas, muchas en Mar del Plata, por encabezar acciones violentas contra los trabajadores.

Esta larga enumeración, que es incompleta, muestra una realidad que suele ocultarse. ¿Qué tienen en común todos estos casos? Todos fueron ataques orquestados por direcciones de los sindicatos contra trabajadores que reclamaban mejoras en sus condiciones laborales. Las mismas direcciones sindicales que deberían defender sus derechos. En todos hubo inacción por parte de la policía. Todos los ataques de las patotas quedaron impunes.

Betiana

Fuimos novios durante casi dos años, pero incluso después de que dejamos de salir, seguí en contacto con él. La relación que tuvimos no se pareció a ninguna otra que haya tenido después. Por eso a Mariano nunca dejé de hablarle y de tenerle cariño a pesar de que el tiempo, desde que dejamos de ser novios, había sido mucho.

Nos conocimos en el colegio. Fuimos compañeros desde que teníamos 16 años, cuando entré a su curso en el segundo año del polimodal. Mariano se juntaba con el grupo hinchapelotas del aula, aunque era el más ubicado de los hinchapelotas. Tiraban papelitos, tizas, y podían hacer bromas peores. Era gracioso; cuando los castigaban Mariano quedaba en la posición del «yo no fui» y zafaba. Además era respetuoso con los profesores y se cagaba de risa con los amigos: sabía cuándo hacer una joda y cuándo no. A mí no me interesaba mucho, pero Mariano estaba metido en el centro de estudiantes y salió elegido como delegado de nuestro curso.

No tenía problemas con ninguna materia. Era muy inteligente. Nos empezamos a conocer y nos hicimos amigos cuando me ayudó a estudiar para rendir las que yo me había llevado. Podía ayudarme en cualquier materia.

El último año de la escuela nuestra amistad se afianzó. Hacíamos fiestas para recaudar plata para el viaje de egresados, además sabíamos que un ciclo se terminaba. Estábamos todos contentos, nos empezamos a llevar mejor entre todos y a conocernos.

Nuestro viaje a Bariloche fue muy lindo. Salíamos a bailar, hacíamos excursiones, la pasábamos bien. En ese viaje tuvimos nuestro primer acercamiento. Estábamos en un boliche y, no sé cómo, me perdí. Estaba sola y no encontraba a nadie. Entonces lo vi. Mariano se acercó y me acompañó, hasta me llevó a la puerta del baño para

que no me perdiera. Cuando salí, él seguía ahí. Entonces nos dimos un primer beso. Después, nos quisimos mucho. Lo quise mucho.

Éramos más bien caseros. Nos quedábamos juntos en su casa, mirábamos películas, éramos una pareja tranqui: para pasarla bien sólo necesitábamos estar juntos. Me acuerdo que, cuando llegábamos a su casa, entraba a su habitación, era todo un desastre y yo me ponía a limpiar. Mariano era un verdadero desordenado.

En las vacaciones íbamos a Mar del Plata con su familia. Me llevaba a visitar a la abuela, al abuelo, a la madrina. Mariano me acompañaba a visitar a mis abuelos. También salíamos a bailar. Si me decía que no quería, yo lo hacía bailar igual. Y la cumbia le encantaba. Bailaba muy bien. Me acuerdo del cumpleaños de quince de la hermana: cómo se divirtió. Cómo nos divertimos.

La ropa no le importaba para nada. Es más, parecía que no le importaba nada de lo material. A Mariano le bastaba con tener en el bolsillo las monedas para moverse en el colectivo, para ir a sus reuniones o sus marchas. Varias veces que nos quedamos solos en su casa nos dimos cuenta de que no teníamos nada para comer y, entonces, revisábamos todos los bolsillos hasta encontrar algún billete y unas monedas que nos permitieran comprar pan y fiambres. ¡O arroz!

Militaba mucho. No sé si me molestaba, pero me preguntaba por qué estaba tan metido en el partido. Me llamaba la atención que le dedicara tanto tiempo sin que le diera ningún beneficio que lo pudiera ayudar. Compartíamos mucho, pero teníamos esa diferencia. Hablábamos sobre política, pero yo siempre tenía una diferencia con él. Tampoco es que me interesara tanto como a Mariano. De todos modos, una vez fuimos juntos a un campamento de la juventud del partido. También fuimos a la marcha por los pibes de Cromañón. Habían muerto muchos chicos jóvenes.

A veces, las cosas de pareja no se dan, pero eso no quita el cariño que se puede sentir por la otra persona. Siempre quise mucho a Mariano. Después de todo, sabía que siempre podía contar con él. Es algo que siempre supe. Siempre.

Nicolás

Empecé a militar en tercer año del secundario, en 2003. El 20 de diciembre de 2001 yo había ido a la plaza y fue un hecho que me marcó mucho. Quería militar. Teníamos un amigo en común, «El Chaca», que me contó que Mariano estaba en el Partido Obrero. Lo llamé y estuvo una hora entera taladrándome el cerebro, me habló de la necesidad de organizar a los secundarios y me convenció. Entonces me acerqué a ellos para militar. La primera vez que nos vimos fue en una charla a la que me invitó y que se hacía en el CBC. Enseguida nos hicimos amigos. Siempre fue tímido, pero también era un pibe que iba para adelante. Lo que tenía de tímido lo suplía con disciplina y convicción. No tenía ningún problema en estar a las ocho de la mañana en Villa Inflamable para hacer una actividad. Empezamos a militar con la gente del CBC, pero después de un tiempo nos separamos para organizarnos como secundarios. Es difícil organizar centros de estudiantes en provincia porque no hay una tradición en ese sentido, pero hicimos sentadas, reclamos por las becas, Mariano hizo el centro de estudiantes. En ese momento la gente de Patria Libre, por medio de Victoria Donda, nos prestaba el local para que nos reuniéramos. Donda conoció a Mariano.

A fines de 2001 se quemó el taller de carpintería que tenía mi viejo y entonces él y la mujer se fueron a probar suerte a España por dos años, tiempo que coincidió con el período de mi militancia. Si bien no vivía solo, sino que estaba en lo de mi vieja, también tenía el departamento de mi papá vacío, que pronto se convirtió en un lugar de reunión nuestro. Tenía una mesa de pool y todo. Después de las actividades nos juntábamos a boludear ahí. Mariano tenía muchas inquietudes. Le gustaba mucho el cine y

se la pasaba hablando de películas. También tocaba la guitarra y otros instrumentos. Una vez me prestó una pianita melódica, de esas que se soplan. Estaba tocando la guitarra y yo la agarré para mandar fruta pero se la pedí prestada. Todavía la tengo por ahí.

En un momento Sasetru, la fábrica abandonada que habíamos recuperado, había sido ocupada por una agrupación disidente que no dejaba entrar al Polo Obrero. Entonces se armó una estrategia para sacarlos. Íbamos, golpeábamos los portones y nos retirábamos. En ese momento nos dispararon. Fue muy violento. Al final, cansados del ruido, unos tipos de la villa de al lado se acercaron para ver qué pasaba. Parece que eran pesados. La gente del PO les explicó y entonces ellos dijeron: «Nosotros los sacamos». Les dijeron que salieran o se pudría todo. Los del grupo disidente pidieron garantías para que no les hagamos nada al retirarse y salieron enseguida, en fila, y se fueron. Nosotros habíamos estado toda la noche con ese tema y los de la villa lo resolvieron en poquito tiempo. Mariano y yo estábamos recansados. Vimos una butaca vieja tirada en el descampado y nos tiramos a dormir ahí. Cuando despertamos, nos habían picado por todo el cuerpo las pulgas. Pablo, el hermano de Mariano, llegó de mañana y nos despertó.

Nos veíamos todos los días, y si no, día por medio. Éramos una dupla, estábamos a full con el partido. Mariano siempre fue así, nunca dejó de militar. Teníamos un grupo bastante copado. Programábamos actividades que no sabíamos si íbamos a poder hacer, pero que terminaban saliendo. Los sábados a la mañana recorríamos Villa Inflamable para difundir el periódico y nuestros volantes. Cada vez que hacíamos una actividad en la plaza Alsina, comprábamos en un lugar una bolsa gigante de pochoclo de colores y, antes o después, nos sentábamos en un banco a comerla, mientras charlábamos. Parecíamos unos viejos.

A pesar de ser chicos, íbamos a las fiestas que organizaba la juventud del partido en la universidad. Iba gente más grande, así que no íbamos a hacer ninguna con las chicas, además de que éramos tímidos y Mariano mucho más. Pero íbamos a saltar, a hacer pogo con Las Manos de Filippi y con otras bandas. También fuimos a varios campamentos de la juventud. Dormíamos un montón en una carpa. En esos lugares se organizan cursos y actividades recreativas. Pero Mariano no jugaba al fútbol, era malísimo. Se iba a leer por ahí o tocaba la guitarra. A veces se formaba una ronda alrededor y tocaba «una que sepamos todos». Ahí se enganchaba a cantar, porque cantando solo no era tan bueno. Él se divertía.

Cuando dejé de militar, perdimos un poco el contacto, aunque nos seguíamos viendo. La última vez que lo vi fue en el verano de 2010. Varias veces había pasado por el departamento para visitarme con sus nuevos compañeros del partido. Nos teníamos un afecto absoluto.

Yo estoy trabajando en Uruguay en el armado de un velero. El 20 de octubre llegué a la noche al hotel y vi que tenía un mensajito de Chaca, el chico que nos había presentado, que decía: «Mataron a Mariano Ferreyra. Poné Crónica». Pensé que era un chiste de mal gusto, pero prendí la tele y puse Crónica, que en Uruguay es un canal más. Estaba Mariano en esa imagen de la ambulancia. La noticia me shockeó. Estaba con mi compañero de cuarto y le dije: «Ése es mi amigo. Mataron a mi amigo». Bajé a la calle y empecé a caminar. Caminé sin parar. Al otro día viajé a Buenos Aires.

Estuve en la marcha con mi familia. A la noche con Gonzalo, un amigo, queríamos hacer algo. Él se trajo varios aerosoles y nos fuimos bordeando el Roca desde Avellaneda hasta la estación Hipólito Yrigoyen escribiendo: «Mariano Ferreyra Presente», «Burocracia asesina», «Pedraza asesino». Sentía que algo debía hacer por él. Desde ese día pienso que debería haberlo visto con más frecuencia. Mariano era… no sé. Era una excelente persona.

Sindicatos y barrabravas

El uso de patotas por parte de los dirigentes sindicales no es novedoso, pero desde hace unos años es cada vez más notorio. Basta recordar al célebre Emilio «Madonna» Quiroz, el tirador del sindicato camionero filmado en la batahola producida durante el traslado de los restos de Perón a la quinta de San Vicente. Hugo Moyano, secretario general de la CGT y uno de los animadores de aquella recordada jornada, proviene de un sindicato que suele estar relacionado con hechos violentos. Abel Beroiz era tesorero de camioneros cuando fue asesinado en Santa Fe el 27 de noviembre de 2007: balas de plomo y puñaladas provocaron su muerte. El crimen todavía no fue resuelto y cuenta con elementos que permiten sospechar una ejecución mafiosa. Más atrás en el tiempo, en los albores de la actual conducción de la CGT, el moyanismo defendió su lugar a tiros en los predios de Empleados de Comercio en Ezeiza, frente a los obreros de la Uocra. Estos hechos son sólo los casos más conocidos, entre varios otros, que involucran al gremio cuyo líder conduce la central obrera argentina. El máximo ejemplo de un sindicalismo que fuera definido por funcionarios del gobierno como la columna vertebral del proyecto kirchnerista.

(Beroiz no fue el único dirigente sindical asesinado en los últimos tiempos en circunstancias dudosas. El 1° de octubre de 2007 Eduardo Orellana, protesorero de la Unión Obrera Ladrillera de la República Argentina, apareció asesinado de dos balazos en la cabeza dentro de su camioneta 4x4 Isuzu. El 11 de noviembre de ese año Horacio Alberto Viviani, hermano de Omar Viviani y secretario de Prensa y Turismo del sindicato

de taxistas, fue encontrado muerto con dos tiros en el pecho. Carlos Martín, dirigente camionero de Mendoza, recibió dos balazos mientras miraba tele en el living de su casa el 27 de enero de 2009. Jorge Andrade, tesorero del Sindicato Marítimo de Pescadores, falleció en mayo de 2010 a causa de una balacera recibida mientras compraba remedios en una farmacia. A pesar de llevar consigo dinero recién sacado del banco, no fue asaltado. Roberto Roger Rodríguez, presidente de la obra social y tesorero del Sindicato de Maestranza, fue secuestrado y ejecutado con un tiro en la cabeza el 27 de enero de 2011.)

De cualquier manera, se puede afirmar que, en los últimos tiempos, la composición de las patotas sindicales sufrió transformaciones. Hasta la década del 80 los matones, especialmente en sindicatos industriales como la UOM o el Smata, respondían a dirigentes sindicales por dinero, pero también por cierta convicción política. No por ello eran menos peligrosos: basta recordar el rol de la patota sindical en la conformación de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina). Hoy, sindicalistas y políticos consiguen a sus «pesados» en las barrabravas de los clubes de fútbol que van a los estadios con su camiseta del club, y a los actos políticos o sindicales con carteles, chalecos o gorritas. Dos menemistas de la primera hora, el sindicalista gastronómico Luis Barrionuevo y el ex intendente de Morón Juan Carlos Rousselot, fueron precursores en una atención personalizada de estos grupos de choque que hoy casi no conoce excepciones entre los partidos políticos tradicionales y los sindicatos importantes. El vínculo con los barrabravas va del clientelismo clásico a la simple relación de alquiler, con cada vez menos influencia ideológica.

Según el periodista Gustavo Grabia, «la base del poder de una barra son los contactos con el Estado, el poder político y la policía, y los contactos con la dirigencia del club» (*Clarín*, noviembre de 2009). Las patotas se encuentran al servicio de funcionarios estatales y punteros para participar de actos y movilizaciones o realizar trabajos sucios como el que realizaron durante el apogeo de los cacerolazos, donde se usaron a barra-

bravas para reprimir ese tipo de protestas en el oeste del Gran Buenos Aires y en la Santa Cruz en ese entonces gobernada por Néstor Kirchner. Con la conformación de «Hinchadas Unidas Argentinas», la ONG impulsada por Marcelo Mallo, dirigente K de la zona de San Francisco Solano y mano derecha de Rudy Ulloa —hombre de extrema confianza del fallecido ex presidente— se realizó el, hasta ahora, más importante intento de blanquearlas. Entre quienes viajaron al Mundial de Fútbol de Sudáfrica enrolados en la ONG se puede encontrar a los mismos sujetos que utilizan los líderes sindicales para apalear a sus opositores o disolver medidas de lucha inconvenientes.

La relación entre los sindicatos y los barras es global. Los barrabravas de Estudiantes y Gimnasia y de Cambaceres se encolumnan detrás de la filial de la Uocra platense que lidera el duhaldista Juan Pablo «Pata» Medina, y fueron protagonistas de los enfrentamientos durante el traslado de los restos de Perón a San Vicente. Del lado de los camioneros se encontraban barras de la primera línea de Independiente, club en el cual el jefe de la CGT tiene mucha influencia. Su hijo Facundo, principal dirigente del gremio de los trabajadores del peaje, estuvo en el Mundial de Sudáfrica compartiendo tribuna y safaris con la barra del Rojo, una barra que supo enarbolar banderas con el lema de «Cristina Presidente». Pablo Moyano, el otro hijo de Hugo y secretario general del sindicato de camioneros, fue designado a fines de enero de 2011 presidente del Departamento de Fútbol Amateur del club de Avellaneda. (La familia Moyano tiene varios lugares en puestos de relevancia en el organigrama de los sindicatos. Irma Eva Moyano, hermana del jefe del clan, es secretaria adjunta del sindicato de camioneros en Mar del Plata, a pesar de no tener antecedentes laborales en el gremio.) Los Moyano cuentan, además, con un club en el Argentino «C» (el Atlético Camioneros) y Claudio Tapia, yerno de Hugo, preside Barracas Central. Osvaldo Becerra, el líder histórico de la barrabrava de Quilmes, era el encargado de hacer las pegatinas de afiches del Justicialismo y su influencia fue creciendo hasta que quedó involucrado en una pelea en

la sede local de la Uocra, que terminó con un manifestante acuchillado. La hinchada de Los Andes se referencia en José Paz, que fue empleado en el Concejo Deliberante de Lomas de Zamora y reclutó gente para el ex intendente Jorge Rossi, para el actual, Martín Insaurralde, y para el Sindicato de Trabajadores Municipales que lidera Aldo Castro. La pesada hinchada de Chacarita tiene una ligazón histórica con Luis Barrionuevo, líder del gremio gastronómico. En Rosario, en 2008 hubo una pelea entre la filial local de la Asociación de Trabajadores de la Industria Lechera, en manos de la CTA, y la conducción nacional, bajo el ala de Moyano. Hubo un muerto. El acusado de efectuar el disparo fue Raúl Cazón, de la barra de Newell's. Julio Nudemberg, ex abogado de la UOM de Villa Constitución, fue vicepresidente del club «leproso» durante la gestión López, período en el que más creció la influencia barrabrava. La barra también prestaba oficios al Sindicato de la Carne. En Jujuy, una fracción de la barra de Gimnasia y Esgrima lleva por nombre «La banda de la Flaca» —en homenaje a la líder piquetera Milagro Sala— y es denunciada por sus apaleamientos periódicos a las organizaciones opositoras que se movilizan en la provincia. Los líderes de la barra de Nueva Chicago, Ariel Pugliese y Javier Miranda, trabajan para el sindicato del personal del Mercado de Hacienda cuyo secretario general es Fabián Ochoa. Y fueron conchabados en el Indec tras la intervención del secretario de Comercio, Guillermo Moreno. Políticamente responden también a Andrés Rodríguez, el secretario general de UPCN, y pasaron a segundo plano tras el escrache que sufrió en la Feria del Libro de 2010 Gustavo Noriega, autor de *Indek*, un libro crítico sobre el organismo. Fuera de la tribuna, barras de Boca actúan como fuerza de choque del Sindicato de la Carne.

A principios de febrero de 2011, el diario *La Nación* reveló que se estaba formando una agrupación kirchnerista impulsada por Rudy Ulloa —un referente santacruceño que pasó de ser chofer del fallecido presidente Néstor Kirchner a convertirse en un importante empresario de los medios—, Carlos Zanini

—secretario Legal y Técnico de la presidencia— y en la que colabora Mallo, de Hinchadas Unidas Argentinas. Rafael Di Zeo, ex jefe de la barrabrava de Boca Juniors y que purgó tres años de cárcel por el delito de coacción agravada —la causa se inició luego de unos violentos incidentes durante un partido con Chacarita—, participaba activamente del armado de la agrupación, que se llamaría «La Kirchner». «Ellos sabrán qué les puedo aportar», declaró el barra. Luego de conocido el intento de armar la agrupación, el proyecto quedó en el olvido. Di Zeo, más tarde, fue absuelto de las causas en las que se lo acusaba.

La patota de la Unión Ferroviaria que asesinó a Mariano Ferreyra estaba formada por barras de distintos clubes, pero fundamentalmente de Defensa y Justicia y Racing. La relación de uno de los acusados, Cristian Favale, con la barrabrava de Defensa y Justicia es larga y conocida: era uno de sus miembros y se lo conocía como «Harry». Ese grupo de hinchas violentos, que también formó parte de Hinchadas Unidas Argentinas, tiene contacto directo con el diputado nacional Carlos Kunkel, referente de Florencio Varela, donde tiene sede el club. En los noventa, Kunkel fue un hombre clave del municipio conducido por el entonces duhaldista y ahora kirchnerista Julio Pereyra. Alexis Godoy, líder de la barra, tiene relación con los ferroviarios y, hasta hace poco, solía vérselo seguido por los talleres de Gerli.

Luego de su detención, Favale afirmó que sólo buscaba trabajo como ferroviario cuando lo llevaron a reprimir el corte de las vías del tren. Sin embargo, según el diario *Perfil* Favale figura como empleado de la empresa tercerizada Ecocred, entre junio de 2008 y marzo de 2009, aunque los empleados dicen que nunca lo vieron ir a trabajar. Desde agosto de 2008, mientras cobraba sueldo en la tercerizada, trabajó en el frigorífico Agro Patagónico. En realidad, Favale trabajaba para el sindicato ferroviario: «En el barrio contaba que había enganchado en la Unión Ferroviaria para llevar gente a los actos. Una movida con bombos y redoblantes, con unos diez muñecos, le

dejaba unas cuatro lucas. Mal no le iba», contaron sus vecinos al diario *Varela al día*.

El autor de este libro pudo ubicar al hombre que vinculó a Pablo Díaz con Cristian Favale. Se llama José Antonio Pérez, de 40 años y de oficio guardabarreras en la estación de Florencio Varela del ferrocarril Roca. Padre de nueve hijos y precoz abuelo. Se lo conoce también con el apodo de «Dinamita», tal el nombre que se ganó en el ambiente del box cuando peleaba en las categorías liviano y welter junior. «A Favale lo conocía del barrio, vive a quince cuadras de mi casa —contó Pérez en una entrevista publicada en el diario *Perfil*—. A mí me conocen todos. Yo peleaba por acá, me venían a ver. Favale mismo me fue a ver varias veces. Él me respetaba a mí y yo lo respetaba a él. Sabía que no era un pibe bueno, pero nos respetábamos porque así son los códigos. Yo le decía "Harry", así lo conocemos por acá. Cada vez que me veía, me pedía: "Haceme entrar al ferrocarril". Yo no sabía cómo. Hasta que tuve que ir a ver a Pablo Díaz. La siguiente vez que vi a Favale me pidió de vuelta que lo ayudara a entrar al ferrocarril. Entonces le di la tarjeta, le dije que fuera a ver a Díaz, que era el que arreglaba todo. Y le dije que se portara bien. Es medio loquito, así lo conocíamos en el barrio. Lo fue a ver y arregló. Un día fuimos con mi señora al Coto de Avellaneda y lo vimos barriendo en la estación del tren. Lo habían contratado y trabajaba para (la empresa tercerizada) Herso. "Harry, decile a Díaz que te manden a Florencio Varela, porque todos trabajamos cerca de nuestras casas", le sugerí. "¿En serio?", me preguntó y me dijo que lo iba a hacer. También arregló. La próxima vez que lo vi me dijo que estaba encargado de seis o siete cuadrillas. Era un tipo grande, malo, cualquier empresario lo iba a agarrar para que esté al lado suyo. "Portate bien", le repetí. Pasaron como tres meses cuando lo volví a cruzar. "No sigo laburando, voy a juicio", me contó. Le dije: "Pero no seas boludo, te pagan una guita pero no entrás de vuelta al ferrocarril". "No, yo voy a hablar con Díaz", me respondió. Tiempo después iba con mi señora a la panadería y me tocaron la bocina. Era Harry.

"Voy a estar adentro del Roca", me dijo. Me explicó que le habían dado 1.700 pesos para un trabajo. "¿Para qué te pagan eso?", le pregunté. Me respondió: "Para cagarlos a palos a los pibes de Herso". Me sorprendí y le dije: "Pero si vos estabas en Herso", le dije. "No, yo entro al Roca, ya me van a hacer el psicofísico", contestó. "Bueno, manejate, es todo política, es todo jodido", le dije y nos despedimos. A las dos semanas lo vi en el noticiero. En la pantalla estaba Favale. Era por el pibe que habían matado, por Mariano Ferreyra».

El testimonio de José «Dinamita» Pérez tiene una gran relevancia, ya que prueba que Favale había sido convocado por Díaz para actuar como fuerza de choque sindical en el ferrocarril.

A principios de septiembre, se pudo ver a Favale en la estación de trenes de Constitución agrediendo verbalmente a los trabajadores tercerizados que intentaban hacer una actividad en el hall. Días después, Juan Carlos «El Gallego» Fernández, el número dos de la Unión Ferroviaria, elevaba a Ugofe el pedido para que Favale fuera contratado. Sin embargo, los antecedentes que lo unen a una red surcada por los vínculos del patoterismo y la política no terminan allí. El diario *Quilmes ahora* señaló que «pudo confirmar que Favale es un asiduo concurrente a las reuniones políticas que realiza la familia Kunkel en sus locales y que ha participado en movilizaciones a favor del gobierno nacional con micros que partieron desde estas unidades básicas; la última fue la realizada frente a la Corte Suprema para presionar en favor de la Ley de Medios K. Políticos y periodistas varelenses conocen a Cristian Favale, tanto por su ligazón con la barrabrava de Defensa y Justicia como por su actividad política. Hace unas semanas, Cristian Favale estuvo presente en un acto organizado en Varela por el propio intendente Julio Pereyra, para favorecer la candidatura del ministro de Economía, Amado Boudou, a quien Kunkel alienta. En esa oportunidad, Favale y otros "barras" de Defensa y Justicia hicieron la seguridad interna del acto». No hay que olvidar que el barrabrava sindicado como uno de los tiradores

de la patota ferroviaria se sacó fotos con Amado Boudou en la peña *La Época*, que animaba el entonces ministro de Economía, además de otras junto a Alberto Sileoni, ministro de Educación, y la periodista hiperoficialista Sandra Russo, una de las panelistas del discutido show *678*, que emite la Televisión Pública. Favale habría sido conchabado como personal de seguridad de la peña del actual vicepresidente.

Para el 20 de octubre, Pablo Díaz, el dirigente de la Unión Ferroviaria del Ramal Roca, le encargó a Favale el reclutamiento de una patota que evitaría el corte de las vías del tren por parte de los manifestantes. Favale habría acercado a una decena de barras de distintos equipos del sur bonaerense. Uno de los asistentes habría sido Nelson «El Pollo» Dómene, que también fue parte de la hinchada de Racing junto a otro patotero de la UF, Gabriel «El Payaso» Sánchez, que oficiaba como su soldado hasta que fueron echados de la barra.

Según el periodista Grabia, la barra de Racing estuvo hasta 2002 bajo el control de Jaime Heredia, puntero de la villa El Morro, en Lanús, zona en la que Sánchez vivió. La barra respondía al peronismo y en el club apoyaba a Daniel Lalín. El 17 de febrero de ese año, La Guardia Imperial, mote con el que se conoce a la hinchada de Racing, emboscó a la de Independiente y asesinó a Gustavo Rivero. Toda la primera plana terminó en prisión y el «Pollo» Dómene huyó de la Justicia con su padre, el «Vasco», a Brasil. Gracias a los buenos oficios de Lalín (más bien, de su abogado Mariano Cúneo Libarona), los implicados consiguieron la libertad condicional y la barra se rearmó. En 2004, el «Pollo» Dómene, junto a «Valderrama» Faracci y «Huevo» Escobar, tomaron el control de la situación. Y Sánchez volvió a la tribuna. Mientras tanto, la barra viró primero hacia el duhaldismo y después hacia el kirchnerismo. Un ex jerarca de la barrabrava declaró al periodista Lucas Cremades: «Mil veces me quisieron reclutar, es por contacto. Hace poco, (Néstor) Kirchner fue a Racing y pagó veinte lucas por un acto. Él lo hace para ayudar a Racing y los pibes fueron a hacer presencia; y por eso te daban plata». Una aceitada rela-

ción, que se reflejaba en la gran bandera que, desde 2006 hasta mayo de 2008, la Guardia Imperial llevó a todas las canchas con la leyenda «Kirchner 2007/2011» y en el viaje de varios de sus miembros, en 2007, hasta la lejana Caleta Olivia (Santa Cruz) para actuar como fuerza de choque durante una puja con trabajadores desocupados que habían tomado una planta de Repsol. Pero en mayo de 2008 la situación estalló: «el Pollo» cobró dinero de un candidato para las elecciones del club y no lo repartió. La Guardia Imperial se rompió y el grupo de Dómene fue echado de la tribuna. Dómene formó un nuevo colectivo con «El Payaso» Sánchez y treinta barras de Defensa y Justicia. Pero el grupo no pudo copar la tribuna de Racing y se refugió en la barra de Dock Sud, en las unidades básicas del PJ y en las patotas sindicales.

Juan Carlos «El Gallego» Fernández es un notorio hincha de Independiente, posee tres palcos en el estadio y fundó la peña *Diablos Rojos*, donde se encuentran los hinchas del Rojo que revisten como ferroviarios. Algunas fuentes señalan que la agrupación es un semillero de barrabravas de Independiente que ingresan al ferrocarril apadrinados por Fernández.

En la organización del grupo de matones también habría participado un viejo líder de la barra de Banfield, Daniel Hess, alias «Santa Fe». Además de tener una aceitada relación con Pablo Díaz y haber sido denunciado por Alfonso Severo como uno de los instigadores de los tratos violentos en Constitución, también se lo vio en repetidas ocasiones con el intendente de Lomas de Zamora, Martín Insaurralde.

Según *La Nación*, el gimnasio donde se practicaba box en las instalaciones de la estación Constitución fue el escenario de la aparición de Mallo, de Hinchadas Unidas Argentinas, quien habría entregado premios a personalidades del deporte en ese lugar.

Guillermo Armando Uño, otro de los detenidos en la causa que investiga el asesinato de Mariano Ferreyra, también forma parte de la barra de Defensa y Justicia y es miembro de una familia de punteros que abrevan en el Frente para la Victoria de

Florencio Varela (en el pasado, apoyaron a otras variantes del PJ). Su hermano y hermana son empleados, respectivamente, de la Municipalidad de Florencio Varela y del Concejo Deliberante. El primero, apodado «El Rulo», también está vinculado a la barrabrava de Defensa y Justicia y supo encabezar, con la policía, el desalojo de los vendedores ambulantes durante los noventa, cuando era empleado de la Inspección General de la municipalidad. Desde la casa de la familia Uño es una tradición que partan micros a los actos oficialistas.

El crimen de Barracas ayuda a revelar el nivel de corrupción que existe en la organización de los grupos de choque sindicales, formados por matones de larga experiencia en las mafias futbolísticas y que se encuentran ligados a los aparatos punteriles de los barones del conurbano bonaerense quienes, en la actualidad, adhieren al proyecto kirchnerista.

Jacyn

En 2003, cuando tenía 15 años, Mariano se incorporó al círculo de la UJS que yo dirigía y en el que militaba su hermano Pablo. Pablo y yo habíamos formado el Centro de Estudiantes de la Casa de la Cultura de Avellaneda, yo estudiaba cine y él fotografía y establecimos una amistad bastante estrecha. Por eso tenía alguna referencia de Mariano: Pablo me hablaba de él, decía que tenía inquietudes políticas. Lo conocí personalmente una tarde mientras hacíamos una actividad en la plaza Alsina. «Mirá vos, ése es el hermanito de Pablo», pensé. Ellos se adoraban y extendían ese vínculo con sus hermanas. Los cuatro hermanos eran muy unidos, pero no en un sentido pegajoso, sino en uno natural y que resultaba evidente.

Mariano era un chico tranqui y que, a la vez, establecía amistades con relativa facilidad. Se había hecho amigo de un compañero del Polo Obrero de Dock Sud de pasado bajofondero. En la intimidad era divertido, pero no era de esas personas que en una reunión se ponen a contar chistes de gallegos. Por el contrario, tenía un humor particular. Una vez vi a Mariano y a Patricio, que eran amigos y compañeros muy unidos, hacerse chistes sobre sus viejas de un modo que hasta yo quedaba escandalizado. Era un humor tan oscuro que es de esa clase que sólo puede manifestarse con alguien con quien tenés una gran amistad, una gran confianza.

Yo lo gastaba porque, por un lado, le gustaba la cosa culturosa, cinéfila, rockera y, por otro, era un eximio bailarín de ritmos tropicales. Le encantaba la cumbia. Mariano oscilaba entre la militancia política más dura y el ejercicio de su propia producción cultural, sobre todo en música. Le gustaba experimentar. Incluso había grabado algunas cosas muy extrañas hechas con sampleos teclados, eran unas cosas complejas. Tocaba el teclado, la guitarra y el acordeón. Esas inclinaciones debían responder a su afinidad con Pablo.

En la militancia, Mariano cultivaba la acción y la formación. Siendo muy chico participó de la ocupación y el desalojo de Sasetru, unas instalaciones fabriles que estaban abandonadas. Siempre estuvo en la primera fila de las movilizaciones. En 2008, durante el conflicto con el campo, el partido quiso acampar en Plaza de Mayo para hacer un reclamo, y la policía reprimió. En los videos se puede ver a Mariano formando parte del cordón de seguridad. No era un tipo violento ni peleador, sino que actuaba en forma militante. Asumía el papel de la seguridad de una columna, que es una tarea que hay que cumplir y a la que hay que estar dispuesto. Era chiquitito, flaquito, de una contextura pequeña, pero a la vez era un tipo serio, disciplinado, no retrocedía. Cuando participaste de muchas movilizaciones, no corrés desesperado cuando la policía tira gases o balas de goma. Te retirás ordenadamente. Mariano tenía esa sangre fría.

A la vez, no dejaba de formarse. En los campamentos de la juventud, daba cursos de formación. Fiel a su carácter, en las reuniones de coordinación de los cursillistas era el que menos hablaba. Hasta que lo hacía y tiraba concepto tras concepto. Tenía esa facilidad. Era un asistente consuetudinario a los cursos de formación política y también leía y estudiaba marxismo por su cuenta. Siempre tenía un texto sobre marxismo a mano y le daba bola, lo estudiaba, no lo tomaba a la ligera.

En 2007 me fui de la zona. El partido debía reorganizarse en Neuquén y me dieron esa tarea. Mariano y Patricio quedaron como responsables de la juventud y la fueron llevando a su modo. Un modo que siempre me resultó mucho más amable que el mío, y eso solo ya me parecía una ventaja. La experiencia que hicimos juntos les debe haber servido para jugar un papel dirigente, pero tenían su propio estilo, sus formas, sus maneras. Mariano llegó a quedar como responsable político del comité de Avellaneda. Era una tarea que hacía en conjunto con Patricio, militaban como si fueran un tándem político. Avellaneda es una regional compleja.

Hay muchas comisiones internas, el Polo Obrero, la juventud. Son frentes que imponen respeto. Y ellos jugaron el rol de dirigirlo, de organizarlo. No se achicaron y le dieron vuelo. Hicieron progresar un trabajo político.

Las últimas veces que charlé con él, me contó que estaba considerando inscribirse en la Universidad de Avellaneda. Me decía que quería estudiar cine. También contaba que quería empezar a trabajar. Había quedado entusiasmado con el trabajo después de su experiencia de tornero. Creo que estaba en un momento de decisiones y no tenía bien en claro cuál camino tomar. ¿Por qué habría de tener en claro todo un pibe de 23 años? Sin embargo, estoy convencido de que había logrado madurar la idea de ser un revolucionario. Tal vez ésa era la idea más madura que tenía sobre su propio futuro. Alguna vez dijo que esto era un viaje largo, que había que embarcarse en él y luchar toda la vida. Nunca dejó de ser fiel a esa convicción.

Mauro

Conocí a Mariano en el CBC de Avellaneda a finales de 2009. Lo tenía de vista porque lo había visto pasar por los cursos. Cuando hablaba frente a una clase era tranquilo, pausado y sabía exponer bien sus argumentos. Tenía buen vocabulario: imponía autoridad por su forma de hablar. Me fui acercando al partido, pero justo cuando me incorporé, él estaba militando en Berazategui. Entonces recién lo volví a ver un día que se hizo un asado en su casa. Fue un desastre total. Éramos un montón, una banda, y había muy poca carne. Fue un asado fracasado pero, por eso mismo, divertido. En un momento nos quedamos él y yo en el living tomando una cerveza. Es raro, porque era más bien cerrado, pero yo siempre conversé con él. Incluso desde ese día en que lo conocí.

Cuando volvió a militar en el CBC, empecé a ir casi todos los días a su casa. Como yo me tomaba el colectivo para ir a mi casa a la vuelta de la suya, lo acompañaba caminando y conversando hasta llegar. Hablábamos principalmente de música. A él le gustaba más la música por la música en sí, no tanto por las letras. Compartíamos algunos gustos. Por ejemplo, a los dos nos gustaba el tango. Le encantaban esos tangos arrabaleros, bien de Goyeneche. También escuchaba una banda de ahora que se llama La quimera del tango. Siempre estaba al tanto de las cosas nuevas. Me presentó, por ejemplo, a Onda vaga. Me mostraba las canciones cuando llegábamos a su casa, porque no me iba de inmediato. Tomábamos una cerveza charlando o jugábamos un rato con la Playstation.

Claro que en esas caminatas también hablábamos de política. Un día habíamos convocado a una asamblea, habíamos pasado por los cursos, pegado carteles, pero no nos salió muy bien. Yo quedé decepcionado. Le dije que no la veía. Entonces empezamos a

caminar y me explicó, durante todo el trayecto hasta su casa, que una política obrera se logra a través de un trabajo de hormiga. Que es una dedicación larga y que no termina, incluso, una vez que se haya hecho la revolución. Que podía haber fracasos, pero que lo importante era tener en claro cuáles son los objetivos estratégicos, los de largo plazo. Charlamos y me convenció.

Yo le puse el apodo de «El Jefe». Una noche estábamos en su habitación con otros compañeros. Estábamos haciendo quilombo afuera, en el techo, y él nos puteaba. Entonces yo dije: «Uuuuhhh, pará que se enoja el jefe». Y lo empezamos a molestar así. El nombre le quedó. Tenía la costumbre de llegar tarde a las actividades de la mañana, siempre se quedaba dormido. Cuando veíamos que llegaba, comenzábamos a tararear la música de El padrino.

Molestaba un poco que llegara tarde, pero todos sabíamos que se la pasaba militando todo el día, que no lo hacía de chanta como para que nos enojemos. Y si te animabas a reprocharle la llegada tarde, te respondía con su humor ácido. «Sabés, pibe, yo me levantaba de madrugada para militar cuando vos todavía eras kirchnerista», me dijo una vez. Siempre me cargaba por mi pasado K.

Me acuerdo de que en un campamento de la UJS una noche estábamos boludeando con Luciano, un compañero que le decimos «El Rasta». Estábamos caminando juntos y nos reíamos cuando nos cruzamos a Mariano. Nos miró divertido y dijo: «Parecen dos nenes». Con «El Rasta» nos dijimos que Mariano actuaba como un papá, no sólo políticamente, sino también en lo personal.

12:42

El sol ilumina desde su punto más alto y todo parece más brillante a simple vista. Los rieles que destellan, las rejas metálicas a lo largo del terraplén, los paredones grises de las empresas sobre la calle Luján, el asfalto que parece evaporarse a lo lejos. También se desparrama una sensación de paz agigantada: suele suceder que en el instante anterior a las tormentas no se perciba lo que está por ocurrir. Algo así pasa en este momento. Sin embargo, esa sensación de tranquilidad dura poco entre los manifestantes que pueblan la esquina de Luján y Santa Elena. Son varias decenas de hombres y mujeres que descansan sobre la vereda o en el asfalto, algunos ceban mates en rondas pequeñas y otros esperan que quede listo el choripán que pidieron en la parrillita, que se ve sobrepasada por la clientela ese mediodía tan distinto a otros en los que sólo llegan los clientes habituales de las fábricas linderas. Los manifestantes recorrieron trescientos metros para llegar a ese sitio en el que descansan del fracasado intento de cortar las vías y se recuperan, algunos, de las lesiones que les ocasionaron los piedrazos arrojados por la patota.

Un cascote le dio de lleno a Elsa en el brazo derecho, tiene un hematoma y un raspón que le arrancó un poco de piel. Una amiga suya le pidió hielo y una silla para su compañera a la señora de la parrillita: «Le pegaron un piedrazo fuerte los de la patota». Elsa está sentada y toma de a sorbos pequeños el vaso de agua que la señora le acercó, mientras la amiga le pone hielo y envuelve su brazo en un pulóver marrón. Al mismo tiempo que realiza la curación, mueve la cabeza de un lado a otro y dice: «Qué hijos de puta». Después mira a Elsa y le sonríe consoladora, levanta los hombros.

Con el choripán en la mano, un tercerizado que logró subir a las vías les cuenta a sus compañeros cómo tiraba piedras sin parar a la patota y no miraba atrás para esquivar las que le tiraban a él, y cómo se imaginaba que detrás suyo iban subiendo más y más manifestantes pero que, de pronto, se dio cuenta de que no variaba la cantidad de cascotes que tiraban desde su grupo, y entonces miró de reojo y vio que arriba de las vías eran cuatro nada más, a la vez que los patoteros se acercaban cada vez más rápido; y cómo, sin darse vuelta ni un instante, les dijo a los otros: «¡Rajemos!», y en unos segundos todos resbalaban por el terraplén. El tercerizado ríe y le pega un mordisco al choripán. «Y ustedes ni subieron, viejo, ¡qué inútiles!», les dice a sus compañeros con aire de superioridad, y ríe otra vez. Los tercerizados le festejan la gracia, que distiende el ambiente. «Pero a vos casi te la dan, gil», le dice uno que permanece en cuclillas.

Un joven está sentado al lado de su responsable político, al que le dicen «El Jefe», y de dos compañeros más que militan en la sede del CBC. «Un fracaso total, loco. No pudimos cortar las vías y nos corrieron», dice con un tono de voz que muestra enojo. Un silencio sigue a sus palabras y los otros dos miran al pibe que es responsable político de Avellaneda, como esperando una respuesta. Mientras busca el paquete de cigarrillos en la mochila, éste atiende las miradas y dice: «Pero esto no se trata de cortar o no cortar. Mirá, acá vinimos, luchamos, avanzamos con los que decidieron venir a luchar en su conciencia y eso es lo que importa. Si cortamos o no, es una circunstancia y ya habrá otras oportunidades. Nosotros vamos por algo más que un corte. Lo nuestro es para largo, eh, no hay que desanimarse». Se lleva un cigarrillo a los labios y lo enciende, y el compañero enojado trata de asimilar las palabras, que mucho no lo convencen, pero a la vez se da cuenta de que, si bien milita hace poco, decidió hacerlo en un partido que atravesó más derrotas que triunfos, y recuerda otra conversación en la que comprendió que sólo esperar el festejo del éxito es de miserables y que se avanza un paso, se retroceden dos y después se recorren tres

más hacia adelante y que así van haciendo un camino, y que, en todo caso, en esta oportunidad no lograron su objetivo y nada más. El pibe que está sentado frente a ellos sonríe y dice: «Además, nos ahorraron el trabajo y las vías las cortaron los boludos esos». Los demás asienten divertidos. «Bueno, dame un pucho que me hiciste venir al pedo», bromea el que estaba enojado, mientras el responsable de Avellaneda le extiende el paquete de cigarrillos.

A trescientos metros de allí, los ferroviarios siguen sobre las vías que fueron a «defender de los zurdos». Algunos están sentados sobre los rieles, otros permanecen de pie; el sol da de lleno sobre las cabezas de todos. El hombre del sindicato, al que todos llaman Pablo, bajó el terraplén y, en la vereda, alterna la conversación con los delegados y las llamadas que hace por celular. Nunca se saca las gafas oscuras. «Está hablando con "El Gallego"», explica un delegado a un trabajador nuevo que se destacó en el enfrentamiento con los piqueteros, «está en un congreso con Pedraza». Frente a ellos hay dos patrulleros estacionados. Los policías están sentados sobre los capots, hablando entre ellos o, de vez en cuando, por sus handys. Pablo corta el celular, saca la billetera y toma unos billetes que extiende a un delegado: «Acá a una cuadra, en la estación, hay un almacén. Comprá gaseosas y agua para los muchachos, que se deben estar cagando de calor». Hipólito Yrigoyen es una estación solitaria, son pocos los pasajeros que toman el tren o descienden ahí. A pocos pasos de la entrada, un típico almacén del barrio de Barracas espera al delegado. No pasan trenes en ese momento. Ni hace un rato, ni hace una hora. También el almacén está vacío y la transacción se realiza de manera veloz. Cuando termina, cargando dos bolsas blancas con las botellas, el delegado sube a las vías no por el terraplén, sino por las escaleras antiguas de la estación. No hay nadie en la boletería, ingresa tranquilo al andén y, cuando llega al final, pasa a los rieles. A cien metros se ven las siluetas de sus compañeros. Al alcanzarlos, reparte las botellas y algunos aplauden. Se escucha: «¡Grande!», y el delegado sonríe. «Che, ¿nos vamos ya? ¿Ya los

corrimos a los zurdos esos?», pregunta uno mientras recibe una botella. «No, no. Nos quedamos un rato más. Esos mugrientos pueden querer venir a cortar otra vez», responde.

Después de un rato largo en que permanecen en silencio, un hombre treintañero de pelo largo y oscuro, que no se despegó de Pablo en toda la jornada, le anuncia señalando con el índice hacia la estación: «Ahí llegaron». Una docena de personas avanza con paso decidido hacia donde se hallan Pablo y los delegados. Al frente se encuentra Harry, un tipo que está haciendo buena letra para entrar como efectivo en el ferrocarril. No es el único que llega directamente a las inmediaciones de la estación Yrigoyen. «El Payaso» llevó en su auto a otro compañero que se cruzó en Constitución, desde donde partió. Al estacionar el auto, saca de la guantera un revólver y lo acomoda en su cintura. Otro delegado llega con un cuello ortopédico puesto. «Qué te pasó, Gonzalito», le dice jocoso un conocido al verlo llegar. «No me jodas, me lastimé jugando al fútbol y me pusieron esta mierda». «Estás viejo, Gonzalito, eh». «Andate a la puta que te parió», responde, medio en broma, medio en serio.

Harry, que se acerca adonde está Pablo, tiene un andar recio, como si estuviera siempre listo para la pelea, que aprendió en la barrabrava de Defensa y Justicia, que integra. Participó en las convocatorias del sindicato y actuó como guardaespaldas de Pablo en el acto que se hizo en River. En ese lugar se sacó una foto con «el Gallego». A Harry le gusta sacarse fotos, cruzándose de brazos, mirando en primer plano a cámara, abrazado a personajes conocidos. Ya había estado en el hostigamiento a los «zurdos» que se hizo en el hall de Constitución. Aunque no hubo piñas, se divirtió gritándoles de todo a los tercerizados, quienes finalmente no pudieron hacer su acto. Los acompañantes de Harry tienen su mismo aspecto: fornidos, rudos, exaltados. Al llegar, Alcórcel, un delegado de los talleres de Remedios de Escalada, lo recibe con un beso: «A ver cuándo te veo, pero laburando, por los talleres». «Ya me hicieron el físico, papá, ya me vas a tener ahí», responde Harry y lo palmea

en la espalda. Se acerca a Pablo, lo saluda. «Te presento a unos amigos», le dice indicando con la mano abierta al grupo que tiene a sus espaldas. Pablo los examina detrás de los vidrios oscuros de sus anteojos y mueve la cabeza asintiendo. «Bien, bien. Acompañame que quiero hablar con vos», le dice y caminan hacia un lugar apartado. De pronto, Pablo se da vuelta y le ordena a un delegado: «Subí y decile a todos que vayan bajando». Después, se pone a hablar con Harry y le señala a los tercerizados, que están a tres cuadras de ahí.

«¡Asamblea, asamblea!», se escucha en la esquina de Luján y Santa Elena como un eco que se repite entre aplausos para llamar la atención. En plena calle, Chiquito —un militante del PO cuyo apodo es inversamente proporcional a su tamaño— comienza a ser rodeado por los manifestantes, que comprenden que será él quien dé inicio a la deliberación. De pie, van llamando a los rezagados hasta que consideran que ya está la mayoría (ya están casi todos: Elsa acompañada por su amiga, los pibes jóvenes junto a los responsables de Avellaneda y Lanús, los piqueteros con los pañuelos celestes al cuello, los tercerizados). Chiquito asiente y va a hablar, seguido desde más lejos por los curiosos que miran la inusual actividad que se desarrolla en esa esquina mientras dan los últimos mordiscos a sus almuerzos.

—Compañeros, tenemos que decidir qué hacer ahora —empieza Chiquito—. Según nuestro criterio, debemos dar por finalizada esta jornada de lucha. No pudimos cortar la vía, pero tenemos que saber que la patota que nos atacó la cortó por nosotros, por lo tanto, el balance que hagamos no debería esquivar ese punto.

En ese momento, uno de los pibes jóvenes codea al responsable de Avellaneda y le dice: «¿Viste?»

—Lo más importante es que no decidimos abandonar nuestro reclamo. Decidimos luchar y esto no se termina acá. Proponemos levantar la actividad y fijar una reunión para mañana donde decidiremos qué medidas tomar para continuar la lucha por la reincorporación de los despedidos y el pase a planta de los tercerizados.

Varias personas asienten y otras miran a los costados para ver quién más hablará. Un hombre de pañuelo celeste al cuello levanta la mano y toma la palabra:

—Me pareció mal que se subiera a la vía, mirá cómo nos atacaron. Hay compañeros con cascotazos en la cabeza. ¿Para qué se subió?

La mujer que acompaña a Elsa lo interrumpe:

—Mire, compañero, se había votado así y se cumplió. No se habrá logrado, pero como dice el otro compañero, esto no es el final, no.

Elsa asiente.

Se hace un momento de silencio; el debate proseguirá, entonces, al día siguiente.

—Bueno, compañeros, entonces nos vamos preparando para ir encolumnados hasta Vélez Sarsfield y, desde allí, desconcentrar.

Los tercerizados asienten y surgen algunos aplausos, que no se vuelven masivos. La ronda de la asamblea empieza a dispersarse, algunos regresan a la parrillita para pedir un choripán más.

Los militantes del Partido Obrero se agrupan y otra vez toma la palabra Chiquito: «Miren compañeros, nosotros reivindicamos esta acción. Vinimos a apoyar la decisión de los tercerizados de cortar las vías e hicimos todo lo que pudimos para llevar adelante el objetivo. Nos quedamos hasta el final en la acción y cuando nos reprimieron aguantamos los trapos, a diferencia de otros grupos que ya ni siquiera están acá, que se fueron sin despedirse, los mismos que proponían reemplazar esta acción por un festival con guitarritas. Yo los quiero felicitar por la actitud combativa de defensa de la medida de los tercerizados y de defensa de los propios compañeros cuando la patota nos atacó. El Partido y el Polo cumplieron el deber de todo militante socialista que es apoyar la lucha de los trabajadores. Se han comportado como verdaderos revolucionarios». Suenan, entonces sí, los aplausos.

Las cámaras de un canal de noticias se acercan a ellos. Uno de los dirigentes les comenta el ataque, les señala a la periodista

y a los camarógrafos a Elsa, que tiene el brazo envuelto en el pulóver marrón. «¿Podemos hablarles a los heridos?» «Sí, claro, ahora se los traigo», dice el dirigente, que reúne a Elsa y a otros manifestantes que habían recibido piedrazos. La periodista los saluda y les anuncia que les va a hacer unas preguntas. La cámara empieza a filmar. La periodista se dirige a Elsa: «¿Usted está herida?» «Sí». «¿Dónde la hirieron?» «En el brazo». «¿Con qué?» «Con piedras». «¿No respondieron a la agresión ustedes?» «No, no, no. Nos retiramos». A su lado, la amiga acompaña a Elsa moviendo la cabeza de un lado a otro. La periodista pasa el micrófono a otra persona: «¿Usted, señor, está herido?» «Sí, estoy herido». A unos metros de la cámara, un hombre grita: «¡El Partido Obrero se va!» Comienza a agrupar a los suyos y les indica que formen una columna, que se engrosa con el paso de los minutos.

En la calle, debajo del terraplén, Pablo y Harry dejan de hablar y regresan hacia donde están los delegados y los recién llegados, que esperan con ansiedad. Pablo pregunta: «¿Ya bajaron todos?» «En eso estamos», le responde uno de los suyos. «Vamos, apurá la cosa, hay que bajar», ordena Pablo. Harry se entusiasma y pregunta en voz alta: «Vamos a sacarlos a estos zurdos. ¿Vamos, Pablo?» Sin sacarse las gafas oscuras, el líder sindical asiente: «Vamos». Harry se siente autorizado. «¡Bajen, manga de cagones, vamos a correrlos!», grita riendo a los que quedan en las vías. Mira a los suyos, que festejan su exhibición de autoridad. Uno de los ferroviarios que está bajando (son varios los que deciden no moverse de los rieles, murmuran entre ellos que ya está, que los piqueteros no van a volver, que ya es hora de irse a casa, que qué más quieren que hagamos) le pregunta a Carnevale, otro delegado, señalando con la cabeza a Harry y sus amigos: «Y éstos, ¿quiénes son?» El delegado contesta: «Son de Escalada, se la aguantan». Al llegar a la calle, otro hombre que escuchó el diálogo agrega: «Los trajo Pablo. No sé cuánto les pagará». De a poco se va formando una turba que se pasa de boca en boca la consigna: «Vamos a correrlos». Los ánimos se calientan, son como caballos esperando el sonido de

la señal de la largada, mientras relinchan. Pablo está delante de todos, él decidirá el momento. «¿Vamos, Pablo?», le preguntan. Pablo no responde. Quieto, parece aguardar una señal íntima. De tanto en tanto, mira hacia atrás. «¿Vamos, Pablo?», le vuelven a preguntar. Pablo mira hacia los piqueteros, que empiezan a retirarse. Asiente. Dice: «Vamos. Que aprendan».

Federico

Yo estudiaba sociología en el CBC de Avellaneda. Una tarde, mientras jugaba al truco en el patio, me dejaron un volante convocando a una asamblea de la FUBA. No le di mucha pelota, pero cuando me estaba yendo vi que había un grupo de chicos y estaba un conocido mío, así que me quedé. Era una asamblea bastante pobre: debíamos ser ocho personas. Intervinieron sólo Patricio y Mariano, los demás hicimos preguntas. Nos invitaron a una movilización que reclamaba la democratización de los órganos de gobierno de la universidad. Había que marchar para evitar que se realizara una asamblea universitaria trucha. Yo acepté.

La movilización incluía una vigilia, porque teníamos que estar alertas al horario en que se iba a realizar la asamblea. Esa noche dormimos en el estacionamiento de Sociales. La asamblea universitaria fijó sede en el Congreso e iba a empezar temprano: hacia allá nos dirigimos. Mariano me pidió que llamara a su laburo y tuve que hacerme pasar por el hermano para avisar que no iba a ir porque estaba enfermo. Era mi primera movilización y justo reprimieron. En esos momentos permanecimos juntos, como cuidándonos.

En el primer momento que conocías a Mariano, no hablaba mucho. No era demasiado expresivo y se reía bastante poco. Pero cuando lo conocías se largaba. Le gustaba mucho el cine europeo, y a mí me gusta mucho el cine yanqui. Él decía que las películas tenían que dejar un mensaje. Yo no pensaba igual. Para mí, el cine más grande es el de Bruce Willis. Armábamos largos debates sobre la cuestión. Nos divertía. Y nos pasábamos cosas. Aunque él era fanático de las películas de Los Beatles, no había visto Magical Mistery Tour *y se la presté. Le encantó. Las últimas veces que fui a la casa, la ponía para que viéramos algunas escenas.*

Como él sabía que me gustaba la poesía, me prestó una antología de poesía surrealista. No le gustaba la poesía en general, pero sí la surrealista. Otra cosa que lo fascinaba hasta el extremo era El padrino. *Esa película le había partido la cabeza.*

Lo vi por última vez ese 20 de octubre. Me acuerdo de que después que nos tiraran piedras por primera vez nos quedamos medio desmoralizados porque no habíamos podido cortar las vías. Mariano nos dijo que lo importante era hacer avanzar la conciencia de los trabajadores, no si se lograba un corte o no. Después nos quedamos por ahí desconcentrando la movilización. En un momento vi que los matones venían hacia nosotros corriendo, gritando. Le dije que yo estaba un poco cagado. «No te preocupes, no pasa nada», me dijo.

La Unión Ferroviaria y el gobierno nacional

La foto ocupa unos dos tercios de la tapa de *El Obrero Ferroviario* de enero de 2010. Cristina Kirchner sonríe mientras se coloca una gorrita de la Lista Verde, conducción de la Unión Ferroviaria. Detrás, apoyados sobre una valla, unos ferroviarios también sonríen. El número de la revista gremial está dedicado al acto de reinauguración del centro cultural construido en la sede central del sindicato, que queda en la avenida Independencia 2880, evento realizado el 12 de noviembre de 2009. La Presidenta concurrió acompañada por buena parte de su gabinete, el secretario general de la CGT Hugo Moyano y otros líderes sindicales y políticos. En su discurso, José Pedraza recalcó que la presidencia de Néstor Kirchner había representado «un punto de inflexión», entre otras cosas porque «terminamos con la modalidad tercerizada, que significaba trabajo en negro» y por «respetar la protesta social». Estas palabras eran pronunciadas por el secretario general del sindicato involucrado directamente en el asesinato de Mariano Ferreyra y sospechado de haberlo realizado para que la incorporación de los trabajadores tercerizados no le arruinara un gran negocio. Asesinato que se produjo menos de un año después de aquel discurso. Pedraza finalizó su alocución diciendo: «Compañera Presidenta, nosotros acompañamos su gobierno, y seguiremos acompañándolo».

Cuando le tocó hablar, Cristina Kirchner elogió «la obra» realizada en ese sindicato: «Mostrémosles a todos cuál es este modelo de organización sindical que cree que lo más importante no es destruir sino conseguir mejoras para sus trabaja-

dores», dijo antes de enaltecer la figura de Pedraza y declararse «una profunda admiradora de este movimiento sindical».

No había sido el primer acercamiento de la Unión Ferroviaria con el gobierno. En las elecciones presidenciales anteriores, la UF había apoyado institucionalmente la candidatura de Cristina Fernández de Kirchner. Tampoco el último: el 15 de octubre de 2010, la Confederación General del Trabajo encabezada por Hugo Moyano realizó un acto en el estadio River por el Día de la Lealtad, fecha que recuerda la movilización de los trabajadores que, en 1945, liberó a Perón de su encierro en la isla Martín García y abrió paso a su triunfo electoral el año siguiente. Pedraza, de viaje en Europa, no estuvo. Se dice que, enfrentado con Moyano, de todas maneras habría concurrido. Sin embargo, una columna de mil ferroviarios, encabezada por Juan Carlos «El Gallego» Fernández, se movilizó para apoyar la gestión de Cristina. Entre otros asistentes, se pudo comprobar la presencia de Cristian Favale y Gabriel Sánchez, principales sospechosos de haber disparado la bala asesina.

De cualquier manera, los lazos del secretario general de la Unión Ferroviaria con su par de la CGT, a pesar de las diferencias, se mantienen: Pedraza, además de secretario de Cultura de la CGT es vicepresidente de la CATT (Confederación Argentina de Trabajadores del Transporte), cuyo presidente es el ultramoyanista Omar Viviani, del gremio de los peones de taxis.

Juan Carlos «Gallego» Fernández es el actual secretario administrativo del sindicato y «hombre fuerte» del Ferrocarril Roca, y uno de los dirigentes gremiales de la UF con mejor llegada al gobierno. Fue quien firmó el pedido de ingreso a los talleres de Remedios de Escalada de Favale. En un reportaje publicado en un sitio vinculado a la Unión Ferroviaria, Fernández trató de destacar su vínculo con la cabeza del gobierno: «Nosotros venimos trabajando fuertemente —dice— no sólo en la recuperación de los salarios (...) sino en la política ferroviaria; nos ha tocado presidir la nueva empresa ferroviaria que creó el Estado nacional». Se refiere a la Sociedad Operadora Ferroviaria Sociedad del Estado (Sofse), que controla las líneas concesionadas.

Fernández no miente: sin excepciones, la Secretaría de Transporte tiene sus subsecretarías ocupadas por hombres colocados por la dirigencia sindical. Jorge González, del sindicato de Camioneros, está a cargo de la Subsecretaría del Transporte Automotor; Mariano Recalde, hijo del abogado laboralista Héctor Recalde y militante de La Cámpora, está a cargo de Aerolíneas Argentinas; y Antonio Guillermo Luna, de La Fraternidad, a cargo de la Subsecretaría de Transporte Ferroviario. Además, Fernández era, junto al ministro de Planificación Julio de Vido, uno de los siete responsables de los negocios entre el gobierno, las empresas privadas y los Estados proveedores de material ferroviario. Como parte de esas tareas, integró la comitiva del viaje de Cristina Kirchner a Beijing, y figuró entre los encargados de la compra a China de coches, locomotoras y rieles por un monto aproximado de 10.000 millones de dólares, una operación concretada sin licitaciones previas. Entre las fotos del sitio de la Presidencia de la Nación, aparece la imagen de Fernández junto al ex secretario de Transporte Juan Pablo Schiavi, el ministro Julio De Vido y el subsecretario de Transporte Ferroviario, Antonio Guillermo Luna. Luna es sindicado como el «Antonio» que conversa con «Juan» en las escuchas telefónicas ordenadas por la jueza de la causa. «Juan» es el operador de la Unión Ferroviaria que organizó la designación de los abogados y arregló «sacar todo» antes del allanamiento a la sede gremial. En esas mismas escuchas, se pudo verificar cómo la Unión Ferroviaria se ocupó de «la contención de los muchachos detenidos». También surgió de esas escuchas que Juan Araya, hombre de conocido vínculo con Pedraza, abogado del sindicato y titular de Sofse, es quien contrató personalmente a Carlos Froment, abogado de varios otros detenidos —además de haber sido abogado del dictador Roberto Viola.

Unas semanas antes de la emboscada, en el reportaje citado, Fernández justificó anticipadamente el accionar de la patota: «Los trabajadores que se tiran en las vías para obligar a parar, no son peronistas, tienen otra bandera» y «sin peronismo, no hay movimiento obrero» («los sindicatos son de Perón», decía

la Juventud Sindical en los 70, justificando los asesinatos de activistas opositores). Fernández también salió a defender el negocio de las tercerizaciones, que existieron «toda la vida» para «trabajos que son eventuales», para los cuales «se hace una licitación y ejecuta la obra quien gana». A Fernández parece no importarle el retroceso en los derechos laborales del trabajo tercerizado, que hace treinta años no existía, ni el hecho de que —a pesar de lo que dice— en el ferrocarril éste se utilice para tareas permanentes, y que la transparencia del proceso esté al menos cuestionada por las relaciones entre las tercerizadas, la Unión Ferroviaria y las empresas que gestionan Ugofe.

En el acto de River, la Presidenta reivindicó a la Juventud Sindical Peronista. Ya lo había hecho un mes antes en el acto con las juventudes kirchneristas en el Luna Park. La JSP, en los 70, fue el brazo armado de la dirigencia sindical cómplice de la Triple A, especializada en el asesinato de activistas sindicales opositores, entre ellos, los militantes de la Juventud Trabajadora Peronista. Luego de los hechos citados que señalan la larga trayectoria de tercerización de la represión en manos de patotas sindicales, la reivindicación presidencial de la JSP pudo ser leída como una advertencia al activismo que reclama la independencia de los gremios respecto del Estado y la vigencia de la democracia sindical. Es seguro que la Presidenta imaginaba al mencionarla a una JSP *aggiornada,* pero las palabras también actúan, y nada disminuye su justificación ideológica. Cinco días después del acto de River, uno de los sectores participantes baleó la movilización ferroviaria y se llevó la vida de Mariano Ferreyra. Luego del crimen, el gobierno se despegó de Pedraza y de la Unión Ferroviaria y manifestó que haría todo lo necesario para que se castigara a los autores materiales e intelectuales del asesinato. De todas maneras, Pedraza señaló al autor de este libro que seguía en contacto con distintos funcionarios, a la vez que el sindicato paró el servicio del ferrocarril reclamando la libertad de los detenidos. Tres meses después del asesinato de Ferreyra, el ministro Carlos Tomada asesoraba telefónicamente a Pedraza sobre cómo evitar que la supremacía sindical de su lista Verde tambaleara ante el ingreso de los trabajadores tercerizados a la planta permanente. «Tenés que hacerles la cabeza, simular cursos de formación, poner cuadros políticos entre ellos porque no todos son del PTS o el Partido Obrero», lo aconsejaba. Días antes de su detención, la viceministra de Trabajo Noemí Rial llamaba preocupada a Pedraza por los allanamientos que se estaban realizando en los domicilios del jefe de la UF y de «El Gallego» Fernández. «¿No encontraron nada raro, no?», indagaba la viceministra y se solidarizaba: «Cualquier cosa que necesites, José, llamame a casa». El congreso de la Unión Ferroviaria realizado a fines de julio de 2012 se pronunció favorablemente a favor de la política ferroviaria kirchnerista y planteó que debía profundizarse, otorgando las vías férreas a empresas como Sociedad Operadora Ferroviaria Sociedad del Estado (S.O.F.S.E.) —presidida por Juan Araya, hombre del sindicato— o Administración de Infraestructuras Ferroviarias Sociedad del Estado (A.D.i.F.S.E.) —en manos de José Nicanor Villafañe, hombre de La Fraternidad—. Ante la pelea entre el moyanismo y el kirchnerismo, profundizada hasta la quiebra los primeros meses de 2012; y ante la división de la CGT, Pedraza y la Unión Ferroviaria cavaron trincheras junto a la fracción sindical que apoya al gobierno. El martes 12 de junio trascendió, en una nota firmada por Mariano Martín publicada en el diario *Ámbito Financiero*, que José Pedraza había acordado, desde la cárcel, votar en el confederal de la Confederación General de los Trabajadores por Antonio Caló, el candidato a suceder a Moyano, bendecido por la presidenta Cristina Fernández y el kirchnerismo.

Pedraza integra, con este voto anunciado, el grupo de diecinueve jerarcas sindicales que obedecerán la orden presidencial de soltarle la mano a Hugo Moyano —el burocrático jefe de Camioneros que, en los años setenta, formó parte de los grupos de choque motorizados por la Concentración Nacional Universitaria (versión marplatense de la Triple A), mientras dirigía la Juventud Sindical, organismo que hoy revive de la mano de su hijo Facundo—. Ellos son: Juan Belén (meta-

lúrgicos, kirchnerista, quien se refiriera a la izquierda como la «zurda loca» y a la CTA como manejada «por la Cuarta Internacional»), Armando Cavalieri (dirigente desde hace décadas del sindicato de Comercio, kirchnerista), Oscar Lescano (veterano dirigente de Luz y Fuerza que cumplirá este año 80 inviernos, ex menemista, cómplice de las privatizaciones de las empresas eléctricas, actualmente kirchnerista), Héctor Daer (Sanidad, kirchnerista), Andrés Rodríguez (estatales, UPCN, ex menemista, hoy kirchnerista), Gerardo Martínez (UOCRA, miembro de los servicios de inteligencia al revestir como informante en los listados oficiales del Batallón 601 del Ejército, ex menemista, kirchnerista), Carlos Ríos (Obras Sanitarias, kirchnerista), Ricardo Pignanelli (mecánicos en SMATA, sucesor del colaborador de la dictadura militar José Rodríguez, kirchnerista), Omar Viviani (taxistas, ex moyanista, kirchnerista), Horacio Ghilini (docentes privados, kirchnerista), Norberto Di Próspero (personal legislativo, hiperkirchnerista), Carlos Sueiro (aduana, kirchnerista), Omar Suárez (marítimos, hiperkirchnerista), Omar Maturano (ferroviarios, La Fraternidad, kirchnerista, socio de Antonio Guillermo Luna, subsecretario de Transporte kirchnerista), Roberto Fernández (colectiveros, UTA, kirchnerista), Viviana Córdoba (alimentación, kirchnerista), Noé Ruiz (modelos, kirchnerista) y Daniel Rodríguez (telefónicos, kirchnerista). Aunque les guste ser enrolados entre las facciones conocidas como «los gordos» o «los independientes», todos los que señalan que votarán a Caló, incluso el reo José Pedraza, hacen profesión de fe kirchnerista.

Diego

El último mes de su vida estuvimos juntos mucho tiempo con Mariano. Caminamos las vías junto a Leo, otro pibe del Partido Obrero de Monte Grande. Un mes estuvimos laburando para hacer el corte de vías. El día anterior al corte, pintamos la bandera de los tercerizados con Mariano. El Polo Obrero de Lanús nos había dado la tela y la pintura, y la hicimos en su local. Esa bandera la tengo en casa y la saco cada vez que hay que hacer quilombo. Eran buenos pibes y lo hacían todo a pulmón, por sus ideales, sin que les paguen un mango. Teníamos que juntar las monedas para comer algo. Cuando yo se los cuestionaba y los cagaba a pedos por dedicarle tanto tiempo a la militancia, sin recibir nada a cambio, ellos me decían: «Nosotros lo hacemos de corazón, para que los trabajadores estén bien».

Fue un mes intenso. Recorríamos las vías charlando con los trabajadores para que se sumasen a la lucha.

Pasamos muchos momentos juntos, charlábamos de los problemas que teníamos, hinchábamos las pelotas, jodíamos... Lo típico: compartíamos como si fuera una relación de antes aunque nos conocíamos de hacía poco. Fue una amistad corta pero buena.

A Mariano le gustaba militar porque creía que los trabajadores tenían derechos que había que hacer cumplir. Murió poniendo el pecho por los obreros. Murió como vivió, haciendo lo que quería, actuando según sus principios, luchando por los trabajadores.

El negociado

Para muchas personas, el ferrocarril y su proceso de entrega a manos privadas resume el espíritu de los negociados de la década de los noventa: empresarios que desguazaban la infraestructura de la Nación obteniendo sólo beneficios, un Estado cómplice, sindicalistas que hacían la vista gorda y trabajadores como únicos perjudicados. Sin embargo, y a pesar del paso del tiempo y de los cambios políticos y económicos, el ferrocarril sigue exhibiendo una postal muy parecida.

Luego de años de vaciamiento, la creación de Ugofe —empresa en la que el Estado se asoció a los antiguos concesionarios privados— permitió creer que se iniciaba una era de cambios en la administración de los trenes. Incluso hubo quienes interpretaron la intervención estatal como un camino de reversión de las privatizaciones. Ninguna de esas caracterizaciones fue acertada.

La asociación del Estado a las empresas Metrovías (del grupo Roggio), Ferrovías (del grupo Romero) y TBA (del grupo Cirigliano) sirvió para montar una estructura que les permitiera a dichas corporaciones hacer negocios con fondos fiscales. El Estado no sólo subsidia cada boleto que compra cada uno de los pasajeros que usa el servicio, sino que paga los salarios de todos los trabajadores que revisten tareas bajo la protección del convenio de trabajo de la rama, a la vez que desembolsa los fondos para pagar los contratos que establece Ugofe con empresas tercerizadas. Empresas que tienen como marca característica el trabajo precarizado de sus empleados y que, debe recordarse, reingresaron al ferrocarril mediante un acuerdo firmado por Pedraza y Fernández en el Ministerio de Trabajo en 2007. Esos mismos contratos con empresas tercerizadas fueron cuestionados por la Auditoría General de la Nación, que determinó que el método de contratación «no garantiza los principios de publicidad, concurrencia, competencia y transparencia que deben regir en materia de contrataciones públicas», dictamen publicado en diciembre de 2010. El informe también indica que, pese a que Ugofe se creó en un contexto de emergencia, no fueron planificados plazos de finalización de esos contratos que, además, tendrían un mínimo riesgo para los operadores en relación a los que sufriría el Estado. También denuncia que no existen precios de referencia para justificar los gastos realizados en la refacción de las estaciones ferroviarias —trabajos contratados directamente por Ugofe—, además de disparidades entre los informes sobre la marcha de esos contratos y los plazos de ejecución que se habían estipulado, entre otras denuncias. A la vez, las mismas empresas que luego serían socias del Estado en Ugofe recibieron un dictamen del mismo organismo que estableció que «hubo irregularidades en los subsidios que el Estado otorgó a las empresas concesionarias de los ferrocarriles, que ascienden a 1817 millones de pesos entre 2005 y 2008», según consta en una nota del diario *Perfil* del 23 de noviembre de 2009. Ugofe controla las líneas San Martín y Belgrano Sur, desde 2004, y Roca, desde 2007, pero no hay que olvidar las otras líneas del sistema nacional de ferrocarriles, varias de las cuales tienen a directivos sindicales en sus directorios, cuando no son presididas directamente por las esposas de esos gremialistas, como en el caso de Graciela Coria, presidenta de Belgrano Cargas SA y esposa de Pedraza. El acuerdo de la Unión Ferroviaria permitió también el reingreso de las tercerizadas a esas líneas (además del Roca, donde se inició el reclamo que concluyó con el asesinato de Ferreyra), entre las que figuran Nuevo Central Argentino, donde Raúl Castellano, secretario de Prensa de la UF, ocupa un cargo directivo; América Latina Logística Central, donde Armando Matarazzo, hombre de La Fraternidad, ocupa un alto cargo,

y la mencionada Belgrano Cargas, en la que también se encuentran asociados Hugo Moyano y Franco Macri, padre del jefe de gobierno porteño. La estructura de funcionarios gubernamentales que rige los destinos del ferrocarril está copada por hombres del sindicalismo ferroviario. La Secretaría de Transporte —dirigida, hasta el accidente de Once que se cobró 51 víctimas fatales, por el ex macrista devenido kirchnerista Juan Pablo Schiavi— delegó en Alejandro Ramos el transporte —secretario con mayores pretensiones públicas, porque es difícil conseguir un turno, eh—, sus jornadas de pesca en petroleros. De sus dichos se infiere que se delega en Antonio Guillermo Luna, secretario de Finanzas de la UF, los asuntos del ferrocarril, el traspaso de fondos estatales para pagar sueldos y contratos. La Administración de Infraestructuras Ferroviarias (ADIF) está presidida por José Nicanor Villafañe, también miembro de La Fraternidad, que continuó a Schiavi en ese cargo. La Sociedad Operadora Ferroviaria (Sofse) es conducida por Juan Rosauro Araya —abogado de la Unión Ferroviaria y hombre de confianza del titular del gremio, José Pedraza— quien es sindicado como el hombre que se ocupó de buscar abogados para los acusados por el crimen de Mariano Ferreyra, incluido para el supuesto matador, Cristian Favale. El vicepresidente del organismo es Agustín Special, miembro de La Fraternidad.

Esta estructura empresarial-sindical se aprovechó de los hiperbeneficios de tener a trabajadores tercerizados en el plantel, con sueldos equivalentes a entre un tercio y la mitad de lo que ganan, por la misma tarea, los trabajadores convencionados. Obreros que, además, son sometidos a ritmos de sobreexplotación. Para ilustrar la magnitud de la aceleración de los ritmos de trabajo que sufren los tercerizados basta mencionar que si un trabajador convencionado tiene como límite el cambio de cuatro durmientes de las vías por día, el ritmo exigido a un tercerizado se eleva hasta llegar a diez durmientes cambiados por jornada.

Además de estas condiciones de contratación y de trabajo que se acercan al fraude laboral, se sospecha que las empresas tercerizadas no les pagan a sus empleados el total de los fondos erogados por el Estado con ese fin.

«La Secretaría de Transporte y la Subsecretaria de Transporte Ferroviario giran las partidas para pagar los haberes del personal de Ugofe todos los meses», afirma José Luis García, ex jefe de Administración de Personal y Liquidación de Haberes de Ugofe. «Pero también paga los sueldos del personal de las empresas que contrata Ugofe. Las partidas que envía para estos pagos se hacen por el monto total de los salarios, que después cada concesionaria entrega a los empleados. En ese movimiento se encuentra el centro del negocio. Lo sé a través de mi experiencia personal ya que mi empleador original era Ferrovías, una de las concesionarias, que debía depositar mi sueldo, incluido en la partida que enviaba la Secretaría, cada mes. Por el puesto que ocupaba, recibía mensualmente la información de haberes a abonar a cada empleado, por lo que pude comprobar que el salario que me depositaban era un 30% inferior al que figuraba como girado por la Secretaría. Le comuniqué la situación a Guillermo Moroni, que era gerente de Recursos Humanos de Ferrovías, quien me dijo que al mes siguiente se solucionaría la situación. Como eso no sucedió, volví a plantearle el tema, tuvimos una discusión bastante ríspida, pero la situación siguió igual. Decidí hablar con Héctor José Messineo, gerente de Recursos Humanos de Ugofe de la línea Roca, que me recomendó plantearle la situación a Antonio Guillermo Luna, subsecretario de Transporte Ferroviario. Me reuní con él y me dijo que volviéramos a juntarnos una semana después, para que analizara el asunto. Cuando regresé, me dijo que la situación "no tenía solución y que no lo molestara más por temas como ése", en sus palabras textuales. No conforme con esto y en defensa de mis intereses envié una notificación denunciando esto al ministro Julio de Vido, que derivó en el expediente 141172/2009. Gracias a la intervención del ministro, a los pocos días fui citado por uno de sus asesores para interiorizarse del tema. El expediente en cuestión hizo que la doctora Graciela Cavazza, directora de

Planificación Ferroviaria, me citara en varias oportunidades en su despacho e intervinicra para tratar que mi reclamo no saliera más allá de esas oficinas ni de Ugofe. A cambio de ese silencio prometía que solucionaría el tema. Nunca solucionó nada, y además dejó de recibirme y atender mis llamados.

»A la vez, el ingeniero Guillermo Moroni, mi jefe en aquel momento, me dijo que debía renunciar por la denuncia realizada en el ministerio, ya que era un traidor por esa acción. La presión que comenzó sobre mí incluyó amenazas personales. Una vez Moroni se apersonó en las oficinas de Constitución donde yo prestaba servicios y me incitó a pelear. Esas situaciones violentas y otras que se fueron sumando me obligaron a renunciar a mi puesto. Al día siguiente, fui llamado por un asesor de De Vido, quien me notificó que sería incorporado en un empleo dependiente del Ministerio de Planificación, promesa que cumplieron. He leído luego las declaraciones que constan en la causa y las que realizó Héctor José Messineo y en ningún momento negó los modos y las formas de actuar de la empresa, no sólo en el hecho de contrataciones y de pagos, sino también en el panorama que describí al contar cómo era el sistema de ingresos de personal, una tarea que siempre digitaron la Unión Ferroviaria y La Fraternidad a través de sus delegados. Lo más llamativo es que habiéndose comprobado hechos de corrupción y otras irregularidades, aún siguen ocupando sus puestos tanto Antonio Guillermo Luna, Graciela Cavazza, Héctor José Messineo y Juan Carlos Fernández».

El relato de García señala el punto central de un negocio que se caería si los tercerizados realizaban su reclamo de pase a planta permanente: los fondos que envía la Secretaría de Transporte para pagar los sueldos llegan a los bolsillos de los trabajadores de acuerdo al criterio que más beneficie a los empleadores. En el caso de García, la diferencia rondaba un 30%. Empleados de tercerizadas imputan al negociado diferencias aún más grandes.

García también señaló que los trabajadores de Ugofe, al momento de su creación en 2007, totalizaban 3091 empleados,

cifra que se duplicó en los años posteriores. Los nuevos empleados tenían una característica: estaban obligados a afiliarse a la Unión Ferroviaria o a La Fraternidad y eran conchabados entre adherentes a unidades básicas del Partido Justicialista o en las barras bravas de las hinchadas de fútbol en un número notable.

La hipótesis de un agujero negro causado por la corrupción empresarial y sindical que no pagaba los sueldos que correspondían a los trabajadores tercerizados introduce algunas preguntas: ¿Qué porcentaje de este excedente de fondos le correspondía a la Unión Ferroviaria? ¿Y a La Fraternidad, el otro sindicato ferroviario? ¿El Estado desconocía el negociado que ocurría y ocurre bajo sus narices, o su inacción responde a la política de una reconstitución de la «burguesía nacional», tal como la presentaron en varias oportunidades, a costa de fondos estatales y sobreexplotación laboral?

Las dos organizaciones sindicales llevaron adelante paros contra el ingreso de tercerizados al ferrocarril (aunque, en el caso de La Fraternidad, su vocero, Horacio Caminos, dijo al autor de este libro que las medidas no eran paros y que tampoco se realizaban contra los tercerizados, contradiciendo los dichos del ministro de Trabajo Carlos Tomada). La Unión Ferroviaria llevó las cosas más lejos: como señalan los fallos judiciales, el sindicato organizó a la patota que atacó a los tercerizados el 20 de octubre de 2010 para «escarmentar» a quienes llevaban adelante esa lucha. Entre ellos estaba Mariano Ferreyra, asesinado por un balazo.

El gremio que dirige Pedraza es responsable de la Cooperativa de Trabajo Unión del Mercosur, una tercerizada con sedes en todo el país que realiza tareas ferroviarias en condiciones muy inferiores a las de cualquier trabajador convencionado —una situación no sólo avalada, sino creada por el sindicato que debería oponerse a ese estado de las cosas—. Su estatuto, según las actas de constitución de la cooperativa, se encuentra en la sede de la Unión Ferroviaria, sita en Independencia 2880. Su presidente es Horacio Castellano, secretario de Medios del

sindicato y, como se dijo, directivo de Nuevo Expreso Central. Los obreros de la cooperativa son monotributistas, no tienen ART, no cobran aguinaldo, no tienen vacaciones pagas ni días por enfermedad, tampoco se les realizan aportes jubilatorios ni de asignaciones familiares; pero son obligados a afiliarse a la Unión Ferroviaria y a su obra social. Todas estas condiciones de precarización son promovidas por su dirección sindical.

¿Existen más empresas de este tipo? José Nicanor Villafañe, hombre de La Fraternidad y presidente de ADIF, es decir, funcionario estatal, es accionista de Reparferr S.A., que fue señalada al autor de este libro por varios trabajadores ferroviarios como una empresa contratada por Ugofe, aunque no se hayan podido localizar registros de esa contratación. Valga como dato anecdótico que el nombre de la sociedad (Reparferr) haya sido identificado por esos trabajadores como Reparación Ferroviaria. ADIF fue acusada en abril de 2010 de «desguazar» la infraestructura del ferrocarril Belgrano Norte. El diario *El Tribuno* de Salta llevó el tema a su tapa y Juan Ramón Duarte, titular del Movimiento Nacional Ferroviario, afirmó: «José Nicanor Villafañe se dispone a rematar hasta los durmientes acopiados. Está a un paso de ser subastado, a precio de chatarra, lo que queda en pie del Ferrocarril Belgrano y otras líneas argentinas de cargas y pasajeros». Villafañe también forma parte de una estructura de negocios que tiene como protagonistas a la primera plana de La Fraternidad. Fundó con Omar Arístides Maturano, secretario general del sindicato, la concesionaria de autos Congreso Motors, que en 2004 había fijado su sede en un departamento que pertenecía al gremio.

El funcionario estatal también es socio, junto a Maturano, en la empresa de diseño Signobaires (que también integran Simón Ariel Coria, Carlos Domingo Visciarelli, Agustín Clemente Special, Miguel Ángel Fontanarrosa y Héctor Gustavo Volpi, todos dirigentes de ese sindicato). La empresa que, entre otras actividades, se dedica a la señalética, tiene contratos por carteles, mapas y señalización de estaciones con Ferrovías y la

línea Belgrano Sur. Esas líneas de ferrocarril tienen a su cargo trabajadores cuyos derechos los empresarios de Signobaires deberían defender cuando actúan como sindicalistas. También es llamativo que la página web de la compañía indique tener contratos con el Ministerio de Trabajo nacional.

Para finalizar un paneo sobre los negocios extraños de los sindicalistas empresarios de La Fraternidad, hay que hacer notar que Maturano fundó la empresa Proyecto Solsa, compañía de transportes, junto al actual subsecretario de Transporte Ferroviario, Antonio Guillermo Luna.

Carlos Domingo Visciarelli, otro directivo de La Fraternidad, fue sindicado por varias fuentes ferroviarias como dueño de una tercerizada. Visciarelli figura como dueño de Aristic SA, empresa sobre la que no hay registros que arrojen más datos en los organismos oficiales, aunque bien podría formar parte del conjunto de compañías precarizadoras del trabajo.

La responsabilidad en los negociados no es sólo sindical: la pata empresarial es la más beneficiada por los métodos de trabajo que se implementan en el ferrocarril. En principio existe una suerte de promiscuidad empresarial que se realiza a través de la aparición repetida de ciertas personas en los directorios de empresas tercerizadas, empresas que componen Ugofe y organismos estatales. Por ejemplo, en los directorios de Herso, Ecohabitat y Emepa figura o figuró Osvaldo Román Aldao, que también integró Ferromel, Ferrocentral y la estatal Sociedad Operativa Ferroviaria. En Ferromel también estuvo Héctor Salvador Cimo, que figura en el directorio de Ferrovías y Ferrocentral. En los talleres Riorio figuran Osvaldo Aldaro y Juan Aranovich, que también forman parte de otra tercerizada, Herso. Judit Berdichevsky y Raúl Silvano Báez, además de figurar en una infinidad abrumadora de sociedades anónimas constituidas en el país (lo que los convertiría en unos empresarios sin par o, quizás, en personeros de la categoría empresarial conocida como «testaferros») figuran en Rottio y Ecocred, que a la vez están asociados a Herso en emprendimientos conjuntos. (Curiosamente, esas mismas firmas figuraban como directivos en la empresa Balk-

brug antes de que se convirtiera en compañía que edita el diario hiperultraoficialista *Tiempo Argentino*, manejado por la sociedad conformada por Sergio Szpolski y Matías Garfunkel, el Grupo Veintitrés, que recibe ingentes sumas de dinero en la forma de pauta oficial en sus publicaciones.)

Otra pregunta surge de manera natural: ¿La existencia de testaferros protege a los miembros de directivas sindicales de la posible vinculación que realmente tengan con las empresas tercerizadas?

Sin embargo, el negocio no se queda allí. Una de las formas de explotar las empresas tercerizadas en beneficio de las grandes compañías tiene un mecanismo no sólo alejado de la ética, sino que roza lo inmoral. Las empresas que constituyen Ugofe forman, a la vez, tercerizadas que hacen el trabajo que ellas deberían realizar pero con un personal desprotegido y en condiciones laborales inaceptables. Es el caso de Benito Roggio Ferroindustrial, empresa que no cuenta con delegados gremiales, y que hace el trabajo que el grupo Roggio, dueño de Metrovías, debería hacer para mantener los coches que prestan servicio pero a un costo infinitamente menor.

El grupo Romero, que es parte de Ugofe a través de Ferrovías, tiene un accionar idéntico mediante la empresa tercerizada Emepa, cuyos trabajadores deberían cobrar lo mismo y en las mismas condiciones que los convencionados de Ferrovías, pero que se ven condenados por la precarización laboral que impera en el actual modelo empresario.

Al grupo Cirigliano, de TBA, se lo conocía por su vinculación con la tercerizada Amanci.

Nadie se quiso perder la invitación a la fiesta en la que se celebran las ganancias descomunales que se logran a costa de la superexplotación y la defraudación al Estado. El 20 de octubre, mientras los tercerizados reclamaban que cese esta situación, se reincorpore a los despedidos y se pase a planta a todo el personal del ferrocarril, se realizaba el congreso LatinRieles 2010. El sitio que se eligió para su funcionamiento fue el edificio donde tiene su sede la Unión Ferroviaria, cuyo auditorio —inaugurado con la presencia de la presidenta Cristina Fernández meses atrás— lo hacía propicio para ese tipo de eventos. José Pedraza y Juan Carlos «El Gallego» Fernández fueron los anfitriones de los congresales, un grupo integrado mayoritariamente por empresarios y funcionarios de la rama, que recibieron a una delegación brasileña. En la mesa de apertura, según consta en el organigrama del evento, hablarían Pedraza y Juan Pablo Schiavi, ex subsecretario de Transporte de la Nación. No participarían núcleos de trabajadores, sino que los jerarcas sindicales compartirían mesas, *coffee-breaks*, almuerzos y encuentros de trabajo con empresarios del ferrocarril. Incluso, con ejecutivos de las empresas tercerizadas. Entre los auspiciantes y participantes del evento figuran Emepa, Emfer, Materfer, Benito Roggio Ferroingeniería, Comsa, Zonis y Herso, entre otras empresas tercerizadas. Los dirigentes sindicales les prestaban su auditorio y compartían debates sobre cómo mejorar los negocios del ferrocarril con los empresarios contra los que protestaban los tercerizados en Avellaneda y en Barracas, manifestación de la que Fernández se informaba permanentemente mediante las llamadas de Pablo Díaz. Tercerizados a los que se había decidido escarmentar. Mientras Mariano Ferreyra agonizaba desangrado en una vereda porteña, los sindicalistas expresaban con un hecho simbólico su elección política: con los empresarios, contra los trabajadores. En el afiche del congreso, a continuación de la leyenda: «Acompañan a LatinRieles 2010 las siguientes empresas», figura —en primer lugar— el logo del sindicato Unión Ferroviaria. No hay error en esa caracterización.

Encuentro en la Rosada

El asesinato de Mariano Ferreyra se produjo un miércoles. El viernes, militantes de La Cámpora se contactaron con Pablo, hermano de Mariano, para proponerle la gestión de una reunión con la presidenta Cristina Fernández. La propuesta tenía su origen en Máximo Kirchner, hijo de la pareja presidencial. Pablo simpatiza con el gobierno kirchnerista, y los compañeros de militancia de Máximo se habían contactado con él a partir del asesinato de su hermano. Los Ferreyra, que habían decidido tratar de evitar que la realidad se entrometiera en su dolor por unos días, evaluaron luego si no convenía que la reunión se realizara, en todo caso, si se presentaban dificultades en el plano judicial. De todos modos, decidieron aceptar la propuesta y alentar el encuentro. A los pocos días, Néstor Kirchner moría en Santa Cruz debido a una descompensación cardíaca.

A partir de ese momento, la reunión estuvo planteada en la agenda de la Presidenta, pero supeditada al luto que ella también atravesaba, y a las actividades que su cargo le demandaban.

Mientras los días pasaban, la madre de Mariano, Beatriz Rial, miembro del sindicato docente de Buenos Aires (Suteba), recibió una llamada de Roberto Baradel, secretario general del gremio, que le ofrecía mediar para la realización del encuentro. Las dos líneas de contacto confluyeron y se fijó fecha. Cristina Fernández recibiría a la familia de Mariano el 5 de diciembre de 2010, un mes y una semana después de la muerte de su marido Néstor, un mes y dos semanas después del asesinato del militante del PO.

Suteba se encargó de la logística: la delegación —integrada por Ricardo, el papá; Beatriz, la mamá; Pablo y Rocío, los

hermanos; Carolina Dursi, esposa de Pablo; Diego Morales, abogado del Centro de Estudios Legales y Sociales (organismo de Derechos Humanos que integran los letrados que representan a la familia de Mariano en la Justicia) y Baradel— se reunió en un local sindical en el barrio de San Telmo mientras esperaban los remises que los llevarían a la Casa Rosada. Pablo había escrito una carta, ayudado por su esposa, dirigida a la Presidenta. Se trataba de un texto que, en términos personales, pedía que se vigilara la acción de la Justicia para intervenir si no se actuaba según los objetivos de alcanzar la verdad de los acontecimientos y condenar a los culpables. La carta fue revisada por Morales y sugirieron el agregado de un párrafo con especificaciones legales; le dieron forma, pero finalmente decidieron sacarlo, ya que cortaba el estilo íntimo que tenía el texto. En un momento avisaron que los remises habían llegado y esperaban en la puerta.

Era un día soleado. Horas antes, Pablo había dejado en la Casa Rosada los documentos de los participantes del cónclave para agilizar la entrada, de tal modo que, al llegar, pasaron directamente y un encargado los guió a través de los pasillos y patios del edificio hacia un salón de espera. Era un lugar espacioso, iluminado por algunas lámparas pero, sobre todo, con la luz natural que atravesaba las cortinas de las ventanas, y bajo cuyos techos altos el silencio se hacía sentir. En el centro del salón había una mesa larga. Allí los esperaba Oscar Parrilli, secretario de la Presidencia, quien les anunció que no tardarían en realizar la reunión. Se brindaron los saludos de rigor. Una puerta se abrió y entró Juan Abal Medina (h), en ese momento secretario de Gestión Pública de la Jefatura de Gabinete y actual jefe de Gabinete, y se les unió. Mientras, Parrilli aprovechó para retirarse. Abal Medina se caracteriza por un espíritu joven y cálido, y su presencia distendió los nervios que mostraban los miembros de la delegación. El funcionario les comentó que la Presidenta estaba terminando de conversar con unos representantes de Hewlett Packard y que pronto aparecería. «Tengo una carta para la Presidenta, ¿a quién se la doy?», preguntó Pablo.

«No, se la das a ella en la mano y a nadie más», le dijo Abal Medina. Pocos minutos después, el picaporte sonó y la puerta se abrió nuevamente.

Mientras todos se ponían de pie, Cristina Fernández avanzaba resuelta hacia Beatriz y no dejaba de mirarla a los ojos. «¿Qué te puedo decir? La verdad, no hay nada para decir —expresó mientras le tomaba las manos—. Hay que seguir adelante, Beatriz. Sé que la situación es diferente, pero yo tampoco estoy en mi mejor momento. El dolor de perder a alguien, sea de manera violenta o no, es algo que afecta profundamente a quienes quedamos vivos». Se saludaron con un beso. Luego, la Presidenta hizo lo mismo con los demás, que se presentaron.

«Les quiero asegurar que este gobierno, desde que asesinaron a Mariano, se movió para que se haga justicia —comenzó a decir la Presidenta una vez que se sentaron a la larga mesa—. Néstor mismo tomó esa tarea como fundamental, a pesar de que se encontraba convaleciente de la operación que había tenido. Estaba débil, y este acontecimiento lo agobió todavía más. Aún así, había decidido poner todas sus energías en la resolución del caso». El círculo cercano del ex presidente había señalado que el crimen había alterado a Kirchner y que, incluso, la noche anterior a su fallecimiento, había tenido una discusión con Hugo Moyano en la que le reprochaba no haber podido evitar los acontecimientos. Máximo, hijo de la pareja presidencial, había dicho: «Al matar a ese pibe en Constitución, también mataron a mi viejo. Estaba indignado».

«Miren, quiero explicarles sinceramente lo que creo que significa, para nosotros, el crimen de Mariano», continuó la Presidenta. Yo no tengo dudas de que ese asesinato, además de significar una tragedia que principalmente ustedes sufren, se inscribe en la lógica de varios actos desestabilizadores que ha sufrido este gobierno. También por eso es necesario llegar hasta los últimos culpables. En ese sentido, todos los informes dicen que, hasta el momento, la Justicia está cumpliendo el papel que debe cumplir». Cristina miró a los ojos a Pablo. «¿Vos pensás que está interviniendo bien la Justicia?» «Sí», contestó

el hermano de Mariano. «Bien. Por eso nosotros, el Ejecutivo, vamos a dejar que siga llevando su acción tal como lo ha hecho hasta el momento. Sólo intervendremos si vemos que esto toma otro carril».

En ese momento, la Presidenta comenzó a analizar el caso desde el punto de vista legal, recurriendo a su conocimiento de la causa y de las herramientas jurídicas que había aprendido durante el ejercicio de su profesión como abogada. En varias oportunidades cruzó opiniones con Morales, como si se tratara de un diálogo de colegas. «Es necesario que se identifique a un tirador. Para que esto avance hay que reconocer un tirador. ¿Cómo es posible que la gente del Partido Obrero no lo pueda identificar?», preguntó la mandataria.

«Son chicos de dieciocho años —dijo Rocío—, en un primer momento seguramente tuvieron miedo». «¿Vos qué edad tenés?», le preguntó la Presidenta. «Veinte», contestó Rocío. «Vos votás. Si podés votar podés ir a declarar y, si no lo hacés, es que actuás con cobardía. Yo también fui joven, y en los setenta ser joven era muy distinto a esta época. Pero la responsabilidad es la misma. Y que alguien sea joven no lo exime de esa responsabilidad».

«Presidenta, creo que a ellos también este crimen los agarró por sorpresa —intentó aclarar Pablo—. Los compañeros de Mariano se mostraban muy afectados. Esto los sobrepasó. El asesinato de mi hermano fue una situación excepcional, nadie se imagina que en una movilización alguien va a tirar a matar. De todos modos, todos los testigos que estuvieron ahí terminaron por declarar». Pablo hablaba con calma, trataba de buscar ecuanimidad: «Al principio hubo una especie de choque con la fiscal, pero luego todos dieron su testimonio. Si el Partido Obrero debe responder por algo, en algún momento lo va a hacer, pero éste es el momento de encontrar a los culpables». El silencio volvió a dominar el salón. Luego, Cristina asintió. «Hay que buscar más testigos —dijo—. Alguien tiene que reconocer al tirador. Hay que encontrarlo para tener la certeza de que el juicio va a salir bien. ¿Preguntaron en Chevallier?»,

se volvió a dirigir a Morales. Retornaron a los vericuetos judiciales. «Pero hablen, hablen ustedes —los animó después de un rato la Presidenta—. Quisiera escucharlos».

«Mirá —le dijo Pablo, que, debido a sus nervios, alternadamente tuteó y trató de usted a la Presidenta (más tarde, Abal Medina le diría, divertido, que debía haberla tratado de usted)—, yo creo que hasta el momento el gobierno actuó muy bien en el terreno judicial. Incluso aportó a uno de los testigos de identidad reservada que fue fundamental en su testimonio. Piense que, políticamente, al principio, no lograron ser claros. Y eso me preocupó. Tal vez lo que pasó con Mariano haya manchado esa política de no represión que el gobierno levanta».

«No, la verdad no estoy de acuerdo —respondió la Presidenta—. No creo que esto manche esta política. Hemos seguido sin reprimir la protesta social y no se puede inscribir el asesinato de tu hermano en un acto represivo del gobierno».

«Presidenta, las fuerzas de seguridad, la Policía Federal y la Bonaerense establecieron una especie de zona liberada —continuó Pablo—. Tenemos el temor de que la investigación no se profundice al interior de la policía y los sindicatos».

Cristina hizo un pequeño silencio. Los techos altos del salón lo agigantaron. «Te soy sincera —dijo—. La única persona con la que estuve casada murió». La Presidenta sonrió para distender el clima. Ricardo, papá de Mariano, emitió una pequeña risa nerviosa. Cristina prosiguió: «A mí no me importa la Federal ni la Bonaerense. Tendrán que dar una explicación sobre lo que pasó y, si fue una zona liberada, tendrán que pagar, al igual que si se prueba la complicidad de Pedraza y de todo aquel que haya intervenido en la realización del crimen».

La charla tomó un rumbo más íntimo. La Presidenta preguntó sobre Mariano, cómo era, qué le gustaba hacer, como había sido su vida en Avellaneda. Beatriz le habló sobre su hijo. Le contó de su timidez, de las clases de teatro, de su militancia, de sus rulos. En un momento se quebró. Y lloró. La Presidenta se acercó para consolarla, la abrazó. «Esto es irreparable, la muerte de los que queremos no tiene reparación alguna,

pero tenemos que seguir adelante, Beatriz», le dijo. Cuando se volvió a sentar, preguntó a los hermanos de Mariano a qué se dedicaban. «¿Vos qué hacés, a qué te dedicás?», preguntó a Pablo. «Soy fotógrafo. El otro día te saqué unas fotos en Aeroparque», respondió. «Ah, ¡estuvimos cerca!», sonrió ella. Miró a Carolina, le preguntó hace cuánto tiempo estaban casados, si habían tenido hijos, si los pensaban tener. En cierto momento, alguien se paró y los demás lo imitaron. Estaba concluyendo la reunión. La Presidenta miró a Rocío y la halagó: «¡Pero mirá el *tatoo* que te hiciste! Mi hija también se hizo uno. ¿Qué significa?» Rocío le explicó.

«Cualquier eventualidad, cualquier cosa, se comunican con Juan Manuel», dijo la Presidenta señalando a Abal Medina. Cristina volvió a saludar a la familia, uno por uno. Al llegar a Beatriz, la volvió a abrazar. Luego se retiró por la puerta por la que había entrado, que conducía al despacho presidencial. La familia y sus acompañantes fueron guiados a la salida por personal de la Casa de Gobierno. Al llegar a la explanada del palacio presidencial, Rocío evaluó: «Fue como una reunión familiar».

13:28

La columna no termina de armarse, pero empieza a marchar hacia la avenida Vélez Sarsfield. La cámara ya se fue y Elsa camina del brazo de la amiga. Son sólo tres cuadras hasta la avenida, donde desconcentrarán. Un dirigente se acerca a Chiquito y le dice al oído: «Che, mirá allá, bajaron de las vías y están viniendo». Chiquito se da vuelta y ve las siluetas que se acercan a paso de trote. Decide apurar la desconcentración. «Vamos, vamos, caminen rápido. Decíles a todos que nos vamos, nadie se queda acá, eh», indica. Rezagados, los hombres de pañuelo celeste en el cuello empiezan a llamar: «¡Eh, esperen que se vienen! ¡No se vayan!» Corren y se unen a la columna que ya avanzó hasta la calle Perdriel. Chiquito se da cuenta de que para garantizar la desconcentración habrá que plantarse: la patota trota pero se acerca y llegará a ellos inevitablemente. Decide armar la seguridad. «¡Cordón! ¡Cordón!» La señal indica que los manifestantes destinados a la seguridad deben armar una fila, que queda atravesando la calle. Son treinta hombres: algunos sacan de sus mochilas las piedras que recolectaron en el primer ataque, otros comienzan a repartir los palos de la defensa, alguno prepara una gomera. «¡Cordón, cordón!», siguen gritando. En la fila ya se encuentran los responsables de Avellaneda y de Lanús y sus compañeros del CBC. Están quietos. Ven a los patoteros correr hacia ellos. Uno de los militantes del CBC le dice al responsable de Avellaneda: «Che, me da un poco de cagazo». «Tranquilo, no pasa nada», le responde.

A la altura de la empresa de ómnibus la patota se cruza con la delegación del canal de noticias. Un hombre se separa del malón e increpa: «Te vamos a romper toda la cámara, eh». «Amigo, estamos trabajando —dice el camarógrafo—. No tenemos fierros, nada». «Que se jodan. Te van a romper todo», insiste. Se acerca el hombre del cuello ortopédico. «¡Ésos son todos piqueteros mugrientos!», dice exaltado y sigue: «Pero no vas a preguntar por qué nosotros los sacamos corriendo». Mira amenazante a la periodista: «¡A ellos, flaca, siempre les das prensa a ellos!» «La cámara abajo», ordena otro. El hombre del cuello ortopédico los empieza a acorralar, toma del brazo a la periodista, lo aprieta. «Tranquilo, tranquilo, nos estamos corriendo», retrocede la mujer, mientras sus compañeros se meten tropezando en las instalaciones de la empresa de ómnibus. «Nos quedamos acá, nos quedamos acá», intenta tranquilizarlos. «¡No filmés nada, eh!», amenazan otra vez. El hombre del cuello ortopédico se despide con expresión desencajada antes de unirse otra vez al malón, que corre hacia los tercerizados: «Son putos. ¡Son todos putos esos piqueteros!»

La patota corre. El cordón de seguridad espera. Chiquito dará la orden de tirar las piedras que sostienen en los puños. La patota está a cincuenta metros. El ataque empieza: los hombres vestidos de azul, los amigos de Harry, el hombre del cuello ortopédico empiezan a tirar piedras. «¡Mugrientos, zurdos! ¡Piqueteros hijos de puta!», gritan mientras lanzan los proyectiles. Vuelan también botellas que caen y se astillan. Están más cerca. Cuando la distancia se reduce a quince metros, Chiquito grita: «¡Ahora!» Los integrantes del cordón de seguridad responden lanzando todos los objetos contundentes que atesoraron en sus mochilas. En ningún momento dan la espalda a la patota, esquivan los cascotes, los devuelven, parecen saber que el desorden es inconveniente y la formación de la fila se mantiene como en una coreografía a la vez que no dejan de tirar piedras a la patota y responder: «¡Tomá, hijo de puta! ¡Patoteros de mierda! ¡Burócratas hijos de puta!» Piedras, palos, botellas, tuercas, todo vuela; todo elemento categórico surca el aire y pega en los autos, en los ómnibus estacionados, en los cuerpos de los hombres del cordón de seguridad, en los cuerpos de los hombres de la patota. «¡Hijos de puta!», gritan de un lado y otro. De pronto, un hombre de la

patota se arrodilla, saca un arma y gatilla, una, dos veces. El jefe Pablo está cerca y lo observa. El tipo dispara el gatillo. Protesta. Mira a Pablo: «Se me trabó», le dice. Entonces Pablo ordena a Harry: «¡Sacá los fierros!» «No traje mucho», responde Harry y desenfunda un arma. El Payaso también saca su pistola. En medio del caos —las piedras que vuelan, las botellas, los palos—, se escuchan las explosiones: son cuatro, cinco, seis explosiones, ruidos secos, estallidos. En el cordón de seguridad, un hombre siente un ardor en la pierna. «Vamos, vamos», dice un patotero. Los manifestantes avanzan a puro piedrazo y alcanzan a algunos de los hombres de Pablo, los golpean con los palos. El malón de patoteros empieza a retroceder corriendo. Los hombres del cordón de seguridad los persiguen sin dejar de tirarles los cascotes y amenazarlos con los palos. El hombre del ardor en la pierna se da cuenta de que su herida fue provocada por algo más que una piedra. Le parece que el tiempo cesa. Mira alrededor: ve al responsable de Avellaneda tirado en el piso («le dio un cascote», piensa), sus compañeros que persiguen a la patota. Mira atrás, y a lo lejos ve el cuerpo de una mujer caída. Mira a la patota retroceder, ve a Chiquito, el tiempo vuelve. «¡Chiquito, están tirando con plomo!», dice y le muestra el pantalón que chorrea sangre. Siente un dolor insoportable y se refugia detrás de un árbol. Sus compañeros de seguridad no se detienen, los patoteros escapan. «¡Cagones!», les gritan. Los corren, la horda de la patota huye a toda velocidad. Chiquito se detiene, toma aire, mira el panorama. Los patoteros se acercan a las vías, los policías permanecen quietos —como si los aguardaran— y, cuando la patota los sobrepasa, les cierran el paso a los manifestantes que los persiguen. «Detenelos, a ellos detenelos», reclama un militante a un policía. De pronto, uno de los hombres del cordón de seguridad percibe un dolor que no se había manifestado mientras corría. «¡Ay, la puta madre!», dice y ve sangre en el pantalón a la altura del muslo. Los policías forman una línea parecida a la que ellos habían hecho antes. El herido increpa a un policía: «¡Por qué los protegés! ¡Mirá, están disparando!», dice señalando su pierna. Sus compañeros —después de insultar a los patoteros, que se

alejan más, y un poco a los miembros de las fuerzas de seguridad— ya empezaron a volver a la columna, satisfechos por haber hecho recular a la patota. «¡Patoteros cagones!», gritan. El policía mira la pierna del herido y pregunta: «¿Estás bien? ¿Te llamo una ambulancia?» El manifestante no le contesta. Lo mira a los ojos, le da la espalda. Se muerde el labio del dolor. De cualquier manera, no sabe bien si la sangre fue provocada por una bala, la idea le parece inverosímil y, aunque cojea al andar, alcanza a sus compañeros. «Che, me duele mucho», le dice a uno.

Cerca de las vías, Pablo deja de correr. Está agitado, resopla, se agacha tomándose de las rodillas. Sin sacarse las gafas, ve a muchos de los suyos cansados igual que él. Toma aire, una, dos, tres veces. Se levanta. Un patotero se acerca a un hombre alto, morocho: «Negro, le pegamos», anuncia. «Dame, dame», dice el morocho alto, y el que anunció las balas le entrega el arma. El morocho la esconde en una bolsa. Harry suda, pero no deja de hablar, de gritar, de putear. «¡No puede ser que estos hijos de puta nos corran, mirá todos los que somos!» Harry habla para que lo escuchen todos, pero pone empeño en que sus palabras lleguen claras hasta Pablo. «A ese de la gomera, al gil de mierda ese, le agujereé la panza», se jacta. Se acerca a uno de sus amigos sin dejar de hablar, sin dejar de putear. Mira de reojo a Pablo. El handy de Pablo suena, se aparta del grupo. La mayoría descansa tirada en la vereda. «Esos mugrientos de mierda, hijos de puta», se escucha. Prima el enojo: al final, los piqueteros terminaron corriéndolos. «Esos soretes», dicen. Pablo regresa. «Recién hablé con el Gallego. Dice que nos vayamos», ordena detrás de sus gafas oscuras. Se acerca a unos delegados y les da indicaciones. Harry sabe que se deben separar. Les dice a los suyos que se retiren. Empiezan a caminar hacia La Boca. Pablo regresa a las vías con su gente.

Chiquito, que siempre actúa rápido, se siente por un momento paralizado. Detrás de un árbol, apoyado, está el compañero que le mostró el pantalón con sangre. Chiquito mueve la cabeza hacia la izquierda. En el medio de la calle ve tirado al responsable de Avellaneda. Nota que, de a ratos, el pibe tiene espasmos

(«¿Un ataque de epilepsia?», piensa), ve que dos compañeros lo están cuidando. Los gritos desesperados de una mujer hacen que se dé vuelta: «¡Le pegaron a Elsa un tiro de verdad!» La mujer, sin dejar de correr hacia Chiquito, repite: «¡Le pegaron a Elsa un tiro de verdad!» Chiquito ve, a cien metros, otro cuerpo tirado en medio de la calle. Hace unos instantes apenas, la mujer que corre y grita estaba al lado de su amiga Elsa, ayudándola a caminar rápido porque la desconcentración se había acelerado debido a las órdenes de los dirigentes. «Vamos, Elsa, caminá», le decía, cuando vio a su lado a otra compañera rezagada. Escuchó a sus espaldas los gritos. «Empezó el lío», dijo y soltó a Elsa para apurar a la compañera lenta: «Vamos, vamos, con velocidad». Miró hacia atrás y vio que volaban piedras, botellas, palos, que había empezado el enfrentamiento. «Vamos, vamos», comenzó a empujar a la compañera, que ganó rapidez. Pasaron a Elsa y la mujer decidió volver hacia ella. Al darse vuelta la vio tirada sobre el asfalto. Rápido se le acercó, se agachó y le preguntó: «Elsa, qué te pasa, Elsa». Su compañera no respondía. Tenía los ojos cerrados. La mujer le levantó la cabeza. Vio entonces un orificio. No salía sangre, pero ella sabía bien qué era. Lo sabía muy bien. Volvió a posar lentamente —con miedo, con ganas de gritar, con suavidad— la cabeza de Elsa en el asfalto, se levantó y gritó a todos gesticulando: «¡Escóndanse, escóndanse!» No sabía si refugiarse o quedarse junto a Elsa o correr o qué. Sus compañeras se habían escondido detrás de los autos, de los árboles, ante sus gritos. La mujer miró hacia atrás y vio que los hombres que habían armado el cordón de seguridad se alejaban hacia las vías. Estaban corriendo a los patoteros. Vio a Chiquito parado, quieto. Decidió acercarse a él a toda velocidad. Gritaba: «¡Le pegaron a Elsa un tiro de verdad!» Y repetía: «¡Le pegaron a Elsa un tiro de verdad!»

Chiquito parece despertar de un sueño y se acerca trotando hacia el cuerpo de la mujer tirado en el asfalto.

La mujer de los gritos está agitada, se queda en el lugar donde le avisó a Chiquito. Ve una ronda que empieza a formarse. Se acerca. El responsable de Avellaneda, que ella conoce, está

tirado. Tiene los ojos abiertos pero respira con dificultad. La remera levantada permite ver un orificio. Tampoco sangra, igual que Elsa. La mujer empuja a todos, se agacha, no escucha nada, se acerca al pibe, lo trata de acomodar sacándole la mochila. El chico no dice nada, toma bocanadas de aire que suenan como las de un viejo asmático; de atrás alguien le toca el hombro a la mujer: «Dejalo, no lo muevas». Ella mira al pibe, que le devuelve la mirada.

Un muchacho de pelo claro, de anteojos, se agacha junto a ellos. Golpea la mejilla del herido, que tiene la boca abierta, que aspira el aire como si fueran piedras. «¿Me escuchás?», pregunta el muchacho de pelo claro, le vuelve a dar unas palmaditas en la mejilla, «parpadeá si me escuchás». El responsable de Avellaneda parpadea.

«Tiene un tiro en la cabeza», le dicen a Chiquito cuando llega hasta el cuerpo de la mujer. «La puta madre», exclama cuando la ve. Nota el orificio en la cabeza y ve que le sale sangre de la nariz. «Vayan a Vélez Sarsfield a buscar una ambulancia», ordena y dos chicas corren hacia la avenida. Chiquito empieza a llamar por su celular a los dirigentes de su partido. Una combi pasa a treinta metros, le hacen señas para que se detenga, el auto acelera sin parar. «Esperame», dice Chiquito por el celular y corta. A media cuadra ve una Traffic que marcha lento. «Vamos a pararla», ordena y corre hacia ella junto a un grupo de hombres. Se ponen delante del auto. Chiquito no lo puede creer: en el costado de la Traffic lee una inscripción que dice: «Ambulancia». Se acerca y abre la puerta del acompañante: «Flaco, me tenés que llevar unos heridos». El conductor se asusta, aunque también se muestra aliviado ya que al principio pensó que lo iban a asaltar. «No, no puedo, no tengo médico», dice. Chiquito se sube a la Traffic. «Flaco, dale, manejá». El conductor lo mira. Calla. Obedece. El auto llega hasta donde yace Elsa. Uno de los manifestantes es médico e indica cómo subirla a la camilla en la parte de atrás. Una piba joven se acerca a la ventanilla donde está Chiquito. «Allá hay otro herido», dice señalando el lugar donde se encuentra

caído el responsable de Avellaneda. «Vamos para allá», indica Chiquito. El conductor amaga con negarse, pero asume que es inútil y conduce hacia donde le señalan.

El herido muestra una evolución de su palidez. «La ambulancia, la ambulancia», avisa alguien de la ronda, que se mantiene a una distancia prudencial del pibe. El muchacho de pelo claro se da vuelta y no reconoce el auto: «¿Dónde mierda está la ambulancia?», grita. El médico abre la puerta trasera y el muchacho ve que la camilla está ocupada por Elsa. «¡Pero está llena!», se desespera. «Subilo igual», ordena el médico. Con la ayuda de otros manifestantes lo acomodan encima del cuerpo de Elsa. «Vení vos también», dice el médico. El muchacho sube, le pega palmaditas al responsable de Avellaneda. «Dale, aguantá», le dice sosteniéndole la cabeza, «aguantá, por favor. Respirá». El herido lo mira a los ojos. Desde afuera gritan: «¡Dale, loco, llevate al pibe!» Cierran la puerta. «Al Argerich», dice el médico. La ambulancia arranca a toda velocidad.

José Pedraza

«(Los sindicalistas) traidores trabajan de delatores, golpean y asesinan a los compañeros que luchan, aislando por falta de apoyo concreto la lucha de los trabajadores del interior. Se impone el castigo de los responsables de la entrega de la soberanía nacional y los asesinatos, torturas, secuestros y apaleamiento de militantes de la causa del pueblo». Este texto no integra ninguna de las muchas denuncias contra los dirigentes sindicales ferroviarios que circularon después del asesinato de Mariano Ferreyra. Se trata, en cambio, de las palabras que escribiera José Antonio Pedraza a fines de los sesenta y que transcribiera José Hernández Arregui en 1972, en su libro *Peronismo y socialismo*. En aquellos años Pedraza oficiaba como secretario de las Agrupaciones Peronistas de Base, que revistaban en la CGT de los Argentinos, organización sindical combativa que integraba junto a Agustín Tosco, Rodolfo Walsh, Raimundo Ongaro, Horacio Verbitsky y tantos otros que apostaban a un cambio social significativo en el país. Mucha agua ha pasado desde que su pluma escribiera esta denuncia.

Hijo de un peón ferroviario, Pedraza nació en Deán Funes, Córdoba, en 1944. El pequeño pueblo cordobés mostraba en esa época una fuerte tradición ferroviaria que el joven José Antonio no iba a burlar. A los 16 años ingresó como obrero al Ferrocarril Belgrano. En esa empresa comenzó su militancia sindical, que nunca abandonaría. Al avanzar en la carrera ferroviaria, también lo hizo en el gremialismo: emigró hacia Buenos Aires y fue elegido delegado por el sector ferroportuario. Decidió estudiar la carrera de Abogacía; en ese ámbito de debate se vinculó con sectores de izquierda y estudió los clási-

cos del marxismo. Formaba parte del ala izquierda del Partido Socialista, aquella liderada por Juan Carlos Coral que luego se aliaría con los trotskistas de Nahuel Moreno para formar el Partido Socialista de los Trabajadores. Pedraza pronto los abandonó y se integró a los grupos del peronismo combativo. Su actividad no pasó desapercibida para los cuidadores del orden y, en vísperas del golpe militar de Juan Carlos Onganía de 1966, fue detenido por actividades subversivas. El destino quiso que compartiera pabellón en el penal de Villa Devoto con el futuro líder montonero Rodolfo Galimberti.

En 1968, el dictador Onganía decidió desconocer el congreso normalizador de la Confederación General del Trabajo ya que había sido ganado por la oposición. La excusa para no oficializar a la nueva dirección, que desplazaría a la colaboracionista liderada por Augusto Timoteo Vandor, fue que habían participado gremios sin cuota al día. El fraude impuso la división de la central obrera: el sector proscripto formó entonces la CGT de los Argentinos, dirigida por Agustín Tosco, de Luz y Fuerza seccional Córdoba, y Raimundo Ongaro, secretario general del gremio gráfico. Pedraza fue uno de los tantos activistas que contribuyeron a la construcción del espacio rebelde y tuvo a su cargo la organización de las manifestaciones callejeras. En aquel tiempo conoció a Rodolfo Walsh, el autor de *Operación Masacre* que había decidido comprometerse a fondo con las luchas populares y que dirigía *CGT*, el periódico de la nueva central. El semanario radiografió la situación de la clase obrera bajo el onganiato y denunció la conversión de los gremios en aparatos contra los trabajadores en defensa de sus propios intereses, una forma de hacer sindicalismo que se sintetizaba en la odiada figura del «Lobo» Vandor. En esas páginas, Walsh publicó en forma de folletín su investigación sobre el asesinato del militante gremial Rosendo García, texto que se convertiría en un clásico del periodismo de investigación: *¿Quién mató a Rosendo?*

A pesar de la derrota que sufrieron los sectores combativos de los setenta con la llegada de la dictadura genocida de Jorge Rafael Videla, que no dejó lugar para la pelea por grandes transformaciones sociales, Pedraza se enroló en los sectores de la resistencia y llegó a participar de la organización del paro de 1979, una de las primeras manifestaciones obreras de desafío al terror. A fines de la década formó parte del Grupo de los 25, un sector sindical liderado por Roberto García que, aliado a Antonio Cafiero y su «Renovación Peronista», enfrentó a la ortodoxia de Herminio Iglesias y Lorenzo Miguel.

La llegada de la democracia y el gobierno de Raúl Alfonsín lo encontraron en la primera línea del sindicato ferroviario. Construyó una relación cercana con el cervecero Saúl Ubaldini, quien se convertiría en el secretario general de la CGT. En 1985 Pedraza alcanzó la secretaría general de la Unión Ferroviaria y desde allí siguió encolumnado detrás del renovador Cafiero. Sin embargo, apenas su aliado perdió las elecciones internas del Partido Justicialista frente a Carlos Saúl Menem, Pedraza se pasó de bando y se transformó en una de las caras sindicales de apoyo al gobernador riojano. Cuando en 1989 Menem asumió la presidencia, Julio Savón y Fernando Carlos Frediani, dos asesores de Pedraza, fueron designados administrador y subadministrador de Ferrocarriles Argentinos. Santos Reale, tesorero de la UF, quedó a cargo de los Ferrocarriles Metropolitanos, una empresa estatal que fue literalmente saqueada como paso previo a la privatización. Pedraza mantenía una relación fluida con el ideólogo de las privatizaciones Roberto Dromi. Esos vínculos le permitieron crear una mutual de viviendas ferroviarias que recibió 66 espacios en las estaciones Federico Lacroze, Retiro, Once, Constitución, Liniers, Castelar, José C. Paz, Morón, Merlo, Moreno, Lanús, Lomas, Temperley, Monte Grande, Mar del Plata, Padua y terrenos en la calle Yerbal, en Rojas y Bacacay y en Belgrano C, supuestamente destinados a la construcción de casas. Pedraza pagaba por cada espacio un alquiler promedio mensual de 15 dólares, sin indexación. La operación le sirvió para lucrar con locales en decenas de estaciones, pero no para solucionar los problemas de vivienda

de sus afiliados. En los primeros meses de 1989 manifestó su apoyo público al plan privatizador del Banco Mundial que Menem levantaba como bandera propia. Llamativamente, fue en ese momento que se mudó a una casa en Villa Devoto cuyo valor se estimó en un millón y medio de dólares. Pedraza no dudaba a la hora de elogiar al ministro de Economía Domingo Cavallo: «Nuestra relación es excelente. Sin su colaboración no hubiéramos logrado muchas de las cosas que logramos». No era para menos: en 1991 el rol de Pedraza y la dirigencia de la Unión Ferroviaria fue decisivo para el levantamiento de la huelga de sus trabajadores contra la privatización de los trenes, luego de más de un mes de lucha encarnizada. El movimiento huelguístico se había realizado contrariando la decisión de la dirección sindical de no ofrecer resistencia a los planes privatizadores. La entrega de las concesiones ferroviarias a las empresas privadas y el cierre de ramales desangraron el sistema ferroviario, transformaron a decenas de localidades en pueblos fantasmas y diezmaron a sus trabajadores. De todas maneras, Pedraza siguió teniendo motivos para festejar. En 1993, Menem entregó a la UF la concesión de los mil kilómetros que componen el recorrido del ferrocarril Belgrano Cargas. Graciela Coria, segunda esposa del dirigente ferroviario, se convirtió en la presidenta de la compañía y durante su gestión la empresa fue llevada al descalabro. Hoy forma parte de la directiva de la misma compañía mientras que Ángel Stafforini, hombre de la Unión Ferroviaria, la preside. Néstor Kirchner rescató al Belgrano Cargas e incluyó en la gestión empresaria al grupo Macri y al sindicato de Camioneros de Hugo Moyano, que aún mantienen la sociedad.

Tal vez Pedraza vaya a recordar los años noventa como los mejores de su vida. En 1991, a pesar de que se había vencido su mandato sindical, contó con el visto bueno de la Corte Suprema menemista para renovar su dirección sin elecciones. Mediante una maniobra estatutaria excluyó a la opositora Lista Celeste de los comicios; comunicó las condiciones de

la elección en la página de finanzas del diario *La Nación*. En 1996, poco antes de la elección gremial, Jorge De Nápoli, dirigente celeste, fue despedido de su puesto. Rubén Norberto Carrizo, jefe de custodios de Pedraza, lo citó en un bar y le presentó la disyuntiva de elegir entre aceptar plata y guardar silencio o enfrentar a «los pesados». Por «pesados» se refería al mayor Osvaldo Zacarías y al capitán Héctor Pedro Vergez, ex carapintadas que trabajaban en la SIDE, quienes le reiteraron personalmente el mensaje. Unos días después, De Nápoli encontró un pan de trotyl en su casa de Pinamar. Un allanamiento en la Unión Ferroviaria, ordenado por el juez federal Norberto Oyarbide, dio con los mismos panes de trotyl, mechas y detonadores que se habían usado para el fallido atentado, además de un mapa de la ciudad balnearia del que se había arrancado la porción que correspondía al domicilio del sindicalista opositor.

La llegada del kirchnerismo no modificó la especial manera de concebir el sindicalismo de Pedraza. En 2003 firmó el convenio 612/03, que concedía a las empresas América Latina Logística Central SA y América Latina Logística Mesopotámica SA todos sus pedidos: polivalencia funcional, ampliación del período de prueba a seis meses, asignación de vacaciones cuando al empleador decidiera y aceptación del transporte ferroviario como un servicio público esencial, punto que obliga a mantener el servicio en funcionamiento en caso de huelga, criterio que no admiten los gremios del transporte ni la Organización Internacional del Trabajo.

Pedraza también fue procesado por administración fraudulenta del fondo de sepelios de los trabajadores ferroviarios y, en 2006, se le dictó un embargo por 50 millones de pesos. El fondo para sepelios, creado en 1980, se conformaba con el descuento compulsivo de un porcentaje del sueldo de los trabajadores ferroviarios, que varió según la época. A partir de 1987, la Unión Ferroviaria se lo transfirió a la Asociación Mutual Intersindical de Recíproca Asistencia y Protección Integral. La investigación judicial descubrió empresas fantas-

mas, supuestos proveedores que en realidad eran familiares de los directivos ferroviarios y tercerizaciones que conformaron el ropaje legal que suele usarse para «drenar fondos ilegalmente». Se le imputa a Pedraza haber desviado entre 1993 y 1998 el 64% de los ingresos aportados por los trabajadores, un porcentaje equivalente a 34,3 millones de pesos. El fallo que dictaba el millonario embargo contra Pedraza destacaba que «no se encontraba acreditada la efectiva prestación de servicios; se habrían realizado en dinero en efectivo, pese a tratarse de elevadas sumas y contar la entidad con cuentas bancarias; eran familiares de los directivos quienes aparecen como prestadores, en tanto que algunos de los supuestos proveedores tienen domicilio en el mismo edificio en el que funciona la mutual ferroviaria».

A medida que las privatizaciones redujeron el padrón de afiliados, los descuentos compulsivos se extendieron de los trabajadores activos a las viudas pensionadas, y el valor de la cuota se incrementó. Según la fiscal Graciela Gils Carbó (que al cierre de la edición de este libro estaba a punto de ser nombrada como Procuradora General de la Nación, es decir, jefa de todos los fiscales), el contrato celebrado entre la UF y la mutual, que a su vez subcontrató con la empresa Parcelas Argentinas la compra de espacio en cementerios privados, era «una fachada para cubrir el fabuloso desvío de fondos sindicales en provecho propio de los enjuiciados». Defendido por el estudio del ex jefe de fiscales de la Nación, Esteban Righi, Pedraza recusó al juez, logró que la causa rebotase de cámara en cámara sin ser elevada nunca a juicio oral, hasta que en mayo de 2008 la Sala III de la Cámara Nacional de Casación Penal dictó la nulidad de todo lo dispuesto y la prescripción de la causa.

Pedraza también fue denunciado por el cierre del Hospital Ferroviario —en su momento, el de mejor atención médica de todos los sindicatos argentinos— en medio de fabulosos negociados, como el de la tercerización de estudios de alta complejidad. El líder sindical transformó al Hospital Ferroviario en un desarmadero de la zona de Retiro. Su edificio comenzó a ser desocupado a fines de 2010, trámite previo a la venta a una empresa privada para que abra un nuevo shopping. De las escuchas judiciales realizadas durante la investigación por el crimen de Mariano Ferreyra surgirán sospechas de que en esa operación también intervinieron algunos de los imputados por el intento de soborno a los jueces de la Cámara de Casación. Entre ellos, el agente de los servicios de inteligencia José Riquelme y el ex juez federal Octavio Aráoz de Lamadrid. En las escuchas se menciona a un «Eduardo» que bien podría ser Eduardo Riggi, uno de los camaristas que Pedraza pretendía sobornar para mejorar su situación procesal, como se desprende del siguiente diálogo:

José Riquelme: —Entonces le dije mirá, hace una cosa muy simple, José, deciles a todos los integrantes algo que vos hiciste en una oportunidad, que a mí me disgustó mucho porque yo debo ser el tipo menos conocido en el sindicato, pero como vos te pusiste eufórico porque con el amigo Eduardo habíamos sacado algo positivo para él que el famoso tema del hospital, ¿se acuerda?

Aráoz de Lamadrid: —Sí, algo me acuerdo.

J. R.: —Bueno, la venta del Hospital Ferroviario.

A. de L.: —Sí.

J. R.: —Bueno, él fue y le dijo a toda la comisión directiva que fulano de tal, y me nombra a mí, y le digo en esa oportunidad: «Me mandaste en cana sin ponerme esposas, José, ¡nadie tiene que saber quién soy yo!»

En 2010, «casi 8.000 trabajadores ferroviarios llegaron a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) con una denuncia contra la empresa que tiene la concesión del transporte de carga General San Martín (Pescarmona, primero, y América Latina Logística, luego) por una mala implementación del Programa de Propiedad Participada (PPP), que habría contado con la complicidad de Pedraza», señala una nota de Ana Vainman en el diario *Buenos Aires Económico*. El secretario general de la UF está acusado de ser funcional y socio de los intereses de la empresa concesionaria y firmar balances «dibu-

jados» que habrían probado el supuesto déficit de la compañía, en base al cual nunca pagaron dividendos correspondientes a las acciones de los trabajadores. Como la denuncia penal fue archivada por la justicia local, la abogada Liliana Zabala elevó el reclamo a la CIDH, aunque aún quedan en el país otras dos causas en los fueros civil y comercial federal.

Por si todo esto fuera poco, de las investigaciones por los fraudes y coimas gestionadas por el ex secretario de Transporte Ricardo Jaime, surge que la encargada de disponer el uso del material rodante inservible importado de España es Sofse, la empresa estatal dirigida por el apoderado legal de la Unión Ferroviaria, Juan Araya. Este dirigente es el mismo que aparece involucrado en las escuchas telefónicas como responsable de contratar a los abogados defensores de acusados por el asesinato de Mariano. El 5 de enero de 2011, ocho de estas formaciones —cuyas características las acercan más a la chatarra que a vagones utilizables para el transporte público— se incendiaron. Los peritos indican que el fuego podría haber sido intencional.

Además de haber contado con la asesoría legal de Esteban Righi, de quien Pedraza se considera amigo, también contó con el apoyo jurídico del mismísimo Carlos Tomada, actual ministro de Trabajo, y de Noemí Rial, viceministra de la cartera laboral. A lo largo de su vida, Pedraza supo establecer buenos contactos. Las escuchas judiciales mostraron que, el 13 de enero de 2011 —a casi tres meses del asesinato de Ferreyra—, Tomada y el jefe de la Unión Ferroviaria sostuvieron un diálogo muy cordial y amistoso en el que el ministro le recomendaba cómo no verse perjudicado sindicalmente por el ingreso de los tercerizados a la planta permanente del ferrocarril. Según consta en la causa (ver escucha completa en Anexo), así se saludaban:

José Pedraza: —¡Ministro!

Carlos Tomada: —¡Mi querido! Escúcheme una cosa, dos cosas que le voy a decir. La mejor defensa es un buen ataque…

Ante la preocupación del líder sindical por el ingreso de los tercerizados, Tomada le recomendaba: «Hay que empezar a trabajarlos políticamente». Luego, especificaba:

C. T.: —Hay que hacer un laburo sindical sobre estos tipos que entran porque no son todos del PTS o del…

J. P.: —No, no, no.

C. T.: —Hay un montón que se los puede ganar y entonces, porque ahí llegamos, después que íbamos a hablar con la Unión también. De manera que estos pensaran en meterlos en una especie de curso de capacitación y qué sé yo y empezar a hacerles la cabeza…

J. P: —Bueno, nosotros estamos, hemos estado y estamos trabajando en eso.

C. T.: —Por eso. Me parece, digo, que hay gente de la Unión, más jóvenes o que tienen trayectoria política, no sé cómo será la historia… O mismo que por ahí entren tipos, cuadros tuyos, este, que se trasladen de otro lado cuadros políticos para laburar…

J. P.: —Está bien, está bien.

Luego, el ministro le prometía que no ingresarían más de seiscientos tercerizados al ferrocarril. Según las tareas de inteligencia, y cuando ya no quedaban dudas sobre la responsabilidad del jerarca sindical, Tomada y Pedraza se despedían así:

C. T.: —¿Okey?

J. P.: —Buen fin de semana.

C. T.: —Igualmente para vos, José. Te mando un abrazo y cariños.

La familiaridad con funcionarios del ministerio no es exclusiva de Tomada. Noemí Rial —segunda en la cartera y que también fuera asesora jurídica de Pedraza, a la vez que notoria militante del Frente para la Victoria (fue candidata a diputada por la Ciudad de Buenos Aires)— mantenía el siguiente diálogo con Pedraza el 11 de febrero de 2011, fecha en la que la jueza López había ordenado allanamientos en la sede sindical y en los domicilios del líder de la Unión Ferroviaria y de su segundo Juan Carlos Fernández. La iniciativa de la conversación fue de la viceministra, que solicitó a la secretaria de Pedraza que lo comunicara con él. Esto se dijeron:

Noemí Rial: —Estuve leyendo ahora en el diario que está la gendarmería ahí? ¿Están llevándose cosas?

José Pedraza: —Acá estuvo a las 6 de la mañana la Gendarmería y la Policía Federal.

N. R.: —¿Y se llevaron cosas?

J. P.: —Se llevaron cosas.

N. R.: —¿Levantaron un acta, no? De todo lo que se llevaron.

J. P.: —Sí, sí. Allanaron mi casa, están allanando la de Fernández.

N. R.: —A la miércoles... Bueno.

J. P.: —Encontraron un arma calibre 22 y un recibo de compra de un 38. Tenía todos los papelitos del Registro Nacional de Armas, pero la mía estaba en la caja de seguridad del banco, no la usé nunca.

N. R.: (no se interpreta lo que dice) —¿No había nada raro?

J. P.: —Nada raro.

N. R.: —Bueno, yo cualquier cosa el lunes a la tarde voy a empezar a ir a la tarde, pero viste que todavía estoy caminando con muletas.

J. P.: —Sí.

N. R.: —Pero ya a partir del lunes estoy. Si no, llamame a mi casa cualquier cosa que necesites, José.

J. P.: —Bueno.

N. R.: —Estela tiene mi teléfono y si no, se lo pedís a Emiliano y me llamás al celular cualquier cosa que necesites.

J. P.: —Bueno.

Los vínculos con sectores del gobierno nacional, como Pedraza mismo reconocería en diálogo con este cronista, se mantenían —varios meses después del asesinato de Ferreyra— incólumes.

En la causa que investiga el crimen de Mariano Ferreyra, el examen de la computadora de Pedraza posibilitó el acceso a un documento modificado que dio lugar a la siguiente observación del fiscal Fiszer: «Nótese que en ocasión de recibir un fax en el que se adjunta un proyecto de convenio para la transferencia de las acciones mayoritarias de Belgrano Cargas S.A., y gracias al procesador de textos Word, queda reflejado que (Pedraza) eliminó la cláusula relativa a la estabilidad de los trabajadores ferroviarios en el acápite 7.8 y la clásula tercera».

En esa clase de dirigente sindical en constante degradación se había convertido Pedraza.

Habla José Ángel Pedraza

Las oficinas del secretario general del sindicato ferroviario se encuentran en el sexto piso del edificio ubicado en Independencia 2880, en el barrio de Boedo. La antesala se encuentra decorada con vitraux que muestran el desarrollo de los trenes a lo largo del tiempo (hay imágenes de vagones hipermodernos), además de antiguos objetos ferroviarios. Pedraza —quien fue visto junto a su mujer, cuatro días después del asesinato de Mariano Ferreyra, por el periodista Pepe Eliaschev en el coqueto restaurant Bengal de plaza San Martín descorchando dos botellas de champagne para acompañar su cena, mientras un auto importado y con chofer lo esperaba en la puerta— recibe al autor de este libro para otorgar la única entrevista que concedió luego de los acontecimientos del 20 de octubre de 2010.

«Y bueno. Hagámoslo. Voy a hablar». Esas fueron las palabras con que contestó José Pedraza al pedido de entrevista de este cronista luego de varios mails a la secretaría de prensa del sindicato que no habían tenido resultados positivos. Horas antes, el intento había sido con Juan Carlos «El Gallego» Fernández.

—*Fernández, quisiera entrevistarlo acerca de los incidentes que culminaron con la muerte de Mariano Ferreyra.*

—¿Pero cómo conseguiste mi teléfono? No, no, yo no voy a hablar. ¿Qué voy a decir? No tengo nada que ver...

—*Quisiera preguntarle por...*

—No tengo nada que decir, yo no tengo nada que ver —dijo Fernández antes de cortar.

«Arreglá un día con mi secretaria, anotá este número», agregó Pedraza luego de aceptar la entrevista. Pasaron varias semanas en las que, a pesar de los llamados, la entrevista no podía concretarse, hasta que la secretaria se tomó vacaciones y fue reemplazada por la hija del dirigente, que revisó la agenda y le hizo un lugar para el encuentro.

«Pasá por acá, sentate. En unos minutos te va a atender», indica la hija de Pedraza. Las oficinas de la dirección sindical se caracterizan por una cómoda sofisticación y marcados tonos beige. Hay reliquias ferroviarias y fotos de un pasado más auspicioso para el gremio cuelgan en las paredes. El hall que da a la oficina de Pedraza es amplio y el aire acondicionado permite que se olvide que es verano y que, afuera, el calor es apabullante. La puerta se abre. «Pasá, ahora te va a atender».

La oficina es amplia, de paredes grises. Pedraza permanece sentado revisando unos papeles. Fotos de estaciones antiguas, conductores de trenes con trajes de antaño y reuniones encabezadas por Saúl Ubaldini y Pedraza decoran el lugar. El secretario general del sindicato se para y extiende su mano para saludar.

—No confío en el periodismo. La última entrevista que me hicieron dijeron que tenía gruesas pulseras de oro. Mirá, ¿vos ves pulseras de oro? —dice mostrando sus brazos. Un temblor constante no le permite tener control de sus manos. No tiene pulseras de oro. Viste una camisa de manga corta de color crema y un pantalón de vestir marrón. Podría pasar por un jubilado en una plaza.

—*Esta entrevista es para un libro.*

—Por eso te la doy. Espero que no tengas mala leche.

—*¿El vitraux de la entrada es nuevo?*

—Sí, es de hace poco. Hemos tenido una recuperación muy grande en estos años. Te digo, como sindicato. Con Kirchner recuperamos sueldos, salarios y población ferroviaria.

—*Pero ustedes no son kirchneristas.*

—Nosotros apoyamos al gobierno.

—*Moyano dice...*

—Moyano no, Moyano no... Lo que pasa es que no estamos con Moyano. Acá estuvo la Presidenta cuando se inau-

guró el centro cultural. La Presidenta y más de la mitad del gabinete. Ese día hubo cinco mil ferroviarios en la calle, afuera del sindicato. Apoyamos al gobierno, su política ferroviaria y lo apoyamos desde el primer día. Con Moyano tenemos diferencias metodológicas y conceptuales desde siempre. Y no respetaba acuerdos. Un grupo de organizaciones nos hemos alejado, pero no hemos dejado de pertenecer a la CGT ni de ocupar los cargos o secretarías. Yo soy secretario de Cultura y llevé adelante las tareas del Bicentenario.

—Desde los medios oficialistas se le adjudica una cercanía a Eduardo Duhalde.

—No. Acá no sólo estuvo la Presidenta, sino que estuvieron (Carlos) Tomada, (Florencio) Randazzo, (Oscar) Parrilli, (Juan) Manzur, (Jorge) Coscia. Con Coscia hemos firmado un convenio de cooperación cultural. Hemos participado de las movilizaciones en contra del campo, de las marchas de la CGT en apoyo al gobierno, también estuvimos en River. No tenemos nada que ver con Duhalde. Ya tuvo su oportunidad, hizo lo que pudo, hizo lo que hizo, pero ya fue.

—El gobierno intenta despegarse de usted y de la Unión Ferroviaria.

—No, desligarse no. Después del 20 de octubre hablé con Julio de Vido, con Juan Pablo Schiavi, con Tomada…

—¿Y no le reprochan lo sucedido?

—Lo que pasó es una desgracia. Cuando fue el traslado de los restos de Perón a San Vicente, «Madonna» Quiroz disparó, no le pegó a nadie. ¿Y si le pegaba a alguien? —Pedraza le da énfasis a su pregunta, agitando las manos.

—En Santa Fe, el enfrentamiento entre dos facciones del sindicato lechero Atilra provocó un muerto. ¿Forma parte de la metodología de los sindicatos?

—Hay gremios que son más violentos que otros. Nosotros nunca fuimos violentos.

—Hasta el 20 de octubre.

—Hasta el 20 de octubre. Pero todavía falta mucho para saber qué sucedió.

—¿Qué pasó ese día?

—El día anterior nosotros ya sabíamos que los grupos de izquierda iban a cortar la vía con la excusa de los tercerizados, cuando de los tercerizados nos habíamos estado ocupando nosotros. Después de que se le quitó la concesión a Taselli, llegamos a un acuerdo para que, por noventa días, se pudiera usar personal de empresas contratadas porque se necesitaba personal y los ingresos los autoriza la Secretaría de Transporte. Es decir, los sueldos los paga el gobierno y las obras también. Como no había autorizaciones para ingresar más personal, llegamos al acuerdo para que pudieran realizar por noventa días esas tareas. Pero las empresas que componen Ugofe abusaron, contrataban sus propias empresas y después siguieron y siguieron, más allá de los noventa días. De cualquier modo, nosotros nos estábamos ocupando de ese tema. La noticia del corte me la trajo Juan Carlos Fernández, que me dijo que la gente nuestra no se iba a meter. Y que mucho menos se iban a meter barrabravas, porque son incontrolables. Fernández incluso dijo la frase: «A ver si encima tenemos un muerto». Yo me comuniqué con Juan Pablo Schiavi, secretario de Transporte, y le transmití que no nos íbamos a meter, que tomaran ellos las medidas para evitar el corte. Pero al día siguiente los propios trabajadores, cansados de que cortaran la vía en el punto estratégico de Avellaneda, y de que los pasajeros los insultaran, los escupieran, decidieron evitarlo. Después, pasó lo que pasó. La investigación ha sido pobre y facilista. Todavía queda mucha agua para que corra bajo el puente. La primera pericia balística de la Gendarmería dice que la bala rebotó en una superficie dura, que podría ser el cordón de la vereda o la calle. Después piden otra pericia a la Policía Federal, que dice que pegó en una superficie dura, que podría ser ósea. De acuerdo a la información que tenemos, hubo tiros desde el grupo piquetero. No somos un gremio violento. Lamentablemente sucedió este crimen doloroso.

—La patota…

—Me indigna mucho que hablen de la patota, cuando la gran mayoría que estuvo allí son trabajadores que se levantan a las cinco de la mañana para hacer andar los trenes que llevan a los más humildes. Me enteré de lo sucedido al mirar la televisión. Decían que una primera avanzada había intentado cortar las vías, pero que un grupo de ferroviarios se lo impidió. Parecía que todo había terminado ahí, pero al rato me avisaron del muerto y de una señora herida. En ese momento me di cuenta de la magnitud del hecho. Al día siguiente recibí un llamado de la fiscal para que declarara y lo hice durante dos horas. Después vino toda la actividad de la izquierda montada sobre este crimen. Pero la realidad es que, cuando sucedieron los acontecimientos, nuestro grupo estaba huyendo porque se habían quedado sin piedras y el grupo de izquierda, donde no había tercerizados, avanzaba.

—Usted dice que los trabajadores decidieron movilizarse, pero la jueza Wilma López dictaminó que no hubo una movilización espontánea.

—Nosotros no tenemos ninguna organización para impedir cortes de vía.

—El listado con los nombres de los trabajadores a los que se les daba el alta de los talleres de Remedios de Escalada fue enviado a la gerencia de Recursos Humanos de Ugofe bien temprano.

—Ese listado lo mandan desde Recursos Humanos de los talleres. No lo elaboró nadie de la Unión Ferroviaria.

—¿Para qué iba a elaborar ese listado Recursos Humanos si no era por un pedido del sindicato, Pedraza? Se liberaba a los trabajadores de su función laboral para que asistieran a una actividad del sindicato.

—¡Lo elaboraron porque la gente se iba! Cuando los trabajadores se enteraron de que se iba a cortar la vía y de que un grupo de ferroviarios lo iba a impedir, la gente se sumaba.

—En el listado hay gente que no fue a desalojar las vías. Todo indica que fue elaborado con anterioridad.

—No tengo constancia de ello. Además, en todos los actos organizados por la UF la gente participa y los delegados son

los que convocan a los trabajadores. Nosotros no elaboramos listados.

—Muchos testimonios dicen que no sólo fueron convocados por los delegados, sino que incluso fueron llamados a sus celulares para que concurrieran a la acción. Es el mismo método que usted describe para los actos organizados por la Unión Ferroviaria.

—No me consta. Es falso.

—Varios trabajadores aseguran que los llamaron por celular. Incluso Pablo Díaz se comunicó con Favale.

—Eso no está claro y no creemos que haya sido así.

—Hay registros de llamadas entre los celulares de Díaz y Favale.

—De teléfonos que supuestamente pertenecerían a Díaz, pero no tengo información de que haya sido convocado por él.

—Usted decía que los delegados convocan a los trabajadores luego de una decisión más orgánica. En este caso, los delegados no sólo convocaron a trabajadores en el taller, sino que hubo más gente convocada mediante llamadas.

—Habrá habido alguna excepción. Esto no fue organizado y, salvo alguna excepción, los trabajadores no fueron convocados por los delegados.

—Pero Favale, que no era ferroviario, fue convocado a participar.

—Favale iba todos los días a Constitución porque esperaba comenzar a trabajar.

—También fue al acto de River.

—No te puedo negar ni aseverar, yo no estaba.

—Hay fotos de él con Fernández durante el acto.

—Fernández ni lo conocía. Acá llegan muchísimos currículums para la bolsa de trabajo que tenemos, muchos enviados por Presidencia a través de la Secretaría de Transporte. El criterio que tenemos se basa en que sean familiares de ferroviarios.

—Favale no era familiar de ningún ferroviario.

—Favale iba todos los días. Tampoco el cien por cien son familiares de ferroviarios. Algún trabajador le habrá pedido que lo haga entrar a un delegado, y el delegado no le va a decir

que no. Entonces trae el currículum acá e ingresa en la bolsa de trabajo. En el Roca sólo ingresan los que tengan la firma de Fernández, y en el Mitre y el Belgrano los que firmo yo.

—*Favale fue al acto de River...*

—No sabía eso.

—*... y cuando fueron a impedir el acto en Constitución el 6 de septiembre.*

—Iba todos los días a Constitución.

—*Asistía a las actividades convocadas por el sindicato.*

—Iba todos los días. Acá se lo habrá incluido en una lista y estaba esperando para empezar a trabajar, porque ya se había hecho la revisión médica.

—*Cuando llegó la patota a la defensa de las vías, patota en la que se encontraba Favale, Díaz dijo, refiriéndose a ellos: «Son de Escalada, se la aguantan».*

—No sé nada. A mí no me consta que además de Favale haya habido otros barrabravas. Sí sé que Favale iba todos los días a Constitución.

—*Díaz le pidió a Favale: «Sacá los fierros». Favale contestó: «No traje mucho».*

—No me consta. Sé que hay algo de eso en la causa, pero los nuestros dicen que los tiros salían del grupo piquetero.

—*No hay ninguna pericia que plantee eso.*

—Hay más pericias que no están en la causa.

—*¿Quién las hizo?*

—Hay más pericias. Todavía va a correr mucha agua bajo el puente.

—*Favale mismo dijo: «A ese gil de la gomera le agujereé la panza».*

—Sí, por eso es el más comprometido.

—*En ese momento Díaz no lo entregó a la policía, a pesar de que estaba confesando un crimen.*

—¿Vos pensás que los ferroviarios son botones? Se comen ésta, de complicidad, pero no van a ir a denunciar.

Un silencio abrupto gana el espacio de la conversación. El hombre que podría pasar por un jubilado en una plaza y que

está sindicado como instigador del asesinato de Mariano Ferreyra acaba de admitir el pacto de silencio para proteger al homicida. Son varios segundos de silencio.

—*Ni aunque haya habido un asesinato.*

—¿Quién determinó que Favale disparó a alguien?

—*Favale mismo lo dijo.*

—Podría haber estado mandándose la parte.

—*Los registros señalan que había constante comunicación entre Díaz y Fernández. Si usted dice que habían decidido que no participaran ferroviarios en el impedimento del corte, ¿por qué Fernández no ordenó que se retiraran?*

—Fernández no se va a poner en contra. Si los muchachos deciden impedir el corte de vías, lo terminó aceptando.

—*Cuando los tercerizados y los grupos de izquierda fueron atacados, estaban a trescientos metros de las vías y ya se habían desconcentrado.*

—A nosotros nos dicen que avanzaban contra los ferroviarios, que se van huyendo.

—*Pero si los ferroviarios corren hacia donde estaban los tercerizados.*

—No, corren cuando se van porque los cagan a piedrazos. Y dicen que ahí había tiros, que los piqueteros estaban disparando.

—*Los mismos ferroviarios dicen que corrieron desde la bajada del terraplén a la orden de Díaz.*

—Hubo un grupo que bajó del terraplén pero no salió corriendo; al contrario, cuando empezaron a avanzar los del Partido Obrero...

—*Ese grupo estaba desconcentrado.*

—No, se juntaban para poder avanzar.

—*Ningún testimonio dice esto.*

—Es la información que nosotros tenemos.

—*Es más, ese hecho derrumbó los alegatos de los defensores de los sospechosos, que querían caratular la causa como «homicidio en riña». Como estaban a 200 metros y desconcentrándose, quedó claro que fue un ataque.*

—La supuesta investigación llevada adelante por la fiscal y por la jueza da pie para que me hagas estas preguntas. Nosotros tenemos otra información que nos dan los compañeros. No tenía nada que hacer ahí Favale y, si había otros, tampoco tenían nada que hacer, como no tenía nada que hacer el Partido Obrero en las vías. Desgraciadamente sucedió este crimen. Todavía falta un rato para determinar exactamente qué pasó. Estamos convencidos de que la historia va a cambiar.

—La fiscal pidió la indagatoria de «El Gallego» Fernández y la suya propia. Se trata de investigar si se quería escarmentar a los que cortaban las vías y si se intentaba proteger un negocio en las tercerizadas.

—El aporte de los afiliados y nada más. Nosotros no tenemos absolutamente nada que ver con las empresas tercerizadas, salvo con la cooperativa Unión del Mercosur. Nosotros organizamos desde el año 93 cooperativas. Taller que cerraba, organizábamos a los trabajadores en cooperativas (lamentablemente no entraban todos), para que realizaran trabajos para la empresa ferroviaria. Así organizamos en todo el país. Los cooperativistas son afiliados autónomos que aportan la cuota sindical y la obra social. Entonces esos trabajadores tienen obra social y tienen todos los beneficios del sindicato.

—Pero no están convencionados...

—Tienen el mismo convenio que los activos.

—Tienen salarios menores, sustancialmente menores. El presidente de Unión del Mercosur es Raúl Castellano, miembro de la dirección de la UF.

—Es presidente porque es una cooperativa organizada por nosotros. Como muchas otras. En algunos casos las he presidido yo.

—En Unión del Mercosur los trabajadores ganan bastante menos que un convencionado.

—Son los desfasajes que a veces se producen por la falta de pagos de las empresas.

—Ahí hay otro punto. José Luis García, que liquidaba sueldos en Ugofe, dice que la Secretaría de Transporte giraba dinero para el pago de los salarios, pero que sólo se destinaba a ese objeto el 70% del total de los fondos. Que la diferencia del 30% sería el gran negocio de las tercerizadas.

Pedraza no responde. Se pone a revisar unos papeles que están extendidos sobre la mesa. En un momento se pone a silbar. No es una canción conocida. Murmulla unas palabras como si leyera. Después de un largo rato, lee unos párrafos que no tienen que ver con la pregunta. Son actas firmadas en el Ministerio de Trabajo, sin conexión con la entrevista. Al leer, Pedraza hace un esfuerzo. En sus manos, los papeles tiemblan. La pregunta se pierde.

—¿Por qué se oponen al ingreso de los tercerizados a la planta permanente?

—Se ha bastardeado todo. El último conflicto fue llevado por los que estaban en los baños, que comenzaron siendo ocho. Por los cirujas que se meten en los baños y que viven de la propina que les dan por pasar el trapo. Ahora son 150 según los grupos de izquierda. Ésos son los que están reclamando. También los de seguridad. Nosotros no tenemos en el convenio la categoría de «seguridad». Son botones de nuestros propios compañeros. Están afuera, pero están reclamando ser incorporados a planta permanente. Nosotros admitimos el ingreso en función de esta situación de los que trabajan en empresas que hacen actividad ferroviaria. Por otro lado, en la bolsa de trabajo, la mayoría son familiares de ferroviarios. Con el ingreso de los tercerizados, nos clausuran la bolsa de trabajo.

—Es gente que hace trabajo ferroviario.

—Está bien, pero para eso tenemos la bolsa de trabajo.

—Ustedes permitieron que hicieran un trabajo ferroviario por fuera del convenio en empresas tercerizadas cuando firmaron ese acuerdo por 90 días.

—Tuvimos que admitir que haya empresas tercerizadas. Si la Secretaría de Transporte no autoriza, no ingresa gente.

—¿Tuvo que haber un muerto para que ingrese gente a planta permanente?

—Lamentablemente es así.

—*Sin embargo, entraron muchos barrabravas a planta como ferroviarios en el último período.*

—Nosotros no hacemos la investigación del prontuario de cada persona que pide ingresar.

—*La barrabrava de Banfield tiene buenas relaciones con la Unión Ferroviaria. Fernández tiene una agrupación llamada Diablos Rojos y recolecta barrabravas en Independiente.*

—Desconozco la relación de Banfield con la Unión Ferroviaria y sé que la agrupación Diablos Rojos está integrada por ferroviarios de Independiente, pero desconozco que haya barrabravas de Independiente. Lo niego.

—*Daniel Hess, ferroviario de Constitución, es conocido como «Santa Fe», un ex jerarca de la barrabrava de Banfield. Gabriel Sánchez era barrabrava de Racing. Favale, que estaba recomendado por ustedes para ingresar a trabajar, era un barra de Defensa y Justicia. ¿Admite que es recurrente esta relación de barrabravas con el sindicato?*

—¿Vos creés que pasa solamente en ferroviarios? Nosotros estamos pagando esto. Telefónicos tiene 13.000 tercerizados. Luz y Fuerza, 4000. Tomada acaba de defender públicamente la tercerización.

—*Pero es claro, conviene pagar menos salarios.*

—Depende qué tipo de tercerizadas haya.

—*¿Unión del Mercosur no está inscripta en ese marco de aprovechamiento de los trabajadores?*

—Nosotros tratamos de que vayan actualizándose…

—*Hubo despidos en esa cooperativa.*

—¡Uno, que es un delincuente! ¡Un delincuente que estuvo en el corte!

—*Un activista.*

El cronista se refiere a Pablo Villalba, que luego de su despido de Unión del Mercosur oficiaría como vocero de los tercerizados en lucha. Luego, la investigación revelaría que en el Ministerio de Trabajo hay abiertos por lo menos cinco expedientes por despidos en la «cooperativa» armada por la UF.

—¡Mentira! Activista no fue nunca. Ahora aparece hablando como vocero. Un tipo violento. ¡No quiere laburar!

—*Todo indica que hubo una organización previa del ataque.*

—Es falso.

—*Incluso hay dos detenidos por haber impedido que las cámaras siguieran filmando porque sabían que iban a atacar.*

—Pero si la mayoría no sabía que iban a disparar. Lo único que le decían a la periodista era que filmaran también el otro lado. Después la periodista inventó lo que quiso.

Pedraza se refiere a Gabriela Carchak, periodista de C5N que cubrió la manifestación en la que fue asesinado Mariano Ferreyra.

—*Sánchez llegó con el arma, Pedraza.*

—¿Vos pensás que Pablo Díaz sabía que iban a disparar?

—Pablo Díaz dijo: «Éstos son pesados de Escalada».

—Pero no porque tuvieran armas.

—*Le pidió a Favale que sacara los «fierros».*

—Absolutamente falso.

—*Eso lo dice un ferroviario. Favale mismo dijo que le abrió la panza a uno de la gomera. Todo indica un plan.*

—La historia verdadera no es esa. Y la historia verdadera se va a conocer.

Un crimen

Mariano Ferreyra murió apenas llegado al hospital Argerich, donde los médicos no pudieron hacer nada para sanar la herida que una bala le había producido en un pulmón. Tenía 23 años. Era un pibe joven que, probablemente, tenía todas las experiencias del mundo por vivir, pero que había tomado, sin embargo, algunas decisiones vitales respecto de su presente. Se consideraba a sí mismo un revolucionario, un militante socialista, un conspirador —si fuera necesario— y se habría ofendido si lo hubieran llamado «idealista», porque estaba convencido de que había bases materiales concretas y que, más tarde o más temprano, los trabajadores argentinos harían la revolución. Ferreyra estaba empecinado en construir un partido que se pusiera a la cabeza de las masas en tal momento y pensaba que esa organización tenía su embrión en el Partido Obrero. También era un joven que atravesaba el sinuoso camino hacia la adultez que, como se sabe, está compuesto de amores y desamores, de decisiones que exceden el marco de lo inmediato (que posibilitan pensar en la frase: «Para toda la vida») y de la necesidad de aprender a ser autosuficiente, es decir, de adquirir un oficio y un trabajo que le permitiera la independencia de la familia, de los padres, que posibilitara la constitución comprobable de un «yo».

Nada de esto pudo ser.

Pero su muerte no se convirtió, como sucede con casi todas las muertes, en un asunto de dolor íntimo, familiar. El crimen de Barracas conmocionó a la sociedad argentina. La violencia política renacía a través del accionar de las patotas sindicales.

Las horas posteriores al asesinato estuvieron teñidas por el silencio gubernamental respecto a los trágicos acontecimientos. Las redes sociales en las que participan activamente militantes y simpatizantes kirchneristas permanecieron inactivas, mientras aguardaban el pronunciamiento oficial. Entrada ya la noche, la presidenta Cristina Fernández repudió el homicidio y se pronunció por la captura no sólo de los asesinos materiales, sino «de todos los responsables». Sin embargo, a través de la red social Twitter, la presidenta manifestó dudas sobre los acontecimientos: «Los temas laborales con uno, dos o varios gremios deben resolverse sentados a una mesa en el Ministerio de Trabajo y ajustados a derecho. Es inaceptable que un reclamo (justo o injusto) pretenda resolverse a los tiros. Sin embargo, no puedo dejar de decir lo que pienso, como siempre. Me llama poderosamente la atención el desarrollo de los hechos. El objetivo debe ser encontrar a los responsables tanto materiales como intelectuales, sean sindicales o políticos y sancionarlos».

Al día siguiente, la presidenta Cristina Fernández declararía: «Ayer vivimos un momento triste y amargo porque es muy triste la pérdida de una vida. He visto escritas tantas cosas, imágenes que podrían haberse evitado. Las informaciones cambiadas que salen me hacen pensar que hay otras intenciones». Además, Fernández cuestionó la «incoherencia» de que «la semana pasada jóvenes estudiantes ingresaron violentamente y rompieron el Ministerio de Educación, y vi a la policía agredida y desbordada. El Partido Obrero que ayer exigía la intervención de fuerzas policiales es el mismo que ingresó por la fuerza al Ministerio de Educación la semana pasada». Continuó: «Pero también tengamos coherencia de no actuar con grados esquizofrénicos. Porque el ministro tuvo que salir a explicar con videos que no se había reprimido. Y ayer se reclamaba que la policía no había defendido al mismo grupo político que había entrado al Ministerio. Debemos condenar todos los hechos violentos». Se refería a las declaraciones de Aníbal Fernández, que en el programa de Marcelo Longobardi al día siguiente del homicidio de Ferreyra llegó a decir: «No estaba la policía ahí. La policía no podía acceder, no pueden acceder móviles y si hubiera estado la hubieran

acusado de provocadora. En ningún momento estuvo la policía en ese lugar. Eran grupos que estaban separados y no eran confrontativos entre sí. No había ninguna razón para que estuviera la policía». Hoy hay siete agentes de la Policía Federal a los que se endilga haber liberado la zona el día del crimen. La policía no es una institución deliberativa ni asamblearia: responde a órdenes de la superioridad, que las toma en función de un criterio político. En octubre de 2010 Aníbal Fernández tenía el control político de las fuerzas de seguridad. Todavía queda por investigarse la responsabilidad política de quienes dieron las órdenes a la policía para que actuara del modo en que actuó.

El ex presidente Néstor Kirchner declaró que debía encontrarse a los responsables del ataque fatal.

A minutos del ataque, Pablo Díaz era entrevistado, aún arriba de las vías, por periodistas del canal Todo Noticias. Éstas fueron sus declaraciones:

—Hoy un grupo de activistas y pseudo trabajadores ferroviarios intentaron cortar las vías y nosotros lo único que hicimos fue impedirlo. Después andan diciendo que tienen heridos. Yo también tengo un par de compañeros golpeados con piedrazos en la cabeza. Pero nada más. Fue una escaramuza normal en estas cuestiones.

—*¿Cómo impidieron el corte?*

—No los dejamos subir a las vías. Ellos caminaban por el costado de la calle; cuando intentaron subir nos agredieron con piedras y nosotros respondimos. Intervino la policía, se dispersaron, se fueron para una punta y ahí terminó la cuestión.

—*Testigos dicen que hubo disparos.*

—No. Yo estaba en la columna y no hubo disparos. No había armas. Son todos trabajadores, padres de familia, son todos laburantes que lo único que hacemos es defender nuestra fuente de trabajo. Lo que no hace la policía, lo que no hacen los jueces, en la medida de lo posible lo vamos a hacer nosotros, los ferroviarios.

—*¿Usted descarta que haya habido armas de fuego?*

—Totalmente. De nuestro grupo no hubo armas de fuego. De ellos, se escucharon algunos disparos. En nuestro grupo, no. No somos de andar haciendo esas cosas. No somos patoteros, no somos barrabravas.

—*¿Quiénes realizaban el reclamo?*

—Un grupo de tercerizados que se les acabó el trabajo y fueron despedidos. Pero esto es una cuestión política de la Lista Bordó, que son los que los traen y que hoy gobiernan algunos ferrocarriles. Mientras nosotros estemos, no lo vamos a permitir.

—*¿Fue una medida de los trabajadores, nadie los mandó?*

—Fue el cuerpo de delegados y los propios trabajadores.

Las primeras declaraciones de Díaz señalan dos cuestiones de relevancia: su admisión del uso de la patota ferroviaria como elemento sucedáneo de la represión («Lo que no hace la policía lo vamos a hacer nosotros») y el reconocimiento de la participación del cuerpo de delegados, organismo oficial del sindicato —que tuvo que haber sido convocado por la dirección sindical—, en los incidentes.

Ugofe emitió un comunicado en el que se deslinda de los hechos y que dice en sus párrafos más relevantes:

> La Unidad de Gestión Operativa Ferroviaria S.A., operadora de la Línea Roca, lamentó las consecuencias sufridas hoy en los disturbios producidos en la zona de Barracas y deslindó responsabilidades respecto de tales acontecimientos de violencia. Indicó que agrupaciones políticas hostiles intentaron ocupar las vías en la estación Avellaneda con el objetivo de interrumpir el servicio de trenes, propósito del que fueron disuadidos por empleados y la fuerza policial, luego de lo cual ocurrieron incidentes fuera del ámbito y de la jurisdicción ferroviaria. En otro orden, la empresa también remarcó que algunos empleados de la Línea Roca resultaron heridos al intentar impedir el corte de vía que se proponían estas agrupaciones políticas.

El comunicado revela que la empresa estaba al tanto de la acción de los empleados para impedir el corte de vías.

Ese 20 de octubre, José Pedraza, Juan Carlos «El Gallego» Fernández, el secretario de Transporte Juan Pablo Schiavi y otros funcionarios estatales se encontraban reunidos en la sede de la Unión Ferroviaria, donde se desarrollaba el congreso LatinRieles 2010. Pedraza admitió que Fernández, quien se comunicaba permanentemente con Pablo Díaz, lo mantenía al tanto de los acontecimientos. Estaba reunido con las empresas auspiciantes del congreso, algunas de las cuales son las tercerizadas contra las que se reclamaba cortando las vías del ferrocarril: Herso, Zonis, Comsa, Emepa, Benito Roggio Ferroindustrial. Mientras los trabajadores de estas empresas reclamaban su incorporación al convenio que corresponde a su actividad, los máximos dirigentes de la Unión Ferroviaria oficiaban de anfitriones de esas compañías, en una actitud que no sólo convalida el fraude laboral, sino que los convierte en cómplices del mismo. El sindicato que había organizado una patota para que los tercerizados no molestaran más a sus patrones compartía con ellos mesas, paneles y *coffee-breaks*. Todo esto en el mismo momento en que se asesinaba a Mariano Ferreyra.

El sindicato ferroviario se pronunció a través de un comunicado, firmado por su secretariado nacional, en el que deslindó responsabilidades por lo sucedido:

> Un grupo de personas pertenecientes a distintos partidos políticos, intentó realizar un corte en las vías del ferrocarril Roca. Trabajadores ferroviarios en servicio trataron de impedir que se consumara la interrupción de la corrida de trenes, ya que, ante hechos similares, los usuarios los atacan responsabilizándolos de los trastornos que sufren. Hubo intervención policial. Nuestros compañeros se encontraban en servicio desde las primeras horas de la mañana, y algunos de ellos están heridos por haber recibido impactos de piedras. Por tanto, deslindamos toda responsabilidad en los

> disparos de armas de fuego que, lamentablemente, derivaron en la pérdida de vidas. Por este mismo medio y en la medida en que recabemos mayores datos, ampliaremos esta información.

La CGT emitió un comunicado donde repudió, genéricamente, los hechos de violencia «que costaron la vida de un joven» y se pronunció por la resolución del caso. La Central de Trabajadores Argentinos (CTA) resolvió un paro para el día siguiente y se realizaron asambleas y paros en distintas empresas gráficas, en el subte, en redacciones de prensa, entre otros núcleos de trabajadores.

Esa misma tarde, apenas los noticieros dieron difusión a la noticia del asesinato del militante, una manifestación cortó la esquina de Callao y Corrientes, en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires, y mantuvo interrumpido el paso hasta que, por la noche, cinco mil personas marcharon hacia la estación Constitución, a cuatro kilómetros de allí. En la entrada de la estación se realizó un acto de repudio al crimen, se reclamó que se juzgue y condene a los homicidas y se convocó a marchar a Plaza de Mayo al día siguiente.

La prensa tuvo distintas reacciones ante el crimen. Entre los medios oficialistas, el diario *Tiempo Argentino* se pronunció a favor de la resolución del crimen y el castigo a sus culpables, hubieran sido empresarios, funcionarios públicos o sindicalistas. El canal CN23 difundió la pista sobre el empresario duhaldista Alberto Trezza, a la que rápidamente se sumó el show televisivo *678*, que difundió que se había producido una reunión hacía pocos días entre Eduardo Duhalde y Pedraza, basándose para ello en una nota del diario *El Cronista* que, en realidad, tenía fecha de hacía más de un año. La pista Trezza, que deslindaba al gobierno de cualquier responsabilidad, fue dejada de lado rápidamente por inconducente. El incidente de *678* fue muy discutido en cónclaves periodísticos. Trabajadores de Radio Nacional denunciaron que la dirección del medio ordenó no hacer referencia al Partido Obrero y usar la palabra «manifestante» y no «militante» al referirse a Ferreyra.

El empresario de medios hiperkirchneristas Sergio Szpolski le comunicó el jueves 21 de octubre al autor de este libro y a un delegado de la revista *Veintitrés* que en sus medios no se mencionaría al Partido Obrero ni se publicarían entrevistas a sus dirigentes.

En las antípodas, el diario *Página/12* brindó una completa cobertura sobre el asunto, que incluyó una nota de Horacio González en la que señalaba que no era suficiente la decisión oficial de «no reprimir» y consideraba al crimen como un asunto de Estado. No dejó de llamar la atención que un sector importante del periodismo definiera al crimen como un «enfrentamiento». Por caso, la revista *Veintitrés*, cuya edición cerraba ese mismo miércoles 20 de octubre, no le dio la tapa a un hecho que conmocionaba la vida social de la nación y, en cambio, destinó al caso un copete de tapa que prometía explicar las razones de una «interna sindical».

Apenas producido el crimen, la Justicia comenzó a actuar de la mano de la jueza Wilma López y la fiscal Cristina Caamaño, que jugarían un papel central en la investigación del homicidio. Las investigaciones judiciales y periodísticas posteriores al crimen permiten elaborar una reconstrucción de los hechos y sus antecedentes.

El 1° de mayo de 2011 el autor de este libro tuvo una larga entrevista con un arrepentido de la patota que brindó, también, su testimonio a la Justicia bajo reserva de su identidad. Se trataba de un obrero de los Talleres Ferroviarios de Remedios de Escalada que se había sumado al grupo de choque reclutado por los delegados sindicales del núcleo laboral. El arrepentido brindó elementos importantísimos para el desarrollo de la causa ya que afirmó haber visto a Favale disparar y a una persona tomarse, herida, el estómago con sus manos y caer. El arrepentido habría visto al matador y a su víctima.

«No olvido esa cara, no me la voy a olvidar nunca —afirmó el arrepentido en una entrevista publicada en el portal plazademayo.com—. Era Favale, se había hecho conocido entre nosotros desde el acto de Moyano en River.» Se refería a la convocatoria de la CGT realizada el 15 de octubre de 2010, cinco días antes del homicidio de Ferreyra, que contó con la presencia de la presidenta Cristina Fernández. La Unión Ferroviaria concurrió a ese acto con una columna propia: entre los asistentes se encontraba el testigo. «Favale era ostentoso —continuó el arrepentido—. Es corpulento: lo ves y te inspira miedo. Pablo Díaz le hablaba al oído y después Favale manejaba a todo el mundo. Tenía una actitud de líder, pero se la pasaba insultando. "Dale la concha de tu madre, mové el bondi", gritaba y los choferes de los micros en los que habíamos llegado a River obedecían. Ahí se corrió, entre nosotros, la bola de que era el custodia personal de Pablo Díaz».

—*Usted trabaja en los talleres de Remedios de Escalada. ¿Cómo se lo convocó a custodiar las vías?*

—Entramos a laburar a las seis. En los talleres hay delegados, subdelegados. Está el pelado Suárez, uno que le dicen Fosforito, Toretta, Arias y hay punteros. Krakowski, un tipo viejo pero que se mantiene bien es uno. Más o menos a las 8 de la mañana, Toretta se acercó a nuestro grupo y dijo debíamos ir a Avellaneda porque los piqueteros venían a cortar las vías. La idea era que nos juntemos ahí, que vieran que había mucha gente y que entonces no suban. Para nosotros salir de Escalada e ir a una marcha significa salir, mostrar la cara y, a mitad de camino, irse para casa. Además, la gente se siente presionada para ir. Hay un asado y tenés que ir. «Ustedes cuando necesitan al gremio, el gremio está», chicanean los delegados. Siempre tenés que estar porque si no te hacen una cruz. En la puerta los delegados nos reunían y decían: «Tranquilos, esto es un acto de presencia». No llevamos palos ni gomeras, somos gente laburante. Cuando vamos a una marcha nos liberan: quiere decir que cuando termina la marcha te vas para tu casa y eso te cubre el día en el trabajo. Toretta iba anotando a los que íbamos. Agarramos un tren y bajamos en Avellaneda. En el andén ya había piqueteros: cuando vieron bajar al malón de ferroviarios una cara de terror ponían... Porque había muchas mujeres, señoras. Nos fuimos a la punta norte del andén del

otro lado. Había un par de policías y varios compañeros de otros sectores. Se fue juntando la gente. Estaba Pablo Díaz ya. Había muchos jefes. Estaba Vitali, que es jefe de brigada, creo que es un comisario. Estaba el otro Pablo Díaz de Recursos Humanos de Ugofe. Se llaman igual.

—*¿El gerente de la empresa?*

—Sí. Estaba en el andén al principio de todo. Ese Díaz anda siempre de traje, el otro ni a palos. En un momento, Pablo Díaz pidió que lo acompañaran 20 o 30 porque en el tren que había parado empezaron a bajar los piqueteros. Yo me anoté y salimos para la calle. Los piqueteros empezaron a pasar. Al final había dos hombres grandes, de más o menos 50 años cargando una bandera enrollada. Díaz se les paró enfrente y empezaron a hablar. En un momento, se ve que se enojó. «Che, loco», les dijo, «mirá que hoy las vías no se cortan». El piquetero, de canas y barba, le dijo que iba a ser una marcha pacífica. «Mirá loco: vos me cortás las vías y yo te cago a tiros», le gritó Díaz. Se escuchó reclaro. Los tipos se fueron. Nosotros volvimos al andén, en la punta norte del andén. Entonces se acercó Vitali, que es un comisario de estación, y le dijo a Díaz: «Si vas a hacer algo, hacelo ahora». Los piqueteros empezaron a marchar, nosotros también, a su par: íbamos encima del terraplén. Algún que otro compañero les gritaba que no iban a cortar las vías. Uno que se cebó un poquito fue Krakowski: «Eh, cacho, mirá que las vías no se cortan», gritaba. Era gracioso, porque es viejo. En un momento un grupo de piqueteros se subió a las vías. De nuestro lado los bajaron a piedrazos. Desde la calle, abajo, nos tiraban piedras. De repente empezamos a ver unas lucecitas que pasaban rozando y que les pegaron a algunos: nos estaban tirando con tuercas. Ahí ya no importó nada, los cascotes volaban por todos lados. Entonces llegó la policía, que se ve que estaba detrás de nosotros, y les empezó a disparar con balas de goma.

—*¿Cuándo aparece Favale?*

—Favale llegó en tren acompañado por más o menos 20 tipos que agitaban: «¡Vamos a correrlos! ¡Bajen!» Estaban enardecidos. Empezaron a gritar: «¡Loco, bajen de las vías!» Casi todos bajamos. Los delegados estaban al mando. Pablo Díaz era la máxima autoridad. La idea era ir trotando, que fuéramos todos juntos para que vieran un malón y así los piqueteros, que estaban como a tres cuadras, se asustaran y no se les ocurriera volver a subir a las vías. Adelante estaba Favale y su gente, reagitando. A él todos lo reconocimos, porque después del acto de River quedó como una institución: era el guardaespaldas de Pablo Díaz. La idea era ir trotando para que ellos, que estaban a tres cuadras, se asustaran para que no subieran a las vías. Cuando íbamos llegando a donde estaban, los piqueteros se plantaron. Era impresionante ver a quince monos con unos bastones largos apoyados sobre el piso esperando. Les tirábamos piedras y no se corrían. No se achicaron nunca. Y cuando los de adelante llegaron, pelaron los garrotes y les empezaron a dar. En una de esas uno de los nuestros cayó y me quedé dudando si debía ayudarlo. Entonces me retrasé y quedé delante de todo. Se venían hacia nosotros a piedrazos. Me puse detrás de un árbol y vi en el suelo un pedazo de ladrillo. Me agaché, agarré el ladrillo y, en ese instante, vi al lado mío a un tipo que se arrodilló y disparó: ¡pam, pam, pam! Era el guardaspaldas de Pablo Díaz. Le vi la cara. Nunca me voy a olvidar de esa cara: era Favale. Vi todo como una película, hasta pude ver los casquillos de las balas. En esa misma secuencia vi que un tipo que estaba a veinte metros se agarró la panza y se desplomó. Entonces me fui corriendo. Todos corrimos. En ese momento llegó el camión de la Federal y se cruzó. Los piqueteros se fueron».

El testimonio del arrepentido es contundente. Y también da cuenta de las distintas maneras de la moral en esa situación. Varios de los obreros de los Talleres de Remedios de Escalada fueron reclutados por los delegados por la promesa de que la jornada laboral terminaría más temprano. Varios aceptaron custodiar las vías de trabajadores tercerizados que cumplían sus mismas funciones, a quienes acaso conocían de vista o con quienes habían intercambiado algún diálogo. A cambio de irse unas horas antes a sus casas, atacaron a los manifestantes por

unas horas más de ocio. Quizá por eso el arrepentido tenía una imagen agigantada de los hombres que conformaron el cordón de seguridad para permitir la retirada pacífica de las mujeres y los más chicos. Había un gesto de superioridad moral ahí. «Era impresionante ver a quince monos con unos bastones largos apoyados sobre el piso esperando. Les tirábamos piedras y no se corrían. No se achicaron nunca», había dicho el arrepentido que, mientras relataba los hechos, hacía gestos que intentaban mostrar que hasta las piedras rebotaban en los cuerpos de esos hombres del cordón de seguridad. Entre esos «monos» impresionantes, se encontraba Mariano Ferreyra: un pibe flaquito, que no pesaba más de sesenta kilos, cuyo aspecto distaba totalmente de la amenaza. Sin embargo, su figura se agigantaba por una actitud política y por una superioridad moral.

El jueves 21 de octubre, un día después del crimen de Barracas, se realizaron masivas movilizaciones en todo el país. Cincuenta mil personas marcharon por el centro porteño, quince mil en Córdoba, diez mil en Neuquén, cinco mil en Rosario, mil quinientos en Bahía Blanca, entre otros actos de repudio. Los carteles que portaban los manifestantes en Buenos Aires, encabezados por una numerosa columna ferroviaria y de tercerizados, reclamaban el juicio y castigo a Pedraza y los asesinos y también sostenían la consigna: «Fuerza, Elsa», en referencia a Elsa Rodríguez, la militante del PO que se encontraba en coma debido a un balazo en la cabeza. Fuerzas de todo el arco político acompañaron la movilización, aunque llamó la atención la ausencia de la juventud kirchnerista a través de su agrupación La Cámpora. Otros grupos K, como el de Luis D'Elía o la fracción de la CTA liderada por Hugo Yasky se hicieron presentes en la manifestación. Ya de noche y en un escenario instalado en Plaza de Mayo, de espaldas a la Casa Rosada, se leyó el documento firmado por más de 200 organizaciones que reclamaban justicia. Para cerrar el acto, se le dio la palabra a Jorge Altamira, fundador y dirigente del Partido Obrero; se lo notaba conmocionado. La presidenta Cristina Fernández había rechazado el pedido de entrevista

que habían realizado dirigentes de la organización en la que militaba Ferreyra. Estas fueron las palabras de Altamira:

«Me cuesta definir esta jornada. Ayer teníamos un luchador vivo a la mañana; al mediodía nos lo mataron. Tenemos una compañera que está luchando por la vida en forma tenaz. Como un resorte salió de nuestro pueblo una reacción y un conjunto de organizaciones, sindicales y políticas, nos juntamos con la velocidad del rayo para que este crimen no pase. No me sorprende, porque son generaciones y generaciones de trabajadores las que han vivido circunstancias como ésta y nos han dejado el legado de que la sangre de un compañero es sagrada. La misión de esta manifestación es que paremos el terror de las patotas sindicales. Y esto es nada más que una etapa. Vamos a continuar esta lucha todos los que aquí estamos presentes. Y en lo personal y en lo político no quiero ver hoy a la Casa Rosada fluorescente —dijo señalando la iluminación de la Casa de Gobierno—. ¡La quiero ver de luto, carajo, porque ha muerto un joven argentino! ¡La quiero ver de luto, no quiero festines para turistas, éste es el momento para compartir el sentimiento de dolor, porque hemos perdido a un hijo nuestro, carajo!»

La fiscal

Cristina Caamaño, que fue fiscal durante el primer tramo de la investigación del caso Ferreyra, fue designada en diciembre de 2010 como viceministra de Seguridad, cargo que asumió cuando Nilda Garré llegó a la institución por orden de la Presidenta. En una biblioteca, una foto la muestra junto a Fidel Castro. Un póster enmarcado exhibe las palabras finales de Salvador Allende, pronunciadas minutos antes de su muerte en el Palacio de la Moneda durante los bombardeos ordenados por Augusto Pinochet. Es una mujer hiperactiva que le dedicó tiempo y profundidad a la reconstrucción de los hechos y de las responsabilidades en el crimen del militante del PO. Una tarea dura que provocó que comenzara a moverse bajo custodia policial, ya que fue amenazada por la presencia de cuatro hombres en una Ford Eco 4x4, con placas falsas y vidrios polarizados, que manifestaron ser parientes de un imputado y que la esperaban a altas horas de la noche en las puertas de la fiscalía. La misma 4x4 que interceptó el auto del testigo José Luis García para exigirle que cambiara su declaración. No fueron las únicas amenazas que se produjeron durante el tiempo de esta causa judicial.

Caamaño regresó a las instalaciones de la policía, que había visitado para allanar grabaciones y filmaciones que fueron adulteradas, como una de las cabezas del organismo que controla y ordena a las fuerzas de seguridad. Un nombramiento que se dio, en gran parte, por su desempeño en la investigación del caso Ferreyra. Tal vez, en algún momento de esa tarea, Caamaño recordó aquella noche de 2004 en la que su hijo, entonces un adolescente de 19 años, vivió para poder contar la

tragedia de Cromañón. Esa noche habían muerto 194 jóvenes debido a la negligencia empresarial y gubernamental. Su hijo, que había asistido al recital de Callejeros, fue uno de los sobrevivientes. El asesinato de Ferreyra significó la muerte de un joven a manos de la mafia sindical. Tal vez Caamaño pensó que la vida, a veces, ofrece la oportunidad de intervenir en acontecimientos que, de alguna manera, adquieren una relación. Por ejemplo, en uno y otro caso, los principales sospechosos trataron de desviar el eje de los acontecimientos.

—José Pedraza dice que la jueza y la fiscal armaron una causa tendenciosa. ¿Qué opina sobre esta apreciación?

—Todo lo contrario. A partir de imágenes y testimonios intentamos reconstruir los hechos. Así se fue armando la trama de este crimen. El fin de la acción era «sacar a los zurdos». El cometido era: «Que no vengan a joder más». Por eso, cuando se van yendo, la patota baja corriendo de las vías, los persiguen y terminan matando a Mariano.

—Pedraza dice que los corridos fueron los ferroviarios por los tercerizados y el Partido Obrero. ¿Hay evidencias que puedan acompañar esta posibilidad?

—No. Cuando todo esto empieza a las once de la mañana, de acuerdo a fotos que toman los mismos militantes del PO y de cámaras del propio ferrocarril, en determinado momento los del PO quieren subir por un costado y desde allí los cagan a piedrazos. Los del PO toman esas piedras, las van levantando y con esas piedras después se defienden, más allá de las hondas que pudieran tener. Cuando los empiezan a correr se empiezan a defender con esas piedras. Ahora, si bien hay algún testimonio que dice que vio del lado del PO a un tipo que salía con un arma detrás de un árbol, no hay ninguna pericia que indique que del lado del PO haya habido disparos hacia los ferroviarios. Sí al revés. Hay un muerto, una mujer con un balazo en la nuca y dos heridos de bala.

—Hay una diferencia de criterios en las pericias de la Policía y de la Gendarmería: una señala un rebote y la otra no.

—Cuando disparás, los rebotes van para adelante siempre. Pedraza puede defender a los buenos muchachos de la manera que quiera. Haya rebotado o no, es indiferente a saber desde dónde salieron los tiros. Hubo dos armas comprobadas y podrían ser tres; se encontraron casquillos de revólveres calibre 38 y 22. Además, los testimonios señalan a Sánchez y Favale; incluso ellos mismos se acusan entre sí de haber efectuado el disparo. Y otros testimonios dan cuenta del momento en que se esconden las armas.

—¿Por qué pidió la indagatoria de Pedraza y Juan Carlos «El Gallego» Fernández?

—Primero porque no me parece que haya sido un encuentro espontáneo. De hecho, esa posibilidad quedó totalmente desvirtuada. Segundo, que Pablo Díaz se comunica permanentemente con Fernández, por lo que éste sabía exactamente qué es lo que estaba pasando. «El Gallego» estaba en ese momento en una conferencia con Pedraza. Cuando declaró, Pedraza negó todo el tiempo todo, dijo que no sabía nada y que no conocía a nadie. Pero también dijo que, cuando sucedió el crimen, él estaba con «El Gallego» Fernández que era el que se comunicaba con Pablo Díaz. En su única declaración acepta que estaba al tanto de todo porque estaba con «El Gallego», que se comunicaba con Pablo Díaz.

—¿Qué papel cumple la empresa?

—Hay un listado que se envía de gente que va hacia Avellaneda en el ferrocarril y que se les da franco por ese día. La Ugofe permite todas esas cosas. Es una empresa donde el gremio marca más que ellos. El sindicato actúa como una especie de oficina de recursos humanos. Para entrar a trabajar, se tenía que hablar con Pablo Díaz. De esa manera entraron a trabajar patoteros, porque era necesario para proteger un negocio. De Remedios de Escalada salieron ese día alrededor de ochenta personas. ¿Qué empresa banca ese tipo de situación?

—Las filmaciones y grabaciones de la Policía fueron cortadas o adulteradas. ¿Qué rol cumplió la Policía?

—Hay un policía que filma, y de esa filmación surge cuando llega Cristian Favale con el grupo. Se supone que cuando los ferroviarios salen corriendo, se le acaba la batería. Vuelve a filmar cuando los ferroviarios regresan. El subcomisario Rolando Garay pide refuerzos, pero no le hacen caso. La policía ferroviaria, que está en las vías, puede estar en connivencia con los hechos. Los celulares que usan se los da la Unión Ferroviaria, los conocen de todos los días. Dicen en las transmisiones: «Expectantes, expectantes. Esperemos, no hagas nada».

—Cuando los hechos terminan, la Policía no detiene a nadie.

—Dejan ir a todos. Eso también debe ser investigado.

Patricio («El Be»)

Empecé a militar en 2004 en el CBC. De aquel momento no recuerdo tanto a Mariano, él recién comenzó a militar en la universidad en 2005, cuando terminó el secundario; sólo lo tenía visto de algún plenario. Cuando empezó a militar en el CBC, tampoco teníamos mucha relación. No hablábamos mucho, él era tímido, muy introspectivo. Podíamos estar todo el día en el mismo frente, pero ni nos hablábamos. Un día, de pura casualidad, empezamos a comentar Cha cha cha, *el programa de Alfredo Casero, y nos empezamos a reír mucho. Nos contábamos las escenas que recordábamos y así nació nuestra amistad. Esto pasó bien entrado el 2005.*

Mariano tenía algo raro. Había estudiado teatro mucho tiempo. Digo esto porque en un primer momento era introvertido, pero después, cuando se soltaba un poco, hablaba fácilmente y era muy expresivo con la palabra. Pero al principio era muy callado. Si no lo conocías, parecía un tipo muy serio. Cuando lo conocías, era divertido. Tenía el humor todo el tiempo ahí. Le gustaba mucho el absurdo. Por ejemplo, siempre trataba de iniciarme en el gusto por los Monthy Pyton. Me mostraba videos en Internet y se cagaba de risa. Aunque nunca logró que me gustaran tanto como a él. El humor era muy importante para él. Tenía un humor muy negro, casi no tenía límites. Él me metió a Dr. House *en la cabeza. Remarcaba que House es lo opuesto a Patch Adams: «Por eso me gusta», decía, «no es el médico divertido que habla con la gente, no quiere tener relación con los pacientes». Y siempre discutía con los compañeros porque pensaba que* Family Guy *era muy superior a* Los Simpsons.

Yo me identificaba mucho con Mariano. A mí me gusta leer y Mariano siempre llegaba y me decía: «Che, leí tal cosa» y me

prestaba un libro. No pasa con todos los compañeros. Tampoco todos están interesados en la formación política y Mariano siempre transmitía los conocimientos que tenía. Nos prestábamos mutuamente libros. Todavía tengo algunos libros suyos, y algunos míos quedaron en su casa. Mariano leía de todo. Le gustaban mucho los libros de Trotsky. Tenía una biblioteca muy particular porque el hermano había militado y había libros muy viejos, difíciles de conseguir. También le gustaba la literatura, siempre comentaba los cuentos de Cortázar y me pasaba sus libros.

Nuestra primera experiencia militante fue en 2005 con un paro docente muy fuerte que generó asambleas en el CBC. Yo era nuevo y Mariano no había tenido gran participación en el CBC. Pero nuestra primera gran intervención fue en 2006, con la elección del rector. Fue nuestra primera lucha como protagonistas. Es decir, Mariano había estado en una gran lucha como la de Sasetru, pero tenía entonces 14 años y no fue dirigente de la lucha, sino que estuvo, participó. De todos modos, siempre nos refregaba en la cara: «Yo estuve en Sasetru». En 2006 pasábamos por los cursos, hablábamos y nos destacábamos en la oratoria que ejercitábamos frente a cuarenta, cincuenta o setenta personas, razón por la que las compañeras que eran responsables nos decían que lleváramos adelante esa actividad. En ese conflicto nos fue muy mal: cometimos muchos errores y las tres responsables de la juventud dejaron de militar. Entonces nos tuvimos que hacer cargo del trabajo en el CBC. Empezó un nuevo ciclo para nosotros, que duró desde 2007 a 2010. No sólo militábamos más, sino que nos comprometimos intensamente con el partido, a la vez que nuestra formación política se incrementó. Esa etapa nos metió de lleno en la militancia.

En ese momento pegamos un salto. De ver todos los días qué teníamos que hacer, pasamos a pensar todos los días qué íbamos a hacer al día siguiente. Yo hablaba todas las noches con Mariano, hacíamos un balance de lo hecho y planeábamos qué pasaría al día siguiente. Mariano le decía a esto: «El informe de las buenas noches». No importaba la hora en que llegáramos, me llamaba él o yo lo llamaba y ahí decidíamos qué íbamos a hacer. En 2007 empezamos a crecer, y en 2008 otra vez estábamos él y yo más o

menos solos. Así que aprendimos de nuestros errores. Habíamos dejado de lado la formación para los compañeros que se acercaban; todo nuestro planteo se basaba en la acción, en luchar, y no nos habíamos preocupado por la formación militante, ideológica. Sabiendo eso, en 2009 pudimos lograr construir a toda una juventud en esa zona. Muchos de los compañeros que hoy militan en ese frente son el fruto de esa construcción. Se formó un grupo de militantes muy unido, además. Sucede que Avellaneda es un caso particular. Al militar en la UBA éramos vistos como un sector de la Capital porque estábamos en campañas distintas a las del Gran Buenos Aires. Estábamos en una especie de punto intermedio. Esa situación provocaba que se formaran grupos muy unidos. Incluso hacíamos chistes: decíamos que nosotros éramos la «secta de Avellaneda». Estábamos Mariano y yo y toda la gente nueva que se acercaba.

Las vacaciones de 2010 nos fuimos juntos a Mar del Plata con tres chicos más. Hasta ese momento no nos habíamos tomado vacaciones, primero por esa crisis que había tenido nuestro trabajo militante y que nos impedía partir, o porque nos faltaban cosas por hacer. En realidad, a Mariano y a mí nos gustaba mucho militar. Pero en 2010 nos fuimos una semana a un camping de Mar del Plata. La primera mañana después de que llegamos uno de los pibes fue a comprar las cosas para el desayuno y cayó con una cerveza a las once de la mañana. Claro que nos gustaba tomar, pero no tan temprano.

Por eso, a partir de ese momento, nos levantábamos temprano los dos juntos y nos íbamos a tomar una Cindor.

Una vez me agradeció que no le dijera «El Bala», porque parece que no le gustaba demasiado. «Vos sos el único que me dice Mariano», me comentó. A mí tampoco me gustaba el apodo. Los compañeros de antes le decían así porque tenía la cara muy flaca, no tenía una connotación sobre sus gustos sexuales. Pero como en un momento nos quedamos solos en la militancia, y yo le decía Mariano, los compañeros nuevos no sabían del sobrenombre. En el último período, los compañeros nuevos le decían «El Jefe». A mí me encantaba el apodo. Mariano se tomaba muy en serio la

responsabilidad y, seguramente, después de que diera indicaciones y de que discutiera las orientaciones, lo cargaban y le decían: «Che, llegaste como un jefe». Así surgió ese apodo, en un contexto de amistad. Decirle «El Jefe» era una exageración, pero se exageraban características que Mariano tenía, las del rol de conducción. Se le decía así un poco en broma y un poco en serio. Imagino que le gustaba, porque era parte del reconocimiento que rara vez tuvimos. En el partido uno hace cosas y hace cosas, y cuando hace mal algo, caen las culpas, pero hay pocos reconocimientos. Y toda la juventud lo tomaba como un jefe. Cuando yo hablaba con los compañeros me refería a él como «El Jefe», aunque le siguiera diciendo Mariano cuando estábamos solos.

Después de cuatro años en el mismo lugar, nuestro objetivo era dejar el frente estudiantil. Pero nunca podíamos dejar armado el trabajo, es decir, formar nuevos compañeros que se hicieran cargo del laburo y que nos permitieran irnos a militar al resto de la regional Avellaneda. Eso lo logramos el último año, cuando ganamos compañeros muy destacados, hicimos cursos y decidimos que ya podíamos emprenderlo. La militancia en el CBC nos gustaba, pero no era lo más grato. Había muchos debates universitarios. Cuando conocés gente en otros ámbitos entablás debates sencillos pero productivos. En cambio, en la universidad te encontrabas con un estudiante que te decía: «Pero Trotsky dijo en 1932...» Y esas cosas nos rompían un poco las pelotas. Si bien nos gustaba formarnos y discutir, también estábamos un poco cansados de que todos los años apareciera un superintelectual que nos viniera a enseñar.

También pensábamos en trabajar. La idea no era conseguir un laburo sólo para sobrevivir, sino también para poder realizar un trabajo político. Entonces, lo de la proletarización se dio de un modo natural. Una vez que pudimos irnos del CBC, a mí me surgió una oferta de trabajo en una planta gráfica y Mariano se enteró de un curso de tornero en la Unión Obrera Metalúrgica, así que yo empecé ese trabajo y él se anotó en el curso.

En el último período nos distanciamos un poco, pero no por un tema de amistad, sino por la militancia. Estábamos tomando frentes distintos. Mariano empezó a centralizar a la juventud y

otros frentes. Y yo dirigía otro círculo a instancias de Mariano, que me había sugerido para hacerme cargo de ese trabajo en las reuniones con los dirigentes de la zona del partido.

A pesar de militar en frentes distintos, nos hablábamos por teléfono y nos veíamos. Estábamos construyendo nuestro sueño, el de construir el partido, sabiendo que contábamos el uno con el otro, y que si había un problema íbamos a estar ahí. Yo le consultaba mis dudas y él a mí: alguna vez hablé con él porque la proletarización me causaba dudas, el trabajo me insumía muchas horas, tenía poco tiempo para militar y me preguntaba si valía la pena. Mariano me dijo que siguiera, que tal vez era un sacrificio, pero que había que darle para adelante. En realidad, no nos distanciamos, sino que de vernos todos los días, lo hacíamos una vez por semana.

Si lo pienso ahora, Mariano fue mi mejor amigo. En ese momento no me detenía a pensarlo. Incluso me lo decían, pero yo me enojaba, porque la categoría de «mejor amigo» no me gustaba. «No hay mejores amigos», decía. Ahora, con su ausencia me doy cuenta de toda la cercanía que nos unía. Lo que más nos gustaba, lo que nos apasionaba, lo teníamos en común: el partido, las películas que veíamos, la música. A mí la banda que más me gusta es Pink Floyd y, si se la mencionabas, Mariano se emocionaba. Nos juntábamos a hablar y también nos poníamos a tocar. Siempre tocábamos «Wish you were here». Los pibes nos cargaban, decían: «Uh, ya se pusieron a tocar su tema». Nos lo decían como cuando te das el primer beso con una chica con un tema de fondo y queda como el tema de la pareja. Muy gracioso. Aunque, claro, para nosotros era un tema que precisa de dos guitarras y lo tocábamos porque nos gustaba mucho la canción. Hoy su letra adquirió otro sentido.

Nos causaba mucha gracia la repetición de un chiste. Te tiro un chiste y no te reís. Te lo tiro de vuelta y tampoco. Te lo tiro diez veces y ahí te cagás de risa. Teníamos esas cosas, teníamos esos chistes de los que sólo nos reíamos nosotros, y eso sólo lo compartía con él. Desde el punto de vista de la amistad, había algo en nosotros que no teníamos con otra gente. Habían sido varios años de una relación político-sentimental. Cuando nos fuimos de la juventud, sabíamos que juntos íbamos a poder. Su ausencia es muy grande.

El 20 de octubre fui a laburar como siempre, ni me acordaba del corte de vías. A las tres de la tarde me llamó una compañera, «La Negra» Norma. «No sé si sabías, hubo un quilombo», me dijo. Le respondí que no tenía idea. «Sí. Mirá, reprimieron y tengo una muy mala noticia: mataron a Marianito». Los compañeros más viejos le decían Marianito, lo conocían desde que tenía trece años. Yo no le dije nada, me quedé callado. «Tenés que ser fuerte», me dijo. Yo no sabía qué decir. Sólo me despedí. Me quedé pensando, no entendía nada. Así pasaron como diez minutos. Cuando caí en lo que me había dicho, fui a ver a mi jefe y le dije que me iba: «Tengo un problema, mataron a un amigo, me voy». Salí y cuando llegué a la esquina, me puse a llorar. Llamé a «La Negra» y le pregunté dónde estaban. «Los compañeros están empezando a concentrar en Callao y Corrientes», me respondió. «No, dónde está Mariano, no dónde están los compañeros», le dije. «Estamos en el hospital Argerich». Entonces me tomé un taxi. Todavía estaba sin caer. Encima el tachero me hablaba boludeces. Unas cuadras antes de llegar, la radio anunció que había habido quilombos, que había un muerto, Mariano Ferreyra. Ahí fue como... Que lo diga el tipo de la radio, en las noticias, con el nombre y el apellido... Me largué a llorar. Sólo lloraba. Llegamos, me bajé del taxi, ahí estaban los compañeros. Nos abrazamos. Después nos fuimos a Callao y Corrientes. Entonces me llamó Jacyn para que lo ayudara a escribir la nota para el periódico. Al día siguiente se hizo la marcha. Yo marchaba en la columna del partido cuando una compañera me vio, se puso a llorar, me abrazó y me dijo: «Yo sé lo que significaba él para vos». Ahí me cayó la ficha de lo que significaba Mariano para mí. Me puse a llorar de nuevo, no podía parar de llorar.

Después fue el entierro, pero yo no fui. Tampoco fui a la casa de Mariano. No tenía ganas de ir. Días más tarde, hablé con la hermana y le expliqué que no había ido simplemente porque no podía ir.

Es una ausencia dura. A veces me pasan cosas y lo primero que me sucede es el impulso de agarrar el teléfono para llamar a Mariano, porque es la persona a la que se lo contaría. Siento el impulso pero después me doy cuenta de que no lo puedo llamar.

Una vez presencié una discusión un poco bizarra que Mariano tuvo con un compañero nuevo. Hablaban sobre la dictadura militar, el pibe decía que los montoneros llevaban consigo una pastilla de cianuro por si los agarraban y el compañero decía que, si una dictadura volvía a pasar, él elegiría hacer eso. Era una conversación muy informal, pero Mariano se enojó mucho. «Sos un cobarde», le decía. «No —respondió el pibe—: si te secuestran y torturan, te terminás quebrando». Entonces Mariano le explicó su postura: «Un revolucionario tiene que sobrevivir, pero no lo digo como un canto a la vida, sino que hay que sobrevivir para seguir luchando. La muerte es lo más fácil. Si a vos te secuestraran, tendrías que pensar que debés salir de ahí para seguir la lucha. Hay que vivir para luchar», le dijo, muy enojado. Hasta le recriminó: «Es una mierda lo que decís». Esa charla casi sin sentido, ahora cobra otro significado, cuando mataron a Mariano a los 23 años, cuando mataron a un tipo que quería vivir y militar toda su vida. Cuando dicen que al Partido Obrero le convenía un muerto, no es así. Mariano pensaba que muerto no le servía a nadie. Recordé esa conversación cuando se hizo un acto en el lugar en el que lo asesinaron. Habló Altamira y dijo que Mariano quería dar toda su vida, y no su muerte, por esta causa.

Mariano era la sangre nueva del partido, esos pibes que van para adelante siempre. Él me decía que quería militar toda su vida, que no iba a abandonar nunca. Una vez que estás en el partido, comprendés un montón de cosas que antes no comprendías. Te da herramientas, te invita no sólo a actuar, sino también a pensar.

En el partido hay mucha gente que milita. Están los inconstantes. Están los que colaboran de vez en cuando con el partido, que son valiosos, pero que se quedan ahí. Pero también están los que son como Mariano, que piensan que tienen que luchar toda su vida. Que cuando terminan una actividad llegan a su casa pensando cómo tiene que ser la próxima. La revolución es una tarea extremadamente difícil. Sé que vamos a necesitar miles de Mariano Ferreyra para poder hacerla.

Últimas imágenes

La investigación judicial sobre el asesinato de Mariano Ferreyra —llevada adelante por la jueza Wilma López y la fiscal Cristina Caamaño, primero, y el fiscal Fernando Fiszer, después— avanzó de manera sigilosa, pero contundente. Las declaraciones de los manifestantes, de vecinos que presenciaron los acontecimientos y periodistas que cubrían la protesta brindaron un panorama general del momento del crimen. Caamaño decidió llamar a declarar a José Pedraza al día siguiente del homicidio de Ferreyra. En su testimonio, como era previsible, negó toda vinculación con los sucesos, a la vez que responsabilizó a la izquierda por los incidentes. Sin embargo, señaló un dato clave que no pasaría desapercibido en la causa: Pedraza admitió que estaba al tanto de lo que sucedía en la movilización ya que Juan Carlos «El Gallego» Fernández se comunicaba permanentemente con Pablo Díaz, el delegado sindical que lideraba el ataque contra los tercerizados. Pedraza admitió ante la prensa que el día anterior había advertido del intento de corte al secretario de Transporte Juan Pablo Schiavi a la vez que en la entrevista que se publica en este libro señala, curiosamente, que Fernández le aseguró que no habría barrabravas, que serían incontrolables, a la vez que para evitar un muerto. El 20, mientras ocurrían los incidentes que costaron la vida a Ferreyra, Pedraza y Schiavi compartieron la mesa de inauguración del congreso LatinRieles 2010, que se celebraba en la sede de la Unión Ferroviaria. Aunque Pedraza señaló que había asegurado a Schiavi que el sindicato no tomaría medidas, ninguno de los dos abundó sobre el contenido de ese diálogo. La decisión sindical que arguye Pedraza de no

intervenir para impedir la manifestación de los tercerizados es una declaración por lo menos dudosa: la Unión Ferroviaria ya había desmontado una protesta de esos trabajadores el 6 de septiembre en el hall de Constitución y no existen elementos que permitan pensar en un cambio de esa estrategia de hostigamiento. A pesar de esto, la declaración de Pedraza subraya el conocimiento previo de la acción por parte de la dirección sindical, que podría haber decidido escarmentarla, como todo indica que sucedió.

La mayor parte de los ferroviarios que atacaron la manifestación en Barracas forma parte del plantel de los talleres de Remedios de Escalada, en Lanús. Al día siguiente, el descontento con la participación inconsulta en un crimen fatal, impulsada por los delegados del lugar, provocó gritos y discusiones. Un día después, los participantes fueron convocados a una reunión en la que se advirtieron los riesgos de contar lo sucedido ante la jueza, ya que si uno hablaba todos los participantes quedarían involucrados en la investigación. Al frente de la reunión se encontraban Juan Carlos «El Gallego» Fernández y Pablo Díaz. Los dirigentes prometieron asesoramiento jurídico, remarcaron la necesidad de declarar que la vigilancia de las vías se debía a un requerimiento espontáneo de los trabajadores —volvían una y otra vez sobre el valor de la palabra «espontáneo»—, coartada que deslindaría a los delegados y al sindicato de la responsabilidad en la planificación del crimen. Antes de terminar la reunión, insistieron en la necesidad de no decir nada. Un pacto de silencio acababa de sellarse. Los delegados se ocuparían de hacerlo cumplir. Gustavo Alcórcel, en particular, llevaba la tarea con entusiasmo, a través de amenazas, veladas y no tanto, según denunciaron sus compañeros de trabajo.

Amenazas que también sufrieron otros testigos en la causa. Damián Reynoso, el muchacho de pelo claro que acompañó a Ferreyra agonizante en la ambulancia, recibió llamadas en su domicilio que le exigían que no hablara más. Gabriela Carchak fue interpelada por una mujer mientras realizaba una nota durante el velatorio de Sandro, evento cuya cobertura sólo era

conocida por sus colegas de canal C5N. Carchak y el equipo periodístico que había filmado los incidentes en Barracas se convirtieron en testigos primordiales, a la vez que el fruto de su trabajo se transformó en eje fílmico de la investigación. La mujer que la interpeló le dijo mirándola a los ojos fijamente que cambie la declaración que involucraba al guardabarreras Francisco Pipitó. Pipitó es hijo de un sindicalista de la fracción que apoya a Pedraza y tiene un largo prontuario de violencia en su haber, que incluye su pertenencia a la barrabrava de Racing. Una noche en la que la fiscal Cristina Caamaño se había quedado en su despacho a pesar de que había terminado su horario diario, una camioneta 4x4 Ford Eco de color negro se detuvo en la puerta de la fiscalía. Un hombre bajó y burló la seguridad, logrando acercarse al despacho de la fiscal. Cuando Caamaño ordenó la expulsión del hombre comprobó que el desconocido se introducía en la camioneta, donde lo aguardaban otros cuatro sujetos. El auto no partió: parecían esperarla. Sólo ante la llegada de la policía la 4x4 se retiró. Caamaño había tomado nota de la placa del automóvil y pudo comprobar que era falsa. Desde ese momento, Caamaño sale de su hogar con un equipo de custodios que le fue asignado. José Luis García, el hombre que testificó sobre las diferencias abismales de dinero que existían entre lo que el Estado destinaba a sueldos y lo que los trabajadores realmente recibían, tuvo un incidente con la misma 4x4 que intimidó a Caamaño. Cuando salía de su lugar de trabajo en Luján, una Ford Eco de color negro se detuvo a su lado. Desde el interior del vehículo, cuatro hombres le recomendaron a viva voz que se dejara de joder y que no se metiera con Ugofe.

Un testigo de identidad reservada recibió la visita de unas personas que se identificaron como ferroviarios y que le advirtieron que siempre, a pesar del sistema de protección de testigos, sabrían dónde encontrarlo y que debía cambiar su declaración. Varios meses después las amenazas continuaron. José Sotelo, vecino de Barracas que contó que vio el ataque de la patota desde la terraza de su casa, recibió varias amena-

zas reclamando que cambiara su declaración en beneficio de Pedraza y dijo haber sido secuestrado el 10 de noviembre de 2011 con este mismo fin. En junio de 2012, José Luis García fue visitado nuevamente por la patota. Recibió en su casa y en mano un sobre que contenía un anónimo escrito en letras mayúsculas y con errores de ortografía y sintaxis: «JOSE GARCIA, JEFE DE PAGOS. SEGUIMOS CON BOLUDESES ANTONIO ESTA RECALIENTE Y OTRA VEZ TE DEJA SIN LABURO A FIN DE MES YA DIO LA ORDEN FORRO, FIJATE QUIEN TE AYUDA AHORA. CORTALA CON TODO Y NO HABLES MAS PORQUE EN AGOSTO SALEN JOSE Y EL GALLEGO Y SE TE VA A PONER ESPESA LA SOPA POR BUCHON. ENTENDES NO¿¿¿¿¿¿¿¿¿»

Sin embargo, el pacto de silencio impulsado por la dirección gremial se quebró. Hubo trabajadores que declararon ante la justicia bajo resguardo de su identidad y que permitieron conocer cómo se habían desarrollado los acontecimientos desde el lado de la patota. El ex presidente Néstor Kirchner aprovechó sus vínculos con los intendentes del conurbano para pedirles que se movieran y buscaran testigos del asesinato. Un arrepentido que participó del ataque se presentó ante el intendente de Quilmes, Francisco «Barba» Gutiérrez. Era la persona que organizaba las lecciones de box en los subsuelos de la estación de Constitución. Su testimonio, junto al de otro testigo que se mostró indignado ante la jueza por sentirse cómplice de un crimen con el que no estaba de acuerdo, aportó datos sustanciales a la causa. Meses más tarde, el 1º de mayo de 2011, este cronista se entrevistó con un obrero de Remedios de Escalada que le narró los hechos.

En el juzgado a cargo de Vilma López, las descripciones que realizaban los militantes de las organizaciones que habían participado de la protesta delinearon un perfil físico de uno de los presuntos tiradores. Se lo identificó como Cristian Favale, alias «Harry», barrabrava del club Defensa y Justicia, de aceitados vínculos con el Partido Justicialista de Florencio Varela y que estaba a punto de ser efectivizado como ferroviario

en los talleres de Remedios de Escalada. Favale pasó a ser un prófugo de la Justicia, la cual no lo encontró por varios días en los que se había refugiado en Chascomús. Las imágenes de Favale abrazado al ministro Boudou, al ministro Sileoni y a la panelista Sandra Russo, que el barrabrava había colgado en su perfil de Facebook, causaron todo tipo de especulaciones, a la vez que señalaron sus vinculaciones con el aparato justicialista, sin que esto involucrara de modo alguno a los famosos con quienes se sacaba fotos. Sin embargo, pese a que Russo justificó la foto con el presunto asesino con la frase: «Una foto no significa nada», es posible afirmar, por el contrario, que las imágenes de esta naturaleza, aunque no resulten elementos de prueba alguna, sí permiten realizar lecturas, conjugar sentidos, armar el mapa de los significados de lo que ocurrió. En este caso, las fotos del barrabrava con elementos del poder señalan el uso que se hace de sujetos violentos del fútbol para conformar la vida cotidiana de ciertos partidos políticos, en este caso, el Frente Para la Victoria. Cristian «Harry» Favale había sido conchabado para custodiar la peña La Époka, que animaba el entonces ministro de Economía y hoy vicepresidente Amado Boudou. Aprovechando los altos de su actividad, el barrabrava se había sacardo fotos con personajes famosos de la política que luego subió a su cuenta de Facebook. Favale se entregó luego de brindar una entrevista exclusiva al diario *Clarín* en la que negaba ser el responsable del asesinato de Ferreyra.

Después de diez días de investigación, la jueza decidió ordenar la detención del barrabrava Cristian Favale y los ferroviarios Gabriel Sánchez, Pablo Díaz, Francisco Pipito, Juan Carlos Pérez, Jorge González y Guillermo Uño, y acusarlos por el crimen de Barracas.

Una semana después del crimen, Néstor Kirchner fallecía en la provincia de Santa Cruz. Su círculo íntimo resaltó que su debilitada salud —había sido operado hacía poco tiempo— se había deteriorado debido a la indignación que le había producido el asesinato de Ferreyra. Fuentes cercanas al ex mandatario señalaron que la noche de su fallecimiento había discutido con

Hugo Moyano y le había reprochado en un tono áspero y con voz elevada que no pudiera controlar a los suyos. Kirchner murió debido a un paro cardíaco y su deceso conmocionó a la sociedad.

Mientras tanto, las protestas y movilizaciones que reclamaban el juicio y castigo a los asesinos del militante continuaban. Al cumplirse el primer mes del homicidio, la Federación Universitaria de Buenos Aires, organismo estudiantil en el que militaba Ferreyra, convocó a un festival en su memoria que contó con la presencia de los puertorriqueños Calle 13, Damas Gratis, Las manos de Filippi, Onda Vaga y otras bandas que convocaron a jóvenes muchedumbres. La Plaza de Mayo se colmó por un público que no sólo fue a divertirse —aunque se divirtió y mucho— sino que prestó atención a los discursos, a los videos realizados en reclamo de justicia y que cantó, como no se escuchaba desde hacía mucho tiempo en la histórica plaza, la consigna: «Se va a acabar / la burocracia sindical», conformando un coro potente y joven de más de sesenta mil voces. El festival recordó especialmente a Elsa Rodríguez, que había recibido un disparo en la cabeza.

Rodríguez es una uruguaya de 56 años que se radicó en el país hace mucho tiempo y que se había unido al Polo Obrero en la peor etapa de la crisis de 2001. Se había convertido en una piquetera. Militaba en los comedores populares de su barrio de Berazategui, en el sur del conurbano, y se había incorporado al Partido, una instancia de mayor compromiso y de formación que la del Polo. Había regresado después de mucho tiempo a la lectura mediante el repaso de la *Prensa Obrera*, semanario de la organización trotskista, que ella discutía junto a sus compañeros de militancia. El 20 de octubre había recibido una pedrada en el brazo en el primer ataque de la patota y fue entrevistada por el equipo de C5N. Un rato después, mientras se retiraba junto al grupo de mujeres y niños que participaba de la movilización a favor de los tercerizados, fue herida en la nuca por una bala calibre 38, el mismo tipo que la que había alcanzado a Ferreyra. Las pericias luego indicaron que los disparos fueron efectuados por el mismo arma. Rodríguez estaba en coma y se temía por

su vida. Los militantes de su partido se organizaron para cubrir las guardias en el Argerich, donde se la atendía, a la vez que se realizaban colectas para mantener su tratamiento y ayudar a su familia. Un equipo de médicos del Partido Obrero se sumó a los del Argerich para evaluar a la paciente mientras organizaciones obreras nacionales y extranjeras realizaron donaciones para sostener su recuperación. La consigna «Fuerza, Elsa» se popularizó en las manifestaciones que demandaban justicia por Mariano Ferreyra. Su recuperación fue impresionante. Salió del coma y en la actualidad se encuentra en un tratamiento de rehabilitación neuronal, lingüística y muscular en un centro privado de la Capital. Las colectas impulsadas por su organización permitieron que se acondicione su hogar de un modo adecuado al tratamiento. Elsa Rodríguez ha recobrado la lucidez y la capacidad de comunicarse, aunque no de hablar. Decidió participar activamente del juicio a los asesinos de su compañero, los mismos que habían intentado matarla sin poder lograrlo.

La violencia social y política tuvo otros hechos de impacto. En Formosa, el gobernador oficialista Gildo Insfrán reprimió una protesta de campesinos de la etnia qom que le costó la vida a dos manifestantes. En Buenos Aires, la ocupación de las tierras del Parque Indoamericano por familias que reclamaban viviendas fue reprimida, primero por la Policía Federal y Metropolitana de manera conjunta —violencia estatal que se cobró dos víctimas fatales— y por vecinos y bandas que esgrimían consignas racistas contra los ocupantes de origen boliviano y que, ante la inacción del gobierno municipal y del nacional, atacaron de manera salvaje a los ocupantes con armas de fuego, golpes y bombas molotov, elevando la cantidad de muertos a tres. Al día siguiente de los sucesos luctuosos, los gobiernos lograron en una acción conjunta el retiro de las familias del parque, aunque no cumplieron con el compromiso de un plan de viviendas. La presidenta Cristina Fernández decidió crear un Ministerio de Seguridad y designó a Nilda Garré, que ocupaba la cartera de Defensa, para encabezar el organismo que dirigiría a la Policía Federal. Garré convocó a la fiscal Cristina Caamaño —a quien

no conocía personalmente y como reconocimiento a su tarea en la causa del crimen de Barracas—, para que la secunde en la tarea. Caamaño aceptó. (En marzo de 2012 Caamaño fue reemplazada por Sergio Berni y fue designada en la Secretaría de Cooperación con los Poderes Judiciales, Ministerios Públicos y Legislaturas del Ministerio de Seguridad.) El 28 de julio de 2011 la represión ordenada por el gobierno kirchnerista de Walter Barrionuevo contra ocupantes de unos terrenos reclamados por el ingenio Ledesma, propiedad de la familia Blaquier, provocó cuatro muertes. Dirigentes de la Corriente Clasista y Combativa, que organizaban la toma, denunciaron que la represión respondía a un acuerdo entre el gobierno y la empresa azucarera. El 16 de noviembre de 2011, sicarios presuntamente contratados por un empresario sojero de Santiago del Estero asesinaron de un escopetazo a Cristian Ferreyra, militante del Mocase, una organización de campesinos sin tierra. A mediados de 2012 cobró relevancia pública el caso de Daniel Solano, un obrero frutihortícola salteño que fue desaparecido el 5 de noviembre de 2011. La justicia ordenó la detención de siete policías que habían sido vistos golpeando y llevándose detenido a Solano, que cumplía con una actividad gremial en la empresa Choele Choel. La justicia investiga, bajo la carátula de homicidio, el presunto encargo que habría realizado la compañía para escarmentar al joven delegado sindical.

El panorama para los tercerizados fue fluctuante. La primera reacción del gobierno fue el anuncio del pase a planta de los dos mil tercerizados del ferrocarril Roca. Sin embargo, la promesa no se efectivizó. La oposición de los empresarios y los sindicatos fue determinante para que se pasara a planta a los trabajadores con cuentagotas. Se realizaron movilizaciones exigiendo que se cumpliera el compromiso. Una de ellas, realizada el 23 de diciembre, cortó las vías del Roca a la altura de Avellaneda durante siete horas ante la falta de respuestas al reclamo en el Ministerio de Trabajo. En un momento de la protesta el ministro Carlos Tomada anunció un plan que solucionaba temporalmente la situación, pero luego de un llamado

se desdijo y las negociaciones cesaron. Un funcionario de la cartera informó a los dirigentes reunidos en la sede ministerial que Omar Maturano, secretario general de La Fraternidad, se había opuesto a la incorporación a planta de los tercerizados. Luego de varias horas de no poder trasladarse a sus hogares, grupos de pasajeros, de jóvenes y también de elementos sospechosos que instigaban a la violencia, realizaron desmanes y destrozos de gran envergadura. La ministra Garré convocó a una conferencia de prensa poco clara en la que anunció que los culpables de los incidentes eran los militantes del Partido Obrero y anunció que presentaría las pruebas que respaldaban su afirmación en una posterior comunicación. Esas prueban nunca fueron exhibidas. Un juez decidió arrestar a dos militantes ferroviarios de la organización trotskista, quienes debieron ser liberados ante la falta de pruebas. También libró órdenes de arresto contra otros dos militantes de esa organización. La acusación sonaba, por lo menos, estrambótica: los militantes que cortaban las vías, al mismo tiempo protestaban contra ese corte de vías. El Partido Obrero acusó a los sindicatos ferroviarios por los incidentes, a los que consideró una advertencia dirigida al gobierno. En mayo de 2012, la Cámara Federal de La Plata integrada por los jueces Leopoldo Schiffrin, Olga Calitri y César Álvarez revocó el procesamiento y sobreseyó a los miembros del Partido Obrero que habían sido acusados de «extorsión». El fallo, dividido, señaló la legitimidad de los métodos de protesta de los imputados y sus compañeros, a la vez que remarcó que no había evidencia para probar el acto de «extorsión». Las pruebas que había prometido la ministra Nilda Garré nunca fueron presentadas. Si bien el entonces secretario de Transporte acusó al Partido Obrero como instigador de los desmanes, jamás corroboró sus dichos con elementos probatorios. Los acusados continúan sosteniendo su actividad gremial, opositora a la agrupación de Pedraza, en el ferrocarril.

Las movilizaciones de los tercerizados continuaron. Las manifestaciones y reclamos lograron la incorporación de alrededor de 1.400 tercerizados a la planta permanente del ferrocarril

Roca y una cifra cercana a los 2.000 si se toma en cuenta toda la red ferroviaria.

La jueza Wilma López no detuvo su investigación. Acompañada por el nuevo fiscal Federico Fiszer profundizó la pesquisa tomando en cuenta el pedido de indagatoria a Pedraza y Fernández que había sugerido Caamaño antes de pasar a cumplir deberes en el Ministerio de Seguridad. Las averiguaciones también apuntaron a los policías, que fueron acusados en reiteradas ocasiones de montar una zona liberada que permitiera el libre accionar de la patota. La investigación reveló que el personal policial se comunicaba con teléfonos provistos por la compañía Ugofe y que la cotidianidad del contacto con los sindicalistas ferroviarios importaba una relación, también, con los dirigentes del gremio.

Se pudo identificar a todos los policías que intervinieron tanto en Avellaneda como en Barracas. Tres móviles custodiaban la manifestación. La División Roca aportó seis efectivos: el comisario Jorge Raúl Ferreyra; el subcomisario Claudio Premuda; los principales Omar Óvolo y Carlos Dante Farías; el inspector Gastón Marcelo Domecq y el sargento Gabriel Eduardo Berberán. Todos actuaron vestidos de civil.

El grupo de combate estaba integrado por siete efectivos uniformados. La División San Martín y División Belgrano aportaron dos efectivos cada una; los cuatro actuaron con ropa de civil. Hubo dos policías adicionales. La unidad del CGI-4 (Cuerpo de Guardia de Infantería 4) aportó una dotación completa enfundada en sus uniformes.

Los responsables del operativo fueron el comisario inspector Luis Osvaldo Mansilla, jefe de control de líneas, y el comisario inspector Marcos Andrés Brusson, de Brigadas y Eventos Especiales. También vestían ropa de civil.

La delegación Avellaneda de la Policía Federal aportó nueve efectivos, dos de los cuales se dedicaron a tareas de inteligencia en el lugar.

El registro policial de los incidentes levantó muchas sospechas. El video de la comisaría 30ª —que había designado a un policía para filmar el operativo—, se encontraba cortado desde las 13:33 a las 13:39, minutos en los que se produjeron los disparos. El oficial adujo que la batería se le acababa en ese momento y decidió dejar de filmar. No explicó por qué volvió a encender la cámara cuando el ataque había cesado. La grabación de las modulaciones de las 12:20 a las 15:09 estaba cortada y editada: faltan 39 minutos que registran las comunicaciones policiales. Otra grabación se interrumpía desde las 14 hasta las 15. En ciertos pasajes de las grabaciones, los uniformados comentan que hablaron con «los referentes» de la Unión Ferroviaria. Todo indica que conocían que el ataque iba a producirse.

La investigación no sólo reveló la inacción policial previa al asesinato de Ferreyra, sino también la posterior. La fiscalía aseguró que se facilitaron los medios para que los hechos alcancen un manto de impunidad a través de las siguientes medidas: omitieron notificar al juez de turno; no resguardaron el lugar ni la prueba existente; el policía designado para filmar el operativo dejó de hacerlo entre las 13:33 y las 13:39 —hora en que se produjo el ataque fatal— para luego volver a prender la cámara; las grabaciones de Enlaces Troncalizados, Comando Radioeléctrico, Central Operativa de Video y Sección Análisis están cortadas y editadas, y faltan 39 minutos de registro de conversaciones policiales.

El 20 de febrero de 2011, cuando se cumplían cuatro meses del crimen, la ciudad amaneció empapelada por afiches que reclamaban: «Cárcel ya a Pedraza». Dos días después, el 22 de febrero, la jueza López dictó las órdenes de detención de José Pedraza, Juan Carlos «El Gallego» Fernández y del delegado de los talleres de Remedios de Escalada, Gustavo Daniel Alcórcel. Pedraza fue acusado de haber instigado y organizado a la patota de la Unión Ferroviaria que atacó a la manifestación de los tercerizados.

Pedraza, Fernández y Alcórcel se suman a los siete detenidos que produjo la investigación judicial: Cristian Favale y Gabriel Fernando Sánchez imputados como coautores de los dispa-

ros que terminaron con la vida de Ferreyra e hirieron a otros manifestantes; Juan Carlos Pérez y Guillermo Armando Uño como «los encargados de hacer desaparecer inmediatamente las armas de fuego con las que se efectuaron los disparos», razón por la que se los sindica como «partícipes necesarios»; Francisco Pipitó y Jorge González como «partícipes secundarios» y Pablo Díaz, el delegado de mayor jerarquía gremial, como «instigador».

El fiscal Fiszer justificó su pedido de detención en que los tres nuevos detenidos «instigaron y organizaron» a la patota de la Unión Ferroviaria. Además señaló que Pedraza y Fernández «tenían conocimiento de lo que ocurría, que se convocó especialmente un grupo de personas lideradas por Cristian Favale, a efectos de agredir físicamente y sin importar los medios, al grupo de trabajadores ferroviarios tercerizados y a sus acompañantes, para de ese modo impedir sus reclamos actuales y potenciales».

En los fundamentos del pedido de elevación a juicio oral y público, el fiscal señala: «Del análisis de las comunicaciones, tanto del 6 de septiembre como del 20 de octubre, se colige que Díaz ejerció de lugarteniente de las máximas autoridades de la Unión Ferroviaria. Juan Carlos Fernández y José Ángel Pedraza en el lugar de los hechos. Las comunicaciones registradas de Díaz con Juan Carlos Fernández me dan la convicción de que ambos comandaron y coordinaron a la distancia los designios de lo ocurrido». La primera comunicación entre Díaz y Favale había ocurrido, según consta en el expediente judicial, a las nueve y media de la mañana y fue la primera de una larga serie de comunicaciones entre el barrabrava con Díaz y otros ferroviarios. Díaz había tenido la primera comunicación con Juan Carlos Fernández a las 7:46:59 y luego se comunicaron catorce veces más. La última llamada se registró a las 15:47:43, destacándose una comunicación realizada a las 13:23, minutos antes del ataque de la patota contra los tercerizados. Once de las quince llamadas que hubo entre Días y Fernández partieron del celular del secretario adjunto del sindicato.

El fiscal destaca que la primera llamada se produjo a las 9:31:31, que inmediatamente después Díaz se comunicó con Favale y que 9:39:08 devolvió el llamado a Fernández. Esta serie de llamados probaría que Díaz mantenía informado a Fernández de la evolución de sus conversaciones con el barrabrava.

Alcorcel y Favale intercambiaron cuarenta llamadas desde las 9:39:29 hasta las 23:54:10. Díaz también se comunicaba con Alcórcel.

Fiszer señala que Fernández sabía que Favale no había aprobado los exámenes psicofísicos requeridos para entrar al ferrocarril. En su escritorio tenía el curriculum vitae del barrabrava sellado con la inscripción: «No ingresa». Pese a ello, Favale fue llamado por medio de Díaz para participar de las acciones de esa jornada y, minutos después de que el barrabrava llegara a las vías acompañado por un numeroso grupo de personas que se sospecha también forman parte de las hinchadas violentas, se inició el ataque que terminaría con la vida de Ferreyra. «Ergo, Favale fue convocado para matar», concluye el fiscal.

La investigación judicial determinó el rol que jugó cada uno de los detenidos. Según el fiscal, Gabriel Sánchez y Cristian Favale «ejecutaron disparos con armas de fuego contra un grupo de personas formado por trabajadores ferroviarios que reclamaban por sus condiciones laborales acompañados por diversas agrupaciones, con la intención de matar a un número indeterminado de personas, los que derivaran en los resultados señalados», es decir, la muerte de Mariano Ferreyra, las heridas gravísimas de Elsa Rodríguez y las heridas leves de Nelson Aguirre y Ariel Pintos.

Jorge González y Juan Carlos Pipito amedrentaron al equipo de C5N «con el objetivo de asegurar la impunidad del homicidio de Mariano Ferreyra, y de los intentos respecto de Rodríguez, Aguirre y Pintos».

Juan Carlos Pérez «realizó un aporte sustancial consistente en el traslado de las armas utilizadas, secundando a Cristian Daniel Favale permanentemente en su accionar, y recibiendo

de Guillermo Armando Uño el arma que Favale utilizara. También dirigió las acciones de Uño en la etapa final de la ejecución, en particular sobre la dirección que tenían que tomar y a quien debían reportar lo sucedido».

José Angel Pedraza, Juan Carlos Fernández —principales dirigentes de la Unión Ferroviaria—, Pablo Díaz —de la Comisión de Reclamos de la Línea Roca— y Claudio Alcorcel «instigaron y organizaron a los nombrados a efectos que lleven a cabo las conductas atribuidas a cada uno de ellos».

Los policías federales Luis Osvaldo Mansilla, Jorge Ferreyra —jefe y coordinador de la División Roca—, Hugo Lompizano —jefe de Operaciones de la Federal—, Luis Echavarría y Gastón Conti —subjefe y operario de la Sala de Operaciones—, Rolando Garay —subcomisario de la Comisaría 30— y David Villalba —agente encargado de filmar los acontecimientos— fueron acusados por abandono de persona agravado por haber derivado en la muerte de una persona y grave daño en otras tres en concurso ideal con incumplimientos de los deberes de funcionario público. La querella de Elsa Rodríguez y Nelson Aguirre solicitó que se acuse a todos los imputados de partícipes necesarios por los delitos de homicidio calificado en concurso real con homicidio calificado en grado de tentativa.

En el pedido de elevación del caso a juicio oral, Fiszer explica los motivos que llevaron a los acusados a organizar el ataque fatal contra los tercerizados: «Se eludía el ingreso de una masa de obreros potencialmente contraria a los intereses de la dirigencia de la Unión Ferroviaria y, por otro lado, permitía perpetuar el beneficio patrimonial derivado de la explotación de la Cooperativa Unión del Mercosur». Entre los elementos que llevan a esa conclusión, destaca que Silvia Coria —hermana de Graciela Coria, esposa de Pedraza— era tesorera de la cooperativa. Maximiliano Pedraza, sobrino del dirigente sindical, fungía como empleado. En las oficinas de la sede de Unión del Mercosur —que había establecido su domicilio en San José 583, 6º piso, en la ciudad de Buenos Aires (inmueble propiedad de Graciela Coria)— se encontró más material

comprometedor para la mujer de Pedraza: había carpetas que llevaban su nombre y hasta tickets de sus cuentas bancarias.

Raúl Castellanos, secretario de Medios de la UF, era el presidente de la Cooperativa Unión del Mercosur. Armando Roberto Matarazzo, secretario de Finanzas del sindicato, era el vicepresidente. Domingo Alberto Galeano, secretario de Emprendimientos Laborales del gremio, había sido designado secretario de la empresa tercerizadora. El 19 de febrero de 2011, día en que se produjo el allanamiento de la sede de Unión del Mercosur, Pedraza se comunicó con Susana Plana, apoderada de la cooperativa, hecho que produce que el fiscal concluya: «(esa llamada) permite afianzar aún más el extremo que lo muestra (a Pedraza) como un factor central del manejo de esa entidad».

Sobre los negociados que se producían en el ferrocarril, Fiszer solicita: «El presunto desvío de aportes económicos que provenían de Ugofe hacia las altas esferas de la Unión Ferroviaria, la espuria existencia de una cooperativa de trabajo que encubriría fraudulentamente una relación de dependencia y el incorrecto enfoque de los intereses que el Ministerio de Trabajo autoriza a representar a la asociación obrera deben ser investigados en una causa distinta a la presente».

La Bolsa de Trabajo del ferrocarril, que manejaba el sindicato, se encontraba en riesgo, ya que el ingreso masivo de obreros tercerizados no permitiría que los dirigentes sindicales seleccionaran a cada trabajador, como ocurría normalmente. Fiszer escribe: «Si se permite el ingreso de un trabajador fuera del sistema establecido se pone en jaque un poder fuertemente afianzado en el tiempo. Para sostenerse, es esencial mantener el sistema de ingreso selectivo del personal». Esta es la segunda causa que lleva a la organización del ataque. Sobre esa acción, el fiscal caracteriza: «Su objetivo era represivo y pretendía persuadir por esos pavorosos métodos que se realicen nuevos reclamos de esa índole (se refiere al ingreso a la planta permanente del ferrocarril) y de ese modo mantener el statu quo alcanzado».

Entre los fundamentos para señalar como instigadora del crimen a la cúpula sindical, Fiszer afirma que «la estructura organizativa sindical mantenía inalterable su línea verticalizada de conducción» y que esa característica hacía imposible que Pedraza y Fernández no supieran qué estaba sucediendo ni que no hubieran participado de la organización de los hechos. Según su texto, los acusados habían actuado de común acuerdo basados en cuatro ejes: «decisión común, división del trabajo, condominio del hecho y aporte realizado durante la etapa ejecutiva del delito». El fiscal explica: «Si algo pretende el instigador es eludir todos los medios que puedan dejar evidencia de su intervención. Provoca y determina la voluntad criminal de un tercero, eventualmente para que la responsabilidad descanse en el autor directo. Terceriza su voluntad criminal».

Pedraza fue detenido en su piso del edificio El Faro —ubicado en el exclusivo barrio de Puerto Madero y valuado en un millón de dólares—. La detención del jerarca sindical reabrió el debate sobre el rol de las conducciones gremiales y sus relaciones con el poder económico y político. Diez días antes del procesamiento de Pedraza, se había detenido por unas horas a Gerónimo «Momo» Venegas debido a las sospechas sobre la participación del sindicato de trabajadores rurales, del que es secretario general, en la causa de los remedios adulterados (una estafa que jugó con las vidas de miles de afiliados a una cantidad enorme de obras sociales administradas por sindicatos). Varias manifestaciones —que recabaron la solidaridad de la dirección de la CGT moyanista, la CGT de Barrionuevo, la Mesa de Enlace agropecuaria y el Peronismo Federal— exigieron la liberación de Venegas, en una muestra de fuerza que muchos caracterizaron como una extorsión y amenaza al gobierno. Venegas fue liberado después de que pagara una fianza de medio millón de pesos dictada por el juez Norberto Oyarbide.

La noche anterior a su detención, Pedraza había cenado con Hugo Moyano en el marco de un encuentro de la Federación Internacional del Transporte, del que también participaron

sindicalistas de La Fraternidad. Parecía no sospechar los acontecimientos que sobrevendrían pocas horas después.

La detención de Pedraza provocó preocupación por la posibilidad de una respuesta sindical corporativa, pero el temor se disolvió cuando se comprobó que el paro convocado por la Unión Ferroviaria en protesta por el encarcelamiento de su líder sólo tuvo éxito en el Roca y, de manera parcial, en la línea Mitre. La gran mayoría de los trabajadores de los talleres de Remedios de Escalada, donde habían sido reclutados varios integrantes del grupo que atacó la manifestación del 20 de octubre de 2010, no acataron la medida de fuerza. La credibilidad de Pedraza parecía haberse hundido en el lodo incluso en las valoraciones de los afiliados que representa y sobre los que tenía mayor influencia.

Después de una espera de diez horas, Pedraza pudo comparecer ante la jueza López: se declaró otra vez inocente y atribuyó su detención a una motivación política. La detención de Pedraza se avizoraba como un hecho histórico que podría cambiar el curso del sindicalismo argentino: nunca antes había sido detenido el presunto autor intelectual de un crimen político de esta envergadura. La jueza quiso saber todo acerca de los vínculos del sindicalista con las cooperativas tercerizadoras, en especial la cooperativa Unión del Mercosur. Terminada su declaración, el secretario general de la Unión Ferroviaria fue trasladado a una celda en la cárcel de Ezeiza. Su abogado pidió la excarcelación, no la consiguió.

El expediente judicial del caso Mariano Ferreyra dio lugar a otras causas conexas. Las escuchas judiciales derivaron en la apertura de una investigación por intento de soborno a los jueces de la sala III de la Cámara de Casación. La «coima» a los camarista tenían por objeto mejorar la situación procesal de José Pedraza. El objetivo era garantizar la excarcelación de los primeros detenidos por el crimen de Ferreyra. En esa investigación quedaron imputados Pedraza, el ex juez federal Octavio Aráoz de Lamadrid (quien hasta diciembre de 2010 ofició de defensor del imputado Armando Uño), el ex agen-

te de la SIDE José Riquelme, el vicepresidente del Belgrano Cargas y contador de la Unión Ferroviaria Ángel Stafforini y el secretario del juzgado, Luis Ameghino Escobar (h). De los tres jueces que conformaban la sala III, solamente Eduardo Riggi permanece en su puesto. Los otros camaristas, Mariano Palazzo y Gustavo Mitchell, se apartaron de la Cámara por diferentes motivos. En el pasado, Aráoz de Lamadrid fue secretario de Riggi. La investigación, hasta el momento, avanzó al punto de establecer que Pedraza intervino personalmente en la negociación del soborno; Riquelme y Aráoz de Lamadrid actuaron como «intermediarios». Ameghino Escobar (a quien en las escuchas llaman "el señor de la teclas") era el encargado de manipular el sorteo para que el pedido de excarcelación recayera en la sala convenida. Esta causa se encuentra a cargo del juez Luis Rodríguez. Al día de hoy, los acusados aun no fueron convocados a prestar declaración indagatoria. Debido a la demora en la investigación, se perdieron los mensajes de texto que intercambiaron los sospechosos, ya que las compañías de telefonía celular los guardan por sólo noventa días.

Otra de las causas derivadas de la investigación principal involucró a uno de los peritos particulares convocados por las defensas. El proyectil que mató a Mariano fue sometido a dos pericias que arrojaron resultados disímiles. La tercera, que debía conducir a una conclusión definitiva, debía realizarse el 22 de febrero de 2011. Ese día, ante la mirada azorada del resto de la junta examinadora, el perito Roberto Locles golpeó repetidas veces el proyectil contra una mesa, para «demostrar» que había rebotado contra una superficie dura antes de impactar en el cuerpo de Ferreyra, arguyendo que de tal modo no había habido intenciones de matar por parte del tirador. Locles había sido introducido en la causa por Gustavo Igounet, defensor de Armando Uño en reemplazo de Aráoz de Lamadrid. Según los querellantes de la investigación, Loclés arribó a la causa con el objetivo de entorpecer el resultado de la pericia. Cabe agregar que de todos modos, con independencia del recorrido del proyectil que acabó con Ferreyra, está establecido que la bala que

impactó en forma directa en la cabeza de Elsa Rodríguez partió de la misma arma calibre 38 que mató a Mariano.

El 6 de febrero de 2012, el Tribunal Oral en lo Criminal N° 21, integrado por los jueces Diego Barroetaveña, Carlos Bossi y Horacio Dias resolvió unificar las causas que investigan el crimen de Mariano Ferreyra y la de los policías implicados, lo cual había sido solicitado por todos los querellantes en una presentación conjunta. Por su parte, la fiscal general María Luz Jalbert, se opuso a la unificación, en nombre de que ello significaría «un grave retardo», ya que el juicio estaba inicialmente programado para comenzar el 20 de febrero. En el mismo sentido se pronunció Pedro Pugliese, el defensor de Juan Carlos Fernández.

La causa que investigaba el papel de los policías federales marchaba relativamente retrasada respecto a la del crimen de Mariano, por un planteo de sus defensores —la Dirección de Asuntos Jurídicos, dependiente del Ministerio de Seguridad, que les proveyó defensa institucional gratuita hasta casi un año después de los hechos—, quienes cuestionaron la competencia del fuero a cargo de la instrucción (sostenían que por el tipo de delito que se les imputaba —abandono de persona— debían ser juzgados en el fuero correccional de la Ciudad de Buenos Aires). También cuestionaron que la jueza Wilma López hubiera solicitado la elevación a juicio oral antes de que la Cámara de Casación confirmara sus procesamientos. Una vez que la Cámara resolvió ambos planteos (confirmando el fuero nacional y el procesamiento de los policías), el camino de la unificación quedó allanado. Las partes querellantes —el CELS en representación de la familia de Mariano Ferreyra y las abogadas Claudia Ferrero (Apel) y María del Carmen Verdú (Correpi) en representación de Elsa Rodríguez, Nelson Aguirre y otros cinco heridos el 20 de octubre del 2010— si bien eran conscientes de que podía implicar algún tipo de demora, adoptaron su postura en el entendimiento de que todo el hecho debía juzgarse como una unidad y que un juicio conjunto permitiría abordar en el debate, tanto la intervención de cada uno de los responsables del homicidio como la coor-

dinación que fue necesaria para perpetrar el ataque homicida a los tercerizados, y extender la acusación como partícipes del homicidio a los imputados de la jerarquía policial. La resolución del tribunal admitió que se trataba de un mismo hecho, con víctimas y pruebas comunes. Las querellas consideraron la resolución como un triunfo.

Los defensores de los policías también se opusieron a la unificación de ambas causas, insistiendo con los mismos argumentos reseñados más arriba. Sin embargo, el 21 de mayo de 2012 la Cámara de Casación confirmó la unificación. Unos meses después comenzaría el juicio.

Un grupo de militantes del Partido Obrero —que habían sido designados como «equipo de seguridad» durante el último tramo de la vigilia realizada la madrugada del 6 de agosto de 2012 frente a los tribunales de Comodoro Py— vio acercarse al celular del Servicio Penitenciario, que se detuvo frente a las rejas de metal inexpugnables. Bastó con que se miraran unos a otros y alguno comenzara a gritar, espaciando bien cada sílaba: «¡A-se-si-nos!, ¡a-se-si-nos!» Eran cinco solamente, pero no dejaban de gritar. De las carpas instaladas alrededor del Palacio de Justicia comenzaron a salir —todavía medio dormidos, muy cansados, despertándose— decenas y, luego, centenares de miembros de la juventud de la organización trotskista a la que había pertenecido Mariano Ferreyra, quienes habían permanecido participando como espectadores de espectáculos musicales, artísticos, conversando, tomando mate, esperando una jornada que consideraban histórica. Se iba a empezar a juzgar a los asesinos de su compañero. Esos centenares de voces se sumaron al cántico rítmico, contundente: «¡A-se-si-nos!, ¡a-se-si-nos!» El grito rodeó al camión celular del Servicio Penitenciario, que tardaba en ingresar ya que no le abrían velozmente las rejas. Eran las seis y media de la mañana, la niebla —que había persistido toda la noche— seguía todavía ahí. «¡A-se-si-nos!» Luego de traspasar las rejas, vieron a un hombre viejo bajar del auto. Estaba esposado. Así empezó el día del comienzo del fin de sus días José Pedraza.

La niebla de la noche dejó paso a un sol liviano que la fue despejando de modo tal que la Torre de los Ingleses se podía observar en todo su esplendor rodeada por centenares de banderas rojas que aguardaban, desde las ocho, a los manifestantes que se irían sumando en los momentos posteriores (se contabilizarían, luego, alrededor de diez mil personas que se dieron cita frente al juzgado para participar del acto). Los metrodelegados habían decidido mantener el paro en el subterráneo pese a la decisión burocrática de la dirección de la UTA —que varias veces había patoteado a los activistas—, como si fuera un homenaje a Ferreyra el día en que empezaba el juicio a los responsables del crimen que acabó son su vida. Se conformó una movilización unitaria. Partidos de izquierda, organizaciones gremiales, comisiones internas, sindicatos dispusieron los recursos necesarios para que sus miembros pudieran asistir a esa cita de honor. Ese mismo espíritu se reflejó entre los invitados que iban llegando a los tribunales para formar parte del público que presenciaría la primera sesión del juicio: estaban Nora Cortiñas (de Madres Línea Fundadora), la diputada Victoria Donda (Libres del Sur), Vanina Kosteki (hermana de Maximiliano Kosteki), Luis Alberto Santillán (padre de Darío Santillán), Diana Kordon (Liberpueblo), Chipi Castillo (PTS), Juan Carlos Giordano y Liliana Olivero (IS), Eduardo Grüner (de la Asamblea de Intelectuales del Frente de Izquierda), Beatriz Sarlo, Roberto Baradel (SUTEBA), Roberto Pianelli (Metrodelegados), el diputado Martín Sabatella (Nuevo Encuentro), Claudio Lozano (Proyecto Sur), Pablo Micheli (CTA), Facundo Moyano (Juventud Sindical), Gustavo Vera (La Alameda), Víctor Grossi (Sitraic), entre otros. Se ubicaron detrás de un vidrio blindado desde el que podrían ver el desarrollo de la sesión. Afuera, antes de ingresar a la sala, frente a los manifestantes Altamira advertía: «En este juicio también se juega el destino de los trabajadores porque se ha cometido un crimen político contra nuestra clase».

Se acomodan las querellas. Beatriz Rial, madre de Mariano Ferreyra, Elsa Rodríguez —que llegó al tribunal de pie apoyada

en su bastón de rehabilitación, pero que en la sala permaneció en una silla de ruedas acompañada por su hija Vanesa—, Nelson Aguirre, los otros querellantes, los abogados Maximiliano Medina, Carolina Varsky y Alberto Bovino (del CELS), María del Carmen Verdú (Correpi) y Claudia Ferrero (Apel). Esposados, llegaron los acusados: uno a uno, en fila, se ubicaron en una larga silla los ocho miembros de la patota y los ideólogos del crimen José Pedraza y Juan Carlos «El Gallego» Fernández. Detrás, su nutrido grupo de abogados.

Les sacan las esposas. Los flashes se posan sobre ellos una y otra vez. Permanen silenciosos, avejentados, demacrados —«no debe ser fácil pasar de un departamento de un millón de dólares de sindicalista empresarial a una celda, aunque lujosa, en una cárcel», especula alguien desde el público—. Cristian «Harry» Favale busca con la mirada los ojos de la madre de Ferreyra. Los encuentra. No deja de mirarla fijo ni a los otros querellantes durante un largo rato. Hay más: Pedraza se da vuelta para mirar al público. Encuentra el rostro de Pablo Ferreyra, le guiña un ojo. Otro gesto provocador. Se sumarían los abogados acumulando pedidos de nulidades.

Uno a uno. Luego de que la fiscal María Luz Jalbert explicara el plan criminal que se cobró la vida de Ferreyra, los defensores presentaron nulidades formales, pedidos de anulación de todo lo actuado, denuncias de «tupacamarización» de la causa para ocultar una verdad. Alejandro Freeland incluso esgrimió que «la agresión previa por parte de los tercerizados y el PO no había sido investigada», describió la acción como realizada por hordas y el ataque de la patota como un acto de legítima defensa. «Pretende transformar a los victimarios en víctimas», le respondió Verdú. Uno a uno, los abogados habían pretendido esgrimir todos los recursos para que no se lleve adelante el juicio. Varios fueron rechazados. Otros serán evaluados por el tribunal. El día anterior la Unión Ferroviaria había publicado una solicitada en la que llamaban a no movilizarse para no caer en una provocación del Partido Obrero y que, además de respaldar a los asesinos, declaraba esperar que

los jueces impartieran justicia. La primera jornada sólo mostró su intención de dilatarla e, incluso, no permitir que se ejerza. Además, esa solicitada proclamaba el «respaldo incondicional» a los acusados —es decir, con independencia de su culpabilidad o inocencia.

Al momento del inicio del juicio, el sindicato de Pedraza y Pedraza mismo habían enviado fuertes señales al gobierno que expresan un ánimo de negociación sobre su situación procesal sin que se sepa si este impulso es recíproco. Al respaldo dado al gobierno por el congreso de la Unión Ferroviaria en julio de 2012, se sumaba el voto desde la cárcel de Pedraza por el candidato a la CGT postulado por la presidenta Cristina Fernández. Mediante un poder, y tras las rejas, el líder de la Unión Ferroviaria se había comprometido a no interferir con los planes del gobierno en el campo sindical. Pese a que Moyano había mostrado en sus actos a Guillermo D'Angela y Sergio Sasia, dos dirigentes de la UF, el compromiso de Pedraza a favor del kirchnerismo en la interna sindical había tenido más peso. Una larga reunión nocturna en la sede de la Unión Ferroviaria determinó, como publicó el diario *Ámbito Financiero* el 12 de julio de 2012, que la palabra y compromiso del líder histórico del sindicato se convertirían en su palabra oficial. Más tarde, frente a unas declaraciones de Moyano que cuestionaban que Pedraza apoyara al candidato de la presidenta, el secretario general de la Unión Ferroviaria emitió una Carta Abierta en la que elogiaba «la firme decisión de Néstor y Cristina Kirchner». La semana previa al inicio del juicio que determinaría las responsabilidades en el caso del crimen de Barracas, la Unión Ferroviaria pegatinaría una parte importante de la ciudad con un afiche en el que se podía ver una foto en primer plano de la presidenta Cristina Fernández colocándose un gorro del sindicato, mientras que una leyenda más grande rezaba: «La Unión Ferroviaria apoya al proyecto nacional». ¿Podrían ser «gratuitas» todas estas señales?

Moyano está, en esta circunstancia, enfrentado a Pedraza, sin embargo, no fue siempre así. Cuando el gremialista comba-

tivo Rubén «Pollo» Sobrero fue encarcelado acusado de haber organizado los incendios de ferrocarril ocurridos en la zona oeste en 2010, Moyano pidió su libertad y repitió, con variaciones, una fórmula que había usado cuando Gerónimo «El Momo» Venegas hubo sido detenido: «Es llamativo que un gobierno peronista tenga tres sindicalistas presos». Se refería a Venegas, Zanola y Pedraza. Cuando ocurrió el incidente Sobrero (que fue apresado sin pruebas por el juez Yajl, impulsado por Aníbal Fernández, el entonces jefe de Gabinete que moría por ver a sindicalistas izquierdistas tras las rejas), Moyano señaló: «Llama la atención para un gobierno peronista tener tantos sindicalistas presos». El juicio que, al cierre de esta edición, se había iniciado en los tribunales de Comodoro Py, en Retiro, Buenos Aires, no delibera solamente sobre el rol criminal de Pedraza y su banda. Es un juicio a una forma del sindicalismo que protagonizan la mayor parte de los popes gremiales de la Argentina. Parasitarios, antiobreros, empresariales, patoteros, de buenas vinculaciones tanto con el poder político como con los barrabravas y otros elementos oscuros (no debe olvidarse que el candidato de mayor valía para la presidenta Fernández era Gerardo Martínez, de la UOCRA, hasta que el gobierno no pudo dejar de lado su pasado —expresado a gritos por la prensa y la justicia— como informante pago de la dictadura). De ahí la imprevisibilidad política que pueda surgir del proceso judicial iniciado. ¿Permitirán Hugo Moyano, Andrés Rodríguez, Gerardo Martínez, Armando Cavalieri, Luis Barrionuevo, Juan José Zanola o cualquiera de los sindicalistas empresariales —ya sean aliados circunstanciales o no del oficialismo— que se los juzgue como capa social burocrática en la figura del instigador al asesinato político José Pedraza?

Como se señaló en diversas páginas de este libro, los manejos empresariales de la dirigencia sindical, la conformación de patotas para reprimir a los trabajadores que se oponen a sus acciones e ideas, y la intensificación de la relación entre gremialistas y barrabravas que ofician como fuerza de choque de esas direcciones no son excepciones en el mapa gremial de la Argentina, sino que constituyen el método de funcionamiento de un sindicalismo que actúa en beneficio propio y no de los sectores laborales que representa. Ese funcionamiento se extiende en la mayor parte de los gremios que conforman, en la actualidad, la Confederación General del Trabajo. La CGT, central obrera que fue definida por el hoy senador Aníbal Fernández como la columna vertebral del proyecto político kirchnerista.

¿Quién mató a Mariano Ferreyra?

El título de este libro es una clara alusión a la clásica investigación de Rodolfo Walsh llamada *¿Quién mató a Rosendo?* La referencia no es casual. Cuarenta y dos años después de que el escritor denunciara el trasfondo del asesinato de Rosendo García a manos de la patota sindical vandorista, Mariano Ferreyra también caía por una acción gremial homicida. El sindicalismo de Vandor y el que domina el mapa actual argentino se asemejan en su alejamiento de la defensa de los intereses de los trabajadores. La mayoría de los sindicatos están atravesados por la corrupción, por prácticas empresariales (encubiertas y no encubiertas), por la asociación con las patronales que supuestamente deberían enfrentar, por un oportunismo político que provoca una identificación con el poder de turno y por la extorsión cuasi mafiosa a cualquier elemento que se oponga a sus intereses o se considere amenazante. La externalidad de estas direcciones sindicales a las clases laboriosas se pone cada vez más en evidencia. El asesinato de Mariano Ferreyra podría haberse producido antes o después: no fue un rayo en cielo sereno. No fue un hecho aislado o contingente sino que se produjo en un momento histórico determinado, bajo circunstancias y características concretas. Esas condiciones actuales señalan la absoluta decadencia de esta manera de ejercer el poder sindical y el uso de métodos cada vez más violentos para aferrarse a sus privilegios. La tarea de desmontar estas formas parásitas que dominan el movimiento laboral organizado no es necesaria tan solo para prevenir que existan otros Marianos Ferreyra, sino que responde a una necesidad estratégica.

Walsh cierra su libro con el siguiente razonamiento:

> La comunidad capitalista no aparece cuestionada, la lucha de clases no es reconocida, la «paz social» debe mantenerse, se quiere ser «factor de poder» y no tomar el poder. Discutir el vandorismo desde la perspectiva de una teoría revolucionaria de la clase obrera es reencontrar uno por uno los viejos lugares comunes del reformismo, del sindicalismo burgués. En todo caso Vandor es derrotado por los hechos, además de la teoría. Es bueno, sin embargo, que los trabajadores aprendan a reconocer las ideas que conducen a esos hechos, y que sepan también que las ideas no son inocentes, que el desprecio por la ideología de la clase obrera es una promesa segura de traiciones, y que las traiciones no se consuman porque sí, sino en pago de algo. (...) Estos dirigentes han adoptado las formas de vida, los automóviles, las inversiones, las casas, los gustos de la oligarquía a la que dicen combatir. Desde luego, con una actitud de ese tipo no pueden encabezar a la clase obrera.

Estas palabras no sólo conservan toda su potencia, sino que lo hacen de un modo exasperado. Basta suplantar con «Moyano», «Viviani», «Venegas», «Martínez» allí donde dice «Vandor» para comprobar la lamentable actualidad de ese texto.

Toda muerte es dolorosa. Toda muerte joven es terrible. Mariano Ferreyra —el músico, el tímido, el dirigente político, el trosco, el de rulos descontrolados, el desordenado, el pibe que podría haber sido cualquier otro pibe argentino, cualquier hijo, hermano, primo o amigo— tenía 23 años y guardaba en sí todas las inquietudes y sueños del mundo. Fue asesinado por una patota organizada a partir de los intereses de una casta sindical que, con esa acción, expresa la caducidad absoluta de su forma de ejercer el sindicalismo.

Muchas veces la sociedad argentina tomó conciencia de sus tareas luego de que la atravesara la experiencia colectiva de la muerte. El homicidio del conscripto Omar Carrasco, ocurrido luego de los ejercicios físicos forzados a los que había sido sometido y de la golpiza dada por sus superiores, produjo

una indignación social generalizada que determinó el fin del servicio militar obligatorio. El asesinato de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki abrió el camino a una reacción popular masiva que impidió un giro autoritario del gobierno de Eduardo Duhalde y lo obligó a llamar a elecciones anticipadas. El asesinato de María Soledad Morales provocó que toda una provincia se movilizara e impulsó la caída de la dinastía Saadi en Catamarca. La historia nacional está poblada de casos de esta naturaleza. Muchas veces, entonces, las multitudes asumen el compromiso de que esas muertes no se hayan producido en vano. Si esta sociedad, y especialmente su clase laboriosa, asume como propia la tarea de reconstruir sus organizaciones sindicales, si se pone como objetivo recuperarlas para que actúen según el interés genuino de los trabajadores, entonces la muerte de Mariano Ferreyra no habrá sido en vano. De esa manera, el olvido no se posará sobre la memoria de su vida.

ANEXOS

Las escuchas

Los modos de desgrabación de las escuchas varían de acuerdo el agente encargado de la tarea. A veces diálogos, a veces resúmenes, también cambia el modo de nombrar a los protagonistas de los diálogos. Intentamos normativizar, para mejor comprensión de sus lectores, el contenido de los expedientes, que obran en poder del Tribunal Oral número 21, que juzga a los acusados del asesinato de Mariano Ferreyra.

Las relaciones de Pedraza con el gobierno de la presidenta Fernández

Pedraza-Tomada

Si no hablás con cuidado se le sale la cadena.

Diálogo registrado el 14 de enero de 2011, a casi tres meses del crimen de Barracas. Tomada, que fue abogado de Pedraza, lo trata con una cordialidad que supera el mero gesto amistoso: lo aconseja sobre cómo hacer para que los tercerizados que ingresan al ferrocarril no disputen su poder gremial.

José Pedraza: —¡Ministro!

Carlos Tomada: —¡Mi querido! Escucheme una cosa, dos cosas que le voy a decir. La mejor defensa es un buen ataque (ríe), pero antes de que me digas que me llamaste cuarenta veces y todo eso. Me dijo Ciaravino (N. de E: Norberto Ciaravino, jefe de Gabinete del Ministerio de Trabajo de la Nación) que va a recibir ahí, que le estás mandando un representante de la Unión para charlar con él...

J. P.: —Sí, porque tenemos...

C. T.: —Me parece muy bien.

J. P.: —... controlado el tema de los tercerizados en Ferrovías y no queremos que nadie los arrastre.

C. T.: —Me parece muy bien. Y hay que empezar a trabajarlos políticamente. Segundo, te aviso que hoy acá en la entrada del Ministerio me he encontrado con el compañero Sobrero (N. de E.: Rubén «Pollo» Sobrero, delegado gremial ferroviario y dirigente de la línea Sarmiento, dirigida por los sectores de oposición a Pedraza).

J. P.: —¡Sobrero!

C. T.: —Yo hacia, qué te puedo decir, hacia diez años que no lo veía...

J. P.: —Fácil.

C. T.: —... fácil que no lo veía. Me saludó muy amable. Me dijo que él no tiene nada que ver con estos quilombos, que para él es una vergüenza lo que están haciendo. Este... Lo vi muy educadito. Lo único que faltaba era que se peinara con gomina.

J. P.: —¡Es de los míos, carajo!

C. T.: —Sí, sí, sí. (El ministro lo imita) «Yo no sé por qué con José no puedo hablar, al final de cuentas, si podemos hacer una cosa más o menos prolija». Bueno, no sé. Me tiró ahí, pero me causó mucha gracia. Tiene el pelo mucho más cortito.

J. P.: —¿Ah, sí?

C. T.: —Sí, sí.

J. P.: —Está muy aburguesado, te cuento...

C. T.: —Totalmente, él mismo se gastaba a sí mismo.

J. P.: —Sí, sí.

C. T.: —Entonces yo al principio empiezo de usted. Después yo... Yo ya no soy aquel muchacho. (Ríe) Viste, a todos le llega, le digo.

J. P.: —A todos le llega la madurez.

C. T.: —La madurez.

J. P.: —Escuchame...

C. T.: —Él los estaba puteando a los del PTS (N. de E.: Partido de los Trabajadores por el Socialismo) y a los del...

J. P.: —Sí, sí, a los del PO.

C. T.: —Y a los del Partido Obrero, imagínate.

J. P.: —Sí, sí. Bueno. Yo no insistía de hinchapelotas, sino...

C. T.: —No, ya sé...

J. P.: —Quería conocer si es pura verdad unos arreglos hechos con Maturana (N. de E.: Omar Maturana, secretario general de La Fraternidad, sindicato de los conductores del ferrocarril) para que levanten el paro.

C. T.: (Ríe) —Ay Dios mío... Lo que pasa, sabés viejo, es... No sirven para nada los arreglos hechos con Omarma que, a los cinco minutos no...

J. P.: —Sí, sí.

C. T.: —Lo que le dije fue. No hicimos ningún arreglo. Lo que le dije, la verdad, es que... Estaba Schiavi (N. de E.: Titular de la Secretaría de transporte. Ex jefe de campaña de Mauricio Macri y que se encontraba junto a Pedraza y «El Gallego» Fernández el 20 de octubre, en un congreso de la especialidad. Pedraza y González admitieron que Pablo Díaz, principal acusado de organizar a la patota que asesinó a Ferreyra, les transmitía constantemente lo que estaba sucediendo en Barracas, al sur de la ciudad)... Que en realidad esto se iba a hacer. Y que no era en su contra ni de la Unión ni de, mucho menos, en contra de La Fraternidad. Le di muy a entender que qué carajo se metía él, digamos, de alguna forma, elegantemente, porque sabés que con Omar si no hablás con cuidado se le sale la cadena.

J. P.: —Sí.

C. T.: —Después lo que le planteé...

J. P.: —Preguntale a Schiavi...

C. T.: —Sí, por eso. Tal cual. Luego lo que sí le dije es que si es necesario que alguna gente de él entre, si el problema es que entre alguna gente de él, este, bueno, eso es una cosa que se puede conversar. Luego fundamentalmente el planteo era que hay que hacer un laburo sindical sobre estos tipos que entran porque no son todos del PTS o del...

J. P.: —No, no, no.

C. T.: —Hay un montón que se los puede ganar y entonces, porque ahí llegamos, después que íbamos a hablar con la Unión también. De manera que estos pensaran en meterlos en una especie de curso de capacitación y qué sé yo y empezar a hacerles la cabeza...

J. P.: —Bueno, nosotros estamos, hemos estado y estamos trabajando en eso.

C. T.: —Por eso. Me parece, digo, que hay gente de la Unión, más jóvenes o que tienen trayectoria política, no sé cómo será la historia... O mismo que por ahí entren tipos, cuadros tuyos, este, que se trasladen de otro lado cuadros políticos para laburar...

J. P.: —Está bien, está bien. Por ejemplo, ahí en el Sarmiento. En el Sarmiento nos manejamos con una empresa de mierda pero tratamos de meter gente militante...

C. T.: —Está claro, bueno...

J. P.: —... para tratar de recuperarlo, pero bueno...

C. T.: —Y nada más. Nada más. Salió con el tema de que las empresas... Entró a putear a las empresas, este, digamos, de que tienen tercerizados, no a Ugofe (N. de E.: Unidad de Gestion Operativa del Ferrocarril de Emergencia, sociedad anónima), sino a las empresas. Y decía: «Esto ustedes lo hacen para salvar a las empresas». ¡Pero qué vamos a salvar a esas empresas si muchas de ellas van a terminar desapareciendo!

J. P.: —Claro.

C. T.: —Porque se van a quedar sin el laburo. Entonces, no inventes cosas raras, viste. No, nada, me pareció que estaba... Y entendió que no es una cosa... Me parece que entendió hasta la próxima salida de cadena, que entendió que nosotros esto no lo vamos a pagar. Y el problema, y además le advertí que vamos a tener quilombo, entonces no podemos seguir extorsionados con aprietes permanentes por el lado de La Fraternidad, porque resulta que La Fraternidad lo llamaba para hacer un paro y nosotros tenemos (sic) que recular un poco (N. de E.: El gremio dirigido por Maturano, según comunicaciones oficiales ministerio de Trabajo, realizó paros contra el ingreso de trabajadores tercerizados a la plante permanente del ferrocarril). Ahora cuando venga el quilombo de que no van a entrar los tipos de seguridad (N. de E.: Finalmente, y debido a la presión de su plan de lucha, el personal de seguridad también ingresó a planta permanente)...

J. P.: —Y los de los baños, y los vendedores ambulantes...

C. T.: —Y los de los baños. Eso va a significar un despelote. Yo le digo: «Estrechá filas con nosotros, ayudanos, y ahí entonces cerramos el ingreso de la gente (N. de E.: Se refiere a impedir que siga ingresando personal a planta permanente, formado por personal que goza de los beneficios laborales instituidos en el Convenio Colectivo de Trabajo Ferroviario)...

J. P.: —Está bien.

C. T.: —«Pero los primeros seiscientos tipos van a entrar, Omar, y terminado».

J. P.: —Listo. Está bien. Mi temor es que, como él dice que de los cupos que ingresan el veinte por ciento le corresponde a La Fraternidad, haya algo de eso...

C. T.: —¿Que hubiera abierto el número? No, no. Para nada.

J. P.: —Bueno.

C. T.: —¿Eh?

J. P.: —Muy bien.

C. T.: —¿Okey?

J. P.: —Buen fin de semana.

C. T.: —Igualmente para vos, José. Te mando un abrazo y cariños.

Pedraza-Rial

Llamame a casa.

El 11 de febrero de 2011, y mientras se realizaban unos allanamientos decisivos para la causa en los domicilios de Pedraza y Fernández y en la sede de la Unión Ferroviaria, el secretario general del gremio ferroviario recibió un llamado de

la viceministra de Trabajo, Noemí Rial, que —tal como su jefe Tomada— también había prestado servicios legales a Pedraza en el pasado. La conversación se realizó días antes, apenas, de la detención de Pedraza, impútado como jefe de la asociación ilícita que llevó adelante el crimen de Ferreyra.

Doctora Rial: —Por favor, con el señor Pedraza.

Cristina: —¿Quién habla?

R.: —La doctora Rial.

C.: —Ah, cómo le va. Cristina. Ya le paso.

R.: —Ahh, Cristina, ¿cómo estás?

C.: —Ya le paso.

R.: —Bueno, no te conocí la voz. Perdoname.

José: —Hola, hola!

R.: —Hola, José.

J.: —Noemí, ¿cómo estás?

R.: —Bien, bien, estoy bien, estoy recuperándome muy bien, pero estuve leyendo ahora en el diario que está la gendarmería ahí? ¿Están llevándose cosas?

J.: —Acá estuvo a las 6 de la mañana la Gendarmería y la Policía federal.

R.: —¿Y se llevaron cosas?

J.: —Se llevaron cosas.

R.: —¿Levantaron un acta, no? De Todo o que se llevaron.

J.: —Sí, sí. Allanaron mi casa, están allanando la de Fernández.

R.: —A la miércoles… Bueno.

J.: —Encontraron un arma calibre 22 y un recibo de compra de un 38. Tenía todos los papelitos del registro nacional de armas, pero la mía estaba en la caja de seguridad del banco, no la usé nunca.

R.: —(no se interpreta lo que dice) ¿No había nada raro?

J.: —Nada raro.

R.: —Bueno, yo cualquier cosa el lunes a la tarde voy a empezar a ir a la tarde, pero viste que todavía estoy caminando con muletas.

J.: —Sí.

R.: —Pero ya a partir del lunes estoy. Si no, llamame a mi casa cualquier cosa que necesites, José.

J.: —Bueno.

R.: —Estela tiene mi teléfono y si no, se lo pedís a Emiliano y me llamás al celular cualquier cosa que necesites.

J.: —Bueno.

Pedraza-Maturana

La orden de la presidenta y los ministros.

En el siguiente diálogo registrado entre José Pedraza y el líder del sindicato La Fraternidad Antonio Maturana en la que tratan el tema del ingreso del personal de seguridad tercerizado a las filas del ferrocarril, situación a la que ambos se oponen y que, incluso, derivaría en un trabajo a reglamento de La Fraternidad, un paro en los hechos. En la conversación, invocan la promesa del ministro de Trabajo Carlos Tomada, la viceministra Noemí Rial y la promesa de la presidenta Fernández sobre el rechazo al pase a la planta ferroviaria de esos trabajadores.

Pedraza: —¡Negro!

Maturana: —Sí.

P.: —Pedraza.

M.: —¿Qué hacés, José? ¿Cómo andás?

P.: —Bien, ¿vos?

M.: —Todo bien, ¿vos?

P.: —Bien, bien… Eh… ¿Qué hay de que vos no aceptás el ingreso de los de seguridad?

M.: —No, si ellos me dieron la palabra, Tomada y Noemí y coso que no entraron los de seguridad, José.

P.: —Sí, si, a mí también me dijeron lo mismo.

N.: —Aparte es la orden de la Presidenta, delante tuyo y delante mío. También lo dije, José.

P.: —Así es.

M.: —Y bueno, José.

P.: —Entonces…

N.: —Aparte yo no me voy a poner en problemas. De los de seguridad ni (ininteligible) yo el viernes le hago un paro en todos los ferrocarriles por falta de seguridad, José.

P: —Ajá.

N: —Porque no están bien los trenes y todo eso. Nos dedicamos a eso, yo ya estoy cansado de salir en contra de los tercerizados, viste, José.

P.: —Bueno, avísame.

M.: —Bueno, listo, José. Quedamos así, un abrazo, José.

P: —Igualmente, chau.

M.: —Chau.

Pedraza-Luna

Sé que cada vez tenés menos amigos
pero quiero seguir solidarizándome con vos.

Los protagonistas de la siguiente conversación son Juan Carlos «El Gallego» Fernández —secretario adjunto de la UF, preso, acusado de ser instigador del asesinato de Ferreyra— y Antonio Guillermo Luna, subsecretario de Transporte, investigado por desvío de fondos en el juicio que investiga el crimen de Ferreyra e imputado en la causa que investiga la tragedia de Once, que costó 51 vidas. En el diálogo, producido el 26 de octubre de 2010, Luna no sólo se solidariza con Fernández, sino que elogia la tercerización y admite que Gabriel Bran, interventor del ferrocarril Belgrano S.A., es el funcionario que conoce todos los datos sobre contrataciones de empresas tercerizadas. Bran es sindicado por fuentes ferroviarias el hombre del gobierno que maneja «la caja» en el ferrocarril. En el diálogo, Luna especula con que Mariano Ferreyra es un muerto «que le tiraron al gobierno» para desestabilizarlo, y ambos señalan que tanto Bran como un periodista de Clarín serían laderos de Alberto Trezza, ex director de Ferrobaires, empresa ferroviaria hundida en la corrupción.

Luna: —Gallego, Gallego...

Fernández: —¿Cómo andás, Antonito?

L.: —Sé que cada vez tenés menos amigos así que yo quiero seguir solidarizándome con vos.

F.: —Sí, eso seguro.

L.: —Estoy acá con este amigo, como es que se llama, con el ingeniero Calmielo y bueno estaba viendo este...

F.: —Vos estas en las (no se interpreta lo que dice)

L.: —No, no, estoy en mi ofician. Gallego que, qué se yo, no sé, espero que esto por el bien de todos se clarifique porque ya no están atentando contra la Unión Ferroviaria, están atentando contra el sistema.

F.: —Síiii, contra el sistemaaa.

L.: —Yo le decía, al Ingeniero acá, de que para mí esto lo aprovecho alguien, algún mal parido, viste para , sembrarle un muerto al gobierno nacional, que está haciendo cosas por los trenes.

F.: —Seguro, seguro.

L.: —Y aprovechó el tema de los sindicatos, porque es lo mejor que pueden hacer viste.

F.: —Sí, pasa que algunos muchachos el sindicato no lo ven.

L.: —Esperame, esperame... Bueno, lo que entiendo viste, yo lo que entiendo por eso creo más que nunca hay que dejar actuar a la justicia, viste porque si nosotros dejamos actuar a la justicia vamos a tener terminado o clarificado todo esto. Y el rol que cumplió cada uno en estas cosas viste. Yo estoy convencido de que esto, la verdad a la larga triunfa, viste.

F.: —Sí, seguro.

L.: —Y acá hay un montón de gente de la oposición que nos está pegando mal a nosotros, espérame ... Hola.

F.: —Sí.

L.: —Bueno.

F.: —Sí, es todo eso y además estos de los gremios, qué se creen desprendiéndose sin llamarnos ni preguntarnos cómo es la historia... Por lo menos como, por compañerismo, ni para que se hagan cómplices, se creen que van a ser cómplices de algo que ...

L.: —Además tenemos un amigo... Como el amigo Rossi que nos pega mal viste. ¿No sé si leíste Clarín hoy?

F.: —No. No leí todavía nada.

L.: —Bueno, fíjate Clarín qué es lo que dice. Habla del perfecto aceitamiento que hay, no sé cómo es el título. El hijo de puta se olvida de decir que Gabriel Bran está al frente del Belgrano S.A., que es el que liquida los sueldos de todos, quien sabe cuánto cobra cada una de las tercerizadas, eh, y que además Gabriel Bran es un hombre del riñón de Alberto Trezza y que él cómo escribiente es un hombre del riñón de Alberto Trezza. Eso no lo dice, pero (no se interpreta lo que dice) sindicato en vez de protegerse, en vez de proteger el sistema, del cual el confió toda la vida. Viste...

F.: —Sí, y vive. Pero además tendría que preguntar por qué esto de las tercerizadas es un bolazo inventado para armar todo este ruido a trabajadores de la tercerizada porque vos sabés...

L.: —Gallego, Gallego. ¿Sabés cuál es la mejor forma de defenderse? No aclarando nada. ¿Sabes por qué? Te voy a decir: porque cada vez que salís a la prensa a decir algo te agarran alguna palabra para prenderse de ella, primero. Segundo, acá si venís al ministerio de trabajo vas a ver que la limpieza no la hacen empleados del ministerio de Trabajo, si vos vas a vialidad vas a ver que las rutas no las hacen los empleados de vialidad, si vos vas a energía atómica, el corte de pasto y todo lo que se hace en energía atómica no lo hacen los empleados de energía atómica... Entonces qué vienen a hablar de la precarización del trabajo si esto viene degenerándose desde el año 89.

F.: —Además son empresa, que tienen sindicato.

L.: —Obviamente.

F.: —No es que tomaron a un tipo de la calle en negro. Eso es lo que hay que recalcar, que le pagan dos lucas, ganan cuatro lucas.

L.: —Lo único que quería decirte gallego es que yo a los amigos los acompaño hasta la puerta del cementerio.

F.: —Ta, ta gracias.

L.: —Te mando un beso.

F.: —¿Y después no llevas flores?

L.: —No, no, no, ni en pedo. Eh, bueno, Gallego, lo que quiero decirte en serio, eh, me parece todo una aberración lo que están haciendo y que creo que ni la Unión ni la Fraternidad ni Señaleros somos ningunos delincuentes como nos están haciendo ver por todos lados.

F.: —No por eso. Pero anda a saber si no hay algún boludo que en el ruido te llevo un arma...

L.: —Y te estoy llamando del teléfono de la oficina, porque ya sé que están todos los teléfonos pinchados.

F.: —No, ya sé, y yo no tengo nada que ocultar.

L.: —Y yo tampoco.

F.: —Che, Antonio, te digo que ayer me llamo Ayen, nosotros estaríamos cerrando con los otros de carga.

L.: —Y no sé, loco, eso háblalo con el ministerio de Trabajo, yo no me meto más en la mierda esa.

F.: —(no se interpreta lo que dice) en el camino vos a la secretaria de transporte, secretaria de transporte ferroviaria.

L.: —Sí, sí. Listo, querido, te mando un beso.

F.: —Abrazo.

Sindicalistas y funcionarios gubernamentales: amos y señores de trabajadores precarizados

La tercerización es una forma de fraude laboral muy extendida en la Argentina. Consiste en la contratación, por parte de una empresa madre, de empresas satélite cuyos trabajadores no sólo perciben menores salarios, sino que se enrolan en convenios laborales que no corresponden a la rama de la empresa madre, sino que permiten que se hiperexplote a los obreros con condiciones de trabajo precarizadas. Esto, cuando no se conchaba empleados sin convenio alguno, como en el caso de las cooperativas truchas. La tercerización laboral hizo su entrada masiva en el ferrocarril de la mano de José Pedraza, Juan Carlos «El Gallego» Fernández —dirigentes máximos de

la Unión Ferroviaria (UF)—, el ministro de Trabajo Carlos Tomada y representantes de la Unidad de Gestión Operativa del Ferrocarril (Ugofe, sociedad anónima con participación del Estado y empresas concesionarias a cargo de varias líneas), quienes acordaron en la sede ministerial el 16 de octubre de 2007 un convenio que habilitó el ingreso de empresas tercerizadas. El Estado se haría cargo del pago de sueldos y subsidios, los empresarios aportarían el management (y las ganancias), los trabajadores la mano de obra barata y flexibilizada. Previsores, los directivos de la UF habían inscripto meses antes la Cooperativa Unión del Mercosur ante la Inspección General de Justicia. La «cooperativa» estaba presidida por Horacio Castellanos, secretario de medios de la UF, y una de sus sedes era Independencia 2880, domicilio del sindicato. Los sindicalistas se habían convertido, sin mediaciones ni metáforas, en empresarios. Los obreros a su cargo tenían las peores condiciones laborales del ferrocarril. Esto no quita que, desde antes, tuvieran el control de los ingresantes a cada línea ferroviaria. El poder con el que contaban —y las ganancias que percibían— se potenciaron con esta medida. A continuación, varias escuchas que dan cuenta del poder y los negocios antes y después del ingreso de las tercerizadas al ferrocarril. Un negocio que no dudaron en defender a sangre y fuego frente a la resistencia de los trabajadores a la explotación.

Fernández-Luna

Antonio Guillermo Luna, subsecretario de Transporte Ferroviario: el trabajo como derecho de pernada.

Escucha judicial realizada el 11 de enero de 2011. El diálogo está protagonizado por Antonio Guillermo Luna —actual subsecretario de Transporte Ferroviario (nombrado en 2004), hombre del gremio La Fraternidad y sobreviviente de las gestiones de Ricardo Jaime y Juan Pablo Schiavi, se encuentra imputado por la tragedia de Once, que costó 51 vidas— y Juan

Carlos «El Gallego» Fernández, secretario adjunto de la UF. Discuten el ingreso de una trabajadora al ferrocarril. Al final del diálogo, el funcionario kirchnerista revela una característica de la contratación.

Luna: —Hola.

Fernández: —¿Cómo andás?

L.: —Qué mierda te importa.

F.: —Bueno, está bien, está bien. Tenés derecho a contestarme como quieras.

L.: —Ya soy subsecretario.

F.: —Ya sos subsecretario.

L.: —Por ahora (ríe).

F.: —Cómo andás.

L.: —Y, para el orto, para el orto...

F.: —¿Qué pasó? ¿Levantó el paro el Negro?

L.: —No era paro.

(N. de R.: se refieren al trabajo a reglamento implementado por La Fraternidad para oponerse al ingreso de los trabajadores tercerizados al ferrocarril).

J.: —Bueno, no. La medida.

L.: —Era trabajo a reglamento. ¿Por qué?

J.: —Sí, ¿y cómo sigue?

L.: —Y no sé, preguntale al Negro (N. de R.: se refiere a Omar Maturana, secretario general de La Fraternidad), loco, qué me preguntás a mí...

J.: —Ah, yo pensé que me llamabas por eso.

L.: —Escuchame un poquito, ¿cómo viene la mano? (N. de R.: Hablan sobre los ingresos de los ex tercerizados y los futuros ingresos) (...) Bueno, loco, anotá un nombre.

J.: —Un nombre.

L.: —Se llama L. V. (N. de R.: Hemos decidido solamente usar las iniciales de esta persona de sexo femenino para resguardar su privacidad) Para picaboleto.

J.: —Bueno, ¿dónde está?

L.: —L. V., entrando el sábado o el domingo de esta semana. (...)

J.: —Entonces entra.

L.: —El sábado este y sale el otro sábado a la mañana.

J.: —Sí. Lo que no dice es el lugar. Esto está complicado, ahora sí que está complicado, déjame que te confirmo. Dale.

L.: —Fijate qué podés hacer.

J.: —¿Y qué, uno solo es?

L.: —Sí, ella sola.

J.: —Bueno, déjame que veo y te digo y te llamo.

L.: —Cama matrimonial por si vas vos o yo... Podemos ir a visitar.

J.: —Dale

L.: —Jaja.

J.: —Y llevo a José que está acá enfrente mío.

L.: —Que también le da a José, qué problema tiene.

J.: —Dale, ahora te averiguo...

En el ámbito del ferrocarril es vox populi que una de las formas de acceder a trabajos se da a través de la realización de favores sexuales. Este cronista conversó con muchos ferroviarios que confirmaron este modo de obrar de los responsables de los ingresos a planta o a las tercerizadas: aseguran se incrementó a medida que se agravó a medida que avanzaba la decadencia de la dirección sindical ferroviaria. Este diálogo muestra que las más altas esferas del ámbito, que incluye a funcionarios del gobierno, también formaban parte de esta operatoria.

¿Cuánto cuesta ingresar al ferrocarril?

Escucha realizada el 10 de enero de 2011. Los protagonistas son Carlos y Mauro. Hay unas vacantes para ingresar a trabajar. Qué se pide a cambio.

Mauro: —¿A qué hora venís vos para Alejandro Korn?

Carlos: —Y hoy debe ser como a las once. (...) ¿Por qué, qué pasó negro?

M.: —Viste el tipo que yo hablé cuando te hice entrar. Esto es como cuando se va.

C.: —Sí.

M.: —Bueno, yo lo tengo que ver mañana, por eso te digo si te venís hoy, este, yo me voy a juntar mañana con este cuando se va. Aparte, porque tengo que llevar a dos personas más a ferrocarril, a Lorena, la que la mamá de mi hija, y al primo.

C.: —Bueno, dale, listo, hoy paso, quedate tranquilo.

M.: —Fijate, si vos tenés a alguien para hacer meter, lo hago meter, bola... Como hice entrar a otros muchachos.

C.: —Dale, por ahí, bueno... Cuando te llame te comento, dale. Pero mirá que ellos hacen paro mañana, eh...

M.: —No, por eso te digo: mañana hay paro, por eso lo voy a ver.

C.: —Dale, dale, negrito, dale.

M.: —Dos lucas. Más no le pidas, eh...

C.: —¿A quién?

M.: —Si hay algún otro para hacer entrar, dos lucas. Más no le pidas, que yo tengo toda la línea.

Los sindicalistas cobrarían dos lucas (dos mil pesos) para garantizar la entrada al puesto de trabajo. Una razón más para defender el negocio gremial de la UF.

Tercerizados: empleados de los sindicalistas

La lucha de los trabajadores tercerizados, que era apoyada y organizada por Mariano Ferreyra, planteó el ingreso de centenares de operarios que dejarían de estar bajo el control directo de la burocracia sindical. Esta situación no sólo atentaba contra los intereses comerciales de los jerarcas sindicales del ferrocarril, sino que posibilitaba el ingreso de trabajadores renuentes al cacicazgo burocrático debido a que su trabajo había sido conseguido mediante la lucha. Las resistencias a este nuevo estado de las cosas cobra vida en numerosos diálogos detectados por la justicia.

Que los ponga en caja.
(«Gallego» Fernández, dirigente sindical
refiriéndose a tercerizados)

Escucha realizada el 3 de enero de 2011. Héctor Mesineo, gerente de Recursos Humanos de Ugofe, y Juan Carlos Fernández, evalúan medidas para neutralizar las medidas de lucha de los tercerizados. Nótese que uno representa a la patronal y otro al sindicato, aunque defiendan los mismo intereses.

Mesineo: —Quiero comentarte dos cosas. Una, que recién me llamó el señor Gutiérrez de la secretaría de Transporte y me citó para ir a firmar un acta de transferencia de personal. Yo dije que no iba. Que conocía la reunión de los gremios con Tomada y Schiavi y con la secretaría de Transporte y que esta gente no tiene la revisación médica, no tiene médica, clínica, de práctica, declaración jurada, ni radiografía de columna y que yo no iba a firmar.

Fernández: —Está bien.

M.: —Y... nos pone en un aprieto: «No, viejo, vayan y firmen ustedes».

F.: —Claro

M.: —Hablé con el Negro (N. de R.: Maturana, líder del gremio ferroviario La Fraternidad), anoche habíamos quedado en eso, ¿no?

F.: —Yo estuve un rato recién con él.

M.: —Ah. Bueno. Pero ahora veo que en la cuadrilla 3 del 1, que es del Mercosur, por Gutiérrez, permanece en campamento. Según el personal, los delegados habrían manifestado que a partir de hoy pasarían a pertenecer a...

F.: —Pero si no tienen delegado...

M.: —Se negaron a salir a trabajar...

F.: —Sí, pero no tienen delegado.

M.: —Campamento sin trabajar, según el personal los delegados les habrían manifestado que a partir de hoy pasarían a pertenecer a...

F.: —Claro, pero no son delegados.

M.: —Pará que te siga leyendo, ¿eh?

F.: —No son delegados. Si no tiene delegados la Cooperativa (N. de R.: Cooperativa Unión del Mercosur, fundada, dirigida y rentabilizada por directivos de la UF). ¿Qué delegado tienen? Ninguno.

M.: —Por eso, son punteros.

F.: —Son esos tipos que andan caminando.

M.: —Siendo las 11, deja de trabajar la cuadrilla referida. Manifiesta que el delegado, que es el puntero, se comunicó con el responsable de la cooperativa y le dijeron que no pertenecen más a ellos...

F.: —¡Es una locura! Nadie les dijo nada.

M.: —Yo les dije: ¿Ah, sí? Si no trabajan, no cobran», les dije.

F.: —No, pero escúchame. Decile a Senic que hable con la gente de la Cooperativa, que se ocupe, que es el que hace los contratos, que hable con la gente de la cooperativa y que los ponga en caja, ¿viste? (...) Y por eso que la gente de contrato, la que le hizo el contrato a la cooperativa, la que le paga a la cooperativa, le tienen que decir que tienen que laburar, de dónde sacan que no tienen que laburar...

M.: —Claro.

F.: —¡Qué delegado! Si la cooperativa no tiene delegado, si es una cooperativa, todavía es una cooperativa hasta que no pasen alguna vez, mañana, pasado, el mes que viene o cuando sea... tienen que hacer el trabajo que para eso les pagan, se distribuyen los dividendos, las ganancias...

M.: —Ahora, correcto. Yo les dije: «Si no trabajan, no tienen que cobrar». Punto.

F.: —Claro, listo. Que le descuenten a los de la cooperativa. Que le avisen a la cooperativa que le van a descontar los jornales de la gente que no labura, eso es lo que tienen que hacer, pero lo tiene que hacer el comité (N. de R.: Comité Gerencial de la Cooperativa Unión del Mercosur, organismo integrado por miembros de la directiva de la UF)

El castigo a los nuevos

El ingreso de los tercerizados al ferrocarril produjo que los líderes sindicales promovieran castigos a quienes habían ingresado mediante el método de la asamblea, el corte de vía y la lucha. Escucha realizada el 21 de enero de 2011. Los protagonistas son un masculino no identificado (tal como lo llama el agente desgrabador) y Juan Carlos «El Gallego» Fernández, secretario adjunto de la UF.

Masculino: —¡Alarcón! Vení.

Fernández: —Hola

M.: —Sí, qué tal Fernández, buen día.

F.: —Buen día.

M.: —¿Te puedo hacer una consulta?

F.: —Sí.

M.: —Vinieron un chico de vía y obra de Tolosa

F.: —Sí.

M.: —Viste un tal Alarcón que la hermana juega para nosotros. Tiene un problema grande. Ellos son 10 y ahora le pusieron 18 tercerizados.

F.: —Sí, y no tienen lugar.

M.: —No, no, no. El problema es que ahora los pusieron estricto. Los matan laburando, y dice: «Laburar a nosotros no nos molesta, lo que pasa es que parece que los castigados somos nosotros», dice, «porque el capataz nos da con un caño. Pablo (N. de R.: Díaz, principal dirigente del Ferrocarril Roca, preso y acusado de ser el jefe de la patota que asesinó a Mariano Ferreyra) nos había conseguido que vayamos a comer al campamento». Están ahí, en el medio de la selva viste.

F.: —Sí.

M.: —«Y tardábamos entre que íbamos y veníamos y comíamos una hora. Ahora este te da los veinte minutos y te mata laburando»

F.: —Y bueno. ¿Pero es el mismo capataz?

M.: —Sí, es el mismo capataz.

F.: —Y bueno. Le dieron órdenes, está bien.

M.: —Sí, él sabe que le dieron órdenes.

F.: —Deciles a los muchachos que se calmen y que aguanten y después vemos cómo lo acomodamos.

M.: —Porque él me dice (Nota del agente desgrabador: no se interpreta)

F.: —Hay que hablar con ellos y explicarles y hay que hablar con los nuevos también y después los vamos a poner a todos en la bolsa y más vale meterlos en la bolsa que dejarlos ahí enojados... M: Por eso me dice: (Nota del agente desgrabador: no se interpreta) «No saben nada», me dice, «yo estoy de acuerdo que lo aprieten a los nuevos, yo estoy de acuerdo». (...)

F.: —Bueno, pero esperá, que esperen.

M.: —No, le digo, sí, sí.

F.: —Claro, banquen un poco.

M.: —Listo.

F.: —Porque arriba es así: hoy ganás, mañana perdés.

M.: —Que se banquen un tiempito y después hablamos.

F.: —Claro

M.: —Listo, Gallego.

Fernández-Vitali

CastigosParaTodos.

Más castigos recomendados por Juan Carlos «El Gallego» Fernández para los tercerizados ingresantes al ferrocarril. Escucha realizada el 31 de enero de 2011. Sus protagonistas son Vitali y Juan Carlos «El Gallego» Fernández, secretario adjunto de la UF.

Fernández: —¿Qué hacés, cómo estás?

Vitali: —Uh, ¿qué hacés, Gallego, cómo estás? ¿Cómo andas, viejo?

F.: —Bien, bien, bien. Decime, te hago una pregunta técnica, ¿vos cuántos tipos tenés arriba de los trenes como brigadistas?

V.: —Y... tendría que descontar los que tengo en puestos fijos pero calcúlale, con puesto fijo y todo, y más o menos 220

F.: —220. Quiere decir que de estos tipos que entran ahora que eran de seguridad y ahora van a ser ferroviarios expertos, vos podés mandar dos arriba de cada tren en vez de uno, por que a estos hay que mandarlos arriba de los trenes.

V.: —Yo te digo, Gallego, yo se lo explicaba hoy al Tano: nosotros tenesmos 260 formaciones que no tienen nada, ni policía, ni paquitos...

F.: —Sí, sí.

V.: —Sabés, yo en su momento dije denme 300, ya hace más de un mes y medio, y me dijeron que no, que no salían, que esto que el otro. Se me tiró en contra el comité, viste, porque yo les dije...

F.: —Porque yo estoy hablando del tema. Por eso lo que yo te digo, estos, ¿cuántos son? Como 700 estos tipos que van a entrar.

V.: —Son 700, y más o menos con la mitad...

F.: —Todos tuyos son.

V.: —Bueno.

F.: —Todos tuyos. Los ponés de porteros y los repartimos arriba del tren. Los muchachos que están haciendo este laburo que ya están, los vamos a bajar, los vamos a mandar a laburar para darles a posibilidad de que asciendan y cambien de categoría. Y estos muchachos toda su vida van a ser control como querían ser. En formación, categoría C, arriba del tren.

V.: —Bueno si me haces la gauchada hacemos así, bárbaro.

F.: —Ya está, lo estoy hablando.

V.: —Bueno.

F.: —O sea, ¿vos en realidad cuántos precisás? ¿500 por lo menos?

V.: —Y sí, por lo menos

F.: —500 (Nota del agente desgrabador: no se interpreta) de portero, van de portero y los que están de porteros los mandamos a laburar. Y si tenés que poner en algún lugar más, una portería en el campo, en algún lugar donde haga frío.

V.: —Sí, sí, tengo muchas así.

F.: —Y rotativos. Todos rotan.

V.: —Yo tengo muchos puestos libres de Ezeiza, Cañuelas y (Nota del agente desgrabador: no se interpreta), Haedo...

F.: —Bueno, haceme un resumen y habla con Cot que yo ya estoy hablando con él.

V.: —Bueno, listo.

F.: —Dale.

V.: —Besos. Chau

F.: —Chau, chau.

Cómo se armó la patota asesina

«A la jueza yo le voy a decir, Gloria, que Pablo dio la orden de disparar. Que yo lo vi. Y que Pablo lo planeó con ellos. ¡Qué se pudra todo de una buena vez por todas! ¡Qué se vayan todos a la puta que los parió estos!». Estas son las palabras que le transmitió Cristian «Harry» Favale, desde el penal de Ezeiza, el 22 de febrero de 2011 a Gloria Cáceres, su mujer, según consta en los expedientes judiciales.

Los documentos, que transcriben las escuchas realizadas por personal de inteligencia, cobran estado público por primera vez. Favale permanece preso acusado de ser el asesino de Mariano Ferreyra, el militante del Partido Obrero que terminó sus días por una bala de plomo que lo alcanzó durante un ataque llevado a cabo por una patota de la Unión Ferroviaria (UF) el 20 de octubre de 2010. El «Pablo» al que se refiere Favale es Pablo Díaz, también preso y sindicado como jefe de la patota homicida. Hasta el momento, las declaraciones de Favale ante la Justicia deslindaban a Díaz de responsabilidad en el hecho. Además, permanecen tras las rejas esperando el inicio del juicio José Pedraza y Juan Carlos «El Gallego» Fernández —máximos dirigentes de la UF— y otros ocho miembros de la patota.

Las escuchas son reveladoras. Ese día, ochenta obreros de los talleres ferroviarios de Remedios de Escalada, conducidos por Díaz, que habían realizado ya un primer ataque a los tercerizados-

dos, aguardaban sobre las vías del ferrocarril Roca, en Barracas, la llegada de Favale. Los manifestantes —entre los que se encontraba Ferreyra— reclamaban su incorporación a la planta permanente del ferrocarril y se estaban retirando del lugar. Varios testigos afirmaron haber visto llegar a Favale —vecino de Florencio Varela y barrabrava del club Defensa y Justicia— con un conjunto de personas de aspecto marginal y actitud violenta, que se unieron a la patota para cometer el segundo ataque, fulminante. Las escuchas dan cuenta de sus nombres y permiten reconstruir el rol jugado por el barrabrava en la manifestación.

De los diálogos, se desprende que no sólo Favale habría sido contratado por Díaz para encabezar el ataque contra los tercerizados sino que el sindicalista le habría encargado la tarea de reclutar a otros barrabravas para reprimir la protesta laboral.

El 29 de octubre de 2010, a pocos días de su entrada a Ezeiza, Cáceres le cuenta que recibió la visita de un muchacho, hijo de paraguayos, vecino de su barrio, al que Favale no logra identificar. «Un muchacho jovencito —le explica Gloria— me dio sus datos porque él se fue, viste, con ustedes a Constitución... Me dio sus datos y me dijo que si necesitan va a declarar que Pablo Díaz les pagaba a ustedes para ir allá».

En otra conversación, Favale le dice a su mujer que le diga a sus compañeros de la patota que «no les va a pasar nada, solamente necesito que atestigüen que fueron en el colectivo y nada más». «Sí, pero la mayoría de ellos no vieron nada —le responde Cáceres—. Los que realmente vieron eran el Loki y los que estaban más cerca de ti».

—Y sí —contesta Favale—: Harry y El Rajid y Gabarra. Desde la cárcel, Favale instruía a sus compañeros de la barrabrava para que cantaran a su favor durante los partidos o hicieran banderas. «"El pibe es inocente", que diga sólo eso, sin nombres», le dice a su tocayo de alias Harry, mientras cuenta que su vida en la cárcel es nueva. «Unos pibitos que manejan muy bien los cuchillos me enseñan a hablar y a caminar», cuenta en una charla. Favale apuñaló a otro detenido en noviembre de 2011.

Las escuchas posibilitan establecer que Díaz organizó con premeditación a la patota y que propició la participación de barrabravas para garantizar la contundencia del ataque. El juicio oral tiene fecha de inicio fijada para el 6 de agosto, aunque Oscar Igounet —defensor del miembro de la patota Guillermo Uño— acaba de recusar a los jueces del Tribunal Oral 21 en una maniobra que, de fructificar, postergaría el litigio y podría permitir la liberación de Pedraza y sus supuestos cómplices.

Las coimas

«Verdes» para la Cámara de Casación.

En el siguiente diálogo, Ángel Stafforini, el contador de la Unión Ferroviaria y vicepresidente del Belgrano Cargas, le informa a Pedraza acerca del dinero destinado a sobornar a los jueces de la Cámara de Casación y de su empeño para reunir los 75 mil dólares necesarios.

Ángel Stafforini: —José, Ángel.

José Pedraza: —Sí.

A. S.: —Mirá, le mandé un par de mensajes. Lo primero que me contestó es que estaban al tanto vos y Juan José (N. de la R.: se refiere a Juan José Riquelme, ex agente de la Side que actúa como intermediario) que eran verdes; le mandé que más que 50 no llegaba y me dijo que lo máximo que se estiraba para abajo eran 75, este, que ya los había usado toda la negociación en diciembre, que menos no podía este... bueno, no, no, no sé, empiezo a ver si consigo los 75.

J. P.: —Bueno, fijate, fijate (ininteligible).

A. S.: —Bueno, me empiezo a fijar a ver qué hacemos.

J. P.: —Sí.

A. S.: —Bueno, bárbaro.

J. P.: —Listo.

A. S.: —Bárbaro, chau, hasta luego.

Once

¿Cómo es el ruido del hierro cuando se dobla, cuando se encoge, cuando se destroza al abandonar su molde industrial originario para convertirse en otra cosa, en un metal mortal? ¿Cómo es el crujido del hierro que será un sonido que retornará y retornará siempre a las memorias de los sobrevivientes de la masacre ferroviaria de Once y que también habrá sido el último sonido escuchado por sus 51 víctimas fatales?

A las ocho y media del miércoles 22 de febrero de 2012 se produjo una de las mayores tragedias ferroviarias de las últimas décadas. Por el rol que le cabe a sus responsables, una masacre. Un asesinato colectivo.

Los hermanos Mario y Claudio Cirigliano comenzaron su auge bajo el mandato del presidente Carlos Menem. En 1995, el riojano les entregó la concesión de Trenes de Buenos Aires (TBA) mediante el decreto 730/95. Hasta ese momento, la familia sólo era dueña de las líneas de colectivos 61 y 62, negocio en el que había incursionado el patriarca Nicola Cirigliano, un inmigrante italiano que se había desempeñado como chofer de colectivos. Con la concesión del ferrocarril empezaría un ascenso que no tuvo interrupciones jamás, ni siquiera bajo los gobiernos kirchneristas, lo cual demuestra otra de las continuidades entre los años noventa y la actualidad. El Estado se comprometió a pagar setenta millones de dólares por diez años por la reparación de la flota de trenes de las líneas Sarmiento y Mitre. La expansión del grupo Cirigliano los llevó a ser dueños de empresas de transporte (Grupo Plaza), concesiones públicas (TBA, Trenes de Buenos Aires), seguros (Lua La porteña), construcción de material ferroviario (Emfersa), construcción

de carrocerías de buses (Tatsa) y hasta incursionó en concesiones públicas en el exterior (Opportrans, Metro de Río de Janeiro) o proyectos binacionales, como el tren argentino uruguayo.

Según el informe del diputado del ARI Sebastián Cinquerrui, «en 1998 TBA realizó compras con sobreprecios del orden del 4.000 por ciento, como fue el caso del programa de renovación y puesta a punto del material rodante y del parque tractor de la empresa, material de origen japonés marca Toshiba fabricados durante la década del 60». Entre los materiales comprados con sobreprecio se encontraban los vagones del tren accidentado este miércoles. Un accidente que no fue un rayo en cielo sereno. Por el contrario, marcan la forma de funcionamiento de la «burguesía nacional» que este gobierno decidió «reconstruir». El informe de Cinquerrui brinda una cifra escalofriante: hasta 2004, la concesión de TBA en el Sarmiento y el Mitre se habían producido 2.077 accidentes, provocando 665 heridos y 1.372 muertos. Estas cifras no tienen en cuenta los 212 heridos y 11 muertos del choque entre un tren de TBA en la estación de Flores con un colectivo, que había pasado con una barrera baja que se mantenía en una posición angular de 45° desde hacía diez días. O los 50 heridos del choque del Mitre en Palermo. Ni los 51 muertos y más de 700 heridos de la masacre de Once ocurrida en febrero.

Los Cirigliano tuvieron una activa participación en el negocio de la tercerización en el ferrocarril. De hecho, su empresa Emfer reparaba los coches que provenían de TBA y de Ugofe en general (Ugofe es la asociación estatal con los concesionarios privados del ferrocarril, integrada por el grupo Romero, el grupo Roggio y el grupo Cirigliano) mediante fondos provistos por el Estado. El Estado paga todos los sueldos, también, de los trabajadores de Ugofe. Los Cirigliano aportan el know how para hacer crecer su portfolio de empresas y billeteras abiertas para recibir subsidios en un negocio absolutamente redondo. En 2003, en pleno momento de salida de la crisis económica, TBA declaró haber repartido dividendos entre sus accionistas por 80 millones de pesos. Los índices de crecimiento de la

economía posteriores aumentaron el nivel de flujos de esas ganancias. En 2012 está previsto que TBA reciba más de dos millones de pesos en subsidios estatales por día, totalizando 832,5 millones de pesos anuales. Dinero estatal conseguido, también, a fuerza de lobby, corrupción y dádivas. La Cámara Federal porteña consideró probadas la entrega de dádivas y el pago de viajes por parte de Claudio Cirigliano hacia Ricardo Jaime, predecesor de Juan Pablo Schiavi en la secretaría nacional de Transporte.

La diversificación de negocios para los amigos que propone el kirchnerismo también vale para los Cirigliano, quienes obtuvieron el contrato por la fabricación de 1 millón doscientos mil conversores digitales por la friolera de 160 millones de pesos.

Al momento de los acontecimientos de Once, los Cirigliano no recibían subsidios y organizaban sus negocios de la mano de Juan Pablo Schiavi, antiguo jefe de campaña de Mauricio Macri devenido en kirchnerista. Hombre que ascendió a la Secretaría de Transporte de la Nación luego de la caída del íntimo asesor de los Kirchner Ricardo Jaime. Quien se encontraba en una reunión con empresarios ferroviarios, ejecutivos de las empresas tercerizadoras del ferrocarril y José Pedraza y Juan Carlos «El Gallego» Fernández mientras Mariano Ferreyra era asesinado en una calle del barrio de Barracas. El mismo hombre que el día de la masacre de Once brindó una conferencia de prensa en la que no aceptó preguntas y que planteó que si el hecho hubiera ocurrido durante el feriado celebrado el día anterior, «hubiera sido una cosa mucho menor».

Los demás funcionarios kirchneristas prefirieron el silencio. En los medios kirchneristas, ese silencio fue traducido de modo extremo cuando Sergio Szpolski, dueño junto a Matías Garfunkel del Grupo 23, decidió parar las rotativas en las que se estaba imprimiendo un nuevo número de la revista Veintitrés, ya que la nota que analizaba el caso Once deslizaba críticas a funcionarios estatales encargados del control de la concesión. La nota fue modificada, la firma de Tomás Eliaschev eliminada y reemplazada por la de un «Equipo de Sociedad» y las críticas al gobierno desaparecieron hasta que no quedó ninguna. La revista retrasó un día su salida a la La presidenta Cristina Fernández no emitió opinión sobre las víctimas ni el accidente sino hasta cinco días más tarde, cuando en el acto en Rosario por el día de la bandera se refirió a los muertos señalando su propia experiencia como viuda de Néstor Kirchner y le demandó a la justicia que actúe en quince días. Algunas definiciones sobre el asunto tardarían mucho más tiempo en llegar.

¿Cómo se siente sobrevivir, salir de un vagón destrozado tambaleando, ayudar a los heridos, ver a los mutilados, o ser un trabajador ferroviario, moverse en auto desde las estaciones de Flores y Caballito ante el alerta de los trabajadores de evasión y boleterías de la estación plaza Miserere y ayudar en esos primeros minutos a sacar a los heridos, a las mujeres cuyas remeras estaban manchadas de sangre, a los niños, a los trabajadores que iban a cumplir sus tareas desde el oeste no tan lejano y que desde ese momento y para siempre se convertirían en lisiados, por toda sus vidas? ¿Cómo se siente presionar rítmicamente sobre el pecho de un niño de siete años para tratar de reanimarlo en medio del caos de un andén atiborrado de heridos y presionar una vez, dos, tres, y otra vez, y esperar que el niño se reanime y sobreviva, pero no, porque el niño muere?

El 24 de mayo de 2012, tres meses y dos días después de la masacre de Once, el gobierno nacional mediante el decreto 793/12 rescindió el contrato que le otorgaba la concesión de los ferrocarriles Sarmiento y Mitre a la empresa TBA, propiedad del grupo Cirigliano. El anuncio fue realizado por Julio De Vido, al frente del ministerio de Planificación desde 2003, cuando el fallecido Néstor Kirchner asumiera su presidencia, hace 9 años. Las primeras voces celebratorias debido a la caída de la concesión a TBA —responsable por brindar un servicio infrahumano a los miles de usuarios que cada día toman el tren del Oeste— se expresaron en, por ejemplo, afiches como los que sacó la JP Evita, en las que se agradecía a la «compañera coraje» (en referencia a la presidenta Cristina Fernández) y en los que se postulaba que «soberanía es recuperar lo que nos

robaron». Sin embargo el decreto no planteaba la estatización del servicio ferroviario en esas líneas, sino que se lo otorgaba a Metrovías, del grupo Roggio, y Ferrovías, del grupo Romero, bajo control de la secretaría de Transporte.

Roggio es un grupo empresario emblemático de la burguesía nacional, sujeto social central para el kirchnerismo, cuyo programa estableció la necesidad de «reconstruirla» luego de la enorme crisis económica que tuvo su pico en 2001/2002. Los orígenes de la compañía se remontan a 1908, cuando el patriarca Benito Roggio, inmigrante italiano, instaló en Córdoba una pequeña empresa constructora continuada luego por sus hijos Marcelo y Vito. El caudal de la compañía dio un salto exponencial en la década del treinta, se consolidó en el segundo mandato de Juan Domingo Perón y tuvo un crecimiento inaudito en los setenta de la mano de contratos convenidos con el Estado que se multiplicarían una vez llegada la dictadura en 1976. Entre 1976 y 1983, el grupo construyó las instalaciones del canal ATC en la avenida Figueroa Alcorta; la Central Térmica de Tucumán; el aeropuerto, los Tribunales y la Central de Policía de Córdoba; el estadio mundialista Chateaux Carreras y empezaron a recoger la basura en la ciudad de Buenos Aires gracias a su relación con el intendente Osvaldo Cacciatore. En una entrevista con Luis Majul para su libro Los dueños de la Argentina, el actual mandamás de la compañía Aldo Roggio expresaba: «Yo parto de que acá hubo una guerra y en la guerra pasan cosas. En ese momento yo estuve de acuerdo con la guerra contra la subversión. Ha sido un parto doloroso pero necesario para el país».

La empresa expandió sus áreas de intervención e incursionó en la informática y las privatizaciones menemistas de la década de los noventa les permitieron quedarse con Metrovías, el ferrocarril Urquiza, los peajes de varias rutas mediante las empresas Covisur, Coviares y Puentes del Litoral y el servicio de recolección de basuras a través de Cliba, además de que le fueron otorgadas las concesiones para el mantenimiento de miles de kilómetros de rutas. En esos años los Roggio fundaron

en Córdoba, su ciudad de origen, el *think-thank* neoliberal del ministro menemista de economía Domingo Cavallo conocido como Fundación Mediterránea.

El subte fue escenario de sus salvajes políticas de ajuste antiobrero, que incluyeron la extensión de la jornada laboral, el despido de gran parte del plantel de trabajadores y la recontratación de nuevos trabajadores bajo el sistema de empresas tercerizadas. Este estado de las cosas sólo comenzó a recomponerse debido a la recuperación gremial de la parte laboriosa del subterráneo cuando sus operarios lograron dotarse de un cuerpo de delegados combativo. Sin embargo, su metodología de crear empresas tercerizadas contratadas por la empresa madre Roggio, que le permitía acaparar no sólo mayor cantidad de subsidios estatales, sino extraer una mayor cantidad de ganancia de la fuerza de trabajo al establecer convenios a la baja, mayores ritmos de trabajo y menores salarios, se extendió en todo el grupo y se profundizó durante el kirchnerismo.

El grupo Roggio no sólo creó empresas para realizar el procedimiento de la tercerización, sino que también lo hizo para acaparar contratos y subsidios. En la actualidad, el subterráneo no sólo es comandado por la empresa madre Metrovías —del grupo Roggio— sino que establece contrataciones estatales con otras empresas del mismo grupo: Metronec, encargada de la explotación de los espacios comerciales y publicidad; Benito Roggio Transporte, que presta servicios de asesoramiento en la gestión y administración del servicio; Taym, encargada de la limpieza; Cía. Metropolitana, empresa de seguridad; CPS, que le vende a Metrovías el sistema de comunicación a través de fibra óptica y softwares; Cía Latinoamericana, para cableados e infraestructuras; Neoservice para llevar adelante servicios en general; Benito Roggio Ferroindustrial, para brindar soluciones para la industria ferroviaria en general; Prominente SA, encargada de la operación del departamento de Sistemas de Metrovías, y otras compañías como Ferrometro, Traditum o Metroline. En 2010 Metrovías repartió 150 millones de pesos entre sus accionistas, mientras que las ganancias de las otras

empresas del subterráneo del mismo grupo no revelaron sus balances públicamente.

El 18 de mayo la Anses (Administración Nacional de la Seguridad Social), comandada por Diego Bosio, presentó unas denuncias ante la Comisión Nacional de Valores por irregularidades promovidas por el grupo Roggio a través de la concesión de contratos a empresas de su propiedad que habrían permitido no declarar ganancias por más de 100 millones de pesos. Cinco días más tarde, el gobierno nacional premiaba a los Roggio otorgándole la concesión de las vías que antes administraba TBA.

Los Roggio no son nuevos en el negocio de administrar las vías férreas que pertenecen al Estado pero que, en lógica neoliberal, el kirchnerismo sigue concesionando a empresarios privados. El grupo administra en distintas sociedades las vías del ferrocarril Urquiza, San Martín, Belgrano Sur, Belgrano Cargas y el Roca, el ferrocarril que más usuarios transporta en esta región del continente. En el San Martín, Belgrano Sur y Roca, los Roggio son socios —a través de Ugofe (Unidad de Gestión Operativa Ferroviaria, en la que se asociaron al Estado) de la empresa Ferrovías, del grupo Romero.

No es ideológico. No se trata simplemente de que formen parte de la burguesía nacional, esa clase social que subsiste y se reconstruye (tal como plantea el proyecto kirchnerista) en base a la hiperexplotación de la fuerza laboral de los trabajadores argentinos. La historia de los Roggio los marca a fuego como parte de ese núcleo de empresarios que usufructuaron los recursos de la república en cada momento en contra de sus habitantes: bajo la dictadura, durante el alfonsinsmo, bajo el menemismo, durante el kirchnerismo y hasta la actualidad. El juicio que dilucidará las responsabilidades por el asesinato de Mariano Ferreyra mostrará el rol expoliador y criminal de estos grupos en el entramado de ese crimen. Hasta este momento, siguen siendo premiados.

Mientras los trabajadores del Sarmiento reunidos en asamblea, tanto como los de la seccional Victoria, del ferrocarril Mitre, vo-

taban que el ferrocarril debía pasar a manos del Estado y con la supervisión de comisiones de control obreras, el Estado decidió algo distinto. El gobierno de Cristina Fernández les dio a los Romero y a los Roggio el control de más vías férreas. Un premio. Un cambio de figuritas que simula el cambio para que nada cambie.

Pablo Paéz trabaja en la línea Sarmiento en el área de Sistema y Mantenimiento. «Existen unas condiciones mínimas establecidas para que un tren salga —asegura—. Pero no se cumplen. Los compresores pueden estar andando mal, lo que provoca que se cierre el freno. Sin embargo, en una formación de ocho vagones, si hay cuatro que anden el motorman lo saca. Esto sucede por el rol de los supervisores y la orden de la empresa que dice: "Los trenes tienen que salir sí o sí". Es una política de hace muchos años, alentada por el gobierno, que dice que los trenes deben salir porque si no hay riesgos de que se rompa la paz social. Los trenes tienen que andar, no hay que tener el servicio parado, sea como sea. Por eso trabajamos aunque El mantenimiento de las vías o de las señales no funcione. No hay formaciones de repuesto por si un tren se cancela y por eso se juega siempre en el límite. Lo que pasó ayer estaba anunciado. Los sistemas de frenos andan de forma defectuosa, pero la pericia de los motorman hace que sepan cómo manejarlos, los hacen frenar con otros métodos en la estación. Empiezan a tirar el freno desde antes. Lo más normal es que, como consecuencia de este mal andar de los frenos, te quede un vagón afuera del andén. Eso pasa porque se empieza a frenar mil metros antes empiezan a frenar. Pero en una estación un vagón te queda afuera. Tal vez ayer no funcionó, y era una cabecera, no había margen para que quede nada afuera. Esos siete metros que se incrustó el tren son los que marcan que el vagón hubiera quedado afuera del andén. Acá se dieron de lleno contra la cabecera. No sólo trabajamos así como consecuencia de la presión directa que sufrimos por parte de la empresa, sino porque nos han llevado a la naturalización de esta forma de trabajo, por esa decisión de que los trenes tienen

que moverse, por esa consigna. Ayer los compañeros que estaban en las estaciones de Caballito y Flores se movilizaron en sus autos o como fuera hasta Once para empezar a ayudar con el rescate antes de que llegaran los bomberos. Los compañeros salieron a sacar cuerpos, pilas de cuerpos horizontales, gente muerta, todos los de evasión de Caballito y Flores fueron de raje en auto, fueron de una a tirarse a sacar gente, algunos de los que rescataban se murieron en las camillas. Estaban mal los compañeros. Todos estábamos muy mal».

«Siempre es más fácil echarles la culpa a dos perejiles que hacerse cargo de las responsabilidades», dice Gustavo Bulacio, más conocido en Paso del Rey como «Lechu», impulsor de la murga local, de oficio ferroviario en los trenes que unen el oeste con Plaza Miserere, en la ciudad de Buenos Aires. Bulacio sabe de lo que habla. Todos los días desde hace cinco años recorre esas distancias revisando los vagones en su rol de guarda, cargo que lo distingue por ser el encargado de abrir las puertas, controlar los frenos, comunicarse con el motorman permanentemente. Desde hace un año comparte ese recorrido con Marcos Antonio Córdoba, el conductor del tren que chocó el miércoles en la cabecera del ferrocarril Sarmiento y produjo 51 muertos y más de siete centenares de heridos.

Ese día, Miguel Angel Gerónimo le pidió que lo suplantara en su turno ya que debía viajar. Bulacio accedió, y quizás le deba la vida a esa decisión. «Como ese día no fui a trabajar por la mañana aproveché para dormir hasta tarde. Un amigo me llamó y me despertó y preguntó si estaba bien, pues habían chocado dos trenes. Le corté porque pensé que me estaba haciendo una broma. Después me llamó mi vieja. Ahí prendí la tele. No lo podía creer», cuenta. La charla se desarrolla a pocos días de la tragedia en el andén de la estación Paso del Rey, mientras una barrera permanece baja y los autos atraviesan la vía. «Está así desde hace media hora», dice Bulacio, «debería haber un trabajador levantando manualmente la barrera, pero no mandan a ninguno». Mientras tanto, los autos cruzan de un lado a otro de los rieles sin que la alarma deje de sonar.

—*¿Cómo es Córdoba como trabajador?*

—Es muy correcto. Hace un año que trabajamos juntos, en el mismo turno, y nunca tuve ningún accidente con él. Yo he tenido cinco accidenes en la vida, pero ninguno junto a Cordobita. Por el contrario, es un tipo muy responsable. Por ejemplo, no se quedaba tarde en las reuniones si tenía que trabajar temprano. Es lo que cualquier otro podría hacer, pero Marcos Antonio siempre decidía irse a dormir a su casa.

—*¿El guarda y el maquinista comparten las decisiones de funcionamiento del tren?*

—Cada uno tiene sus áreas. Hay partes que relevamos juntos, pero el motorman conoce algunas cosas que no están bajo la incumbencia del guarda. Cordobita algunas veces decidió que el tren no podía seguir, era muy responsable en ese sentido. Fue criado por Chicho Velázquez, que es como su papá, que también es maquinista. Córdobita mamó el oficio.

—*¿Qué supone que pasó ese día?*

—Eso sólo lo sabe Cordobita, pero se debe a que los trenes no están en condiciones. Es fácil echarles la culpa a dos perejiles que hacerse cargo de las responsabilidades, que echarse la culpa ellos mismos, al Gobierno, a la empresa. Si se cumplieran los requisitos que se piden, no se movería ni un tren, ni uno solo. Salen formaciones sin todos los frenos a punto, con las puertas abiertas, recargados de gente.

Los Piantados, la murga dirigida por Bulacio y de la que participan su esposa y sus hijos de 16 y 12 años, iba a participar del corso nacional que se iba a celebrar en la avenida 9 de Julio y fue suspendido. «Es jodida esta situación —evalúa Bulacio—. Hay alguna gente que ve el uniforme y las siglas de TBA y grita: "¡Asesinos!" El otro día mi hija me dijo: "Papá, vos podrías haber estado en ese tren, ¿y qué habría pasado?"» Es difícil responder y tranquilizar.

Marcos Córdoba, el maquinista de la formación que impactó de lleno en la estación de Once, fue condenado de antemano por las instituciones, ya que no por sus compañeros y el

público en general, que percibió en su figura la de un «perejil» al que se querían cobrar culpas ajenas.

Los peritos oficiales señalaron que el accidente se debió a una falla humana del conductor. Sin embargo, es necesario señalar que Néstor Luzuriaga y Juan Alfredo Brito, peritos designados por la Justicia y que pertenecen al posgrado de Ingeniería Ferroviaria de la Universidad de Buenos Aires, fueron cuestionados por delegados sindicales de TBA ya que los sindicaron de trabajar para la empresa concesionaria. Este cronista pudo constatar que, al menos uno de ellos, Juan Alfredo Brito, realizó actividades de consultoría para Ugofe S.A. Línea San Martín y que procuró «estudios y desarrollos» para Ugofe, según consta en su currículum. El documento precisa que a fines de 2008 Brito desarrollaba esas tareas para la empresa, una de cuyas patas estaba compuesta por el grupo Cirigliano, ex concesionario de TBA. Néstor Luzuriaga, telefónicamente, dijo no poder responder sobre sus antecedentes laborales ya que rige el secreto de sumario.

—*Es una pregunta simple, ¿usted trabajó para TBA o para Ugofe?* —*insistió este cronista.*

—No voy a responder ninguna pregunta. Te lo estoy tratando de decir bien, cualquier consulta hacésela al juez.

«Todas las pruebas las hicieron sobre los últimos cuatro coches, pero sin ningún peso, ya que no se contó el que proporcionan los pasajeros, que provocan una inercia muy importante —cuestiona Edgardo Reinoso, combativo dirigente del ferrocarril Sarmiento—. Dicen que los frenos funcionaron, pero no con cuántos compresores, además de que las pruebas se realizaron sobre trenes distendidos por cuatro días. No son pericias indicativas, señalan una parcialidad».

«Quieren desviar las responsabilidades —denuncia Rubén «El Pollo» Sobrero, el rubio dirigente del ferrocarril que lleva al Oeste—. Si bien la empresa tiene un papel directo, para que pudiera hacer lo que hizo, tuvo complicidades muy grandes desde la secretaría de Transporte que manejaba Schiavi; de la subsecretaría de Transporte Ferroviario que sigue en manos

de Antonio Guillermo Luna, que está en su puesto desde la época de Jaime; de Eduardo Sicaro, de la CNRT que cajoneó todas las denuncias que hicimos estos años sobre el mal manejo de TBA».

«Las pericias no dicen que hay un freno alternativo que desde 2001 está anulado en todas las formaciones —retoma Reinoso—. Es un freno que reduce la velocidad de 70 km/h a 30, ya que invierte los campos de fuerzas, como si un auto se pusiera marcha atrás. Pero desde 2001 que TBA lo anuló. Las pericias no son independientes. El juez Bonadío, al haber aceptado al Estado como querellante cuando todos sus organismos son parte del problema y son culpables, muestra esta parcialidad al aceptar como peritos a empleados de TBA. La voz de los trabajadores, que deberíamos controlar el ferrocarril junto a los usuarios, no está en esas pericias. El motorman Córdoba sobrevivió, pero necesitan este andamiaje para culpabilizarlo, ya que de otro modo se revelaría el entramado de complicidades empresariales y gubernamentales».

El sindicato también se alejó de Córdoba. Es decir, le pagó una abogada, Valeria Corbacho, para que se ocupe de su defensa. Los antecedentes de la letrada incluyen la defensa de varios inculpados por delitos de lesa humanidad cometidos bajo la última dictadura, como el represor Luis Patti, Samuel Miara, Roberto Rosa o Eufemio Uballes. El espía Ciro James —implicado en el espionaje a las víctimas de la AMIA por parte del gobierno macrista— cumple funciones como abogado en el propio estudio de Corbacho.

Peor aún: Corbacho es la defensora del policía David Villalba, sospechado de haber ayudado a liberar la zona durante el asesinato del militante del Partido Obrero Mariano Ferreyra a manos de una patota de la Unión Ferroviaria.

¿Por qué un sindicato contrataría como abogada de uno de sus representados a una letrada con estos antecedentes? Hay quienes recuerdan que Julio Adolfo Sosa, uno de los máximos dirigentes de La Fraternidad, figura como informante del Ba-

tallón 601 durante la última dictadura. También es notable que el gremialista Antonio Guillermo Luna sea subsecretario de Transporte Ferroviario. Según las denuncias realizadas por los trabajadores del ferrocarril en la causa que investiga el asesinato de Mariano Ferreyra —como el ex gerente de Ugofe, José Luis García—, Luna tendría implicancia directa en el desvío de subsidios destinados al mantenimiento de las formaciones y el pago de salarios. Por lo tanto, si la Justicia deslindara la responsabilidad en la «falla humana» y profundizara en las causas estructurales del accidente de la estación Once, también debería investigar la responsabilidad de Luna. Hay quienes sospechan que existe una pata sindical en el operativo de inculpamiento de Córdoba.

Esta sospecha ganaría densidad cuando se supo que, en su declaración, Luna culpó al maquinista por la tragedia, deslindando toda responsabilidad propia. La periodista Graciela Mochkofsky contó en su imprescindible crónica Once. Viajar y morir como animales que el sindicato había dado la orden a sus afiliados de guardar silencio sobre el caso: «Leonardo Astrada me dijo que el gremio les había dado órdenes de permanecer callados». Luna, que había sobrevivido en su puesto de funcionario kirchnerista a Jaime, a Schiavi, al caso Mariano Ferreyra y a la masacre de Once parecía dispuesto, con el aval gubernamental y de su sindicato, a seguir ahí hasta cuando pudiera. Sin embargo, dos semanas después de la masacre de Once renunció. Schiavi adujo razones de salud. Nada dijo sobre los acontecimientos del 22 de febrero de 2012.

Por abajo, la reacción fue distinta.

Una semana después de que ocurrieran los sucesos de Once, los trabajadores ferroviarios enrolados en la Unión Ferroviaria (y a contrapelo de su dirección burocratizada) comenzaron a plantear una salida a la grave crisis del ferrocarril.

La línea Sarmiento —la misma que atraviesa las localidades del oeste donde vivían las víctimas fatales y donde vivirán los heridos y mutilados— fue el escenario donde se realizó gran asamblea de 800 trabajadores de TBA, intervenida por el gobierno. Por su concurrencia, fue una de las más grandes de los últimos tiempos. La deliberación obrera tuvo lugar en la seccional Haedo. Edgardo Reinoso contó: «Resolvimos convocar a una movilización para el viernes 2 de marzo a las 17 horas y llamamos a todas las organizaciones a concurrir. A la CGT, a la CTA, a organizaciones sociales y partidos políticos. En especial, llamamos a los familiares de las víctimas de la masacre de Once para que nos acompañemos juntos en el pedido de castigo a los verdaderos responsables de la masacre. Hemos votado una salida a esta situación del ferrocarril: que se vaya TBA, que se reestaticen todos los trenes en una sola empresa bajo control de los trabajadores y los usuarios. Esa es la única posibilidad de solución al estado desastroso del ferrocarril hoy». Reinoso es directivo de la seccional junto a Rubén «El Pollo» Sobrero. La lista Bordó, que ellos integran, denunció junto a todo el activismo clasista la situación de degradación y falta de mantenimiento de las formaciones ferroviarias. Nadie los escuchó.

También hubo asambleas en otras líneas dirigidas sindicalmente por el oficialismo (cuyos líderes máximos, José Pedraza y Juan Carlos «El Gallego» Fernández, están presos por ser los presuntos autores intelectuales del asesinato de Mariano Ferreyra). En la línea Mitre, también administrada por TBA intervenida, hubo deliberación. «Me enteré de la asamblea a las cuatro de la mañana cuando entré a trabajar —dice el guarda Rodolfo Kents, miembro de la lista Bordó—. La asamblea se difundió de boca en boca y a las diez de la mañana éramos trescientos trabajadores del turno mañana en la seccional Victoria. Los trenes corrían con supervisores».

Mario Rodríguez, de la directiva nacional de la Unión Ferroviaria, se hizo presente en el lugar. «Había dos puntos en el temario: las paritarias y la intervención —relata Nelson Bas, técnico mecánico y miembro de la Agrupación Causa Ferroviaria—. No dijeron nada de cómo iban las paritarias, sólo informaron que continuaban. Luego comenzó el segundo punto del temario. Rodríguez informó que habría intervención por 15 días y que no corrían peligro los puestos de trabajo».

Los trabajadores pidieron la palabra. Algunos, según relatan los testigos, tuvieron intervenciones catárticas: «No quiero ser cómplice de un asesinato. TBA asesinó a 51 personas», dijo un ferroviario. «Hace mucho que venimos callando —intervino otro—: este año tuvimos tres electrocutados en los vagones». «Se viaja y se trabaja a la miseria», agregó uno más.

«Ante las posiciones de los compañeros, el directivo Rodríguez dijo que el sindicato venía haciendo denuncias y que no querían que la salida fuera otro Ugofe, que es una privatización disfrazada de estatización —explica Kents—. Los compañeros seguían interviniendo muy calientes».

«Tenemos que hacer intervenir al Estado y sacar a los vaciadores», reclamó un ferroviario. «Se tiene que reestatizar y lo tenemos que controlar los trabajadores», dijo otro. En ese momento, Rodríguez anunció que se reuniría con el interventor y que le transmitiría que la posición era la de «la reestatización del ferrocarril controlado por los trabajadores, los usuarios y las organizaciones sociales y políticas que quieran intervenir en el proceso».

La posición, anómala en un directivo de la lista Verde —nido del cuál surgieron burócratas corrompidos por los negocios estatales y que llevaron adelante crímenes contra su propia clase al erigirse en empresarios tercerizadores o al planificar el ataque que culminó con la vida del militante del PO M. Ferreyra—, fue festejada por los trabajadores. Sin embargo, los activistas de la oposición actuaron rápido para que no quede como una frase demagógica dicha al calor de la rabia obrera.

«Empezamos a pedir que se vote la consigna —continúa relatando Bas—, a la vez que planteamos que no debía quedarse en un papel solamente, sino que teníamos que llevar adelante una campaña para difundir nuestra salida. Difundirla entre los usuarios, en los otros ferrocarriles, hacia toda la sociedad».

«La justicia no va a hacer nada con el accidente, nosotros tenemos la posibilidad de rajar a los concesionarios», exclamó un trabajador. Y propuso: «Votemos ahora».

«¡Vamos a votar! ¡Vamos a votar», fue el grito que ganó desde los márgenes hasta el centro de la asamblea y la mesa

de dirección sometió la moción a votación. La propuesta de salida a la crisis ferroviaria: «Reestatización del ferrocarril bajo control obrero y de los usuarios y organizaciones sociales en el Mitre, el Sarmiento y demás líneas ferroviarias» fue votada por unanimidad. También se levantaron las manos para votar a favor de una «campaña con los usuarios para alentar la movilización del viernes».

Luego de constatarse la votación, hubo aplausos y la sensación de estar tomando un rol en los hechos ganó la conciencia de los trabajadores. Acababan de intervenir con su propia política en la crisis desatada por la masacre de Once. Por esos muertos y heridos responsabilidad de sus patronales y la desidia gubernamental, muertos y heridos de los que los trabajadores no querían sentirse cómplices.

No en todos los lugares fue así. Este cronista se comunicó con la sede de la Unión Ferroviaria, donde le comunicaron desde el área de prensa que «la dirección, hasta que no se sepan las causas de por qué pasó el accidente, no va a emitir ningún tipo de opinión».

Todo un contraste con la decisión que acababan de tomar las bases ferroviarias en un momento álgido para el país.

Una actitud solidaria y de clase que también tuvieron los trabajadores de Emfer, metalúrgica donde se fabricaban vagones para TBA. Sumidos en la incertidumbre por sus puestos de trabajo, sin cobrar los sueldos y en medio del comienzo de un plan de lucha por la estabilidad laborar —eran proveedores exclusivos de la empresa a la que se acababa de desconcesionar el Sarmiento y el Mitre—, los trabajadores detectaron maniobras fraudulentas de los empresarios. Emfer está ubicada en el centro neurálgico de las operaciones de TBA —en el mismo espacio, también opera Tatsa (que provee material rodante a colectivos— y la central administrativa del grupo Cirigliano (que también se ocupa de las líneas de transporte agrupadas en la empresa Ecotrans). De madrugada, los trabajadores se percataron del traslado de papeles, carpetas y archivos que se colocaron en dos volquetes a los que se prendió fuego. Resca-

taron restos de facturas y libros que daban cuenta del estado contable de la compañía, números internos que la empresa TBA habría querido hacer arder para eliminar como evidencia de sus negociados. En otras instalaciones, en el espacio donde se ubicaba un tanque de agua, también habían sido escondidas grandes cantidades de papeles contables. El 4 de junio de 2012 el juez Claudio Bonadío —a cargo de la investigación de los sucesos de Once— dictó la prisión de Claudio Cirigliano, Carlo Michele Ferrari —presidente de TBA—, Darío Tempone —gerente operativo de la compañía— y Daniel Rubio —director de administración— acusados de intentar obstruir la justicia. Semanas más tarde fueron liberados.

El fiscal Federico Delgado pidió el 21 de junio de 2012 el procesamiento de todos los imputados por el accidente de Once. La lista incluye a los ex secretarios de Transporte Juan Pablo Schiavi y Ricardo Jaime; al presidente de Cometrans Claudio Cirigliano; al titular de TBA, Carlo Michele Ferrari; al directivo de TBA Antonio Cirigliano; y al motorman Marcos Córdoba. También alcanza al asesor administrativo financiero del gerente de administración y finanzas de esa empresa, Antonio Cirigliano, a Jorge de los Reyes, vicepresidente de TBA y gerente de Ingeniería y Obras de Inversión; Oscar Gariboglio, vicepresidente de Cometrans; y de los directores de TBA Carlos Esteban Pont y Francisco Adalberto Pafumi. El fiscal también pidió el procesamiento de Miguel Werba, director suplente y accionista de Cometrans SA; Daniel Rubio, gerente de administración y finanzas de TBA; Jorge Alvarez, vicepresidente de TBA; y Laura Aída Ballesteros, directora de TBA, entre otros. Además, de los directores de TBA Víctor Astrella, Antonio Marcelo Suárez, Guillermo D'Abenigno; Gustavo Zeni Jaunsaras, director suplente al igual que Víctor Heinecke; los directores de Cometrans Alejandro Lopardo y José Doce Porta; el presidente de TBA, Marcelo Alberto Calderón; y Sergio Tempone, gerente de operaciones. El listado incluye a Roque Cirigliano, gerente de material rodante; Daniel Lodola, gerente de la línea Sarmiento; Pedro Ranieri, jefe del taller de

Castelar; Luis Ninona, jefe de material rodante y gerente de las líneas Mitre y Sarmiento; Santiago Kaplun, accionista de TBA; el abogado Carlos Alberto Lluch, apoderado de TBA; y al maquinista Córdoba. Entre los funcionarios, además de Schiavi y Jaime, aparecen Guillermo Antonio Luna, subsecretario de Transporte Ferroviario; Pedro Ochoa Romero, interventor de la Comisión Nacional de Regulación del Transporte (CNRT) desde el 9 de febrero de 2004; y Antonio Eduardo Sícaro, quien ocupa ese cargo desde el 11 de diciembre de 2007.

«Hubo muchas negligencias y no todas ocurrieron en el mismo tiempo. Sin embargo, todas fueron eslabones de una cadena que se cerró el 22 de febrero», argumentó Delgado.

Según el dictamen, «las tareas periciales fueron decisivas tanto para la responsabilidad que le cupo al maquinista como a los funcionarios del Estado y directivos de TBA».

Sobre el destino de los subsidios, el fiscal fue terminante: «Las transferencias efectuadas por el Estado Nacional a favor de TBA equivalentes al monto de 1.924.625.755, 67 de pesos no fueron a parar a donde debían».

Los imputados declararon ante el juez Bonadío

¿Cómo se trajina hospitales en busca de un ser querido que tomó el tren por la mañana en la estación Haedo o en la estación Paso del Rey o en la estación Ramos Mejía, temprano, para llegar a tiempo al lugar de trabajo, pero al que nunca llegó, y caminar entonces de hospital en hospital, con la foto carnet del hijo que fue al trabajo pero que no llegó, o la esposa embarazada de seis meses cuyo celular sigue sonando en el vagón chocado en Plaza Miserere cada diez o veinte minutos de llamadas y llamadas insistentes o con la foto de la hija, impresa en blanco y negro, flaquita, de pelo largo, morocha, que iba a trabajar, a prestar servicios, a vivir su vida como la vivía todos los días pero que no llegó? ¿Cómo se decide dejar de buscar en hospitales para, entonces, dirigirse a la morgue y,

entonces, reconocer si ese cadáver que se buscó toda la noche es el del ser querido?

Cada uno de los muertos, cada uno de los heridos, cada uno de los sobrevivientes de la masacre de Once se convirtieron en protagonistas del drama trágico de los ferrocarriles argentinos. Cada persona que despertó con las imágenes de la muerte (ya sea por haber estado allí o por haber visto los acontecimientos por la televisión) en sus retinas no olvidará jamás ese día. No hubo forma de disimular la crisis con ningún relato: la muerte de cincuenta y un personas así expuesta conforma el grado cero del relato: no admite metáforas ni justificaciones.

Antes de ser cincuenta y un muertos fueron cincuenta. Paolo Menghini y María Lujan Rey buscaron desde las ocho y treinta y tres de ese 22 de febrero a su hijo Lucas que habitualmente tomaba el tren Sarmiento para llegar al centro, donde trabajaba en un call center como decenas de miles de jóvenes que son hiperexplotados por las empresas de esa actividad. En Once les dijeron que allí no estaba su hijo. Lo mismo les dijeron en cada uno de los hospitales —todos— que recorrieron. Las autoridades del área señalaron que el rastrillaje en la estación había concluido. Esa afirmación producía que Paolo y María Lujan no desertaran de la búsqueda de su hijo que, si no estaba muerto, entonces estaba vivo. Pero no. Sesenta horas después el personal a cargo de su búsqueda —luego de que Paolo viera en los videos cómo la silueta inconfundible de su hijo ingresaba al vagón por una ventana de la cabina de conducción— encontró su cuerpo entre los metales doblados. La búsqueda de Lucas —que tenía 19 años, una hija de tres, que sentía pasión por la música y tocaba en dos bandas de folk rock del oeste— se había convertido en una causa nacional y el encuentro de su cadáver sesenta horas después de su muerte se transformó en la tristeza e indignación de todos.

Al cerrar este libro, Paolo Menghini se encontraba preocupado por cómo avanzaba la causa: «Los abogados de los empresarios empezaron a pedir las nulidades de todo lo actuado —explica—. Ya pidieron la nulidad de las pericias contables

porque para ellos no fue una tragedia previsible, sino un accidente a consecuencia de un error humano. Ese razonamiento los lleva a preguntar por qué debería haber pericias contables sobre un accidente humano. Dicen no tener nada que ver con esa falla que atribuyen a Marcos Córdoba». El juez Bonadío agrupó a las querellas en grupos, la causa que llevan adelante los familiares de Lucas Menghini los tiene como únicos integrantes de su grupo. «Por eso podemos ir viendo de modo más veloz el avance de la causa. Podemos prever que los defensores de los acusados van a empezar a trabarla con medidas. El objetivo es que Bonadía no pueda dictar los procesamientos porque deberá resolverse cada uno de los recursos que interpongan los defensores en otras instancias judiciales. Las maniobras dilatorias son parte de su estrategia de defensa. Nosotros necesitamos una rápida resolución del caso, en ese sentido esperamos tener la suerte de la familia Ferreyra y poder ver a los responsables de las muertes en el banquillo de los acusados. Queremos que esta causa tenga más que ver con la causa de Mariano que con la de Cromagnon, en las que las condenas de primera instancia ni siquiera están firmas y en cuya segunda causa sólo hay penas para el empresario Levi, mientras el resto quedó absuelto».

No se podrían omitir los paralelos entre Mariano Ferreyra y Lucas Menghini: jóvenes, con convicciones y deseos de futuro, los dos habían muerto como consecuencia de las situaciones crítica que atraviesa el ferrocarril —que concentra un cierto espíritu del estado de las cosas en la Argentina.

«Mariano y Lucas eran dos luchadores desde distintos lugares —reflexiona Paolo—. Dos tipos que querían cambiar la historia, que se involucraban para transformar las cosas y le ponían el cuerpo a esas decisiones. Uno actuaba desde la militancia política. Otro desde el arte. Ambos fueron víctimas de la falta de responsabilidad de empresarios, organismos de control, cúpulas sindicales. Esos son los factores que se llevaron las vidas de estos tipos que le ponían el cuerpo a cambiar las cosas.

Recuerdo haber comentado con Lucas el asesinato de Mariano y recuerdo su bronca al saber que había muerto tan in-

justamente. Luego él fue víctima. Lucas y Mariano fueron víctimas de quienes, lejos de cambiar, se perpetúan en sus lugares y permiten que se perpetúen las deficiencias del sistema que generan. Siempre duele cuando una muerte es injusta. Que les suceda a chicos jóvenes que tienen tanto para dar hace que el estómago se revuelva. Son muertes absurdas. Que tienen responsables».

Fueron cincuenta y un muertos y más de setecientos heridos de la clase trabajadora como consecuencia de la desidia del Estado, de los negocios de los empresarios, de una política ferroviaria que hace aguas y cuyo responsable, Antonio Guillermo Luna, sigue ostentando su puesto de funcionario estatal. Tanto en el caso Mariano Ferreyra como en el de los sucesos de Once, queda evidenciado que la política kirchnerista de reconstrucción de una burguesía nacional es inconducente. Las víctimas de la masacre de Once aguardan la clarificación de los factores que la produjeron y el establecimiento de esas responsabilidades. La memoria de los muertos requiere que vayan presos los responsables.

Referencias

Los tercerizados

Arakaki, Agustín y Piqué, Pilar, «La disparidad salarial: una cuestión ineludible para discutir el modelo de crecimiento en la Argentina de la posconvertibilidad». X Jornadas de la Asociación de Estudios de Población de la Argentina, San Fernando del Valle de Catamarca, 4 al 6 de noviembre de 2009.

Neffa, Julio (coord.); Oliveri, María Laura; Persia, Juliana y Trucco, Pablo, «La crisis de la relación salarial: naturaleza y significado de la informalidad, los trabajos/empleos precarios y los no registrados». *Empleo, desempleo & políticas de empleo* nº 1, 1er trimestre 2010, Buenos Aires, CEIL-PIETTE.

Salvia, Agustín y otros, «Disipación del desempleo o espejismos de la Argentina postdevaluación». Lavboratorio nº 19, Otoño/Invierno 2006.

Martínez, Oscar, del Taller de Estudios Laborales, *Tiempo Argentino*, 24 de octubre de 2010.

Decreto 789/2004 del Poder Ejecutivo Nacional y Resolución 408/2004 de la Secretaría de Transporte (creación de la Unidad de Gestión Operativa Ferroviaria de Emergencia —Ugofe—)

Auditoria General de la Nación, Evaluación de la Gestión de Control llevada a cabo respecto a la Unidad de Gestión Operativa Ferroviaria de Emergencia Sociedad Anónima (Ugofesa), 1º de diciembre de 2010.

Información aparecida en los diarios *La política online* (23 de octubre de 2010), *Clarín* (24 de octubre de 2010 y 9 de diciembre de 2010) y *La Nación* (26 de noviembre de 2010).

Índice

Índice